

ENCUENTROS LATINOAMERICANOS
ENCUENTROS LATINOAMERICANOS



Siglo XXI: El lugar de la izquierda en América Latina

Pensamiento, sociedad y democracia
Yamandú Acosta
(Editor responsable de este número)

Foto: www.sncweb.ch. Una de las pancartas que podían verse en el Foro Social Mundial de Caracas, enero 2006. En la foto faltan: Michelle Bachelet (Chile) quien asumió en marzo de ese año, Rafael Correa (Ecuador) quien asumió en enero de 2007, entre otros.

ISSN : 1688-437X

Título-clave: Encuentros latinoamericanos (Montevideo)

Título-clave abreviado: Encuentros latinoam. (Montev.)

Director del CEIL
Prof. Agr. Alcides Beretta Curi

Consejo Editorial
Yamandú Acosta, Susana Dominzaín, Marisa Ruiz, Aldo Marchesi, Mariana Viera

Secretaría, Diagramación y Armado
Karina Thove

Consejo Asesor de *ENCUENTROS LATINOAMERICANOS Pensamiento, Sociedad y Democracia* (en formación):

Raúl Fonet-Betancourt (Alemania)
Waldo Ansaldi (Argentina)
Adriana Arpini (Argentina)
Hugo H. Biagini (Argentina)
Arturo Andrés Roig (Argentina)
Theotonio dos Santos (Brasil)
Franz J. Hinkelammert (Costa Rica),
Pablo Guadarrama González (Cuba)
Ricardo Salas Astrain (Chile)
Ana Esther Ceceña (México)
Horacio Cerutti Guldberg (México)
Rodrigo Páez Montalbán (México)
Robinson Salazar Pérez (México)
Alejandro Serrano Caldera (Nicaragua)
Aníbal Quijano (Perú)
Miguel Andreoli (Uruguay)
Susana Mallo (Uruguay)
Constanza Moreira (Uruguay)
Álvaro Rico (Uruguay)
Carmen Bohórquez (Venezuela)
Álvaro B. Márquez-Fernández (Venezuela)



CEIL. Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos “Profesora Lucía
Sala”

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Universidad de la República

Magallanes 1577

CP 11 200

Montevideo

e-mail: ceil@fhuce.edu.uy

Tel: (005982) 4092553. Fax: (005982) 4084303

web institucional: www.fhuce.edu.uy

Entre 1991 y 2006, el Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos (CEIL) y el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos (CEIU) coeditaron la revista “Encuentros”. En 2007, ambos Centros resolvieron continuar esa edición en versión digital, y desagregada en dos revistas electrónicas: “*Encuentros Latinoamericanos*” y “*Encuentros Uruguayos*”.

Los artículos y colaboraciones son de exclusiva responsabilidad de los autores.

*Los artículos contenidos en esta revista podrán ser total o parcialmente
reproducidos siempre que se haga mención a la fuente.*

ÍNDICE**DOSSIER: Siglo XXI. El lugar de la izquierda en América Latina**

1. Yamandú Acosta. *Presentación del Dossier*.....págs. 5/19
2. Jorge Lanzaro. *La “tercera ola” de las izquierdas latinoamericanas: entre el populismo y la social-democracia*.....págs.20/57
3. Marcos Novaro. *¿Integración o irrelevancia? Las relaciones entre izquierda y populismo en Argentina a la luz de las experiencias de Álvarez y Kirchner*.....págs.58/92
4. Jorge Vergara Estévez. *Un sueño de justicia y libertad. La crisis de identidad de la izquierda chilena*.págs.93/117
5. Luis Tapia. *Consideraciones sobre las metamorfosis de las izquierdas en América Latina: sus posibilidades y límites histórico-políticos*.....págs.118/131
6. Helio Gallardo. *Siglo XXI. El lugar de la izquierda en América Latina*.....págs.132/164

EN MEMORIA

- Lucía Sala (1925-2006).....págs.165/167

DOCUMENTOS

1. *Declaración final del XIII Encuentro Foro de San Pablo*.....págs.168/172
2. *Declaración final del Primer Congreso Nacional de ANAMURI*.....págs.173/177

RESEÑA

- Mariana Viera. *Construir la democracia en tiempos de post dictadura. Reflexiones desde la ciencia social (1985-1989)*.....págs.178/192

DOSSIER**SIGLO XXI: EL LUGAR DE LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA****Presentación**Yamandú Acosta⁽¹⁾

A fines de noviembre del año 2005, en el marco de una de las reuniones académicas habituales de nuestro Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos, entre otros tantos asuntos, fue planteada la necesaria planificación de un nuevo número de la Revista ENCUENTROS, sobre la base de un núcleo central monográfico, bajo la responsabilidad de uno de los integrantes del CEIL.

En aquél contexto, puse a consideración del colectivo el tema de la izquierda en América Latina, por entenderlo de gran actualidad e interés tanto académico como ciudadano, ofreciéndome consecuentemente a hacerme responsable del mismo.

La propuesta fue bien recibida y acompañada por la sugerencia de algunos nombres de académicos y académicas en Uruguay y otros países de la región, que sin perjuicio de otros y otras posibles, dada su notoria competencia en el tema de la convocatoria, debían ser objeto de la misma.

Así fue que procedí a convocar a seis académicos en seis países de la región (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Costa Rica y Uruguay), para abordar el tema “*Siglo XXI: el lugar de la izquierda en América Latina*”, solicitando de los mismos una colaboración cuyo acento podía estar en el “desde” o en el “sobre” los respectivos países. Procuré motivar la colaboración solicitada a través de “*algunas preguntas que podrían tenerse en cuenta*”, a saber: “*¿Qué ha sido de la izquierda en América Latina después de la revolución fracasada o derrotada? ¿Una izquierda, muchas izquierdas? ¿Una izquierda fragmentada o articulada? ¿Es la izquierda democrática o revolucionaria? ¿Es revolucionaria la izquierda democrática? ¿Es democrática la izquierda revolucionaria? ¿Cómo se posiciona/n hoy la/s izquierda/s en: a) el escenario político, b) el sistema político, c) el campo político, d) el campo del poder? ¿Cuál es la perspectiva estratégica de la/s izquierda/s en la oposición? ¿Cuál es la perspectiva estratégica de la/s izquierda/s en el gobierno? ¿Cómo se posiciona/n la/s izquierda/s respecto del statu quo capitalista? ¿Izquierda vs. Derecha, Izquierda vs. Capitalismo, Izquierda vs. Neoliberalismo? ¿Está la izquierda a la izquierda de sus antecedentes? ¿Y de los movimientos sociales? ¿Cuál es su relación con estos?*”.

El título de la convocatoria pretendía tener una fecunda ambigüedad que en buena medida se tradujo esquemáticamente en las preguntas a tener en cuenta.

¹ Profesor Adjunto del Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos “Profa. Lucía Sala”, Coordinador de la Sección “Pensamiento, Sociedad y Democracia”, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

La referencia al “lugar” en relación a “la izquierda” puede remitir a distintos escenarios, sistemas o campos en las dimensiones de lo político, lo social y lo cultural, como también en las de lo local, lo nacional y lo regional, como en la histórica y la utópico-imaginaria, todas las cuales guardan entre sí interesantes relaciones a ser eventualmente exploradas.

El “lugar” puede ser también concebido, sea como producto de un “espacio” que como marco dado *a priori* asigna el que le corresponde para el caso a la “izquierda”. Inversamente, puede ser entendido como producto de la acción constituyente de la propia “izquierda” que en su relación tensional o conflictiva con otras fuerzas de signo diverso o contrapuesto configura los escenarios, sistemas o campos en las señaladas dimensiones, como parte de un conflictivo y tensional *a priori*. Este *a priori* “constituyente” hace al dinamismo del espacio en razón de la correlación de fuerzas que determinarán para la izquierda un “lugar” mayor o menor, central o marginal, con capacidad de transformación o de administración del *statu quo*, de carácter testimonial o con función de legitimación de lo dado. Dicho en breve, “el lugar de la izquierda” oscila entre el que sistémicamente encuentra constituido y el que antisistémicamente construye o produce; en el primer extremo no solamente el “lugar”, sino “la izquierda” misma al ocupar el mismo en tanto dado y/o asignado asume fundamentos heterónomos de su identidad, mientras que en el segundo extremo, ya no la ocupación de un “lugar” asignado, sino la producción del mismo, traduce los fundamentos autónomos de esta identidad. La identidad de “las izquierdas” que son las expresiones fáctico-empíricas de “la izquierda” en el siglo XXI en América Latina o en cualquier otro lugar del mundo, se construye o reproduce en el amplio espectro de posibilidades que se abre entre estos dos extremos teóricos indicados.

Las “preguntas que podrían tenerse en cuenta”, obviamente no preceptivas como surge de la condicionalidad de la fórmula utilizada, dicen acerca de una percepción preliminar y provisoria del asunto que consideran, a los efectos aportar a la agenda de investigación sobre “la izquierda” y/o “las izquierdas” en “América Latina” en el siglo que ya hemos iniciado. Por otro lado, algunos de los trabajos a ser aportados, eventualmente ya estaban elaborados o en proceso de elaboración, independientemente de nuestra convocatoria.

Por distintas razones, dos de las personas convocadas que inicialmente aceptaron la invitación declinaron luego de hacer su aporte, lo cual dejaba al *dossier* sin las perspectivas desde/sobre Brasil y Chile. De éstas, finalmente gracias a la disposición de un colega chileno para participar en esta publicación, solamente debemos lamentar una de las dos ausencias implicadas por las señaladas declinaciones.

En razón del tiempo transcurrido entre las convocatorias iniciales y la última, no contamos con “fotografías” tomadas desde distintos lugares en el mismo momento, sino en distintos momentos desde fines del 2005, lo que explica diferencias en las referencias de la historia política más reciente que han presentado novedades en el lapso transcurrido.

Por lo demás, como era de esperar, los encuadres son diferentes, habiéndose fijado el objetivo en cada caso en procesos privilegiados por los mismos, dando como resultado una zona común compartida por todos los artículos que los hace conmensurables, sin desmedro de otra zona más propia de

cada uno que aporta el terreno más fecundo para multiplicar las preguntas y potenciar el debate.

Resulta de ello un panorama estimulante de perspectivas sobre el asunto de la convocatoria, que ilustra acerca de la riqueza y posibilidades que el mismo ofrece, invitando a más investigación y reflexión.

Por la disposición a aportar y por la calidad de los aportes realizados, agradezco a nuestros colaboradores, cuyos artículos paso a considerar.

El orden de la presentación de los artículos, toma como punto de partida a Uruguay con el artículo de Jorge Lanzaro: "*La "tercera ola" de las izquierdas latinoamericanas: entre el populismo y la social-democracia*". Cruza el Río de la Plata hasta Argentina, desde donde Marcos Novaro presenta su artículo: "*¿Integración o irrelevancia? Las relaciones entre izquierda y populismo en Argentina a la luz de las experiencias de Álvarez y Kirchner*". Atraviesa luego la cordillera, ofreciendo desde Chile las perspectivas de Jorge Vergara Estévez en "*Un sueño de justicia libertad. La crisis de identidad de la izquierda chilena*". La cordillera vuelve a ser cruzada, pero ahora hacia Bolivia, desde donde Luis Tapia nos presenta su texto: "*Consideraciones sobre las metamorfosis de las izquierdas en América Latina: sus posibilidades y límites histórico-políticos*". Finalmente, nos dirigimos a América Central, concretamente a Costa Rica, para tomar contacto con la visión de Helio Gallardo en un artículo que hace suyo el título de la convocatoria: "*Siglo XXI: el lugar de la izquierda en América Latina*".

Jorge Lanzaro, en su artículo *La "tercera ola" de las izquierdas latinoamericanas: entre el populismo la socialdemocracia*, hace suya la imagen de "*la tercera ola*" que Samuel Huntington popularizó para las democratizaciones que tuvieron lugar a partir de la "*revolución de los claveles*" (Portugal, 1974) y que pasó por el cono sur de América Latina en la década de los '80, para referirla ahora a "*las izquierdas latinoamericanas*" en su actual fase de "alza", en relación a sus antecedentes de una primera ola entre los '60 y los '70 que discurre entre la victoria de la Revolución Cubana, la "tragedia" de la Unidad Popular en Chile, y de una segunda ola con eje en los "*movimientos políticos y militares*" que, en "*línea revolucionaria*" acceden al poder en los '80 en América Central.

Enfatizando la diversidad de las izquierdas desde criterios analíticos de la ciencia política puestos en juego, se permite, con todas las reservas y precauciones del caso, distinguir "*esquemáticamente*" en la "*tercera ola*" entre "*dos izquierdas*": la que es producto de la evolución y transformación de partidos de izquierda que hoy "*son protagonistas de una fórmula vernácula de social-democracia*" (Brasil, Chile y Uruguay) por una parte, y por la otra, partidos y movimientos de "*carácter populista*" o de "*raigambre nacional-popular*" (Venezuela, Bolivia, Argentina, Panamá), que configuran una suerte de neo-populismo.

Mirada en la larga duración histórica, la "*clasificación esquemática*" de "*las dos izquierdas*" en su actual identificación, se inscribe en la tensión izquierda-populismo, que desde fines del siglo XIX y atravesando el siglo XX llega a estos inicios del siglo XXI con renovaciones que implican resignificaciones tanto de la izquierda, como del populismo, como de sus tensionales relaciones.

Lanzaro destaca la singularidad y novedad del contexto de emergencia de estas "*dos izquierdas*", que hace a la novedad del fenómeno, tanto en referencia a

sus antecedentes en América Latina como en Europa. Centrado en el análisis de los partidos, el contexto de su renovación y resignificación es identificado como “doble” transición en referencia a la transición democrática (desde el autoritarismo, desde la guerra civil o desde otras situaciones singulares) y a la transición liberal (o neoliberal) con sus reformas estructurales mercadocéntricas, que, sumadas, afectan los distintos aspectos, instituciones y sistemas de la vida de los países de la región.

Destaca Lanzaro en particular los cambios que afectan al sistema político, lo que los mismos implican para los partidos en general y para los de izquierda en particular. Señala ejemplos en América Latina en esta “doble” transición en que el sistema de partidos colapsa, mientras en otros su institucionalización supera sus propios antecedentes. Es justamente en la “particidad” de un sistema político, es decir en la solidez de su sistema de partidos, su consistencia y su pluralidad, que Lanzaro encuentra el criterio de discernimiento entre “social-democracia” y “populismo”, entre las “dos izquierdas” institucionales de la actual pos-transición en América Latina, de acuerdo a la división conscientemente “esquemática”, que ha propuesto.

Analiza luego el contexto de la doble transición como “estructura de oportunidad” para los partidos de izquierda y de centro-izquierda, que se presentan en el escenario como alternativa plausible.

Bajo el título *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*, opera un primer discernimiento entre “izquierda social” e “izquierda política”, para concentrar el análisis en la segunda.

En relación a esta última recupera su propuesta de las “dos izquierdas”, ubicando en el esquema al populismo, no obstante señalar la falta de consenso respecto de la pertenencia del populismo a la izquierda.

Da cuenta de algunos rasgos del populismo, fenómeno difícil de aprehender por su carácter “elusivo y proteico”, recorriendo sucesivos “eslabones” de la “cadena populista” hasta el presente, para concluir que “el populismo es más que nada una configuración político-institucional que como tal está ligada a distintos patrones de desarrollo y surge con distintos encuadres en distintas coyunturas críticas”.

Propone luego, para el discernimiento de las “dos izquierdas”, apelando a la que identifica como “una distinción política”. En referencia a las que han llegado a ser gobierno por la vía electoral, habida cuenta de que la forma de ejercer el gobierno no es ajena a la forma de llegar al mismo, de acuerdo a la matriz política y al grado de desarrollo del correspondiente sistema de partidos, pone en un extremo a los “regímenes mayoritarios” y en el otro a los “sistemas pluralistas”.

No obstante la incuestionable legitimidad electoral de los actuales regímenes de gobierno nacional-populistas en América Latina, especialmente en algunas de sus expresiones más “radicales”, como sería el caso de Venezuela, la condición de democracia de mayorías, lo potenciarían en la dirección de un “despotismo democrático” (Tocqueville) y de un “izquierdismo autoritario” (Germani), en razón de un “hiperpresidencialismo” ostensible que al no contar con los “frenos y contrapesos” necesarios para neutralizar esas orientaciones vigentes o latentes, motiva al autor fuertes interrogantes sobre su identidad democrática.

La “*tercera ola*” de las izquierdas en América Latina, presenta por otro lado en el ejercicio del gobierno partidos de izquierda “*aggiornados*” como “*izquierda social-democrática*” que se inscriben en el “*sistema pluralista*” para consolidarlo, potenciarlo y legitimarlo por su presencia en el gobierno. Explora brevemente las vías y estrategias por las que algunos de ellos han llegado al gobierno, señalando como común denominador el abandono de la transformación de la sociedad capitalista “*en clave revolucionaria o reformista, más o menos radical*” y “*la prosperidad electoral y la conquista del gobierno*” como “*leit motiv vertebral para estos partidos*”.

Este último es el caso de izquierdas en el gobierno en Brasil, Chile y Uruguay, que reformulan su identidad como social-democrática en el marco de la era neoliberal, y que aceptando las reglas de la “*restricción democrática*”, procuran tejer un “*balance concreto*” entre “*capitalismo y democracia, política y economía, lógica de mercado y lógica de “bienestar” o de “justicia” social*”. Las identifica como “*social democracia criolla*”. En la eficacia de ese tejido se juega su identidad y diferencia al interior del sistema de partidos, así como su posibilidad de volver a conquistar el gobierno, desde iniciales experiencias en el ejercicio del mismo, que si bien ha confirmado adhesiones y despertado otras nuevas, debe contar también con críticas por la “*izquierda*” y por la “*derecha*”, así como con el creciente “*desencanto*” e “*indiferencia*” por la política.

Luego Lanzaro se formula la pregunta ¿La izquierda en la “*tina*”? usando la sigla que condensa la expresión de Margaret Thatcher “*there is not alternative*”, para aplicarla ahora a las izquierdas en el gobierno.

No obstante las restricciones que estos partidos de izquierda social-democrática hoy en el gobierno, hacen suyas, en términos que el autor identifica como “*productividad política*” que los mismos pudieran desarrollar dentro de los márgenes de oportunidad y maniobra posibilitados y estimulados por el “*sistema pluralista*”, la respuesta implícita de Lanzaro a su pregunta sería *there is alternative*. Frente a la *tina*, la *tía*.

Finalizando, bajo el título *Las dos izquierdas*, deja abierta una convocante agenda de investigación a través de dos preguntas que identifica como “*estratégicas*”: una relativa a “*los efectos de estas distintas izquierdas en materia de afirmación de la democracia política*”, la otra, relativa a la respectiva capacidad del “*eventual lanzamiento de un nuevo `desarrollismo´, que remiten en su conjunción al tradicional asunto de la relación entre “democracia” y “desarrollo*”.

Marcos Novaro, en su estudio: “*¿Integración o irrelevancia? Las relaciones entre izquierda y populismo en Argentina a la luz de las experiencias de Álvarez y Kirchner*”, al igual que Lanzaro, parte de la consideración de dos izquierdas, en América Latina, o más estrictamente “*dos modelos*” de la izquierda en el gobierno, representados respectivamente por Chávez en Venezuela y Lagos en Chile.

Caracteriza al primero como “*populista*”, “*antiliberal*”, “*estatista*” y “*antinorteamericano*”, expresando su preocupación respecto a que en él, la condición “*antiliberal*” supone oposición al “*neoliberalismo económico*”, pero también al “*republicanismo*” y al “*liberalismo político*”. Respecto al segundo, lo identifica como “*moderado*”, “*favorable al libre mercado*”, “*al fortalecimiento de las*

reglas de la democracia liberal” y “a la búsqueda de acuerdos comerciales y políticos con el mundo desarrollado, incluido EEUU”.

Frente al tal vez más socorrido procedimiento politológico de analizar los casos empíricos en términos de su “*grado de desviación*” respecto del tipo ideal, sea de la izquierda populista, sea de la izquierda socialdemócrata, modélicamente representadas en los casos arriba referidos; para el caso del gobierno de Néstor Kirchner en la Argentina que no encuadra con precisión en ninguno de los dos tipos ideales, a los efectos de la más cabal comprensión del mismo, sin renunciar a aquellas referencias modélicas, en la propuesta de Novaro el oficio del politólogo se articula con el del historiador, para explicarlo e interpretarlo en el ámbito de “*los fenómenos específicos y multifacéticos que ocurren también en el marco de multifacéticas tendencias*”.

La definición preliminar del gobierno de Kirchner como “*populismo moderado*” dice acerca de una estrategia de componer tendencias opuestas, neutralizando a aquellos que modélicamente las representan en una dirección o en la otra. Esta estrategia explica en buena medida el éxito que este gobierno logra hasta el presente, implicando al mismo tiempo efectivos y previsibles límites en su capacidad de innovación política dadas las inconsistencias que la misma supone.

Acto seguido, Novaro destaca y desarrolla sucintamente tres rasgos que entiende “*fundamentales*” en el gobierno de Kirchner.

En primer término, la recuperación y reactivación de algunos componentes de la “*tradición populista del peronismo*” cuya eficacia política de acuerdo a los antecedentes es puesta en duda, implicando tal vez “*extraviar oportunidades para lograr cambios culturales más significativos, como los que provendrían de una auténtica crítica de izquierda (liberal y democrática) de la tradición populista*”.

En segundo lugar, en materia de economía, “*ruptura y continuidad con las políticas de Menem*”, en un ejercicio de “*extremo coyunturalismo*” en el que introduce reformas, que lejos de orientarse en perspectiva de izquierda de fortalecimiento del Estado frente a los mercados, “*incrementa el poder del Estado en la asignación particularista de rentas a grupos de empresarios*”.

Finalmente, señala Novaro, los mecanismos utilizados por Kirchner para conformar una coalición no difieren sustantivamente de los utilizados anteriormente por Menem, por lo que el “*antagonismo populista*”, esto es “*la escisión del campo político en opciones antagónicas y la identificación de la propia como la única legítima, en términos nacional-populares*”, cumple en definitiva la función de “*legitimar un uso patrimonialista y discrecional de los recursos y el poder público en detrimento de reglas imparciales y derechos universales*”.

En atención a estos rasgos, la explicación de la emergencia del fenómeno kirchnerista requiere repasar las históricas relaciones y tensiones entre el populismo y la izquierda en la Argentina, de las cuales las más inmediatas remiten a la reinstauración de la democracia en 1983, con mayores posibilidades para aquella izquierda que tomó distancia del peronismo. Luego, la década de los '90 igualmente favorable por la crisis tanto del Justicialismo como del Radicalismo. Las reformas neoliberales de Menem significaron una nueva coyuntura de oportunidad para la izquierda, asistiéndose hacia 1994 a la formación y puesta en marcha de Frente para un País Solidario (Frepa) bajo la conducción de Carlos

(“Chacho”) Álvarez que en alianza con el Radicalismo accede al gobierno en 1999. No obstante, conflictos y debilidades internas de la Alianza provocaron su derrumbe y un peronismo progresista logró superar las negatividades heredadas del peronismo menemista, hacer suyas las banderas de los “intereses nacionales y populares” y con ellos disputarle a la izquierda el espacio que esta había ganado, poniéndola en la disyuntiva de colaborar con el nuevo gobierno o marcar las diferencias procurando demarcar un espacio propio.

Desde este panorama que aquí hemos resumido, Novaro intentará tanto el análisis de las razones del fracaso del Frepaso como del éxito del kirchnerismo.

Para ello bajo el título *La herencia histórica: la izquierda acorralada por el populismo* recorrerá las tensiones entre la izquierda y el populismo en el siglo XX. En *La izquierda frente al menemismo: virtudes y limitaciones del Frepaso* pondrá el acento en esta articulación de centroizquierda que a fines de 1994 viene a desafiar con plausibilidad el tradicional bipartidismo a través de una propuesta progresista, cuyas “virtudes” contrabalanceadas por sus “limitaciones” son en ese capítulo cuidadosamente discernidas.

Los dos títulos siguientes, *La Alianza: nuevas victorias y fragilidades* y *El colapso de la Alianza y sus complejas relaciones para la izquierda*, desarrollan analítica e históricamente las tensiones y avatares del Frepaso, cuyas “limitaciones” superaron en definitiva a sus “virtudes” en sus complejas relaciones al interior de la Alianza, en el marco de su cuarto de hora de gobierno que desemboca en su crisis por colapso. La misma, sobredetermina la tradicional fragmentación de la izquierda argentina, al impulso de la rearticulación de un peronismo progresista no menemista, que rápidamente recupera terreno en el escenario y en el campo político, desarrollándose en el capítulo *Nuevamente, la centralidad del peronismo y la fragmentación de la izquierda*, que concluye con preguntas sobre las eventuales novedades que el tradicional “dilema de las izquierdas” en la Argentina presenta, en razón de las novedades del peronismo progresista bajo el liderazgo y ejercicio del gobierno de Néstor Kirchner.

En un penúltimo apartado, *Kirchnerismo, innovación y tradición*, Novaro desarrolla una tesis fuerte respecto de la identidad del peronismo progresista de Kirchner o “peronismo kirchnerista”, que por sus diferencias con el peronismo tradicional, permite anticipar su crisis de identidad, y con ella también la de las izquierdas que con el mismo se han articulado, reactualizando para entonces de modo nuevamente resignificado el “dilema de las izquierdas” en la Argentina.

Bajo el título *Problemas viejos y nuevos* cierra su artículo con algunas interrogantes abiertas hacia el futuro próximo, desde las consideraciones histórico-teóricas realizadas sobre el pasado y el presente.

Jorge Vergara Estévez, en su aporte *Un sueño de justicia y libertad. La crisis de identidad de la izquierda chilena*, se propone desde la perspectiva de una “crítica interna” que afinca en la lógica de Hegel, proceder a caracterizar “la compleja situación de la izquierda chilena en el período posautoritario, desde 1990”, adelantando la interpretación de la misma “como una crisis de identidad política y social, la cual se había constituido a través de su larga evolución de más de 150 años”.

El breve tratamiento de dos puntos, *Complejidad del concepto de izquierda y La izquierda y el catolicismo en América Latina*, antecede al cuerpo principal del trabajo.

En el primero de los mismos presenta sumariamente algunos de los diversos modos en que “izquierda” o, más precisamente, “izquierda política” puede entenderse. Presenta algunas señas de identidad de la “izquierda” como postura ideológica, política o social, así como también en términos de su “*posicionalidad en el espectro político*” en perspectiva de carácter topológico, para señalar que estos dos significados pueden coincidir en la realidad de una fuerza o partido político o, eventualmente, estar presente uno y ausente el otro, dándose situaciones históricas en las que una fuerza o partido político que no obstante reivindicar “topológicamente” ser de “izquierda”, puede resultar que sus “*posturas reales son de centro o de derecha*”.

En el segundo, traza algunas pinceladas acerca de las complejas relaciones entre el cristianismo (especialmente el catolicismo) y el pensamiento, los movimientos y los partidos de izquierda, las que han sido a veces de carácter convergente y otras de fuerte rechazo, desde un lado o el otro de la ecuación. Estas líneas son muy atinentes para visualizar tanto la constitución como el itinerario de la izquierda en América Latina en general y muy especialmente en Chile, dada la fuerza y la complejidad de la identidad católica en el continente y en este país.

El primer título del cuerpo principal tiene como asunto *El desarrollo histórico de la izquierda chilena*. Parte de la tesis que afirma una interacción constituyente entre la historia de “*la izquierda política y social*” y la historia nacional chilena. Argumenta que no obstante durante la República Oligárquica (1830-1891), la expresión “izquierda” no era utilizada, los gremios artesanales de la época en conjunción con jóvenes intelectuales opuestos a la dictadura de Portales e influidos por ideologías libertarias e igualitarias de origen particularmente francés, fundan la izquierda chilena.

En ese proceso decimonónico, “*Sociabilidad chilena*” un artículo de Francisco Bilbao de 1843 se constituye como “el primer texto fundacional de la izquierda”. El nombre de Bilbao está también asociado a la fundación de “La sociedad de la igualdad” en 1849, que convocó a numerosos artesanos y un grupo significativo de intelectuales. La perspectiva crítica de la Sociedad sobre el catolicismo conservador, determinó la reacción de la Iglesia católica, el ataque policial a la sede de la misma y su posterior clausura por el gobierno. Este episodio, es estimado un hito en el proceso de gestación de la izquierda chilena, reforzando en el terreno de los hechos aquél texto fundacional.

Acto seguido, Vergara plantea algunas señas de identidad de la izquierda chilena ya articuladas desde aquél contexto. Entre ellas sobresalen su carácter de movimiento social y organización popular antes que partido político, la adhesión a orientaciones y valores propios del racionalismo, el libertarismo y el igualitarismo y la consecuente crítica al conservadurismo y autoritarismo, su composición por sectores populares y medios y su lucha por una democracia social dentro de los marcos de la legalidad.

El artículo señala que entre la clausura de la “La sociedad de la igualdad” y la fundación del Partido Democrático en 1887 en torno a un “*proyecto democrático*”

popular”, la izquierda se organizó y expresó casi exclusivamente a nivel sindical a través de las “Sociedades de socorros mutuos” y las “Sociedades artesanas”, fundamentalmente.

Este partido reivindicaba la emancipación económica, social y política, apostando a la educación para el mejoramiento de la sociedad. La orientación reformista de su Programa, marca la tendencia principal de la izquierda en Chile y *“hasta el gobierno de la Unidad Popular”* (1970-1973), destaca Vergara, *“la larga marcha de la izquierda tuvo un carácter progresivo”*. Para ese período de ochenta años, se señala el protagonismo de la llamada *“cuestión social”* que en 1907 dio lugar a la matanza de 3500 personas en Iquique, trágico punto de inflexión a partir del cual, las presiones desde la sociedad sobre los gobiernos, significaron ciertas mejoras para los sectores populares en materia de leyes laborales.

La fundación del Partido Comunista (1927) y del Partido Socialista (1933), *“señalan la institucionalización de la izquierda chilena que se incorporó al sistema político bajo la forma clásica de partidos, sin dejar de tener una importante base sindical, en menor medida de movimientos sociales”*.

El Frente Popular liberado por el Partido Radical, gobernante entre 1938 y 1946 integró a la izquierda al gobierno y promovió el *“Estado de Compromiso”* cuyo desarrollo tuvo lugar hasta 1973.

Se señalan tanto los avances del mismo en materia social, así como las condiciones impuestas para su funcionamiento por parte de los sectores conservadores, que básicamente se respetaron en los gobiernos de Carlos Ibañez (1952-1958) y de Jorge Alessandri (1958-1964). Reformas promovidas durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970) suponen quebrar con aquellas condiciones de funcionamiento del *“Estado de Compromiso”*.

La candidatura de Frei había contado con el apoyo de la derecha para evitar el triunfo de Allende. En un contexto de radicalización política ambientado por el desarrollo de la revolución cubana y procesos de *“izquierdización”* en América Latina, tiene lugar la llegada al poder de la Unidad Popular con Allende como Presidente (1970-1973). Destaca Vergara la *“debilidad del pensamiento de la izquierda en el período”*, no obstante la *“notable e innovadora intuición”* de la *“vía chilena al socialismo”*, de la cual dice, *“fue la culminación de la aspiración fundacional de una democracia popular que surgió en el siglo XIX”* y estima como antecedente *“de los actuales procesos venezolano y boliviano”*.

Son trazadas luego las dificultades propias y de contexto que afrontó el gobierno de la Unidad Popular y que desembocaron en la instalación de la dictadura en 1973, valorándose sumariamente los efectos de esta sobre los procesos de democratización que aquella había intentado ensayar. Se destaca la recreación social y política de la izquierda bajo *“nuevas modalidades”* en contexto de dictadura y, especialmente la renovación del pensamiento de izquierda, considerando que *“intelectualmente fue un período muy fructífero”*.

En 1986 es localizada la división de la izquierda. Por un lado una mayoría que acepta *“el itinerario constitucional”* determinado por la dictadura, que con el carácter de *“oposición permitida”*, constituyéndose como Concertación de Partidos, parece haber confirmado el vaticinio del hoy ex Presidente Lagos, en 1989 cuando Aylwin ganó las elecciones para el gobierno que inició la transición: administrar el modelo político y económico instaurado por la dictadura. Por otro

una minoría que se opuso a aceptar los constreñimientos de ese itinerario, ensayando infructuosamente algunas acciones armadas.

Bajo el título *La situación actual*, analiza el “debe” y el “haber” de los gobiernos de la Concertación hasta hoy en materia económica, social, educacional, previsional, impositiva, judicial y de salud pública, arrojando como corolario alguna razonable duda sobre el calificativo de “exitosa” que la propia Concertación utiliza para calificar la “*transición democrática*” que ella ha protagonizado desde el gobierno.

El sistema político chileno, describe y estima los rasgos de la Constitución de 1980 en términos de su proyección sobre el sistema político en general y sobre la izquierda en particular, sosteniendo que es marco permite “*entender el actual pensamiento político de la izquierda*” en Chile. El mismísimo ex Presidente Lagos al aprobarse esa carta constitucional, nos recuerda Vergara, declaró “*que ésta era la constitución que Chile esperaba*”, no obstante la matriz y/o los enclaves autoritarios que la misma consagra.

En *La actual situación de la Concertación y de la izquierda oficial*, enfatiza la “*burocratización*” de los partidos de la Concertación con la sustitución de “*militantes*” por “*clientes*” en el marco de la creciente despolitización de una sociedad que tradicionalmente se articulaba en identidades político-ideológicas fuertes, que alimenta una “*crisis de representación*”. En ese contexto Vergara presenta hace suya la tesis del diputado socialista Sergio Aguiló respecto a que “*la Concertación se había convertido en una nueva derecha*”, con lo que dada su compulsión por el gobierno con la Alianza por Chile, articulación de sectores que “*acompañaron y respaldaron a la dictadura de Pinochet*”, las alternativas electorales con perspectiva de configurarse como gobierno son “*derecha democrática*” o “*derecha autoritaria*”, si se considera que la izquierda extraparlamentaria (Partido Comunista, Partido Humanista y otros) no ha generado un discurso con capacidad de convocatoria, que “*las organizaciones de la sociedad civil son muy pocas débiles*”.

Culmina el artículo con una *Recapitulación y conclusiones provisionales*. Allí destaca el abandono del “*sueño de justicia libertad*” del imaginario utópico fundante de la izquierda chilena que presente entre 1843 y 1973, que entra desde entonces en una crisis que hace a su identidad como izquierda, que progresivamente se extiende y profundiza. No obstante las señales de colapso o agotamiento de aquél imaginario y aquella identidad histórica, no queda necesariamente cerrada la posibilidad de su recuperación resignificada desde las nuevas condiciones.

Luis Tapia, en su entrega *Consideraciones sobre las metamorfosis de las izquierdas en América Latina: sus posibilidades y límites históricos*, tomando nota de “*una ola de victorias electorales de partidos y frentes de izquierda en varios países de América Latina, que se ha venido ampliando*”, -la que Lanzaro ha identificado como “*tercera ola*”-, afirma la constitución de la izquierda como “*uno de los principales sujetos políticos*”.

Se propone analizar brevemente algunos cambios de la izquierda, considerando por un lado “*el horizonte de los límites*” dimanado de las “*configuraciones históricas mundiales*” en curso que las izquierdas deben

enfrentar, y por otro, el derivado del “*sistema de creencias*” en el cuál cada una de las izquierdas se mueve.

Para cumplir sus objetivos, comienza por bosquejar las históricas relaciones entre la izquierda y la clase obrera, en los respectivos espacios del sistema político, los sindicatos y la sociedad civil, sosteniendo que en América Latina la “*pauta más general*” ha sido “*un proceso de organización paralela*”, siendo un fenómeno más reciente y acotado la formación de partidos políticos de izquierda desde las organizaciones sindicales de los trabajadores.

Atendiendo preferentemente a este último fenómeno, luego de consignar el ejemplo del PT (Partido de los Trabajadores) como partido de origen obrero en Brasil, se detiene en la experiencia del MAS (Movimiento al Socialismo) de origen campesino en Bolivia.

Comenzando por el “*horizonte de los límites*” determinados por las “*configuraciones históricas mundiales*”, para estas izquierdas en particular y para todas en general, nos recuerda que la configuración del Estado-nación supuso la incorporación de la clase obrera como sujeto económico, político y base social, la cual fue en buena medida mediada por la izquierda. El conjunto de instituciones que con el co-protagonismo de una izquierda en clave nacionalista y estatista, define a lo largo de la mayor parte del siglo XX la figura del Estado-nación en América Latina, con distintos acentos comienza a ser desmontado por las reformas neoliberales que inician en los ´70, se profundizan en los ´80, se consolidan en los ´90 y son extendidamente administradas en el siglo XXI en curso con matices –según gobiernos y países- como queda registrado en los artículos ya presentados de Novaro sobre Argentina y de Vergara sobre Chile particularmente.

La estrategia neoliberal, sostiene Tapia, procuró con variado éxito “*debilitar y desorganizar a la clase obrera*” y expulsarla del sistema de partidos.

Recurriendo a la noción de “*forma primordial*” de René Zavaleta, entendiendo por tal el sistema de mediaciones que articulan el Estado con la sociedad civil, señala Luis Tapia que el neoliberalismo procuró debilitar las “*formas primordiales*” darles un sentido “*descendente*” allí donde ellas eran “*fuertes*” y tenían un “*carácter ascendente*”. La “*forma primordial*” “*débil*” y “*descendente*” implica pérdida de control por parte del Estado sobre “*el excedente económico producido en sus territorios*” y por lo tanto pérdida de soberanía frente a poderes fácticos transnacionales. En esta línea de argumentación, Tapia caracteriza al neoliberalismo como “*un proceso de recomposición de las formas primordiales dirigido por las determinaciones externas, con la finalidad de que se instaure una dirección permanente por parte de estas determinaciones, en sustitución de las estructuras del estado-nación*”.

Los efectos sobre la población territorializada que esta “*recomposición de las formas primordiales*” operadas por el neoliberalismo ha tenido en términos de exclusión y pauperización, explica por un lado el éxito electoral que en el último tiempo registran las opciones políticas de izquierda en América Latina, al tiempo que marcan el sentido de sus ofertas programáticas y de sus agendas políticas – que no siempre coinciden con aquellas- una vez que llegan al gobierno. De distintas maneras los distintos gobiernos de izquierda en la región atienden a los extremos de la “*reproducción social*” y de los “*ciclos productivos*” y a las relaciones entre los mismos. El artículo pasa revista sumariamente a algunos de los

escenarios de los países de la región, efectuando valoraciones razonadas razonables sobre los mismos.

Aborda luego la cuestión del horizonte ideológico de las izquierdas en el subcontinente, para sostener como tesis que *“la mayor parte de las izquierdas latinoamericanas están actuando desde hace tiempo, y más aún una vez en el gobierno, dentro de un horizonte político liberal”*. Concluye que esta *“metamorfosis”* sufrida mayoritariamente por las izquierdas en América Latina – que para el caso chileno Jorge Vergara consigna como *“crisis de identidad”*– implica en una convergencia entre socialistas, social-demócratas y liberales, *“hacia un centro definido por este tipo de cultura política, que sería la matriz de legitimación de largo aliento, de un tipo de estructura económica que está organizando el monopolio transnacional en el seno de cada país, y a través de las fronteras nacionales en el mundo”*.

En otra dirección, se refiere al desarrollo histórico de izquierdas que genéricamente caracteriza de identidad *“nacional popular”*, las que articuladas desde el mundo del trabajo y la reproducción de la cotidianidad en el medio campesino o urbano, *“han estado en la base de la producción”* de la nación *“desde abajo”*.

El *“ámbito de existencia”* de esta izquierda nacional-popular no está configurado originaria y centralmente por los partidos políticos, sino por formas de organización diversas, según las distintas realidades sociales y culturales. Se configura así toda una línea de izquierdas que atraviesa sindicatos y movimientos sociales, alcanzando a veces la definición institucional del partido político. Tal es el caso de Bolivia, en que Tapia se concentra hasta el final de su artículo.

Luego de explicar con criterios gramscianos la situación actual de la izquierda política tradicional en Bolivia tal como se gestó en el marco de las reformas neoliberales, Tapia se refiere a *“la emergencia de una nueva izquierda”*.

Se trata ahora de *“una izquierda campesina”* que resulta de la articulación de organizaciones y experiencias de lucha de trabajadores campesinos de Bolivia con *“redes de comunidades y sus estructuras de autoridad tradicional que se han movilizadas en contra del régimen de propiedad de la tierra primero, pero luego también contra una creciente transnacionalización de los recursos naturales y a favor de la nacionalización de los mismos”*. Es por el origen agrario de esta izquierda, que según hipotetiza Tapia, a diferencia de las izquierdas políticas más tradicionales, no ha sido penetrada por las creencias liberales que configuran el horizonte ideológico de éstas. Al predominar en ella las creencias *“comunitarias”* y *“nacional-populares”*, la perspectiva programática y estratégica de *“desmontaje de las estructuras del control privado transnacional de la economía, configuradas durante la época neoliberal”* adquiere una fuerza, *“desenvoltura”* y *“convicción”* que la distingue significativamente de aquellas.

En ese eje se vehiculiza una *“reactivación del proyecto de estado-nación”* desde un *“abajo”* multicultural que obliga a *“revisar la misma idea de estado-nación”*. La puesta en marcha de la reversión del control privado transnacional de la economía, lleva al replanteamiento del estado nacional, que es visualizado como *“plurinacional”* o *“multinacional”*.

No obstante las diferencias en términos de *“origen, historia, discurso y articulaciones internas”* entre los gobiernos de Bolivia y Venezuela, son

expresiones convergentes en términos de un proyecto nacional-popular, que configura otro camino desde y para otra izquierda alternativa a la “social-demócrata” (Lanzaro, Novaro), “derecha democrática” (Vergara) o “liberal” (Tapia), que no se resigna a administrar el modelo neoliberal sino que tal vez comienza a transformarlo por la construcción de una “forma primordial” fuerte y ascendente.

Helio Gallardo, en *Siglo XXI: el lugar de la izquierda en América Latina*, observa en forma preliminar el carácter “mediático” y “politicista” del retorno de la izquierda o de las izquierdas por la vía electoral, que independientemente de sus variantes en las que “los más a la izquierda” se caracterizarían por ser “más nacionalistas y proteccionistas, en particular frente a Estados Unidos”, de todas maneras no implicarían en ningún caso, otra cosa que matices en la administración de la crisis heredada de la implementación de las reformas neoliberales en el continente, sin perspectiva revolucionaria que supusiera poner en cuestión el *statu quo* capitalista. De acuerdo a esta lectura “los signos de las izquierdas latinoamericanas” más propiamente tales se encontrarían en movimientos y movilizaciones sociales que trascienden el espacio y la lógica de la izquierda política institucional.

Establece luego una distinción de sentidos y significados en la convocatoria “el lugar de la izquierda en América Latina”, expresando que “‘lugar’ puede ser entendido o como un posicionamiento en un sistema ya constituido o como una función/disfunción en un sistema exigido de reconstitución”.

Orienta su análisis sobre la izquierda en el segundo sentido, el que implica una “actitud” de la cual despliega algunas señas de identidad: su “crítica radical” que supone su “teoría o analítica social”, su constitución como “movimientos o movilizaciones sociales”, su capacidad de discernimiento y superación de las “identificaciones sociales inerciales” por la “autoproducción de identidades liberadoras”, su eventual articulación como partidos, con la salvedad de que el “motor político” de los mismos no es parlamentario, sus fundamentos en una “antropología liberadora o emancipadora como una recaracterización de la sociabilidad fundamental”, la acción testimonial de una “transformación cultural” que supone la transformación del “carácter” del poder más que la conquista del mismo, la configuración de un “sujeto social diverso” en relación al referente utópico de la “autoproducción de sujetos”, todo lo cual es convergente en la construcción y recorrido de “otro camino” para otra modernidad.

Desde el mismo sentido de “lugar” explícitamente asumido, el artículo pasa revista a las izquierdas latinoamericanas en el curso del siglo XX, pues la conciencia del “lugar” anterior, es de recibo para discernir el actual y el de futuro. Señala que –con excepciones- ellas adscribieron mayoritariamente a modelos ideológicos de matriz marxista-leninista, que en el despliegue de ortodoxias diversas, además de conspirar contra la unidad, bloquearon la perspectiva de una necesaria “teoría o analítica radical” desde las efectivas condiciones de existencia de las mayorías en el sub-continente, “se independizaron así de sus tramas sociales y de sus bases eventuales e inevitablemente fueron ideológicas, mesiánicas, verticalistas, puntuales y sectarias, aunque también constantes, románticas y heroicas”. Esa izquierda, que Gallardo identifica críticamente como “politicista”, volcada a la “captura del Estado” sin “avanzar en la construcción de

una cultura política popular”, es la que a su juicio “*fue política y culturalmente derrotada durante la segunda mitad del siglo XX*”.

Un primer apartado, *Actitudes metafísicas en relación con la izquierda en América Latina*, discute desde aquellas lecturas que visualizan a la izquierda como “*cosa del pasado*”, hasta la de “*ortodoxos variados y que pueden ser personificados por organizaciones, dirigentes o intelectuales*”, para los cuales “*no habría pasado lo que pasó*” con el socialismo realmente existente en el siglo XX, desde que su lectura reduce todo al colapso del stalinismo. Este, más que un colapso del socialismo, implicaría una oportunidad para su efectiva construcción de la mano de los “*verdaderos*” clásicos del marxismo, que volverían por sus fueros, liberados de las distorsiones de la ortodoxia stalinista. En relación a este último tipo de orientación, proporciona ejemplos y argumentos de “*actitudes metafísicas*” en lo que hace a la comprensión de “*la*” o “*las*” democracias con especial referencia a la identificación del proceso cubano y a la “*cuestión revolucionaria*” en su relación con “*lógicas democráticas*”, que constituyen un desafío central para la izquierda, que esta no podrá resolver adecuadamente, de persistir en las señaladas “*actitudes metafísicas*”.

Frente a las “*actitudes*” o “*criterios metafísicos*” que implican una incompreensión de la izquierda y su “*lugar*”, Gallardo ofrece “*algunos criterios sociohistóricos*” que desarrolla sumariamente: el carácter no reductivo politicista-clasista de las izquierdas actuales lo cual implica una reconfiguración del imaginario clasista clásico, su gestación desde la “*existencia cotidiana*” en razón de “*experiencias de contraste*”, la identidad “*popular*” de la contraparte “*liberadora*” a las “*situaciones de dominación*”, la condición “*plural*” de la “*izquierda social*”, su capacidad de organización y resistencia desde “*cualquier lugar social*” en tanto “*lugares sociales sentidos*”, la necesaria construcción de “*organizaciones partidarias de nuevo tipo*” desde esa diversidad para la construcción de la unidad en desde aquella que podía valerse de una “*reconfiguración del centralismo democrático*” que no sería una reedición del “*centralismo burocrático*” (Harnecker), no en el sentido de “*una dirección unificada*” (o sea temporalmente hegemónica) sino de una “*coordinación efectiva* de las subjetividades comprometidas en la lucha”.

Bajo el título *Condiciones para el retorno ‘electoral’ de las izquierdas latinoamericanas*, desarrolla las ideas con que inicia el artículo, ubicando el tema en el complejo entramado de los problemas de la integración regional, las relaciones con los EEUU, para sostener que no obstante distintos posicionamientos de los gobiernos de izquierda en lo que hace especialmente a este último asunto que ya fueran presentadas, las izquierdas en América Latina “*siguen funcionando sin una crítica social efectiva del comportamiento que llevó a las mayorías populares a aislamientos derrotas, e incluso a aplastamientos, en el siglo XX*”. Advierte que para las izquierdas el sesgo “*politicista*” que han retomado de manera renovada y su éxito electoral, no hacen más que a la reproducción del *statu quo*, por lo que, sin descuidar la participación parlamentaria a través de las organizaciones políticas, las mismas, lejos de aislarse y reproducirse politicistamente en el escenario y espacio de lo político, deben buscar, profundizar y reproducir sus relaciones con “*las tramas, movimientos y movilizaciones sociales populares, que deberían sostenerlas, oxigenarlas y controlarlas...*”.

Notas sobre la izquierda en América Central, constituye el capítulo de cierre del artículo. Señala allí que `América Central`, antes que “una única zona económica y política e incluso cultural”, es en primer lugar “una nominación geográfica (y geopolítica desde el punto de vista de los Estados Unidos)”, predominando en ella la “desagregación regional” y la “falta de integración interna (nacional)”. Proporciona los indicadores que la ubican en el contexto latinoamericano como una zona especialmente empobrecida, destaca las distintas dificultades que afronta su economía, el papel que juega la inversión extranjera en razón de la forma en que ella se efectúa, pone el énfasis en la “precariedad” del “Estado de Derecho” y en su condición de “gallinero” para los Estados Unidos del que las elites criollas hacen suyo el modelo del “american way of life”, la corrupción de las “estructuras públicas” y las profundas asimetrías sociales que con las “experiencias de contraste” que generan “se prolongan en luchas sociales y políticas, usualmente con contenido antiimperialista y popular”. Pasa revista a las luchas y movimientos de izquierda en Guatemala, El Salvador y Nicaragua, señalando la excepcionalidad sin “virtuosismo” de Costa Rica, la guerra de la década de los ´80 y su finalización en acuerdos de paz a fines de la misma y en los ´90, para enfrentarse desde esas condiciones con las imposiciones de la globalización. Señala tanto la factibilidad de las izquierdas por el extendido dolor social que puede estar a la base de su gestación, como de sus dificultades de articulación en cuanto la misma puede ser vivida como sinónimo de guerra, dada la demonización operada por las oligarquías locales y el control omnipresente del centro imperial.

En ese contexto, además de pasar revista a las más conocidas situaciones del FMLN en El Salvador y del Frente Sandinista en Nicaragua, ilustra acerca de la menos conocida situación de la izquierda en Costa Rica, estimando tras el surgimiento y desempeño electoral del Partido de Acción Ciudadana y su eventual articulación con “la movilización social y ciudadana” que “nacería, con buenas posibilidades, una peculiar izquierda en uno de los países más conservadores de América Latina”.

La presentación sumaria ensayada de los cinco artículos, que permite anticipar diferentes enfoques, perfiles, fundamentos, argumentos, objetos específicos de análisis y el aporte de valoraciones diversas, adelanta un abanico amplio de respuestas a las “preguntas a tener en cuenta” que procuraban motivar la convocatoria, al tiempo que sugiere también nuevas preguntas pertinentes para la reflexión, la investigación y el debate.

La lectura atenta de los mismos, a la que les invitamos, realizada desde vuestras propias experiencias, conocimientos y “lugares” (históricos, sociales, políticos, disciplinarios y académicos) y con vuestras propias preguntas, seguramente les proporcionará ocasión para replanteos y ampliaciones que puedan contribuir a la elucidación del “lugar de la izquierda en América Latina” en el desafiante siglo XXI.

Yamandú Acosta,
Montevideo, 30 de marzo de 2007.

La “tercera ola” de las izquierdas latinoamericanas: entre el populismo y la social-democracia

Jorge Lanzaro⁽²⁾

En América Latina, se registra un nuevo ciclo de desarrollo de los agrupamientos políticos de izquierda o centro-izquierda - “progresistas”, en un sentido más amplio - que en varios casos mejoran sus posturas como fuerzas de oposición, conquistan puestos en distintos niveles de administración regional y compiten con expectativas de alternancia a escala nacional, accediendo al gobierno en un arco de países importante, que incluye algunos de los más significativos de la región, en términos de economía, población, tamaño, proyección estratégica, ubicación política internacional: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Nicaragua, Panamá, Perú, Venezuela, Uruguay.

Parafraseando a Huntington (1991), después de Toffler, podría decirse que estamos ante una “tercera ola” de alza de las izquierdas latinoamericanas, si contamos a partir de las emergencias de los años 1960 y 1970 – pasando por la Revolución Cubana y la tragedia de la Unidad Popular en Chile – con una segunda tanda, que al correr la década de 1980 se desplaza hacia Centro América, merced a los movimientos políticos y militares que toman la posta, destacando en su hora la Revolución Sandinista. La fase actual da lugar a sucesos diferentes de los que pudo haber en aquellos dos tramos y en el pasado anterior, los cuales despiertan una atención destacada en el contencioso político y en el debate académico.

Con ello se abre una agenda de investigación, que lleva a renovar la discusión teórica, plantea la necesidad de reelaborar conceptos y repasar la historia, profundizar en los estudios de los casos actuales y proponer tipologías que den cuenta de las distintas experiencias en curso, respondiendo a interrogantes sobre las características de estos giros políticos, su significado y sus alcances, en lo que refiere a los derroteros de la democracia y del desarrollo, con miras a la construcción de alternativas ante las corrientes neo-liberales.

Las páginas que siguen contienen algunos apuntes que quieren constituir un aporte para dicha agenda de investigación, retomando los avances que ya existen.

El trabajo empieza por evocar el contexto histórico en que se produce el actual giro a la izquierda en América Latina, en referencia a la coyuntura crítica de la transición liberal, los efectos que ésta tiene para los sistemas de partidos y la

² Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.

estructura de oportunidades que se abre para las opciones progresistas, al canto de una inflexión en el ciclo de fortuna del neoliberalismo.

A continuación, el texto subraya la diversidad que presentan las figuras de gobierno en esta nueva “ola”, lo que genera un panorama complejo y hace más difícil que nunca establecer qué quiere decir “izquierda” en la actualidad contemporánea. Está claro, en todo caso, que estos gobiernos muestran diferencias marcadas en su conformación política, cuando no en las orientaciones concretas que adoptan, a nivel nacional y en las relaciones internacionales – particularmente a las que se tejen entre ellos y frente a los EEUU – habiendo, en el ámbito regional, flujos de imitación y aprendizaje, contagio político y “vasos comunicantes”, pero al mismo tiempo alineamientos distintos, cierta rivalidad de “modelos” y una disputa por el liderazgo, sorda o estridente.

Algunos hablan a este respecto de la contraposición de “dos izquierdas” (Petkoff 2005, Castañeda 2006). En un enfoque apegado a la disciplina de la Ciencia Política puede hacerse una clasificación primaria en función del tipo de partido o movimiento que compone el gobierno y de la fisonomía de cada sistema de partidos, su grado de institucionalización y los patrones de competencia vigentes, lo que remite a su vez a rasgos diferenciales en el modo de gobierno y en los formatos de democracia.

En base a este criterio pueden identificarse inicialmente tres modalidades: los gobiernos de carácter populista de nuevo cuño, los gobiernos que responden a una recreación de partidos de raigambre nacional-popular que existían con anterioridad y los gobiernos de tipo social democrático. En las dos primeras categorías encontramos experiencias singulares, con peculiaridades propias – notables en algunas de las manifestaciones neo-populistas - que tienen sin embargo antecedentes en distintas etapas de la vida latinoamericana, entroncando con las vertientes tradicionales del populismo o del nacionalismo popular. Por el contrario, las fórmulas social democráticas constituyen un hecho absolutamente inédito para la región.

Volviendo sobre una cuestión recurrente, largamente debatida y muy polémica, el capítulo siguiente recorre brevemente el camino que va del populismo de los antiguos al populismo de los modernos, lo cual implica apartarse de los enfoques que asocian el populismo a una “macro-economía” determinada, nos lleva a repasar las líneas matrices de un concepto específicamente político del género populista y a encarar un esbozo de periodización, recordando las sucesivas coyunturas críticas que han dado lugar a emergencias de esta especie.

El texto concluye con una caracterización de las fórmulas criollas de social democracia, que constituyen la gran novedad de esta temporada y si bien pueden ser comparables a sus referentes europeos, llevan la marca de los patrones de desarrollo histórico de América Latina y sobrevienen en el surco de la era neoliberal. La definición de estas figuras está basada una vez más en el tipo de partido y de sistema de partidos que las generan, lo que remite a las rutas de

llegada al gobierno y a los modos en que se ejerce. A partir de allí, se indican las posibilidades en el balance de continuidad e innovación que esta clase de gobiernos afronta, dentro del marco de restricciones en el que actúan, pero atendiendo a una dinámica que depende en mucho de su composición política concreta y de los lances de la competencia inter e intra partidaria.

Esta aproximación delinea uno de los posibles abordajes para la investigación que este empuje de las izquierdas latinoamericanas reclama. Con tal enfoque, cabe abordar dos grandes aspectos. En primer lugar, hay que insistir en los estudios que cataloguen las diversas experiencias de gobierno y las ubiquen entre uno y otro extremo, sobre el continuo que se despliega entre el populismo y la social democracia, en ese abanico que va desde Venezuela hasta Chile. En segundo lugar, queda por ver en concreto la composición de las agendas políticas de tales gobiernos, preguntándonos cómo se colocan estas distintas “vías” frente a los grandes desafíos de nuestra región: la afirmación de la democracia y los avances en un derrotero “*post-liberal*”, que puedan concurrir al lanzamiento de un nuevo “*desarrollismo*”.

Una “coyuntura crítica”: los partidos en la transición liberal

La tercera ola de las izquierdas latinoamericanas surge en el curso de la “*doble*” transición por la que atraviesa la región en las últimas dos décadas: la transición democrática y la transición liberal.

a) La transición democrática se produce con la salida de los regímenes autoritarios y desde otros puntos de partida - como sería el caso peculiar de México o las situaciones de guerra civil en Centro América - llevando al establecimiento de nuevos sistemas democráticos, de diverso tipo y calidad, con mayor o menor estabilidad y algunos déficit serios, de antigua data o más recientes.

b) La transición liberal o neo-liberal modifica la matriz de desarrollo que predominó a lo largo del siglo XX y en particular después de la crisis de 1930, por medio de una serie de reformas estructurales, que afectan al estado y al mercado, la economía y la sociedad.

Ambos fenómenos – entrelazados, con distintas secuencias y distintos resultados (Lanzaro 2004b, Torre 1998) – van asimismo acompañados de cambios significativos en el sistema político, incluyendo una serie de procesos de reforma, sobre todo en lo que toca al régimen de gobierno presidencial, a las reglas electorales y en algunos casos a los estatutos de ciudadanía. En particular, se sancionaron reformas constitucionales que han ido generalizando la elección mayoritaria del presidente, en dos vueltas con *ballottage*, lo cual tiene consecuencias con respecto a la estructura de competencia en que se mueven las

izquierdas y el ajuste de sus estrategias, dado el caudal de apoyos que tienen que alcanzar sus candidaturas presidenciales.

La secuencia de las transiciones implica una rotación histórica mayor - un verdadero “*cambio de época*” - que constituye en sentido estricto una “*coyuntura crítica*”: es decir, una fase de transformaciones significativas – de reorientación “*dramática*” de los trayectos nacionales - que ocurre de distinta manera en los diferentes países, dejando por ende legados también diferentes (Collier & Collier 1991).

Esta coyuntura crítica plantea desafíos graves para los partidos y los sistemas de partidos. Aunque media un trasfondo de actitudes “*anti-partido*”, que se acoplan a las posturas “*anti-política*”, fomentadas por algunas derechas y algunas izquierdas, ello no implica la “*declinación*” de la forma-partido en cuanto tal, como proponen algunos enfoques al uso³. Lo que sí es cierto es que estamos en un período de “*darwinismo político*” (Coppedge 2001), a lo largo del cual los partidos y los sistemas de partidos compiten por su propia sobrevivencia, tratando de torear los cambios y de dirigirlos, a través de esfuerzos de adaptación y control. Para ello deben afrontar las exigencias de su propia transformación: como seres mutantes, en medio de un giro estructural mayúsculo, acusando los efectos de la transición liberal y de las evoluciones políticas concurrentes, que en más de un caso, ellos mismos se encargan de poner en marcha.

La problemática de la institucionalización de los sistemas de partidos proporciona un enfoque útil para el análisis del panorama latinoamericano y la clasificación de los distintos casos, en el rastro de los planteos de Huntington (1968) y a partir de un trabajo de Mainwaring y Scully (1995), que propone un conjunto de dimensiones apropiadas para evaluar la institucionalización⁴.

No obstante, es preciso ir más allá. En un enfoque institucionalista de corte histórico y más dinámico, hay que tener en cuenta las alteraciones que genera este ciclo de cambios en la tipología de los partidos: en su organización y sobre todo en sus funciones y sus recursos de poder, en los vínculos con la ciudadanía, los agentes económicos y los sujetos sociales, en la estructura de competencia y las estrategias políticas.

Por esa senda podemos ubicarnos en una óptica clásica y abarcativa, que considera la mutación en los partidos y en los sistemas de partidos, en referencia a cambios sustanciales en varios órdenes: régimen de gobierno y sistemas electorales, pautas de representación y medios de comunicación, con alteraciones en las formas de organización partidaria. Pero asimismo – recuperando algunos

³ Una exposición sintética y crítica sobre las hipótesis de declinación de los partidos, se encuentra en Montero & Gunther 2002. Respecto a la continuidad de los partidos en América Latina, ver Alcántara & Freidenberg 2001.

⁴ Cfe: Hagopian & Mainwaring 2005, Mainwaring & Torcal 2005. Ver asimismo Randall & Svåsand 2002.

trazos de la vieja problemática del desarrollo - en referencia a cambios económicos y sociales, a los paquetes de reformas que se han aplicado en nuestros países y a las diferentes formas de recepción que tienen en cada comarca los flujos de la “*globalización*”, en procesos que dependen fuertemente de los condicionamientos externos, pero son en definitiva determinados por las relaciones internas, sabiendo que, país a país, es la política la que hace la diferencia (Lanzaro 2006). Esto remite más ampliamente al relevo en los modelos de desarrollo, con modificaciones importantes en la estructura y funciones del estado, que implican un giro en los enlaces entre política y mercado.

Los partidos y los sistemas de partidos evolucionan en la coyuntura de distinta manera y con fortuna variada. La fase de turbulencia puede llevar a situaciones de crisis o des-institucionalización e incluso al “*desplome*” de los sistemas de partidos (como en Venezuela). Pero puede asimismo mantener escenarios de continuidad (como en Honduras) o bien dar paso a la renovación de los partidos y al progreso de los sistemas de partidos, con una institucionalización que se sostiene e incluso avanza, sea con las unidades preexistentes o con el desarrollo de nuevos partidos (recomposición en la morfología del sistema y eventualmente realineamientos electorales). Esto ocurre de manera efectiva en países en que los sistemas de partidos han sido históricamente consistentes – como en Chile y Uruguay - y aun en países en donde han sido más “*rudimentarios*” – como en Brasil - o allí donde hubo una institucionalidad fuerte y duradera, con un partido monopólico, que es el caso de México.

La implantación y la solidez del sistema de partidos – si se quiere, la “*partidicidad*” de un sistema político (*partyiness-partyless*) - es un elemento determinante de las modalidades de la transición, con respecto a la calidad de la democracia y a la calidad de las reformas estructurales, modelando las características concretas que estas adoptan y la magnitud de la liberalización que se consigue imponer. En particular, los rasgos del sistema de partidos, su consistencia y su marcas de pluralidad, tienen una incidencia decisiva en lo que toca al régimen de gobierno y específicamente, para diferenciar los distintos tipos de gobiernos de izquierda. Como en seguida veremos, esta es una piedra angular en el enfoque que adoptamos para distinguir el populismo de la social-democracia.

Los partidos “*tradicionales*” de la región – que son de distinto género y que en varios países se han puesto a la cabeza de los empujes de reforma liberal – enfrentan en este trance múltiples dificultades, derivadas de sus procesos de reconversión y de las secuelas que esta tiene.

Las causales de crisis de los partidos o de las familias de partidos son variadas, contando aquellas que remiten a cuestiones de liderazgo, a la organización y al perfil de convocatoria electoral (Mair 1997), con implicaciones básicas en materia de identidad y de oferta política. Entre las dificultades

corrientes, destacamos las que derivan de cambios en el régimen electoral y significativamente, las que responden a la transición liberal⁵.

Las transformaciones del modelo de desarrollo anteriormente en plaza – que afectan al estado y a la naturaleza de la política, a la intervención en la economía, los modos de regulación pública del capital y de los mercados – alteran al mismo tiempo el catálogo de funciones y los recursos de poder de los partidos, las mismas capacidades de gobierno, sus pautas de legitimación y sus cadenas de vinculación, los *linkages* con los sujetos sociales y los actores colectivos (Kitschelt 2000, Lanzaro 2004a).

De hecho, hay una recomposición en el oficio de “*partidos de estado*” que las colectividades tradicionales han practicado por años y en particular se ve recortada la condición de partidos “*keynesianos*” (Lanzaro 1994), al uso de los modelos vernáculos del capitalismo “*protegido*”: un sitio que, en forma más o menos directa, ubicaba a los partidos como productores y distribuidores de bienes públicos y prestaciones reguladoras, a través de programas de pretensión universal y de acciones particularistas, redes de clientela y circuitos corporativos.

Una estructura de oportunidad

La coyuntura histórica de la transición es en sí misma una “*estructura de oportunidad*”, cuyos trazos se pronuncian a raíz de los picos de crisis que bordan el umbral del siglo XXI. Se verifica pues un momento privilegiado para el desenvolvimiento de nuevas emergencias políticas, en claves de continuidad y de diferenciación con respecto a las composiciones que pudieron predominar en la fase precedente.

La metamorfosis de la política, más los reacomodos y desacomodos en la vida de los partidos que hemos señalado, generan desagregaciones políticas y nuevas oposiciones, flujos de realineamiento y volatilidad electoral, fragmentación y divisiones o fracturas, que algunos mal que bien van sorteando y para otros tienen consecuencias graves, cuando no terminantes (Hawkins 2001). Entre las élites y a nivel ciudadano alimentan el “*malestar*” de la democracia y las actitudes anti-partido, rebajando la popularidad de la política y los políticos, que ya no son lo que eran, ni hacen lo que solían hacer.

⁵ En referencia a este último aspecto ver los trabajos incluidos en la recopilación de Cavarozzi & Abal Medina 2002, en particular el capítulo de Kenneth Roberts (Roberts 2002).

Cuadro I
Democracia: Apoyo y Satisfacción

Democracia	Apoyo	Satisfacción
Argentina	65	34
Bolivia	49	24
Brasil	37	22
Chile	59	43
México	59	24
Perú	40	13
Uruguay	77	63
Venezuela	76	56

Fuente: Informe Latinobarómetro 2005 (%)

Cuadro II
Confianza en los Partidos
(mucho confianza y algo de confianza)

Países	1995	1996	1997	1998	1999-2000	2001	2002	2003	2004
Argentina	26	17	28	17	15	12	9	8	12
Bolivia	s/d	16	20	20	12	11	17	6	7
Brasil	17	17	18	20	13	20	25	16	23
Chile	32	27	34	24	24	24	34	13	23
México	39	18	31	34	34	21	22	11	14
Perú	20	19	21	17	19	23	23	8	12
Uruguay	39	32	45	35	36	38	30	18	33
Venezuela	16	11	21	15	23	30	34	14	22

Fuente: Latinobarómetro (%)

Tales circunstancias se asocian a las consecuencias del neo-liberalismo y la globalización, que recomponen los déficit de antigua data: la pobreza, la desocupación y los altos índices de desigualdad, las formas de marginalidad viejas y recientes, la heterogeneidad y la fragmentación, en fin, las múltiples manifestaciones del dualismo de nuestras sociedades, que se recrean en esta nueva tanda de modernización capitalista, como contracara de ciertos empujes de crecimiento económico.

Cuadro III
Pobreza y Desigualdad

Países	Desigualdad *			Población bajo Línea de Pobreza (%)		
	2004	2000	1990	2004	1999	1994
Argentina	17	17	14	30	45	16
Bolivia	44	48	21	62	61	62
Brasil	32	36	35	39	38	45
Chile	18	19	18	19	23	28
México	16	19	17	37	47	45
Perú	16	22	...	55	49	...
Uruguay	10	10	9	23	9	10
Venezuela	18	18	13	49	49	49

* Ingreso 20% más rico sobre 20% más pobre

Fuente: CEPAL - *Panorama Social de América Latina 2005*

Por cierto, el proceso repercute de distinta manera en las diferentes categorías sociales, con resultados variados y variables para las clases bajas y para las clases medias, en los mundos rurales y en los circuitos urbanos, entre los indígenas, los campesinos y las demás franjas de trabajadores, formales e informales, mediando la recomposición de las segmentaciones precedentes, que son sustituidas por otras segmentaciones, lo que redefine las fronteras de inclusión-exclusión.

Naturalmente, en estas incidencias juega mucho el cambio en la capacidad del estado en materia de regulación económica y en la producción directa de bienes y servicios, el retiro o el estrechamiento de las redes públicas de integración social y de integración regional, los empujes de una mercantilización que se expande y penetra en zonas en las que pudo haber anteriormente cierto grado de desmercantilización, afectando las coberturas de protección, el asistencialismo, así como los logros de “*welfare*” y de ciudadanía social que en los países mejor desarrollados de la región han tenido cierto calado.

Las propias condiciones de estatalidad (*stateness*) - que se ponen en juego en algunos cursos de transición (Linz & Stepan 1996) – se ven aquí afectadas. En cierta medida y a veces con magnitudes graves, en lo que toca a los atributos “*primarios*” del estado, en referencia a sus poderes básicos, la jurisdicción territorial y la vigencia efectiva del orden público, las funciones de control, la seguridad y el disciplinamiento de los sujetos sociales. Más generalmente, la estatalidad se resiente también en los cometidos que las concepciones liberales consideran “*secundarios*”, pero que son y siempre han sido igualmente fundamentales, ya que conciernen al ordenamiento y la animación de la economía,

del mercado y del trabajo, a la reproducción y la integración social, al planteamiento de las subjetividades individuales y de la integridad nacional.

Las crisis económicas que estallan a comienzos del siglo XXI agudizan dichas tendencias, fomentan las manifestaciones de descontento y pronuncian ciertos sentimientos de malestar o de “*frustración*”, que hacen mella en las actitudes políticas con respecto al modelo vigente (Paramio 2003). En los casos más graves - de insuficiencia, desacomodo o desplome del sistema de partidos - median flujos de desagregación agudos, generando anomia y situaciones de “*disponibilidad*” en ramas de las élites, en algunas fracciones de clase y en diversos sectores populares.

Las respuestas que se generan son sin embargo variadas. Por lo pronto, la crisis no golpea en todos los países, ni lo hace de la misma manera. Y cuando efectivamente sobreviene, pasa por procesos diversos de gestión política, en función de la calidad de los gobiernos y de la calidad de la oposición, de las producciones de liderazgo y en particular, de la consistencia de los partidos y la tasa de lealtad del sistema en su conjunto⁶.

Por obra de las mismas variables y dependiendo en mucho de la disposición de los partidos, también se advierten diferencias en el comportamiento de los ciudadanos. El malestar – que viene en distintas dosis y en distintos formatos - da lugar en ciertos casos al “*plebiscito de las calles*”, con iniciativas de movilización popular, a veces “*espontáneas*”, pero mayormente organizadas y de autores varios, moderadas o fuertemente contestatarias y disruptivas. Anudándose con este tipo de manifestaciones y más comúnmente como opción alternativa, la animosidad ciudadana se expresa mediante el plebiscito de las urnas, a través de pronunciamientos electorales, en los que puede pesar el denominado “*voto económico*” (Lewis-Beck & Stegmaier 2000), aunque también otros factores. Tales acontecimientos se vuelven de un modo u otro contra los responsables de las políticas aplicadas, generando realineamientos y alternancias.

Algunos gobiernos que carecen de apoyos partidarios sólidos o que pierden los que tenían, se hunden en el conflicto. En los últimos años, ello ha ocurrido en varios países y en los casos de Argentina, Bolivia y Ecuador, más de una vez. Pero estos episodios difieren del cuadro que ha sido tradicional en la región: regímenes “*de excepción*”, disolución parlamentaria, autocracia presidencial, golpes militares. La mayor parte de las crisis políticas que se han sucedido en los últimos tiempos no acarrear un quiebre tan grave y se han capeado sin rupturas institucionales mayores ni intervención militar abierta, en clave de una relativa continuidad democrática, mediante la sucesión forzada del presidente, con períodos de interinato y elecciones de relevo (Pérez Liñan 2005)⁷.

⁶ Sin ir más lejos, bastaría, por ejemplo, revisar las diferencias en la gestión de la crisis del 2001 en Argentina y Uruguay con cursos y desenlaces distintos a nivel político y económico.

⁷ Estas caídas que tienen su origen en el vacío político que envuelve al presidente, derivan a menudo de la “*deslealtad*” y de los cálculos de conveniencia de los partidos, en sistemas de baja institucionalización. Pueden combinarse con movilizaciones populares y ser coronadas o



Crisis argentina, año 2001.
Ahorristas atrapados en el "corralito".



Crisis política en Ecuador, 2005. Destitución del presidente Lucio Gutiérrez.

Estas incidencias políticas y económicas marcan una inflexión en el ciclo de fortuna del neo-liberalismo y se delinea una estructura de oportunidad, que abre posibilidades para los movimientos “desafiantes” y en particular, para las alternativas “progresistas”, de izquierda o centro-izquierda. Pero hay que tener claro - y vale insistir sobre el punto - que las condiciones de deterioro político, económico y social no son de por sí mismas suficientes y sólo logran avances significativos aquellos que practican estrategias pertinentes: acordes a los patrones de competencia en que actúan, dentro de paisajes políticos distintos y con desempeños variables, dependiendo en particular del perfil concreto del correspondiente sistema de partidos.

simplemente sancionadas por alguna suerte de “golpe de estado” parlamentario. En las fórmulas de salida - que implican interinatos sin instalaciones autoritarias “clásicas” y desembocan en nuevas elecciones - juegan también las apuestas de los partidos y otros factores de la política interna, así como la influencia del contexto internacional y la intervención “moderadora” de los Estados Unidos y de los gobiernos latinoamericanos de peso.

Para una tipificación política del populismo

En este cuadro - en un número creciente de países y con diferente implantación - asistimos a otro ciclo de desarrollo de partidos y movimientos de signo “*progresista*”, de izquierda o centro-izquierda (en una calificación siempre problemática, que no en todos los casos es pacíficamente admitida).

Más allá de las distintas expresiones de la izquierda “*social*” (Modonesi 2004), hay en estas filas agrupamientos que se ubican en las sintonías de la competencia política y recorren el camino electoral, en lo que configura uno de los trazos característicos de esta “*tercera ola*”. Es así que crecen como núcleos de oposición y acceden en muchos casos a los órganos de administración en varias capitales del continente o en otras instancias regionales (municipios, departamentos, provincias, estados), mediante ejercicios que dan pie al aprendizaje y la experimentación, promueven avances en los partidos y en sus élites - con mejoras en las destrezas de gestión y en las cotas de legitimación - sirviendo a veces de pedestal para el ascenso político.

Cuadro IV

Candidatos progresistas, de izquierda o centro-izquierda electos o reelectos como presidentes

País	Elección	Candidato	Partido	Primera Vuelta Votos (%)	Segunda Vuelta Votos (%)
Argentina	2003	Néstor Kirchner	PJ	22	
Bolivia	2005	Evo Morales	MAS	53	
Brasil	2006	Lula da Silva (1)	PT	48	62
Costa Rica	2006	Oscar Arias	LN	41	
Chile	2005-06	Michelle Bachelet (2)	CPD-PS	46	53
Ecuador	2006	Rafael Correa	PAIS	23	57
Nicaragua	2006	Daniel Ortega	FSLN	38	
Panamá	2004	Martín Torrijos	PRD	48	
Perú	2006	Alan García	APRA	24	53
Uruguay	2004	Tabaré Vázquez	FA	50	
Venezuela	2006	Hugo Chávez (3)	MVR	63	

1) Segundo período consecutivo, desde 2002.

2) Cuarto período consecutivo de la Concertación, desde 1990: con dos presidentes de la Democracia Cristiana (Patricio Aylwin y Eduardo Frei) y dos de origen socialista (Ricardo Lagos y Michelle Bachelet).

3) Tercer período consecutivo, desde 1999.

Marcando un giro hacia la izquierda en el continente, que adquiere proyecciones significativas, los agrupamientos de este género han llegado al gobierno nacional en un arco de países importante: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Nicaragua, Panamá, Perú, Venezuela, Uruguay. Este mapa

abarca distintas configuraciones, que pueden catalogarse en función del sistema de partidos y del tipo de partido o movimiento predominante, lo que va asociado al estilo de liderazgo presidencial y al modo de gobierno.



Limitándonos únicamente al campo de los gobiernos, distinguimos en forma esquemática la rama compuesta por las experiencias de corte social democrático, que son flamantes y no tienen precedentes en la región. Junto a ellas encontramos otras dos manifestaciones: las figuras populistas de nueva cepa y las recreaciones del nacionalismo popular. Con sus peculiaridades propias, estas dos últimas pertenecen genéricamente al tronco del populismo, que es un fenómeno recurrente en América Latina. Este esbozo rústico de tres clases de gobiernos – cada uno con sus variantes y repartidos a su vez en un par de categorías más amplias - se emparenta con la problemática de las “*dos izquierdas*”, que es objeto de otros abordajes en el debate político y en artículos periodísticos⁸.

Sin hacer referencia a los populismos en general - con su gama tan variada y extensa de manifestaciones, desde fines del siglo XIX hasta el presente (ver por ejemplo: Ionescu & Gellner 1970, Hermet 2001, Rioux 2007) – aun circunscribiéndose al muestrario latinoamericano, que es también surtido, entramos en uno de los pantanos de las ciencias sociales: un terreno polémico

⁸ Acerca de la cuestión de las “*dos izquierdas*” - como muestra de una literatura que empieza a ser copiosa – ver el número monográfico de la Revista *Nueva Sociedad* – 197/2005 (Caracas).

como pocos, de complejidades y perplejidades, que resulta resbaladizo y problemático⁹.

Estamos ante un fenómeno “*elusivo y proteico*”, que ha sido y vuelve a ser un foco de disputas encendidas, en base a múltiples criterios de definición¹⁰. Uno de los enfoques más influyentes lo asocian a un patrón de políticas públicas y en particular a la orientación económica¹¹. Los cultores más recientes de esta perspectiva producen planteos pujantes que logran audiencia, como parte de la campaña ideológica que apuntala el auge neo-liberal y más generalmente, como una prédica en favor de la disciplina fiscal y el respeto de las restricciones en economías abiertas, durante la nueva era de globalización.

Se insiste entonces en componer una economía política del populismo en América Latina, la cual envuelve a las diversas manifestaciones de la etapa de desarrollo “*hacia adentro*”, que arrancan a principios del siglo XX y florecen durante el período de la “*sustitución de importaciones*”. Esta aproximación retoma a su manera los lineamientos seminales de Gino Germani, acerca de las figuras del nacionalismo popular en dicha fase de modernización (Germani 1962). Y viene por añadidura a enjuiciar las manifestaciones desarrollistas “*tardías*”, que surgen cuando aquella etapa estaba vencida. Con esa impronta se mete por ejemplo en la misma bolsa a los dos batllismos uruguayos (el de principios del siglo XX y el de la segunda post-guerra) y a los populismos “*clásicos*”, que de veras se instalaron en varios países de la región, particularmente en México, Brasil y Argentina. Tal rejunte se liga a su vez a otras experiencias de las últimas tres décadas del siglo XX y viene coronado por el *handy case* que suministra la primera presidencia de Alan García en el Perú, proyectada por mérito propio como la imagen viva del desbarajuste.

Según un análisis representativo de esta óptica, el populismo se caracteriza por insistir en las políticas macroeconómicas expansivas y en el control del mercado, en aras de sus propósitos redistributivos, a fin de combatir la desigualdad e impulsar la demanda interna y el empleo, desatendiendo las restricciones externas e internas, sin el debido cuidado por el déficit fiscal y los equilibrios económicos. Estas trazas definen en términos generales la “*macroeconomía del populismo*” (Dornbusch & Edwards 1991¹²), con argumentos

⁹ El populismo se refiere a tal diversidad de acontecimientos, que algunos autores postulan una “*tesis negativa*” y creen que es imposible encontrar rasgos comunes que justifiquen la construcción de un concepto científico (Mouzelis 1985). A su vez, Isaiah Berlin hablaba del “*complejo de la Cenicienta*”: “... existe un zapato – la palabra “*populismo*” – para el cual existe un pie en algún lugar. Existen toda clase de pies que casi lo pueden calzar ...” (Mackinnon & Petrone 1999: 11).

¹⁰ Para una presentación de las distintas criterios de conceptualización del populismo ver Roberts 1995 y Weyland 2001.

¹¹ Salvando las distancias y mediando diferencias sustantivas en los parámetros de argumentación, esta línea podría remontarse a la cruzada de Lenin contra el *narodnichestvo* ruso. Cfe.: Lenin, *El contenido económico del populismo* (1894), en la recopilación publicada por Siglo XXI: Madrid 1974.

¹² En este texto, ver en particular los planteos generales de Dornbusch & Edwards y el de Kaufman & Stallings, que encuadran una serie de estudios de caso.

que encierran una crítica más amplia: que se ajusta a los parámetros de disciplina macroeconómica que se han vuelto dominantes, condena de hecho las pragmáticas típicas del keynesianismo – especialmente en las formas “*periféricas*” que practicó nuestra región - y apunta sus baterías contra las alternativas de gobierno político de la economía y el mercado.

Más allá del interés que despierta esta discusión, en rigor, no parece adecuado identificar al populismo con una economía política única y uniforme (Roberts 1995, Knight 1998). La historia muestra por el contrario que los sucesivos modelos de desarrollo – en nuestra periferia, pero también en el centro – han cuajado al influjo de diferentes regímenes políticos. En estos términos, el populismo aparece como un fenómeno específicamente político, que debe ser definido como tal y que en el horizonte de América Latina, ha estado asociado a distintos momentos históricos. La recurrencia del fenómeno reclama pues de una periodización histórica cuidadosa y es en el marco de un modelo político que cabe ubicar los rasgos cambiantes de su accionamiento en lo económico y lo social.

A la periodización hay que agregar en la misma tecla, un distingo elemental entre lo que son movimientos populistas o eventualmente partidos, cuando no simplemente figuras políticas o candidatos electorales y los que se constituyen como regímenes populistas e implican una ecuación de gobierno, que son aquellos a los que aquí nos referimos. En este cauce es preciso igualmente identificar tipos dentro del género, que son entre ellos bastante diversos.

A nuestro entender, la matriz política aporta también un cuadro de entendimiento de las fórmulas ideológicas, otra de las claves mayores en el catálogo de interpretaciones del populismo, a lo largo de la historia moderna y en lecturas renovadas¹³, a partir precisamente de su invocación del “*pueblo*” – en una composición raigal, pero siempre diferente - adjunta a menudo a un designio fundacional y a una pretensión hegemónica, de filos antagónicos.

Si se trata de construir una definición política de los populismos (Weyland 2001), podemos partir de la base de que tales expresiones nacen en el contexto de regímenes faltos de pluralidad, sin balance de poderes ni equilibrios institucionales – con sistemas de partidos débiles o en descomposición - como iniciativas de representación o activación política, encabezadas por liderazgos plebiscitarios, dirigidas a franjas de élite, fracciones de clase y capas bajas, perjudicadas y de alguna manera excluidas, marginadas o en estado de “*disponibilidad*”, a causa del vacío político y las carencias del establishment¹⁴. La convocatoria populista es constitutivamente popular y nacionalista: se despliega en torno a demandas reivindicativas o de inclusión y a problemas de proyección nacional – hacia el exterior o el interior del respectivo país - articulando grandes

¹³ Ver por ejemplo la sección dedicada a los componentes ideológicos del populismo en Ionescu & Gellner 1970 o el enfoque peculiar de Laclau 1978 y 2005.

¹⁴ Es válido pues afirmar que el populismo es el “*espejo*” de las líneas de falla de la democracia, en términos de integración política y de integración social (Panizza 2005).

cuestiones o clivajes sociales, políticos, económicos, en esquemas de competencia adversativa y vocación proto-hegemónica, con designios decisionistas, reformadores o re-fundacionales. Sus apelaciones y sus líneas de movilización dan prioridad a las identidades sociales y llegan incluso a anteponerlas a la ciudadanía política, obrando por vía electoral y a través de relaciones de masas. La pirámide populista se construye por definición en base a un liderazgo personal, pero asimismo con el concurso de una “*contra-élite*” y alguna forma de articulación de masas, con grados y modalidades diferentes de organización, sirviéndose de los recursos de gobierno y los organismos del estado, contando a veces con armazones propias, movimientos de apoyo, aparatos corporativos y redes de clientela .

Merced a las características iniciales del cuadro en que comparecen y a sus mismas formas de actuar, los gobiernos populistas tienden a reproducir escenarios con asimetría de poderes, polarización y desequilibrios institucionales, generando usualmente configuraciones afectadas por la inestabilidad y de baja calidad democrática, cuando no autoritarias. A raíz de esta suma de factores, resalta la distancia con el liberalismo político, así como los contrastes de una eventual “*democracia populista*” con la democracia republicana y los regímenes pluralistas¹⁵.

De no mediar cambios que promuevan la paridad de poderes, pluralismo partidario y mejoras institucionales, la persistencia de los populismos y la estabilización de los regímenes de este linaje depende de sus logros en la construcción de una nueva hegemonía y de la consistencia de sus montajes de organización. De hecho, sólo la Revolución Mexicana dio lugar en su momento a una democracia populista duradera – prácticamente, el único régimen estable del nacionalismo popular latinoamericano - merced a las peculiaridades de su gestación política y a una institucionalización robusta. En los demás casos históricos, los rodajes del populismo – en itinerarios interrumpidos o con vida más larga, pero en parábolas recurrentes de inestabilidad - tienden a recaer en vicios políticos similares a los que permitieron su lanzamiento de origen.

Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos

Aunque el populismo como sesgo político puede ser moneda corriente, las emergencias significativas sobrevienen en las grandes coyunturas críticas, durante procesos de cambio que en otros casos se tramitaron por caminos políticos diferentes. Hay en particular situaciones contrapuestas, que son precisamente aquellas donde plasma un equilibrio de poderes, en sistemas que llegan a estar formados por partidos de ciudadanos, plurales y competitivos, progresivamente consistentes e institucionalizados. Son sistemas capaces de dar curso a los cambios, manteniéndose fundamentalmente dentro de esos mismos parámetros, aun cuando medien alteraciones y algún recambio en los partidos protagónicos. En los cuadros marcados por la debilidad, puede haber precisamente andamios

¹⁵ Sobre este punto ver por ejemplo: Riker 1982, Dahl 1989b, Lanzaro 2001.

populistas, que circulan por las fallas del sistema, ingresan en el “vacío” pre-existente o generan disrupciones por su propia ofensiva antagónica. Tenemos pues casos en que una movilización transcurre a partir de iniciativas que surgen desde adentro del establishment y casos en que la movilización proviene de agentes en cierto modo “externos”. En unos y otros, el perfil de las acciones políticas correspondientes depende en buena medida de las características del arco de partidos y en particular de su calidad competitiva.

El cotejo entre estas dos vías remite a su vez a las alternativas en materia de democracia y autoritarismo, de principios de representación diferenciados y hasta contrapuestos, de régimen de gobierno y balances institucionales. Y su presencia repetida es una pauta constante de la historia latinoamericana, que se delinea en el building originario – a la hora de la formación del estado y del mercado nacional, del armado de los regímenes políticos y de los propios sistemas de partidos - volviendo a aparecer en los sucesivos períodos críticos de reestructuración política y económica¹⁶.

El populismo de los antiguos – en sus expresiones más “tempranas” - surge en los umbrales del siglo XX durante la “democratización fundamental” (Mannheim 1940) - el pasaje de la política de élites a la política de masas, en oposición a los regímenes oligárquicos - como una de las rutas de “incorporación” popular, que dejan legados de largo plazo y moldean las matrices de desarrollo (Dahl 1989a, Collier & Collier 1991).

Los populismos “clásicos” se despliegan en la etapa consecutiva de “desarrollo nacional”, mediante el keynesianismo criollo, la ampliación del estado y el mercado interno, el capitalismo “protegido” y la integración social, en base a las nuevas redes del clientelismo de masas y con articulaciones corporativas. Es el tiempo en que se diligencia la transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, de la que se ocuparon muchos autores y que Germani retrató precisamente con referencia al populismo (Germani 1962, Germani, Di Tella, Ianni 1973).

Antes que partidos, hubo allí un movimientismo reformista o revolucionario, que como designio fundamental levanta banderas nacionalistas y busca la inclusión de un conjunto de “pueblo” vis à vis sus enemigos internos y externos, con llamados genéricos y apelación a identidades sociales, más que a los sujetos qua ciudadanos, que en aquel entonces enrolaban sobre todo a ciertas franjas de las “capas medias” y a los sectores populares, en su condición de campesinos o mineros, en yunta con trabajadores establecidos o recién llegados del creciente mundo urbano.

¹⁶ Di Tella (1973) delineó una propuesta de tipología y de periodización, que vale la pena revisar y desarrollar. Ver también Drake (1982) y Conniff (1982), así como el recorrido de Collier & Collier 1991.

Esta tanda de nacionalismo popular dejó varias experiencias “truncas” y unos pocos ejemplos emblemáticos. Vargas y el *trabalhismo* en Brasil. El peronismo argentino que es un fenómeno perdurable y mutante, de una centralidad accidentada pero larga e irreductible. El régimen mexicano, que es el único que mantuvo hasta hace poco su persistencia y su solidez. En estos casos, las izquierdas de impronta socialista y comunista vieron limitadas sus posibilidades de intervención política y su conexión de masas, oscilando entre el seguidismo, la oposición y la marginalidad, más o menos intrascendente.

El régimen que surgió de la Revolución Mexicana logró vida prolongada y estable merced a la propia dinámica revolucionaria, la derrota de los adversarios y la forma en que tramitó el litigio con los poderes opositores (incluyendo algunas nacionalizaciones estratégicas y la reforma agraria más temprana y exitosa de América Latina), en virtud de la coalición de caudillos fundacional y de las alianzas de clase que se van armando, en fin, gracias a la institucionalización que se logra en el gobierno presidencial, en la consistencia monopólica del partido oficial, el clientelismo organizado y los aparejos corporativos. A todo lo cual se añade una capacidad de adaptación importante, un “*transformismo*” que se hace sentir en las orientaciones políticas y en los arreglos institucionales, desde fines de los años 1920, con las obras fundacionales del cardenismo y a través de distintas etapas, en giros que permiten llegar hasta la década crítica de 1990. Los otros populismos fueron en general más inestables, entrecortados como el peronismo o de alguna manera “*abortados*” (Collier & Collier 1991).



Nacionalismo popular: Vargas (Brasil), Perón (Argentina), Cárdenas (México)

Para revisar estos fenómenos vale aplicar los diagramas de Dahl sobre los modos de relación entre la competencia de las élites y la incorporación popular, que dan lugar alternativamente a figuras de corte hegemónico o a figuras de poliarquía (Dahl 1989a). Como se sabe, este paradigma genético debe mucho a las teorías de Barrington Moore acerca del carácter determinante del balance de poderes en los orígenes de la democracia y la dictadura (Moore 1966), la cual ha inspirado importantes estudios sobre América Latina¹⁷.

La propuesta señera de Dahl - que en su propia obra va asociada a la distinción entre la democracia “populista” y la democracia “*madisoniana*”, esta última de impronta pluralista (Dahl 1989b) - permite reelaborar las

¹⁷ Cfe.: Collier & Collier 1991; Rueschemeyer, Huber & Stephens 1992.

caracterizaciones más calificadas del nacionalismo popular y especialmente el estudio de Germani (1962), que sigue siendo una referencia obligada.

Puede afirmarse entonces, como ya apuntamos, que la “*democratización fundamental*”, el pasaje de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, el desarrollo nacional “*hacia adentro*” y la industrialización por “*sustitución de importaciones*”, se hicieron en el cuadro de distintos regímenes políticos, dependiendo de las características del sistema precedente y de la ecuación de fuerzas que preside la propia transición. En función del prisma de poderes y de las relaciones de clase, en particular de la composición del sistema de partidos y del grado de efectividad de la competencia política, tuvimos así evoluciones democráticas y autoritarias, varios regímenes de tipo mayoritario y unos pocos regímenes plurales, como es paradigmáticamente el caso de Uruguay y a cierta altura también, el de Colombia y el de Costa Rica.

Estas premisas permiten enmendar uno de los principales defectos de la elaboración de Gino Germani, tan certera en muchos aspectos, pero muy errada al ignorar la distinción entre los diversos modelos políticos y no tener en cuenta esas diferencias fundamentales en lo que toca a las “*rutas*” de la modernización, proponiendo un patrón único y uniforme, sin dar cabida a las distintas facturas de los modelos de desarrollo que se inscriben genéricamente en el “*compromiso nacional y popular*” de aquella época: un compromiso que cuajó en varios países, pero tuvo caso a caso, distintos tejidos políticos.

Aunque se ha sostenido que el patrón competitivo de la poliarquía de Dahl ya no es la “*vía preferente*” para los lances de la fase actual de democratización (Dix 1994), el principio teórico empleado para releer los procesos de modernización y desarrollo político del siglo XX sigue teniendo vigencia y aporta una clave conducente para el análisis de las coyunturas críticas sucesivas y especialmente de la doble transición en que nos embarcamos desde la década de los 1980 en adelante. De una u otra manera, el eje de la política competitiva y el equilibrio de poderes vuelve a plantearse como un factor positivo en las tipologías sobre la transición democrática y con respecto a las consecuentes chances de consolidación. Aparece también en los estudios sobre la transición liberal, para dar cuenta de la diversidad política en la forma de las reformas, con democracias más robustas, democracias frágiles y emprendimientos autoritarios. Sirve en fin como principio de inteligencia de los advenimientos de la “*tercera ola*” de las izquierdas latinoamericanas.

Precisamente, al patrón político reseñado responden las distintas camadas del populismo de los modernos, que brotan cuando algunos se preguntaban si no había llegado la hora de entonar el “*requiem por el populismo*” (Drake 1989). En primer lugar, tenemos las versiones “*neo-populistas*” surgidas en la década de 1990, que se apartan de las obras de sus ancestros y contribuyen más bien a demoler las edificaciones del período precedente, empeñándose en desmontar los aparatos del estado, apurar las privatizaciones y concretar las reformas de mercado, convirtiéndose a veces en adalides de las terapias más ásperas del neo-

liberalismo¹⁸. En este nuevo capítulo del populismo – que con ese enlace neoliberal genera “afinidades inesperadas” (Weyland 1996) - entraría la corta aventura de Collor de Mello, pero el caso más cabal lo constituye el establecimiento prolongado de Fujimori. En una opinión discutible y discutida (Palermo 1998), hay quienes incluyen aquí la gestión de Carlos Menem, en su tandem con Cavallo.



Dos presidentes que terminaron renunciando: Fujimori (Perú, 2000, huye y presenta renuncia desde Japón) y Collor de Mello (Brasil, diciembre 1992).

En cambio, los exponentes actuales – que jalonan la entrada al siglo XXI y conforman una de las vertientes de la nueva izquierda - se postulan como alternativa al neo-liberalismo, marcando una inflexión significativa, sin afiliarse necesariamente a las inconductas que se atribuyen a la mentada “*macroeconomía del populismo*”¹⁹.

En esta categoría encontramos algunas recreaciones del nacionalismo popular, que se componen en base a partidos tradicionales de este género y dan lugar a gobiernos que a su vez difieren entre sí. Sería el caso de Argentina con el giro que Kirchner le ha impreso al peronismo. Y últimamente el de Perú, en vista del reciclaje de Alan García y el APRA, que sin embargo hasta ahora no ha dado señales de alinearse en un camino progresista. También podría ubicarse aquí el

¹⁸ Ver al respecto Roberts 1995, Mayorga 1996, Weyland 1996, Philip 1998, Cotler & Grompone 2000, Gibson 2000, Panizza 2000.

¹⁹ Un panorama sobre las políticas económicas de la mayor parte de los actuales gobiernos de izquierda se encuentra en Moreno-Brid & Paunovic 2006.

gobierno de Martín Torrijos en Panamá, con su baza en el PRD, que acredita el legado nacionalista del torrijismo y viene a reformularlo²⁰.

Junto a estos, se destacan los populismos de nueva cepa, surgidos de emprendimientos recientes, que se inician en los últimos años. Hugo Chávez como pionero en Venezuela, es el ejemplo paradigmático en este género. Evo Morales, que recupera con sesgos propios una tradición nacionalista y popular que a lo largo de la historia de Bolivia ha pasado por repetidos ensayos y caídas, en una serie en la que resaltan los lances de la Revolución de 1952.

Los lineamientos teóricos que hemos expuesto sirven para analizar esta nueva tanda de populismos progresistas y permiten relacionar las manifestaciones actuales con el nacionalismo popular de antaño²¹.

En primer lugar, esta caracterización se refiere a la plataforma de reivindicaciones planteadas y a las políticas sustantivas que se impulsan, marcadas por retóricas nacionalistas y algunas nacionalizaciones, que no se traducen necesariamente en expropiación, pero mejoran el control y las rentas de los recursos estratégicos. Ello va aunado a un repunte de la intervención política activa en los tejidos de la economía y la sociedad, rehaciendo los vínculos entre estado y mercado, con postulados de igualdad, de inclusión social y de integración política, que hacen justamente al signo progresista, de izquierda o centro izquierda, que tienen estos gobiernos.

La composición de Evo Morales es en este sentido sobresaliente, puesto que encabeza un movimiento de origen indígena y campesino - *"etno-populista"*, se lo ha llamado - que diversifica su convocatoria y se enfrenta a la alternativa de convertirse en partido, en base a la armazón del MAS, llegando al gobierno en un país en crisis política, con el estado desarticulado y los partidos desbandados, curtido por las desigualdades sociales y la discriminación étnica, la fragmentación regional y las dificultades internacionales. La agenda de gobierno avanza respuestas ante ese encadenamiento de problemas, a través de medidas de nacionalización y propósitos de autonomía, reposición económica e inclusión social - con un peculiar realce indigenista - que querrían conducir a una suerte de *"refundación"* de la nación y de la propia estatalidad, sobre nuevas bases de soberanía, principios de ciudadanía que reconozcan la diversidad y sus componentes étnicos, más una normativa que redefina el estatuto de las regiones.

En segundo lugar y más allá de los contenidos programáticos, la estructura de competencia política y en particular las características del sistema de partidos, proporcionan un punto de partida pertinente para investigar las condiciones

²⁰ Eventualmente habría que considerar el caso del PRD mexicano - enfrentado a los resultados de una elección reñida y polémica - que es producto de desgajamientos del PRI, suma núcleos de la izquierda tradicional y retoma el nacionalismo popular, al influjo de liderazgos personalistas que provienen del viejo priismo (Cuauhtémoc Cárdenas y Andrés Manuel López Obrador).

²¹ Una forma de ver este enlace del populismo actual con el antiguo nacionalismo-popular, se encuentra en Vilas 2005.

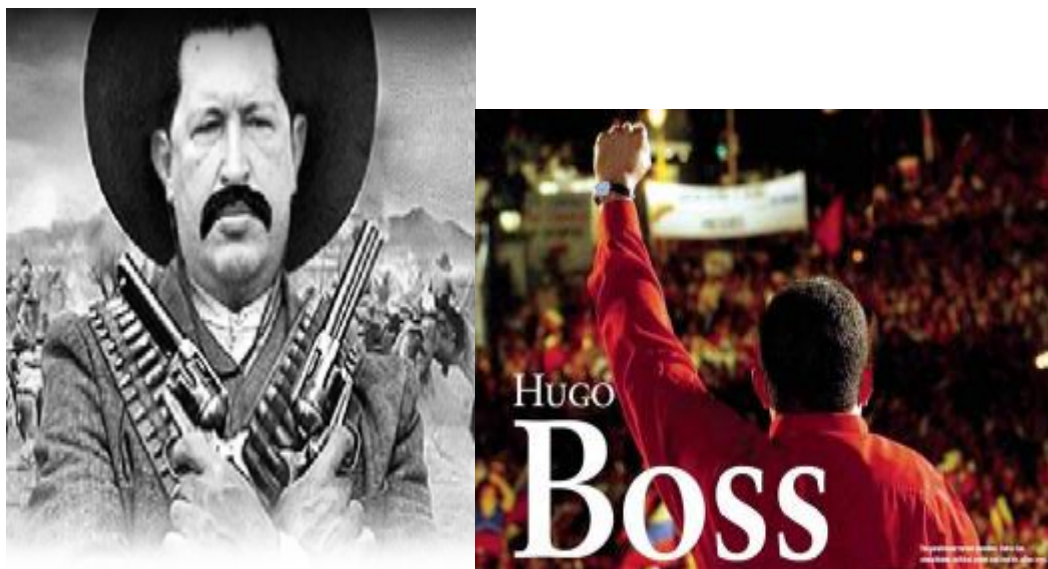
políticas de emergencia de los distintos exponentes populistas, las estrategias de competencia que desarrollan y sus pautas de liderazgo, los desempeños electorales y las modalidades de ejercicio del gobierno.

La forma en que los nuevos protagonistas llegan al gobierno y la forma en la que luego lo ejercen depende por cierto de las características constitutivas de cada uno: partidos o movimientos, con distinta génesis, distintos liderazgos y organizaciones de diferente tipo y densidad. Pero sus andamios están fuertemente condicionados por la consistencia de los respectivos sistemas de partidos, que en general es baja. En todos los casos estamos ante sistemas de partidos que se han “desplomado” o presentan debilidades considerables, fuertes asimetrías y poca institucionalización. Teniendo en cuenta el estado del sistema de partidos, especialmente su grado de pluralidad y su grado de competitividad cabe catalogar los distintos casos y especialmente, las posibilidades de concentración de poderes y de equilibrios institucionales, que moldean los desempeños de la autoridad presidencial y los procesos de decisión política, con composiciones más moderadas y composiciones polarizadas. Sabiendo que estamos ante un abanico variado, que por lo dicho, responde a patrones políticos relativamente semejantes, pero registra a su vez diferencias importantes, como las que puede haber entre Néstor Kirchner y Alan García, o entre Evo Morales y Hugo Chávez.

El caso – tan polémico – del gobierno de Hugo Chávez, es un ejemplo ilustrativo a este respecto, en la medida que da lugar al populismo más típico y “radical” de la serie contemporánea. Tenemos aquí una pronunciada concentración de poderes y un liderazgo fuerte, personalista y antagónico, apoyado en un movimientismo verticalista y anti-partido – que tiene sus anclas mayores en el estado y las fuerzas armadas - con pretensiones hegemónicas, delineando cortes de inclusión-exclusión, que ocasionan “agravios” serios, frentes de polarización y por tanto rebajas en los márgenes de legitimidad del “nuevo orden”. Hay una apelación nacionalista y en concreto una activación de masas, que aprovecha las situaciones de desagregación y “disponibilidad” en que se han encontrado algunas franjas de élite, columnas de las clases medias y distintos sectores populares, a raíz del retraimiento del estado y la desarticulación del sistema de partidos de “Punto Fijo”.

Retomando la nomenclatura de Germani, se podría hablar – sobre todo en el caso de Venezuela - de un “autoritarismo de izquierda” o de un “izquierdismo autoritario”, que se contrapone al “izquierdismo democrático” (Germani 1962). También puede resultar adecuado calificar las democracias populistas con otras denominaciones, que dan cuenta de su dualidad - “despotismo democrático” (Tocqueville), democracia plebiscitaria o “delegativa” (O'Donnell 1992), un régimen “híbrido” (Conaghan & Malloy 1994) o “semi-democrático” (Mainwaring & Pérez Liñán 2005) - dado que el gobierno tiene un origen legítimo, con triunfos electorales repetidos, pero opera en clave de presidencialismo mayoritario (con un ejercicio “plenipotenciario” o de “hiper-presidencialismo”), sin equilibrios políticos e institucionales, con fallas en las garantías públicas y en el balance de “frenos y

contrapesos”, visto que las posturas beligerantes de Chávez son acunadas por el derrumbe del sistema de partidos y la ausencia de oposición conducente.



Hugo Chávez: los medios que le son hostiles no dejan de caricaturizarlo.

La social-democracia criolla

Al mismo tiempo, en Brasil, Chile y Uruguay se instalan gobiernos de índole social-democrática, en lo que representa un estreno absoluto para América Latina.

A diferencia de lo que ocurre en el ramal de los populismos, los gobiernos de este género surgen en países con sistemas de partidos que han sido tradicionalmente fuertes (Chile, Uruguay) o han ganado en consistencia en las últimas décadas (Brasil). Son gobiernos formados por una izquierda que cabe considerar “institucional”, en dos sentidos:

- Ø Por el grado de institucionalización partidaria, que es diferente caso a caso y responde a un proceso que tiende a acompañar en cierto modo las características del sistema de partidos en su conjunto, pero tiene sus propias dinámicas.
- Ø Por el hecho de que los partidos que la componen están integrados a la institucionalidad del régimen democrático republicano y del sistema de partidos, contribuyendo incluso a consolidarla, por su participación activa en las transiciones democráticas, los aprendizajes o críticas con respecto a las peripecias del período anterior a la instalación de las dictaduras y por su desempeño en la nueva fase democrática.

Esto delinea una pauta de mutación política que resulta positiva para el conjunto del sistema y para el propio partido de izquierda en carrera. Abona por lo

demás la idea de que la institucionalización y la competitividad de un sistema de partidos – que obran en términos de estabilidad y como factor condicionante de las formas de desarrollo de los partidos y del ascenso de las izquierdas - ponen a prueba su consistencia en las fases de cambio.

En este cuadro, los partidos de izquierda llegan a ser “exitosos” en virtud de sus adquisiciones electorales, de sus anclajes en la sociedad civil, en los circuitos culturales y en la socialización ideológica, al aumentar su capacidad de tejer alianzas o coaliciones y eventualmente por su acceso al gobierno nacional, en un camino en el que cuentan también las experiencias de gobierno local. Tales éxitos se van sumando en la medida en que los partidos ajustan sus estrategias a las exigencias del sistema y en particular, a los requerimientos que plantea la competencia electoral, en regímenes plurales.

Las “vías” a que acuden para ello son fundamentalmente dos. La acumulación de fuerzas como polo autónomo y mediante la “anexión” de pequeños grupos, procurando llegar a umbrales mayoritarios, al estilo del Frente Amplio (FA) uruguayo. O bien las fórmulas de coalición, como en el caso del PT en Brasil y del tandem PS-PPD en Chile, con itinerarios que a su vez difieren entre sí. Los dos caminos son distintos y ello tiene consecuencias en el modo de gobierno. Pero en ambos se verifica de una u otra manera un “revisiónismo” ideológico y programático, que acuna la competencia hacia el centro - en busca del votante medio - tal como se pronostica en los modelos espaciales de competencia partidaria (Downs 1957)²².

Sin embargo, para dar cuenta cabal del compás de competencia y porque tales movimientos se manifiestan asimismo en los ejercicios de gobierno, cabe aclarar que el centro no es un blanco fijo, sino un espacio complejo, de franjas móviles, que pueden correrse hacia la derecha o hacia la izquierda, por obra de la propia competencia política.

A este respecto, vale traer a colación el “teorema” político mediante el cual Duverger explica el crecimiento de la izquierda en la Francia de los años 1930: refiriéndose precisamente a un movimiento de doble sentido, a través del cual la izquierda se acerca a los franceses y los franceses se acercan a la izquierda (Duverger 1951)²³.

En términos generales, puede asumirse que son izquierdas que – en función de la competencia y de las reglas institucionales que la encuadran - afirman la condición de partidos *catch-all*, de tipo electoral marcado (Kirchheimer

²² Esto ocurre en las situaciones políticas que se ajustan a una curva ideológica “normal”, sin polarización y con la mayor parte de los electores ubicados en el centro del espectro izquierda-derecha.

²³ Lo que me he permitido bautizar como “teorema” de Duverger (Lanzaro 2004), reza así: “*En la Tercera República, los franceses se deslizaron hacia la izquierda, sin duda; pero la izquierda se deslizó hacia los franceses, igualmente: hizo la mitad del camino*” (Duverger 1951: 340). Cita de la versión en español, Duverger 1957: 332.

1966, Panebianco 1982). En síntesis, ello implica como se sabe: perder espesor como partidos de masas, rebajando el peso de la lógica “*militante*”; dejar de poner el énfasis en los trabajadores como *classe gardée*, aunque se preserven los vínculos privilegiados de “*hermandad*” con los sindicatos; adoptar una ideología “blanda” y abandonar las pretensiones de una transformación “en profundidad” de la sociedad capitalista, en clave revolucionaria o reformista, más o menos radical. Todo ello a cambio de una audiencia más amplia y diversificada, acudiendo a operativas conducentes y a alianzas más que nada pragmáticas, en pos de la prosperidad electoral y la conquista del gobierno, que pasan a ser *leit motiv* vertebral para estos partidos, con empeños que van remodelando su organización y su membrecía, los procesos decisorios y la estructura de liderazgo²⁴.

En ese trayecto, los partidos en cuestión acuden a un proceso de “*nacionalización*”, que implica al menos tres avances articulados. a) Composición de ofertas políticas de proyección nacional, que superan los postulados universalistas (o “*internacionalistas*”) y a la par los postulados particularistas (sectoriales o de clase), para realizar proposiciones más concretas y de vocación generalista, con respecto a la realidad específica de sus países. b) Conexión de la identidad partidaria con las tradiciones nacionales significativas, lo que supone normalmente una competencia ideológica para hacer valer una re-lectura de la historia y de hecho una “*reinención*” de la tradición (como diría Hobsbawm), entrando efectivamente en la “*disputa por la nación*”. c) Participación en procesos políticos marcantes, que acrediten la implantación nacional de los partidos de izquierda, lo cual – sin perjuicio de las biografías a largo plazo de cada uno – sucede como ejemplo cabal, con las jornadas históricas que labran la transición democrática en los tres países referencia. Este proceso lleva a los partidos ideológicos, con referencia de clase, a convertirse - a su manera - en izquierdas de porte “*nacional y popular*”.

El “conservadurismo de la democracia”

En Brasil, Chile y Uruguay, los desarrollos reseñados han dado lugar a experiencias gubernamentales, que es lícito calificar como social-democráticas – con las peculiaridades propias del escenario latinoamericano - en la medida que puedan verificarse los rasgos típicos que definen las fórmulas de dicho género²⁵. En términos esquemáticos, podemos esbozar la siguiente caracterización:

²⁴ La clásica caracterización de Kirchheimer (1966), complementada años más tarde por Panebianco (1982), se compagina con la tipificación que hizo Przeworski (1985) acerca de las grandes opciones que tuvo que afrontar la social democracia europea, al internarse por el camino electoral. Opciones que se fueron planteando a lo largo de varias décadas, desde fines del siglo XIX, a través de sucesivas coyunturas críticas y mediante un contencioso interno áspero. Un panorama de las etapas por las que ha pasado la social democracia europea en el correr del siglo XX se encuentra en Bergounioux & Manin (1979). Aunque hay algunos estudios de caso, no está todavía desarrollado el análisis histórico comparativo del camino equivalente recorrido por los partidos latinoamericanos que construyen una alternativa social democrática en Brasil, Chile y Uruguay.

²⁵ La constitución de una alternativa social-democrática o incluso de una versión de la “tercera vía” para América Latina ha sido una aspiración planteada por actores políticos y por algunos

- Ø gobiernos compuestos por partidos de izquierda – de origen socialista, reformista o revolucionario - que asumen las reglas y el sistema de restricciones – políticas y económicas - de la democracia liberal y de la economía de mercado,
- Ø pero que en virtud de su ideología y movidos por la competencia política inter e intra partidaria, tratan al mismo tiempo de impulsar orientaciones distintivas, sobre todo en las políticas sociales, pero también en el rubro de los derechos democráticos y eventualmente, en líneas de política económica, aun cuando acaten los requerimientos de la época en materia de disciplina macroeconómica.

Ambos extremos obran en régimen de compromiso, a través de contradicciones, relaciones de fuerza y juegos de equilibrio complejos, que tejen un balance concreto – variable y variado - entre capitalismo y democracia, política y economía, lógica de mercado y lógica de “bienestar” o de “justicia” social.

Tales rumbos plantean una tensión de convergencia y diferenciación con respecto a otros partidos, de cara a la ciudadanía y a la *constituency* propia de la izquierda, que repercuten en la configuración del clivaje izquierda-derecha, en las señas de identidad de los protagonistas, en su competitividad y en las matrices de competencia.

Para llegar al gobierno y en forma más abierta una vez en él, los partidos a que nos referimos asumen el sistema vigente de restricciones políticas y de restricciones económicas. En rigor, estas izquierdas tienden a acatar las restricciones económicas – derivadas fundamentalmente de los flujos de globalización, pero también de los cambios en las relaciones capitalistas a nivel nacional - no sólo por el peso propio que sin duda estas restricciones tienen, sino también y muy precisamente, en función de las condicionantes específicamente políticas y en particular del “marcapasos” democrático (Przeworski 2001)

En efecto, estos fenómenos ocurren en América Latina – como han ocurrido en Europa (Przeworski 1985, Przeworski & Sprague 1986) - una vez que las izquierdas socialistas descartan los caminos revolucionarios y aceptan la “restricción democrática”, en sus dos dimensiones básicas. En primer lugar, la competencia electoral como vía apropiada y exclusiva para llegar al gobierno (“the only game in town”, según la expresión de Giuseppe Di Palma). En segundo lugar, a partir de ello - como dato fundamental e igualmente distintivo – el acatamiento de la normatividad republicana, mediante procesos de gobierno que transitan por las instituciones democráticas y pasan de hecho por una ingeniería

intelectuales. Ver por ejemplo: el “Consenso de Buenos Aires”, labrado por Líderes de izquierda de América Latina, incluyendo a Lula da Silva y a Ricardo Lagos (Korzeniewicz & Smith 2000) y enfoques como los que se encuentran en Jaguaribe (1998), Maravall, Bresser-Pereira & Przeworski (1993) o Castañeda & Mangabeira (1998).

de equilibrios y compromisos políticos, que sirve para elaborar consensos y acotar disensos, mejorando la calidad de las decisiones, en términos de legitimación y estabilidad. Así pues, no se trata sólo de aceptar la “vía electoral”, como medio instrumental de llegar al gobierno – lo que todas la izquierdas de esta “tercera ola” han hecho. Se trata de incorporar la democracia representativa en toda su amplitud y por tanto, también como régimen efectivo de gobierno y patrón de relacionamiento institucional.

En sustancia, estos temperamentos políticos implican a la vez la aceptación del capitalismo y un designio reformista efectivo pero moderado. La voluntad de “reformular la revolución”, en función del “imperativo democrático” (Castañeda 1993), lleva a la búsqueda de innovaciones de cuño propio, pero impone cierta continuidad con respecto al paradigma neo-liberal vigente, sin acudir en sentido estricto a un nuevo paradigma alternativo (Paramio 2003).



Tabaré Vázquez (Uruguay): críticas desde la izquierda por recibir al Pte. Bush (marzo 2007) y abrir el camino para la firma de un TLC con EEUU.

Cabe pues sostener que se perfila en estos casos un “régimen normativo”, comparable al que ha habido en los escenarios europeos. Según la caracterización de Przeworski, los regímenes normativos (“policy regimes”) son situaciones en las cuales los partidos principales - independientemente de su inclinación ideológica - ponen en práctica pragmáticas similares, que resultan aceptables y aceptadas por las élites políticas, de buen grado o con resignación, por obra de las condicionantes que imperan, en función de los aprendizajes realizados y de los cálculos electorales (Przeworski 2001). Delineando una noción similar, para referirse a la convergencia que puede registrarse, no solo entre partidos sino entre países, Korzeniewicz & Smith (2000) hablan a este respecto de “regímenes internacionales de política” (RIP). Tenemos así por delante una circulación de modelos, lo que sucede en nuestros casos, en fase de dominio neo-liberal y dentro de los parámetros específicos de la región latinoamericana.

Los países de convergencia y las dificultades para mantener la “*lógica de la diferencia*”, una vez que se realiza el tránsito reseñado y cuando se pasa de la oposición al gobierno, pueden acarrear desafíos serios para los partidos embarcados en una trayectoria social-democrática. Cuestiones referidas a la disputa ideológica y las señas de identidad, a la vitalidad del clivaje izquierda-derecha y más en general, al atractivo de la política y de la participación electoral. Cuestiones que repercuten en las contiendas intra-partidarias, ocasionando eventualmente divisiones y “*escapes*” por la izquierda. Cuestiones en fin, que pueden asimismo redundar en problemas de representación política, afectando la integridad y la capacidad de integración de los partidos y por ende la integridad del sistema político. Lo que puede contribuir a alimentar el “*desencanto*” o la “*indiferencia*” de la ciudadanía, efecto que ya viene acunado por la pérdida de centralidad de la política y del estado que los modelos liberales generan. Las vicisitudes de las izquierdas que van más adelante en estas experiencias – en el ámbito europeo o en el caso de Chile – pueden servir de “*espejo*” para las izquierdas latinoamericanas que recién se estrenan en los caminos de la social-democracia en la era neo-liberal.

¿La izquierda en la “*tina*”?

Sin embargo, no hay en estos andamios una desembocadura única y uniforme, como sugieren las miradas más pesimistas y las críticas severas que estas experiencias levantan en tiendas de la izquierda “*social*” y en los sectores polares de la izquierda política.

Los tenientes de la “*macro-economía del populismo*” le temen a los pasos que los gobiernos de este género pueden dar en el manejo político de la economía. Mirando hacia las formas de establecimiento de la social democracia criolla, cabe preguntarse si en estos casos no tendremos en vez, presidentes “*prisioneros del mercado*” (Grover 1989).

Aunque existe este riesgo, la hipótesis social democrática no tiene por qué quedar sumergida en la “*tina*”, adoptando por convicción o a regañadientes la consigna que dicha sigla proclama: de que no hay otra alternativa (“*there is no alternative*”, según la admonición de Margaret Thatcher).

Es posible y probable que haya cursos de innovación más o menos importantes y que la alternancia de elencos de gobierno de izquierda o centro izquierda en estos países de América Latina, marque efectivamente ciertas diferencias, como ha podido ocurrir con las experiencias socialistas y socialdemócratas en Europa, en pleno auge del neo-liberalismo y en contraste con el conservadurismo, según han demostrado algunas investigaciones (Boix 1996)²⁶.

²⁶ Para un análisis de la incidencia diferencial de los partidos en las políticas públicas ver también Castles 1982.

Dentro de un régimen de restricciones fuertes y efectivamente asumidas, las variaciones en los términos de innovación dependen básicamente de dos dimensiones. En primer lugar, la dimensión genética (*path dependence*), a que hicimos referencia y que remite a las pautas de desarrollo de cada partido, las “rutas” de acopio electoral y de acceso al gobierno.

En segundo lugar y como factor decisivo, la performance de gobierno depende de la productividad política, moldeada por los patrones de competencia y cooperación con los demás partidos y en la interna de los propios partidos de gobierno, en flujos de relacionamiento que transcurren fuera y dentro de las instituciones formales del andamiaje público.

Esta dinámica está a su vez condicionada por dos variables. La primera y fundamental es la que delinea el sistema político, merced a los incentivos y las restricciones que derivan de las características concretas de sus tres componentes principales: el régimen de gobierno presidencial, el estatuto electoral y el sistema de partidos, tanto por sus características normativas básicas, como por su traducción específica a nivel de la representación parlamentaria, la integración del gobierno nacional y el mapa de autoridades regionales.

Naturalmente, aquí cuenta mucho el caudal electoral del partido de gobierno, así como las líneas que se tienden con respecto a sus “tres caras” (administración ejecutiva, bancadas parlamentarias y aparatos del partido, con su dirigencia propia y sus cuerpos de base). En este cuadro interviene de manera decisiva la ubicación y el patrón de liderazgo del centro presidencial, en proporción a su capacidad de obrar como pivot del gobierno, en formatos mayoritarios (Uruguay) o en formatos coalicionales de distinta confección y de distinta magnitud (Brasil, Chile).

La gestión política y la competencia que la anima están igualmente condicionadas por el arco de restricciones contextuales, nacionales e internacionales, teniendo en cuenta en particular las restricciones propiamente económicas, en lógicas de mercado abierto, con la asimetría de poderes que la dependencia y la globalización generan en nuestros países.

Entre estas dimensiones hay que contar las “*herencias del pasado*” y especialmente los efectos estructurales e ideológicos del ciclo reformista desplegado en las últimas décadas. Es sabido que estos factores ponen límites al “*voluntarismo*” de los gobiernos que toman el relevo (Rose 1993) y tienen consecuencias sobre la conformación ideológica y el comportamiento de los actores, modelando el temperamento y las prácticas de las “nuevas” izquierdas: en virtud de las rigideces de las obras anteriores y de la “inercia” de las reformas, pero también a través de procesos de aprendizaje político, por la circulación de paradigmas y merced a los flujos de “asimilación” cultural.

Dentro de ese marco, las posibilidades de continuidad y cambio se inscriben en una estructura de oportunidades: es decir, en la tensión y el

compromiso entre las restricciones, el cuadro de coyuntura, la productividad de gobierno y sus capitales de poder. El acoplamiento específico (“coupling”) de estos elementos, puede abrir una “ventana política” (Kingdon 1984), para la implementación de políticas públicas y las iniciativas de innovación, que habrá de ser más amplia o más estrecha, en función de las acciones políticas y del liderazgo gubernamental.

Las relaciones inter e intra partidarias y las líneas de competencia política – moldeadas por el sistema de variables expuesto – son en este sentido decisivas. Siguiendo una imagen de Bourdieu (1999), esto puede ser visto como un juego simple entre la “mano derecha” del gobierno, encarnada por los diversos integrantes del equipo económico – que vela por la disciplina macro-económica – y una “mano izquierda”, que pugna por la extensión de las políticas sociales.

Aunque a primera a vista parece ser así, una exploración más cuidadosa – que todavía no se ha desarrollado con amplitud – podría mostrar seguramente una mayor complejidad y dar cuenta de la configuración efectiva de la agenda política de estos gobiernos, atendiendo a franjas seleccionadas de políticas públicas estratégicas: i) política económica nacional e internacional, ligada a la política tributaria y laboral; ii) reforma del estado, capacidades institucionales y patrones de regulación pública; iii) políticas sociales, con el contrapunto de las políticas universales que apuntan a la gestación de ciudadanía, la reedición de las “*políticas de pobres*” focalizadas y los planes de “emergencia” social; iv) derechos democráticos y derechos humanos, como pieza de los procesos de desarrollo democrático y asimismo, como parte del tratamiento de los legados autoritarios, con las peculiaridades que esta materia tiene en cada país.



Programa Fome Zero (Hambre Cero) Brasil: que todos los brasileiros tengan qué comer cada día es la meta según el Pte. Lula en su lanzamiento en enero de 2003. A 4 años de su instalación, el Progr. no está exento de críticas y escándalos de corrupción.

En base a estas indagaciones cabe construir un ranking de alta, media o baja innovación, que sirva para evaluar el aprovechamiento del capital político que deriva de estas alternancias y nos deje saber si estas izquierdas gobernantes están a la altura de sus propias posibilidades. Por añadidura, la averiguación permitiría hacer referencia a las experiencias europeas y asimismo establecer

comparaciones con los gobiernos precedentes, que en los tres casos a que nos referimos han impulsado un reformismo relativamente importante. Podríamos saber entonces, con cierto fundamento empírico, si estas izquierdas democráticas componen efectivamente una social democracia.

Las dos izquierdas

El nuevo ciclo de América Latina está marcado por un giro hacia la izquierda - expansivo y sin precedentes - que abre un abanico de manifestaciones y se compone por primera vez en la historia con una serie importante de gobiernos, que se ubican entre las figuras renovadas del populismo y el debut de una social democracia criolla.

Este campo se ve atravesado por una disputa de “modelos”, posiciones y liderazgos. Entre los distintos exponentes de las nuevas izquierdas hay sin duda “vasos comunicantes”, entendimientos y alguna solidaridad, pero también juegos de intereses diferenciados y pases de confrontación, a veces discretos a veces ruidosos. Tal competencia - ideológica, política, económica - se hace sentir en los ámbitos nacionales, en los alineamientos regionales y en las relaciones internacionales, en los procesos de integración o en las rencillas y acercamientos bilaterales, generando encuentros y desencuentros en las propias tiendas de izquierda.

Este escenario exige un esfuerzo de análisis y clasificación, que de cuenta de la variedad que presenta la topografía de las izquierdas y consigne sus características, registrando diferencias y similitudes, incluyendo referentes comparativos, con respecto a fenómenos contemporáneos y a figuras del pasado.

El eje de esta agenda de investigación pasa por preguntas estratégicas, centradas en dos grandes cuestiones. Una referida a los efectos de estas distintas izquierdas en materia de afirmación de la democracia política. La otra se refiere a las alternativas que producen estos diversos tipos de gobierno para aprovechar efectivamente la inflexión “post-liberal” y concurrir al eventual lanzamiento de un nuevo “desarrollismo”- en aras de un crecimiento que persiga la igualdad y la inclusión social - reivindicando la primacía de la política y el fortalecimiento del estado, para recrear en esta clave la conducción de la economía y de la integración social.

Por definición y tal cual ha ocurrido normalmente en las rondas de la historia, esto se hará precisamente a través de “vías” políticas diferenciadas, paralelas, aunque puedan resultar concurrentes y reforzar la tendencia, con efectos de emulación o de “contagio”, como los que se dieron en el alza del neo-liberalismo.

Las dos interrogantes sobre las dos izquierdas en realidad se funden en una sola, remitiendo a las diversas formas de articulación entre democracia y

desarrollo, que es un problema mayor y clásico de las ciencias sociales y de la vida política.

Referencias Bibliográficas

Alcántara, Manuel, “La élite parlamentaria latinoamericana y el continuo izquierda-derecha”, in Wilhelm Hofmeister & Josef Thesing (eds), *Transformación de los Sistemas Políticos en América Latina*, Bonn, Konrad Adenauer Stiftung, 1995.

Alcántara, Manuel & Flavia Freidenberg, “Los partidos políticos en América Latina”, en *América Latina Hoy* 27, 2001.

Bergounioux, Alain & Bernard Manin, *La social-démocratie ou le compromis*, Paris, PUF, 1979.

Boix, Carles, *Partidos políticos, crecimiento e igualdad. Estrategias económicas conservadoras y socialdemócratas en la economía mundial*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.

Bourdieu, Pierre, *Acts of Resistance. Against the Tyranny of the Market*, New York, New Press, 1999.

Castañeda, Jorge, “Latin America’s Left Turn”, en *Foreign Affairs* 85-3, 2006.

Castañeda, Jorge, *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, México, Joaquín Mortiz, 1993.

Castles, Francis (ed), *The Impact of Parties. Politics and Policies in Democratic Capitalist States*, London, Sage, 1982.

Cavarozzi, Marcelo & Juan Manuel Abal (eds), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Homo Sapiens, 2002.

Collier, David & Ruth Berins Collier, *Shaping the Political Arena*, Princeton, Princeton University Press, 1991.

Colomer, Josep y Luis Escatel, “La dimensión izquierda-derecha en América Latina”, en *Desarrollo Económico* – 177/2005.

Conaghan, Catherine & James Malloy, *Unsettling Statecraft, Democracy and Neoliberalism in Central Andes*, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1994.

Conniff, Michael (ed), *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, University of New Mexico, 1982.

Coppedge Michael, “Political Darwinism in Latin America’s Lost Decade”, in Larry Diamond & Richard Gunther (eds.), *Political Parties and Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2001.

Cotler, Julio & Romeo Grompone, *El fujimorismo: ascenso y caída de un régimen autoritario*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2000.

Dahl, Robert, *La poliarquía*, Madrid, Tecnos, 1989.

Dahl, Robert, *Un prefacio a la teoría democrática*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1989.

Dix, Robert, "History and Democracy Revisited", en *Comparative Politics* – 27/1, 1994.

Dornbusch, Rudiger & Sebastián Edwards (eds), *The Macroeconomics of Populism in Latin America*, Chicago, University of Chicago Press, 1991.

Downs, Anthony, *An Economic Theory of Democracy*, New York, Harper, 1957.

Drake, Paul, "Requiem for Populism?", en Michael Conniff (ed), *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, University of New Mexico, 1982.

Duverger, Maurice, *Les partis politiques*, Paris, Armand Colin, 1951.

Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Piados, 1962.

Germani, Gino, Torcuato di Tella & Octavio Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, México, Era, 1973.

Gibson, Edward, "El camino populista a la reforma del mercado. Coaliciones políticas y electorales en México y Argentina", en Ernesto López & Scott Mainwaring (eds), *Democracia: discusiones y nuevas aproximaciones*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 2000.

Glyn, Andrew (ed.), *Social Democracy in Neoliberal Times. The Left and Economic Policy since 1980*, New York, Oxford University Press, 2001.

Grover, William, *The President as Prisoner*, Albany, State University of New York Press, 1989.

Gunther, Richard, José Ramón Montero & Juan Linz (eds), *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Hagopian, Frances & Scott Mainwaring (eds), *The Third Wave of Democratization in Latin America. Advances and Setbacks*, New York, Cambridge University Press, 2005.

Hawkins, Kirk, "The Breakdown of Traditional Parties in Latin America", ponencia presentada en la reunión de APSA, San Francisco, 2001.

Hermet, Guy, *Les populismes dans le monde*, Paris, Fayard, 2001.

Huntington, Samuel, *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1991.

Huntington, Samuel, *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press, 1968; *El orden político en las sociedades en cambio*, Buenos Aires, Paidós, 1992.

Jaguaribe, Helio (ed), *A proposta social-democrata*, Río de Janeiro, José Olympio, 1998.

Kingdom, John, *Agendas, Alternatives and Public Policy*, New York, Harper Collins, 1995.

Kirchheimer, Otto, "The Transformation of Western European Party System", in Joseph LaPalombara & Myron Weiner (Eds), *Political Parties and Political Development*, Princeton, Princeton University Press, 1966.

Kitschelt, Herbert, *The Transformation of European Social Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

Kitschelt, Herbert, "Linkages between Citizens and Politicians in Democratic Polities", in *Comparative Political Studies* – 33 - 6/7, 2000.

Korzeniewicz, Roberto Patricio & William Smith, "Los dos ejes de la tercera vía en América Latina", en *Revista de Ciencias Sociales* – 11/2000.

Ionescu, Ghita & Ernest Gellner (eds), *Populismo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.

Laclau, Ernesto, *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Lanzaro, Jorge (ed.), *La izquierda en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2007, en trámite de publicación.

Lanzaro, Jorge (ed.) 2007b, *La izquierda en Centro América*, Buenos Aires, CLACSO, 2007, en trámite de publicación.

Lanzaro, Jorge, Introducción al libro *Política y políticas públicas en los procesos de reforma en América Latina*, editado por Rolando Franco & Jorge Lanzaro, Buenos Aires, Niño y Dávila, 2006.

Lanzaro, Jorge, "Presidencialismo y democracia: alternativas pluralistas y coaliciones políticas", en Ismael Crespo & Antonia Martínez (eds), *Política y Gobierno en América Latina*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2005.

Lanzaro, Jorge (ed.), *La izquierda uruguaya, entre la oposición y el gobierno*, Montevideo, Fin de Siglo, 2004.

Lanzaro, Jorge, *Política y políticas públicas en los procesos de reforma en América Latina: diversidad y comparación*, CEPAL – mimeografiada, 2004.

Lanzaro, Jorge (ed), *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*, Buenos Aires, Clacso, 2001.

Lanzaro, Jorge, *Parties, State and Politics in Uruguay (1985-1993)*, Barcelona, Institut de Ciències Politiques i Socials – WP 90, Barcelona, 1994.

Lewis-Beck, Michael & Mary Stegmaier, "Economic Determinants of Electoral Outcomes", en *Annual Review of Political Science*, 2000, vol. 3.

Linz, Juan & Alfred Stepan, *Problems of Democratic Transition and Consolidation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1996.

Mackinnon, María Moira & Mario Alberto Petrone (eds), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999.

Mainwaring, Scott & Aníbal Pérez-Liñán, "Latin American Democratization since 1978: Democratic Transitions, Breakdowns and Erosions", in Frances Hagopian & Scott Mainwaring (eds), *The Third Wave of Democratization in Latin America. Advances and Setbacks*, New York, Cambridge University Press, 2005.

Mainwaring, Scott & Mariano Torcal, "Party System Institutionalization after the Third Wave of Democratization", *Working Paper* 51/2005, Madrid, Departamento de Ciencia Política, Universidad Autónoma de Madrid, 2005.

Mair, Peter, *Party System Change*, New York, Oxford University Press, 1997.

Mannheim, Karl, *Man and Society*, London, Routledge & Kegan Paul, 1940.

Maravall, José María, Luiz Carlos Bresser Pereira & Adan Przeworski, *Economic Reforms in New Democracies*, Boulder, Westview Press, 1993.

Mayorga, René, *Antipolítica y neopopulismo. Análisis comparado de Perú, Brasil y Bolivia*, La Paz, CEBEM, 1996.

Modonesi, Massimo, "Izquierda institucional versus izquierda social", en John Saxe-Fernández (ed), *Tercera vía y neo-liberalismo*, México, Siglo XXI, 2004.

Montero, José Ramón & Richard Gunther, "Reviewing and Reassessing Parties", in Richard Gunther, Montero, José Ramón & Juan Linz (eds), *Political Parties. Old Concepts and New Challenges*, New York, Oxford University Press, 2002.

Moore, Barrington, *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon, 1966.

Moreno-Brid, Juan Carlos & Igor Paunovic, "La política económica de los nuevos gobiernos de centro-izquierda en América Latina: ¿vino nuevo en odres viejos?", en *Nexos*, (versión corregida del artículo aparecido en *Harvard Review of Latin America*), México, 2006.

Mouzelis, Nicos, "On the Concept of Populism", en *Politics and Society* – 14-3/1985.

Nueva Sociedad – 197/2005, número monográfico sobre "La izquierda en el gobierno" Caracas, 2005.

O'Donnell, Guillermo, "Democracia delegativa", en *Cuadernos del CLAEH* 61, Montevideo, 1992.

Palermo, Vicente 1998 "Mares agitados: interpretaciones sobre los procesos políticos latinoamericanos. Brasil y Argentina en perspectiva comparada", en *Revista Uruguaya de Ciencia Política* N° 11, Montevideo, Instituto de Ciencia Política.

Panbianco, Angelo, *Modelli di partito. Organizzazione e potere nei partiti politici*, Bologna, Il Mulino, 1982.

Panizza, Francisco (ed), "Old and New Populism in Latin America", número monográfico del *Bulletin of Latin American Research* 19-2, Amsterdam, Society for Latin American Studies – SLAS, 2000.

Panizza, Francisco (ed), *Populism and the Mirror of Democracy*, London, Verso, 2005.

Paramio, Ludolfo, *Perspectivas de la izquierda en América Latina*, Madrid, Real Instituto Elcano DT, 2003.

Pérez Liñán, Aníbal, "Democratization and Constitutional Crises in Presidential Regimes. Toward Congressional Supremacy?", en *Comparative Political Studies* 38-1, 2005.

Petkoff, Teodoro, "Las dos izquierdas", en *Nueva Sociedad* 197/2005.

Philip, George, "The New Populism, Presidentialism and Market-Oriented Reform in Spanish South America", en *Government and Opposition* - N° 33, 1998.

Przeworski, Adam, "How Many Ways Can Be Third?", in Andrew Glyn (ed.), *Social Democracy in Neoliberal Times. The Left and Economic Policy since 1980*, New York, Oxford University Press, 2001.

Przeworski, Adam & John Sprague, *Paper Stones. A History of Electoral Socialism*, Chicago, The University of Chicago Press, 1986.

Przeworski, Adam, *Capitalism and Social Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

Randall, Vicky & Lars Svåsand, "Party Institutionalization in New Democracies", en *Party Politics* – 8-1/2002.

Riker, William, *Liberalism Against Populism*, San Francisco, Freeman, 1982.

Rioux, Jean-Pierre (ed), *Les populismes*, París, FNSP-Perrin, 2007.

Roberts, Kenneth, "El sistema de partidos y la transformación de la representación política", en Marcelo Cavarozzi & Juan Manuel Abal Medina (eds.), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Homo Sapiens, 2002.

Roberts, Kenneth, "Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America: The Peruvian Case", en *World Politics* 48-1, 1995.

Rose, Richard, *Lesson-Drawing in Public Policy: A Guide to Learning Across Time and Space*, New Jersey, Chatham, 1993.

Rueschemeyer, Dietrich, Evelyne Huber Stephens & John Stephens, *Capitalist Development and Democracy*, Chicago, Chicago University Press, 1992.

Torre, Juan Carlos, *El proceso político de las reformas económicas en América Latina*, Buenos Aires, Piados, 1998.

Vilas, Carlos, "La izquierda latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares", en *Nueva Sociedad* 197/2005.

Weyland, Kurt, "Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities", en *Studies in Comparative International Development* - N° 313, 1996.

Weyland, Kurt, "Clarifying a Contested Concept. Populism in the Study of Latin American Politics", in *Comparative Politics* – 34-1, 2001.

Weyland, Kurt, *The Politics of Market Reform in Fragile Democracies*, Princeton, Princeton University Press, 2002.

¿Integración o irrelevancia? Las relaciones entre izquierda y populismo en Argentina a la luz de las experiencias de Álvarez y Kirchner

Marcos Novaro ⁽²⁷⁾

Introducción: la hora de la izquierda y el peso de la historia

Un análisis, a esta altura convencional de la situación de la izquierda en América Latina, señala que ella florece con el alma escindida entre dos modelos: uno representado por Chávez, esencialmente populista, antiliberal (eso es, no sólo contrario al neoliberalismo económico, sino también y más preocupantemente, al republicanism y liberalismo político), estatista y antinorteamericano; y otro, representado por Lagos, moderado, favorable al libre mercado, al fortalecimiento de las reglas de la democracia liberal y a la búsqueda de acuerdos comerciales y políticos con el mundo desarrollado, incluido Estados Unidos. Frecuentemente los analistas que refrendan esta idea hacen a continuación un listado de casos correspondientes a cada “*tipo ideal*”, y ello les sirve para elogiar o criticar a unos y otros según sus preferencias. Pero sucede que algunos, a veces demasiados, líderes y gobiernos resultan difíciles de ubicar en cualquiera de las dos listas, y entonces la cosa se complica. Con Kirchner y su gobierno suele suceder esto. Para ellos se reserva una tercera categoría, “*gris*” o ambigua, o bien se describen los rasgos que los asemejan a uno de los dos modelos seguidos de los “*peros*” que impedirían considerarlos un caso más entre otros. En principio estas formas de ver la cuestión, las tipologías y los problemas de clasificación planteados, parecen elocuentes. Con todo, en cuanto encaramos la cuestión con algo más de atención se nos presenta un problema teórico y metodológico que obliga a ser precavidos: ¿no estaremos cayendo en un error ya frecuentado (por ejemplo cuando se modelizó las transiciones democráticas, o las reformas de mercado), considerar la complejidad de cada caso nacional en términos de su “*grado de desviación*” de un tipo ideal?, ¿no resulta más interesante y consistente encarar las peculiaridades de cada gobierno, coalición y líder en términos de las tradiciones, los problemas y las estrategias para resolverlos que en cada caso se hacen presentes? De este modo, sin renunciar a nociones como izquierda populista o socialdemócrata, podremos analizar cada caso, en vez de por la referencia a abstracciones o a un deber ser, como fenómenos específicos y multifacéticos que ocurren en el marco de también multifacéticas tendencias.

²⁷ Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Doctor en Filosofía por la misma universidad. Profesor de Teoría Política Contemporánea en la UBA, investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y profesor de posgrado en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Al encarar con este enfoque el caso argentino, podemos aproximarnos con mayor claridad al origen de la “*ambigüedad*” de Kirchner y su gobierno: su esmero en no dejarse encasillar en ninguno de los dos modelos, de modo de poder sacar provecho de las ventajas de ambos sin sus costos. No sería, visto así, más que la reedición de la clásica estrategia de “*alas*” usada por Perón, en una versión que permitiría satisfacer a chavistas y moderados y esterilizar a potenciales competidores de ambas orientaciones. Pero, ¿acaso lo logra? Sólo en parte: los rasgos que permiten identificar el caso en estudio como un populismo moderado, capaz de componer tendencias opuestas en el terreno económico, institucional o de política exterior, son los mismos que le imponen límites a su capacidad de innovación, originan inconsistencias y dan pie a fuertes críticas de parte de sus adversarios.



Encontramos tres rasgos fundamentales que merecen una detenida consideración a este respecto. Primero, Kirchner ha buscado darle nuevos bríos a la potente tradición populista del peronismo, reactivando sus componentes plebeyos, nacionalistas e incluso anticapitalistas; pero parece ignorar los límites y tensiones que tanto en él como en la sociedad argentina en general condicionan la eficacia política de esta tradición. Ignora que la misma labilidad mostrada por los peronistas para dejar atrás el neoliberalismo que abrazaron en tiempos de Carlos Menem, entre 1989 y 1999, y reinventarse en clave populista y nacionalista, alienta a casi todos a asumir muy superficial y tibiamente el nuevo credo oficial. La vocación de Kirchner por inaugurar una nueva época asentado en un terreno tan poco firme puede ser por tanto tan fugazmente acompañada como lo fue la de su predecesor y en el ínterin extraviar oportunidades para lograr cambios culturales más significativos, como los que provendrían de una auténtica crítica de izquierda (liberal y democrática) de la tradición populista.

En segundo lugar, las transformaciones registradas en la economía y el Estado en los noventa, y los saldos que ellas arrojaron, incluida la crisis de 2001 y el fenomenal ajuste posterior, ofrecen tanto oportunidades para la crítica y la reversión de algunas políticas liberalizadoras y antiestatistas, como aún más atractivas para el crecimiento en el marco de reglas económicas ya establecidas: la consecuencia ha sido un mix de ruptura y continuidad con las políticas de Menem, que combina manejo ortodoxo de las cuentas públicas y el mercado cambiario, con mayor intervención en el terreno de las inversiones y los precios, respetando el marco general del capitalismo político previo. En este sentido, la política kirchnerista está guiada por un extremo coyunturalismo: maximiza la tasa de crecimiento de corto plazo en desmedro de utilizar la coyuntura como una oportunidad para introducir reformas de largo aliento (en el funcionamiento del sistema tributario, las instituciones de regulación, la competitividad, el perfil exportador, etc.) e incrementa el poder del Estado en la asignación particularista de rentas a grupos empresarios, muy lejos de un reformismo de izquierda orientado a articular el fortalecimiento del Estado al de los mercados.

Por último, en cuanto al tipo de coalición conformada por Kirchner, vemos que la escisión del campo político en opciones antagónicas y la identificación de la propia como única auténticamente legítima, en términos nacional/populares, recubre un complejo entramado de mecanismos de negociación, en que participa el peronismo territorial, sindical y los intereses empresarios. Mecanismos que tampoco difieren mucho de los utilizados por Menem, quien también contraponía dos opciones, entonces la de la modernización capitalista y la del atraso estatista, pero en los hechos tendía puentes de plata para la adaptación de las estructuras políticas tradicionales, las rentas empresarias y los santuarios de poder corporativo de los gremios a las condiciones del “nuevo orden” por él promovido. El antagonismo populista, en ambos casos, tiene por función poco más que legitimar un uso patrimonialista y discrecional de los recursos y el poder público en detrimento de reglas imparciales y derechos universales.

Como vemos, pensar el fenómeno kirchnerista, la emergencia de una coalición basada en el peronismo y con una orientación de izquierda populista, nos exige asumir una perspectiva histórica bastante amplia. Y ello no sólo porque dicho fenómeno se enraíza en lo que ha sido una larga gravitación del populismo en la política argentina, y tradicionales problemas de la izquierda para lidiar con él; sino también porque diez o quince años atrás hubiera sido muy difícil prever que surgiera un fenómeno de este tipo, y más aún que él lograra amplia aceptación en sectores de izquierda no peronistas.

Desde la reinstauración de la democracia en Argentina, en 1983, la izquierda que tuvo mayores oportunidades de desarrollo fue la que tomó cierta distancia del populismo y enfrentó al peronismo. Los años noventa fueron particularmente propicios para ella, debido a la crisis que experimentaron los dos partidos tradicionalmente mayoritarios. Las reformas de mercado de Menem significaron hacer a un lado históricos compromisos populistas, nacionalistas y estatistas y someter al peronismo a fuertes tensiones. La centroizquierda, e incluso la izquierda más radical, tradicionalmente marginal, pudieron entonces capitalizar el descontento de sectores sindicales y de votantes populares hasta entonces identificados con él. Por su lado, las dificultades de la UCR, el otro gran partido histórico, para cumplir con su rol de oposición durante estos años alentaron a amplios sectores medios a buscar otras vías de expresión de sus preferencias. La formación del Frente para un País Solidario (Frepaso), confluencia de una amplia gama de grupos de centroizquierda y disidentes de las fuerzas tradicionales en 1994, conducida por el ex peronista Carlos Álvarez, y su rápido crecimiento electoral, reflejaron este debilitamiento del bipartidismo. Y alentaron a augurar que la izquierda argentina estaba finalmente en condiciones de resolver sus históricas taras, ganar el apoyo de sectores amplios de la sociedad sin integrarse a, ni replicar los déficit de, las fuerzas tradicionales, crear una organización que diera cauce a la pluralidad de corrientes que la componen, integrada en un sistema partidario que se completaría con una también amplia fuerza de centroderecha (con centro en el peronismo), y llegar al gobierno, superando su tradicional limitación al desempeño de una “política negativa” en sede legislativa. Entre 1994 y 1997 el Frepaso creció aceleradamente, y ese año, en alianza con el radicalismo, conquistó una mayoría electoral que le permitió acceder al poder en 1999. Sin embargo, contra todos estos datos alentadores, la

historia se tomaría revancha en los años siguientes: a los serios problemas de gobierno que debió enfrentar se sumó el estallido de debilidades y conflictos internos, disimulados hasta entonces detrás del éxito electoral, que condujeron a su acelerada y completa descomposición.



Fórmula de la ALIANZA: De la Rúa (UCR), Álvarez (FREPASO)

El derrumbe del gobierno de la Alianza, a fines de 2001, y el regreso del peronismo al poder fueron la ocasión para que la política argentina experimentara un nuevo y sorprendente giro: se formó una fuerte corriente progresista en el peronismo que dio vuelta la página de la experiencia menemista de modo tal que reposicionó muy velozmente y sin traumáticas rupturas al histórico partido de Perón como expresión de los “intereses nacionales y populares”, fomentó una fuerte polarización entre el gobierno, encarnación de los valores

del progreso y la justicia, y “la reacción”, y colocó a las fuerzas de izquierda y centroizquierda frente a un dilema que en los noventa habían creído superado, sumarse a dicha corriente y colaborar con el gobierno peronista, o intentar diferenciarse de ellos para construir un espacio propio y autónomo. Un dilema que, como aquí intentaremos mostrar, tiene mucha historia en la vida política argentina y ha resultado hasta hoy irresoluble.

Podrá decirse que la izquierda argentina muestra en la coyuntura signos de muy buena salud. Tanto a través del kirchnerismo como incluso de la crítica a sus límites y ambigüedades tiene una gravitación inédita. Pero esto resulta más que de un crecimiento sólido con posibilidades de perdurar, del doble efecto de la ola regional y la apropiación peronista de sus consignas y valores. Es difícil por tanto que la actual coyuntura dé lugar a la superación de sus problemas históricos, de identidad e ideología, consistencia programática y fortaleza organizativa. Esencialmente, porque cabe dudar que la formación de un vértice progresista en el peronismo y la captación de aliados de izquierda o centroizquierda por parte del mismo signifique la “solución” del dilema que ese partido presentó a quienes intentaron ubicarlo ideológicamente, y la pronta emergencia, en consecuencia, de otro polo no peronista y de centroderecha que completaría, esta vez sí, un estable sistema de partidos. Se requiere, en suma, de una revisión desapasionada de los procesos previos y posteriores a la última crisis, de un análisis detenido de las razones y alcances del fracaso del Frepaso y del éxito, hasta ahora, del kirchnerismo, de modo de poner en perspectiva la situación actual y evitar conclusiones apresuradas respecto de su significación para el futuro de las izquierdas. Y de la política argentina en general.

En este trabajo lo intentaremos, empezando con un análisis de las tensiones entre el populismo y la izquierda a lo largo del siglo XX; para centrarnos luego en los cambios registrados en la vida política a partir de 1983, y en particular durante los años noventa, con el objeto de desentrañar las continuidades y discontinuidades que experimentaron las fuerzas de izquierda y las demás fuerzas políticas, en especial el peronismo, en esta etapa. Al respecto nos preguntaremos en qué medida las reformas menemistas y la oposición a las mismas supusieron

un debilitamiento del populismo e innovaciones en el terreno ideológico, institucional y económico. A continuación, a partir de una rediscusión de la crisis de 2001, analizaremos la emergencia del liderazgo de Kirchner y la evolución de su gobierno. Cerraremos el trabajo con una reflexión sobre las tomas de posición intelectual ante este fenómeno, que tanta gravitación tienen sobre el mismo.

Respecto a este último punto, interesa destacar que, más allá de la convencional oposición entre populismo y socialdemocracia, lo que resurge con fuerza en el kirchnerismo y en especial entre los intelectuales enrolados en él, es una concepción estructural y esencialista de la izquierda, que se autodefine a partir de una “*contradicción principal*” y la consecuente atribución de valores y desvalores a los actores: el pueblo, la nación, las empresas extranjeras, los organismos financieros, América latina, EEUU, etc. A más de una involución respecto de una mucho menos rígida y maniquea concepción posicional de la izquierda, que en alguna medida floreció durante la etapa previa, permitiendo poner el foco en políticas públicas, procesos y estrategias específicas, lo cierto es que ese esencialismo está en las antípodas de la exaltación típicamente peronista de la ubicuidad de los actores. De lo que resultará, tarde o temprano, una crisis de identidad para el peronismo kirchnerista, y para las opciones de izquierda que en él se han enrolado.

1. La herencia histórica: la izquierda acorralada por el populismo

Si algo caracteriza la historia política argentina en el siglo XX es la presencia descollante de movimientos populistas y la fuerte inestabilidad de los regímenes que se organizaron, sea en torno a dichos movimientos, sea contra ellos, excluyéndolos. En los inicios del siglo, la Unión Cívica Radical impulsó la ampliación de los derechos electorales y la incorporación de sectores medios y populares al sistema político y conformó una mayoría imbatible. La historia se repetiría, agravada, a partir de 1943, cuando el régimen militar resultante del golpe de ese año se orientó a la adopción de políticas de reforma social, bajo el influjo del entonces coronel Juan D. Perón, que logró de ese modo conformar un amplio movimiento, de base sindical y popular, pero que también incluiría a buena parte de las fuerzas conservadoras remanentes (e incluso a un sector del radicalismo). Tras su victoria electoral en 1946, el peronismo se constituyó en una nueva coalición populista ampliamente mayoritaria, e igualmente incapaz de conformar un sistema estable. El golpe militar de 1955, y la inestabilidad y violencia crecientes de los años que siguieron (con gobiernos semidemocráticos, por la proscripción del peronismo, interrumpidos por nuevos golpes de estado), conducirían, en los años setenta, al agravamiento de todos los conflictos facciosos dentro y fuera del peronismo. A todo lo largo de este ciclo de inestabilidad, en el que imperaron el populismo y el intervencionismo militar, las fuerzas de izquierda no tuvieron oportunidades de desarrollar recursos político-institucionales significativos, y mucho menos de hacerlo sobre la base de estrategias autónomas. Aunque ello no significó que no estuvieran presentes, tanto en la vida política como en la actividad cultural y sindical, gracias a ciertos rasgos del desarrollo

económico, cultural e institucional del país: la temprana urbanización e integración al proceso de modernización capitalista, la conformación de una clase obrera relativamente homogénea y la ausencia de grandes masas campesinas que oficiarán de ejército de reserva, el desarrollo de poderosas instituciones culturales y educativas, un orden constitucional a cuya defensa y fortalecimiento incluso los militares y grupos más autoritarios debieron remitir sus iniciativas.

Gracias a la masiva inmigración europea que había llegado al país a partir de las últimas décadas del siglo XIX, y al rápido crecimiento económico que posibilitó el modelo agroexportador, el socialismo y el comunismo, en menor medida el anarquismo, habían hecho tempranamente pie en el movimiento sindical. Sobre todo en las grandes ciudades de la región pampeana, pero también en las fronteras agrícolas del sur y del norte del país. En los albores del nuevo siglo el socialismo ganó su carta de ciudadanía en las clases medias y sectores ilustrados que imaginaban una Argentina pronto democratizada y socialmente integrada. Sin embargo, la emergencia de la UCR bloqueó el florecimiento electoral que la izquierda daba entonces por descontado. Para comienzos de los años veinte, la UCR se había consolidado como fuerza ampliamente mayoritaria en casi todo el país (su bancada, de entre 70 y 90 diputados, se imponía fácilmente a los no más de veinte diputados de los conservadores y las pequeñas fracciones provinciales en que se habían ido desgranando de esa fuerza), mientras que el Partido Socialista había quedado estancado: apenas lograba conquistar entre 15 y 20 bancas en la Capital Federal, ciudades de Buenos Aires y Santa Fe. Junto a los comunistas, todavía mantenía una presencia importante en el sindicalismo, pero sin recursos político-institucionales significativos en sus manos que le permitieran obtener concesiones del Estado y disciplinar a las organizaciones gremiales, iría retrocediendo también en ese frente: en los años finales de la década se consolidaría en las organizaciones obreras una corriente denominada "sindicalista", que gracias a su independencia partidaria logró ventajas en la negociación con los gobiernos radicales, cuyo objetivo fue, precisamente, debilitar al activismo gremial de izquierda a través de la combinación de represión y oportunas concesiones a los más dóciles. De este modo, si bien los radicales no lograrían consolidar una presencia propia en los sindicatos, pudieron hacerle cada vez más difíciles las cosas a socialistas y comunistas.

La frustración de las expectativas que la izquierda había depositado en la supuesta relación directa entre su futuro y el desarrollo político, económico y cultural del país (expectativa que reflejaba, además del propio optimismo ingenuo y mecánico, la no menos ingenua ilusión de progreso indefinido que configuraba el sentido común básico de las elites argentinas de ese tiempo) se reflejó en el grave cisma que sufrió el socialismo en 1927: los sectores centristas del partido, con base en las clases medias de Buenos Aires, formaron el Partido Socialista Independiente que, arrastrando tras de sí a buena parte de los diputados de la fuerza, intentó acercarse a los conservadores, en el entendimiento de que no era posible plantear una oposición autónoma a la UCR. Fue la primera de una larga serie de dilemáticas alternativas entre autonomía y colaboración a que se enfrentarían las izquierdas argentinas. Sin embargo, con el golpe de 1930 este cisma perdería en gran medida sentido, ya que todo el socialismo actuaría como

aliado de los conservadores sosteniendo la proscripción de los candidatos radicales y, cuando las circunstancias lo ameritaban, la práctica del fraude (Ciria, 1975)²⁸. De hecho, en 1931, el socialismo, en alianza con el PDP, fracción disidente del viejo tronco conservador, gracias a la exclusión de los candidatos radicales, lograría 43 diputados y 2 senadores, una *performance* que nunca lograría repetir. ¿Cuál era en concreto el problema que enfrentaban los socialistas y la izquierda en general?

Habían quedado atrapados entre la competencia insuperable que le planteaba una fuerza populista (el radicalismo), y la connivencia con gobiernos militares y políticos conservadores que ponía en serios aprietos su ideario democrático e igualitario. Durante la etapa posterior al golpe, los comunistas, que habían roto con el PS en 1918, intentaron escapar de esta encerrona convocando a un frente democrático antifascista y endureciendo las demandas gremiales. Pero el escaso resultado de estas iniciativas los llevó a enfrentar el mismo dilema, bajo otra forma: ¿debían colaborar con los radicales proscriptos, en nombre de la limpieza electoral, o con los socialistas, con vistas a fortalecer la unidad obrera?

Un problema equivalente y aun más agudo se planteó desde 1943. Como dijimos, el nuevo golpe militar dio paso a un gobierno que, bajo el influjo de Perón y otros oficiales animados de ideas corporativas y nacionalistas, inició reformas sociales que le permitieron ganarse el apoyo de muchos gremialistas (no sólo de orientación sindicalista, también socialistas resentidos con la dirigencia del PS, e incluso algunos comunistas). Reclamos por los que socialistas y comunistas habían batallado durante años, como el reconocimiento legal de los gremios, la ley de contratos de trabajo, el estatuto del peón rural, etc., fueron concedidos por Perón de un día para otro. Cuando los partidos de izquierda se enrolaron, de cara a las elecciones de 1946, en la Unión Democrática, junto a conservadores y radicales, para enfrentar a lo que entendían era la versión argentina del fascismo, la “vieja guardia” sindical abandonó a los partidos de izquierda y se integró al peronismo (Torre, 1990)²⁹, confluyendo con expresiones no menos heterogéneas que las que conformaban el frente opositor (el movimiento se nutrió, en las provincias, de dirigentes y votantes provenientes del conservadurismo y el radicalismo, y en las periferias de las grandes ciudades, de votos genéricamente “populares”). La década de gobiernos peronistas que siguió a esa elección (Perón sería reelecto, por amplio margen, en 1952), abrió un abismo perdurable entre los partidos de izquierda y los sindicatos y sectores populares en general. Para comienzos de los años cincuenta, la presencia de socialistas y comunistas en la vida gremial era ya marginal, y electoralmente el socialismo había alcanzado una completa irrelevancia.

La polarización entre peronismo y antiperonismo extremaba la paradójica situación vivida por la izquierda en los años treinta. En primer lugar, porque ahora el campo sindical casi en su totalidad fue ganado por la seducción populista (el peronismo no sólo fue generoso en concesiones laborales, sino que alentó la

²⁸ Ciria, Alberto, *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-1946)*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1975.

²⁹ Torre, Juan Carlos, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana-Instituto Torcuato De Tella, 1990.

formación de una poderosa estructura gremial ligada al Estado). Y, en segundo lugar, porque el polo antiperonista quedó prontamente signado por la influencia de ideas y orientaciones antidemocráticas y antiigualitarias. Las denuncias de los socialistas y comunistas contra el “*filofascismo*” del régimen quedaban entonces destañadas por el tono inconfundiblemente clasista y reaccionario de las críticas que le dirigían a Perón los referentes más destacados del antiperonismo (Halperín Donghi, 1991)³⁰. Todo ello habría de cristalizarse con el golpe militar de 1955 y los sucesos posteriores. Los jefes militares que tomaron el control de la situación tras



Gral. Juan Domingo Perón (foto de 1946)

enviar a Perón al exilio se propusieron restaurar las condiciones previas a su aparición en escena, algo a todas luces imposible e inaceptable para los sectores populares. Con lo que lograron abroquelar a los sectores sindicales y populares en la lealtad al líder. Las ganancias que obtuvieron los socialistas y en particular los comunistas gracias al apoyo oficial a la formación de nuevos

“*sindicatos libres*” serían más que compensadas por el desprestigio que significó avalar la persecución de la “*resistencia peronista*” y el atropello de las garantías constitucionales en cuyo nombre decían actuar contra el “*tirano prófugo*”. Por otro lado, en el socialismo la situación creada tras el golpe de 1955 no hizo sino agravar las tendencias a la fragmentación. Mientras la conducción del partido, ahora denominado PSD, reincidía en las estrategias electorales intentadas en los años treinta, con menos éxito que entonces (apenas logró 5 diputados en 1963, pues sus candidatos fueron superados en casi todos los distritos por los radicales, favoritos de las clases medias), un sector minoritario fundó el Partido Socialista Argentino e inició un giro hacia posiciones más extremas. Posteriormente, también el PSA se descompondría: un sector terminaría confluyendo con el trotskismo y el maoísmo, nutriendo varias organizaciones guerrilleras y revolucionarias que florecieron en los años sesenta; mientras que otros revisaron sus “*prejuicios antipopulistas*” y se sumaron al movimiento juvenil que, a fines de esa década, como ala izquierda de la resistencia peronista, experimentaría una expansión y radicalización acelerada.

De este modo, durante el ciclo de enfrentamiento entre peronistas y antiperonistas y de mayor inestabilidad política (al golpe de 1955 le siguieron los de 1962, 1966 y 1976), la izquierda quedó atrapada en una opción de hierro, que nuevamente volvió inviable el desarrollo de una estrategia autónoma con bases

³⁰ Halperín Donghi, Tulio, *La democracia de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1991.

institucionales sólidas: o bien se plegaba al movimiento populista que estaba dando cauce y alimentando la radicalización de las masas, resignándose al seguidismo minoritario de un proyecto político que tarde o temprano la rechazaría, o bien se planteaba alguna forma de diferenciación y competencia con el populismo, y quedaba entonces inscripta en un campo dominado por estrategias que no podían ocultar su al menos ambigua posición frente al hecho electoral. El no poder superar este dilema condujo a las izquierdas, en particular a la militancia juvenil, que en sindicatos, universidades y otros frentes de masas logró entre fines de los sesenta y principios de los setenta un protagonismo que le había sido negado durante décadas, a compartir la encerrona en que el conjunto del movimiento popular cayó con el regreso de Perón al poder en 1973 y su muerte al año siguiente. El peronismo se convirtió entonces en territorio de una batalla sin cuartel entre grupos armados de izquierda y de derecha, dándose inicio al Terrorismo de Estado que se habría de extender e intensificar hasta el exterminio con el golpe de 1976. La aniquilación física de buena parte de los militantes y dirigentes de izquierda, tanto de los que habían hecho suya la lucha armada como de los que habían intentado otros caminos, vino a coronar un drama que encerraba en última instancia las claves de una previa e inapelable derrota sufrida por esa generación: ni los sectores populares, ni mucho menos las clases medias, estuvieron dispuestos a acompañar a las izquierdas en sus afanes revolucionarios que, en manos del peronismo, sólo habían sido un útil recurso para lograr el regreso al poder y ahora eran una amenaza a suprimir (Novaro y Palermo, 2003)³¹.

Si bien es indiscutible el objetivo de los militares de 1976 de terminar con lo que llamaban “*el caldo de cultivo de la subversión*” en la sociedad, el populismo, de manera de disciplinar a los actores populares, en particular a los sindicatos, no lo es tanto cuál fue el saldo de la dictadura en este terreno, ni en qué medida su desmoronamiento abrió nuevas perspectivas para las izquierdas. Por lo general, en los análisis sobre este tema se otorga una enorme importancia a la destrucción de las organizaciones revolucionarias y al impacto que la crisis económica, en particular la desindustrialización, habría tenido sobre la capacidad de presión de los sindicatos y su articulación con otros actores sociales. Los cambios registrados en el sistema institucional y en la escena pública suelen ser, en cambio, relativizados o directamente ignorados.



Pte. Raúl Alfonsín (1983)

Lo cierto es que la reinstauración de la democracia en 1983 significó al mismo tiempo una continuidad y la apertura de un nuevo horizonte en esta historia de acorralamientos e inviabilidades padecida por la izquierda. La derrota del peronismo en las elecciones de ese año a manos de Raúl Alfonsín, candidato de la UCR, por primera vez en la historia de aquella fuerza, significó una limitación del peso del populismo en la vida política argentina, y la creación de condiciones mínimas para asegurar la estabilidad de las

³¹ Novaro, Marcos y Palermo, Vicente, *La dictadura militar (1976-1983)*, Buenos Aires, Paidós, 2003.

instituciones democráticas. Por primera vez en décadas se estructuraba un régimen de partidos que parecía no estar amenazado de muerte ni por el golpismo militar ni por el hegemonismo, a la postre más conflictivo que efectivo, de un movimiento. Ese podía ser el terreno propicio para que la izquierda fortaleciera sus organizaciones y ganara espacio en los sectores populares. Sin embargo, ese mismo resultado electoral trajo consigo el fortalecimiento del bipartidismo radical-peronista, y confirmó el control casi total de éste último sobre los sindicatos (que se benefició, además, de la extirpación del gremialismo de izquierda realizada por la dictadura militar y la continuidad de sus recursos institucionales y corporativos). Tan es así que en los primeros años, de las fuerzas de izquierda sólo una, el Partido Intransigente (heredero de una fracción escindida del radicalismo y nutrido por grupos sobrevivientes de las organizaciones revolucionarias de los setenta) conquistó una mínima representación parlamentaria (con el 2,8 % de los votos a nivel nacional recibió 3 bancas de diputados en 1983 y sumó 5 más en 1985, con el 6 %). Entre el PC, los socialismos (el PSD y el Socialista Popular), y los grupos trotskistas sumaron poco más del 2% del total en la primera elección y el 4 % dos años después. Dado este panorama, se entiende que para los militantes y votantes de izquierda siguiera siendo más tentador participar de alguna corriente progresista de los grandes partidos que resignarse a un papel testimonial a través de fuerzas insignificantes. Lo que era a su vez estimulado por la buena recepción que las ideas genéricamente “de izquierda” volvieron a tener en las fuerzas tradicionales: el distribucionismo inflacionario, la responsabilidad del Estado en la educación, la salud y demás servicios sociales y la defensa de la soberanía nacional estuvieron entre los fines comunes cuya titularidad y capacidad para hacer realidad radicales y peronistas se disputaron con ansia. La novedad en esta situación sería que a las nociones tradicionales del populismo en los asuntos económicos, sociales e internacionales se adosó una preocupación más moderna, alentada por el alfonsinismo, por la vigencia de las instituciones liberal-democráticas, el pluralismo y los derechos individuales. En particular estos últimos, que a la luz de las violaciones de los derechos humanos cometidas por la dictadura, se erigieron en principio rector del nuevo régimen. Otro tanto sucedió con las izquierdas, que se concibieron como guardianas auténticas de todo ello, frente a las inconsistencias de los grandes partidos, haciendo a un lado disimuladamente concepciones francamente hostiles, o al menos indiferentes, frente a esos valores.

La crisis del gobierno de Alfonsín, fruto de las dificultades económicas y el freno a los juicios por la represión ilegal, permitió que estas fuerzas ganaran algo más de presencia a partir de 1987: ese año, en las elecciones de renovación parlamentaria, el PI obtuvo una decena de bancas y la Unidad Socialista, reuniendo a dos de las ramas del histórico PS, un diputado. Pero fue principalmente el peronismo el que capitalizó los apoyos que perdía la UCR, y ello obligó una vez más a la izquierda, en particular al PI, a optar entre las dos opciones dilemáticas conocidas: intentar una estrategia de diferenciación frente al populismo peronista, o bien aliarse con él a cambio de una cuota de representación y la posibilidad de “*atraerlo hacia la izquierda*”. Sucedió que, enfrentado a este dilema, el PI se fracturó: cuando la mayor parte de su conducción optó por la segunda opción, sus militantes y buena parte de sus

votantes se dispersaron entre las restantes expresiones de izquierda (lo que permitió a Izquierda Unida, frente liderado por el PC, obtener en 1989 su primera banca de diputado). Así los noventa se inician, para la izquierda, bajo signos conocidos y poco alentadores. Aunque las reformas de Menem cambiarían muy pronto el panorama, al someter la economía y la política a nuevos desafíos y debates.

Para ingresar a esta nueva etapa conviene detenerse todavía en lo que el primer turno democrático significó para los partidos argentinos. La apuesta de Alfonsín había consistido en extraer del peronismo histórico todos sus componentes sociales e ideológicos "*progresistas*", para decantar los autoritarios y de derecha. Convertir a la UCR en la socialdemocracia argentina resultó tan difícil como dividir al PJ. Aunque, como beneficio colateral de su proclama neoliberal, Menem daría ocasión a Alfonsín y a muchos otros de seguir creyendo que algo de eso era posible. Lo cierto es que el peronismo triunfó en las elecciones de 1987 (y las subsiguientes) conviviendo, por primera vez, con un régimen institucional plenamente legitimado. Ello le impondría limitaciones al abuso del principio mayoritario, pero al mismo tiempo potenciaría la eficacia de su liderazgo, de sus recursos electorales y corporativos. Con los que demostraría que él y sólo él podía gobernar la Argentina, en particular en una situación de crisis. Así se comprobaría, de paso, para desazón de la crítica al populismo más esquemática y más difundida entre los intelectuales de izquierda, que su preponderancia no se basaba en un mero intercambio entre favores por votos, sino en una compleja construcción cultural, institucional y sobre todo política, que podía sobrevivir a penurias económicas y aún a una gestión con expresas restricciones distributivas. Fue así que el menemismo implicó a la vez una oportunidad para la construcción de una izquierda autónoma, al asociar al peronismo a la derecha liberal en lo económico y regresiva en lo social y cultural, y la reedición de un viejo desafío, dado que siguió captando el grueso del voto popular. Por lo mismo, impuso a la democracia argentina en su conjunto una dura evidencia sobre los límites de su capacidad para innovar, tenida por muy amplia durante la transición: las vías de su consolidación no discurrirían tanto por lo que ella fuera capaz de reformular y redefinir del peronismo, cuanto por lo que éste pudiera y quisiera hacer con los valores y principios de aquella.

2. La izquierda frente al menemismo: virtudes y limitaciones del Frepaso

La desordenada retirada del gobierno de Alfonsín, a que lo obligó la hiperinflación de 1989, y, sobre todo, la puesta en marcha de las reformas de mercado por parte de su sucesor, Carlos Menem, crearon condiciones inesperadamente favorables para las fuerzas de izquierda. En particular para una opción que fuera capaz de recoger las "*promesas incumplidas*" por los partidos tradicionales desde 1983. Esta fue la apuesta de los dirigentes que, provenientes algunos de los grandes partidos, encabezando otros pequeñas fuerzas de izquierda y centroizquierda, u organizaciones sociales o sindicales, conformaron el Frente Grande en 1993 y el Frepaso a fines de 1994: aspiraban a desafiar, con una propuesta difusamente progresista el bipartidismo. En las presidenciales de

1995 el Frepaso, que sumó a la Unidad Socialista, obtendría el segundo puesto con el 29% de los votos (y una bancada de 25 diputados). Esos resultados no tenían precedentes para una fuerza de esta orientación desde que comenzara el declive del socialismo en los años treinta. Y se explican, en gran medida, por efecto de la idea de que el peronismo había perdido para siempre sus componentes progresistas y populares, y había devenido en una fuerza neoconservadora; y la UCR se acercaba a su extinción, fruto de sus errores y fracturas.

Ahora bien, entre las promesas incumplidas de las fuerzas tradicionales estaban tanto las de carácter democrático y republicano, lucha contra la corrupción y el abuso de poder, como las tradicionales populistas: la centroizquierda se haría en esos términos eco de demandas de distribución, economía protegida, defensa de la soberanía nacional y compromiso estatal con el pleno empleo y demás demandas sociales. Pero el mayor mérito del Frepaso, y en particular de su mentor, Carlos Álvarez, que le permitió hilar las señas de reconocimiento de un progresismo disperso y heterogéneo fue su ambiguo posicionamiento frente a las reformas de mercado. Gracias a él pudo a la vez recoger el apoyo de quienes desde una tradición nacional-populista las consideraban la quintaesencia de la entrega y la exclusión social, y los moderados que objetaban “errores de implementación”, el acento antiestatista, el hegemonismo o el patrimonialismo corrupto. Con el tiempo estas posiciones moderadas resultaron electoralmente más redituables y por tanto ocuparon un lugar más destacado. Aunque ello no bastó para resolver las ambigüedades del discurso y la estrategia. En gran medida porque la moderación de la crítica económica buscaría ser compensada con una crítica cada vez más furibunda a la corrupción y demás perjuicios institucionales que acarrearaba la gestión menemista, canalizado todo ello en un repudio *qualunquista* y movimientista de los mecanismos partidarios en general.



Carlos Menem

A estos problemas se agregó el hecho de que el rápido crecimiento electoral tampoco resolvió por sí mismo las debilidades organizativas del frente: carecía de una estructura de alcance nacional y de recursos humanos en número y calidad suficiente para desempeñar los muchos cargos de representación que comenzó a ocupar desde 1994; salvo en la Ciudad de Buenos Aires, su distrito más fuerte, no existía un mecanismo interno de participación y toma de decisiones aceptado por todas las corrientes y agrupaciones. La heterogeneidad de las mismas agravaba la situación: algunas consistían en grupos de militantes; otras eran redes de “punteros” que controlaban “paquetes” de afiliados; las había también basadas más o menos directamente en organizaciones sindicales; otras más, en cambio, se fundaban en la popularidad de algunos de los líderes o de figuras secundarias, sin bases organizadas de afiliados o militantes. Una presencia muy desigual en los distritos de cada uno de esos grupos y del Frepaso en su conjunto terminaba de complicar las cosas. La combinación de disensos internos y fragmentación y labilidad organizativa

resultaría explosiva para la autoridad de los líderes y la cohesión del frente al momento de tener que administrar una crisis económica de proporciones. En ese momento el Frepaso dejaría de funcionar como una exitosa marca electoral, y fracasaría como fuerza política.

La atención casi exclusiva puesta en el aprovechamiento de las oportunidades que ofrecía la coyuntura electoral sin duda cumplió un papel en ese fracaso. Pero conviene aclarar que todo ello se siguió, más que de un error, de una larga y valorada tradición: enfrentados a la opción de aprovechar una oportunidad que bien podía no repetirse, o dedicar esfuerzos y recursos, que seguramente tardarían en fructificar, a la construcción de una más sólida y eficaz estructura partidaria y consensos más sólidos entre las bases de apoyo y en la sociedad, para lo cual deberían vencerse las esperables resistencias de las estructuras existentes, y de los que no estaba claro qué ventaja se derivaría (tal como enseñaba, a los ojos de los líderes frentistas, la experiencia de radicales y peronistas) ellos optaron por la primera alternativa. Y al hacerlo se convencieron de que no estaban simplemente *“saliendo del paso”*, ni *“quemando etapas”*, sino evitando los costos que supone actuar dentro de una organización y reteniendo una amplia autonomía para conducir y fortalecer el movimiento de opinión que los respaldaba. Concebir al Frepaso como expresión de un movimiento ciudadano que venía a impugnar las prácticas oligárquicas de los viejos partidos resultaba por tanto doblemente útil: aunque la crisis terminal de esos partidos no se verificaría, la promesa de una *“nueva política transversal”* alimentó su desprestigio y relativizó los problemas propios de falta de disciplina y cohesión internas; a la vez que contraponía en términos populistas los intereses y pasiones políticas de un pueblo esencialmente democrático y justo, y las mezquindades de las elites y sus opacos mecanismos, algo conveniente dada la moderación de la diferencia en el plano económico.

En el manejo coyunturalista de la organización y los consensos internos tuvo un peso importante también la presencia de sindicatos que, en forma más o menos orgánica según los casos, se habían integrado al frente. Provenían del Congreso de los Trabajadores Argentinos (CTA), la primer central sindical creada fuera del campo peronista desde los años sesenta, que se nutrió de organizaciones, dirigentes y militantes gremiales opuestos a las reformas de mercado de Menem y en busca de un nuevo proyecto partidario. Su actividad reivindicativa contribuyó, desde mediados de los noventa, a crear el espacio político adecuado para el florecimiento frentista, poniendo en cuestión la representación peronista de los trabajadores. Pero al mismo tiempo su presencia supuso un problema para los líderes del Frepaso; ya que esos sindicatos (de empleados públicos, maestros, algunos sectores industriales y de servicios afectados por las privatizaciones, etc.), tenían una capacidad de movilización muy superior a la del resto de los núcleos que se integraron a la fuerza, de manera que permitirles usarla hubiera significado convertirlos en sus grandes electores internos. La informalidad organizativa de la vida interna, y la toma de distancia respecto de las protestas y planteos del CTA, fueron una solución, en principio sencilla y con bajos costos, ante estos peligros.

La Alianza: victorias electorales y nuevas fragilidades

La reelección de Menem en 1995 dio paso a la crisis de su coalición de apoyo: a mediados de 1996, Domingo Cavallo, hasta entonces ministro de Economía, se alejó del gobierno nacional y organizó su propio partido, que recogería amplias adhesiones en el electorado liberal y el mundo de los negocios;



Menem, Cavallo, Pte y
Ministro Economía.

en tanto Eduardo Duhalde, gobernador de Buenos Aires desde 1991, tardó menos

que Cavallo en tomar distancia del presidente y buscar adhesiones a su candidatura para 1999, corroyendo el liderazgo de Menem en el PJ. La crisis del menemismo obedeció, en alguna medida, a problemas macroeconómicos (vulnerabilidad ante los bruscos cambios del contexto internacional, problemas de financiamiento del sector público y de competitividad de la economía), déficit sociales (desocupación, caída de los salarios, concentración del ingreso), e institucionales que, si no eran nuevos, se volvían particularmente visibles e intolerables en las nuevas

circunstancias (corrupción, falta de transparencia e independencia de la justicia, desbordes del poder presidencial, tensiones entre la nación y las provincias por la distribución de los recursos fiscales y el acceso al financiamiento externo). Si bien radicales y frepasistas podrían capitalizar el descontento resultante, también tendrían por delante un serio obstáculo para conquistar la mayoría y hacerse del gobierno en 1999: la emergencia de una figura de recambio dentro del peronismo, bien afirmada al menos en el reclamo social, volvía muy remota la posibilidad de que el oficialismo fuera a perder el apoyo de una porción significativa de sus electores tradicionales; por otro lado, si bien una alternativa de centroderecha como la que ofrecía Cavallo podía atraer a una parte de los electores que desde ese sector habían apoyado a Menem en 1995, eso limitaba en igual medida las posibilidades de que frepasistas y radicales crecieran en ese sector. Fue en estas circunstancias que, en agosto de 1997, la UCR y el Frepaso decidieron formar la Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación, con la que lograron poner fin, en las parlamentarias de octubre de ese año, a la serie ininterrumpida de victorias electorales que venía acumulando el peronismo desde 1987: la Alianza (sumando los votos radicales y frepasistas en los distritos donde se presentaron separados) obtuvo el 45,3 % de las preferencias contra 36,3 % del PJ.

¿Permitiría la formación de la Alianza superar las dificultades que sus integrantes hubieran debido resolver no sólo para ganar los comicios, si no para conformar una fórmula viable de gestión, o simplemente los disimulaba tras una etiqueta electoralmente atractiva? Y, si no pudo lograr lo primero, ¿se debió a su heterogeneidad ideológica (la imposibilidad de la convivencia entre conservadores y reformistas), o a razones de otra índole?

Digamos ante todo que el radicalismo estaba tan dividido internamente como el Frepaso y contaba con menos unidad aún en su vértice: el partido seguía estando bajo la hegemonía de Alfonsín, pese a los reveses experimentados por su gobierno, primero, y por sus tácticas de oposición y colaboración frente al

menemismo, después. Pero Alfonsín no tuvo más remedio que aceptar la candidatura presidencial de Fernando De la Rúa, quien había ganado la jefatura de gobierno porteña liderando los sectores más conservadores y económicamente ortodoxos del partido. En estas circunstancias, la fragmentación de las fuerzas aliadas se replicó en la coalición, y la colaboración entre ellas se enraizó muy desigualmente en los distritos y en sus distintas facciones. En una decena de provincias la Alianza no se concretó para las elecciones de 1997, y no en todos los casos se concretaría para las de dos años después. Mientras la coalición brindara ventajas electorales y acceso a espacios institucionales superiores a los que cada parte podría aspirar por separado era de esperar que se impusiera la cooperación. Pero sólo a nivel nacional o en los distritos donde ello se verificase. En tanto, los radicales seguirían cultivando su autonomía en las provincias que consideraban santuarios propios y concibiendo en su fuero íntimo a la Alianza apenas como un subterfugio para recuperar la cohesión y fortaleza electoral perdidas en el plano nacional desde 1989. Por su parte, para los frepasistas era imprescindible proveerse de los recursos territoriales y organizativos de los que carecían, en función del nuevo salto electoral que se disponían a dar en la lucha contra la oligarquía partidocrática: la Alianza no era, por tanto, sino un paso más hacia la disolución de los viejos partidos. Así, a través de la colaboración parcial y acotada en la Alianza, cada cual siguió haciendo lo que sus objetivos le sugería.

Problemas aún mayores provinieron de la debilidad de los liderazgos. El largo y costoso proceso de internas abiertas que resolvió la fórmula presidencial, que integrarían De la Rúa y Álvarez en ese orden, no significó la formación de una conducción superadora de las divisiones internas ni de los déficit de la coalición. De la Rúa encarnaba mal las modestas expectativas de cambio que la Alianza había sabido despertar en la ciudadanía, y era visto con tanto recelo en el frente como en sectores de la UCR. No ocultó su displacer por tener que convivir con alfonsinistas y frepasistas y buscó conformar un reducido círculo de fieles, que mostraría una reducida capacidad y vocación para disciplinar a la coalición. Álvarez, por su parte, intentaría sacar provecho de su condición de interlocutor privilegiado del futuro presidente, pero vería bien pronto que poco podía ganar en la interna radical, en la que finalmente primaba el patriotismo partidario y en cambio mucho y muy rápido perdía del prestigio ganado en la opinión como su adalid ajeno a compromisos oligárquicos.

Mucho antes de que estallara un conflicto entre el conservadurismo de De la Rúa y el centroizquierdismo de Álvarez, la coalición ya había fallado en crear condiciones mínimas para la gestión. La experiencia de coaliciones exitosas en Brasil y Chile nos habla de mecanismos imprescindibles para su funcionamiento, difíciles de construir y preservar: una delicada ingeniería parlamentaria y del gabinete, un ajustado manejo de la relación entre funcionarios de gobierno y dirigentes partidarios, que permitan prevenir conflictos antes de que estallen, debatir conjuntamente las políticas de gobierno en áreas clave, así como distribuir responsabilidades y articular equipos conjuntos; y, por sobre todo, fuerte disciplina en los partidos y su encolumnamiento detrás de líderes que, sean más o menos capaces y autosuficientes, tengan en claro sus atribuciones y responsabilidades

(Figueiredo y Limongi, 1999; Siavelis, 2001)³². Cuestiones a las que aquí debía dedicarse más tiempo y esfuerzo ya que se trataba de aliados muy recientes y poco disciplinados.

Pese a que, dada la falta de respuesta a estas cuestiones, creció en la Alianza y fuera de ella la incertidumbre sobre cómo formaría y ejercería el gobierno, el contexto todavía le resultó favorable durante un tiempo. Menem a duras penas capeó la recesión desatada por la crisis financiera en Rusia a fines de 1998 y agudizada desde principios de 1999 por la devaluación del real en Brasil. El candidato del PJ, Duhalde, se afanaba por salvar los obstáculos que le seguía inventando el menemismo, que lanzó varios intentos para lograr que su jefe fuera habilitado para competir por una nueva reelección. En la campaña, la Alianza continuó la estrategia del Frepaso de marcar su diferencia con el oficialismo en el terreno de la corrupción. Con ello, frente a un peronismo que no había resuelto la sucesión del liderazgo, bastó para conquistar la presidencia en 1999. Pero no para mucho más: esa victoria se logró con los mismos votos que en las parlamentarias de 1997 (De la Rúa recibió poco más que el 46% cosechado dos años antes, mientras que las listas de diputados retrocedieron cerca de 2%), con caídas significativas en algunas elecciones provinciales. De modo que en el PJ sólo Duhalde debió reconocerse derrotado, y salvo la presidencia, la distribución de los espacios institucionales y de poder no se alteró significativamente: en Diputados la Alianza le arrebató la mayoría al peronismo, pero por un margen demasiado estrecho como para garantizarse *quórum* propio y la posibilidad de tratar proyectos sobre tablas; el Senado no cambió su composición y el cuadro en las provincias fue francamente desfavorable para la coalición, con sólo seis gobernaciones, parcialmente una séptima y la ciudad de Buenos Aires, mientras que el peronismo gobernaría 14 distritos, incluyendo tres decisivos, Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba. En suma, la Alianza tendría que lidiar con una oposición potente a pesar de la derrota. Capaz de frenar o al menos condicionar reformas que requirieran aprobación parlamentaria y el consenso de las provincias.

Esta situación de “empate” en un contexto de crisis, si por un lado exigía demasiado a los estilos de liderazgo y las pautas de comportamiento de los partidos argentinos, por otro ofrecía muy poco en términos de las políticas que hacía posible implementar. En particular en el terreno fiscal y macroeconómico, donde la recesión imponía condiciones muy duras a toda negociación, y en el de las reformas institucionales, que eran tan esenciales al *ethos* aliancista como irritativas para los peronistas y costosas en términos financieros y políticos. Para colmo, el PJ perdió del todo su cohesión, lo que bloqueó cualquier posibilidad de un acuerdo amplio. Aunque para la Alianza no fue tan grave esta pérdida de cohesión como el alivio que el peronismo experimentara ante los resultados electorales que cerraron el ciclo menemista: ellos mostraron, contra la apuesta que animaba al Frepaso desde su fundación, que la lealtad electoral de las bases peronistas seguía viva pese a las reformas de mercado, y que los candidatos del PJ, en esta nueva etapa que se abría, podrían ser los más críticos de esas

³² Figueiredo, Angelina y Limogni, Fernando, *Executivo e Legislativo na nova ordem constitucional*, Río de Janeiro, Editora da FGV, 1999.

reformas y ser apoyados por sus principales víctimas, y a la vez seguir atribuyéndose el mérito por las ventajas derivadas de su concreción, y poco podían hacer para evitarlo sus competidores, fueran de izquierda, de centro o de derecha. Frente a esta lozanía electoral y política chocarían impotentes los intentos no muy articulados de Álvarez de sumar algún sector de esa fuerza a la Alianza (lo que él llamó la “pata peronista”).

Lo que terminó de complicar las cosas fue el modo en que se combinaba esta inesperada persistencia del populismo peronista con la tensión, que la propia Alianza había ayudado a instalar, entre las expectativas de distribución y las posibilidades que ofrecía la coyuntura. La opinión pública y buena parte de las elites entendían el fin del menemismo como el de una larga etapa de ajustes ortodoxos, y la apertura de un tiempo de crecimiento y distribución. Ello velaba los rasgos distributivos de las reformas y de la convertibilidad (gasto público financiado con deuda, salarios elevados en dólares, aliento al consumo más que a la inversión, etc.), así como el hecho de que se estaban agotando las posibilidades de financiarlos, lo que impondría, a la larga o a la corta, un más completo ajuste fiscal y de los precios relativos, que indefectiblemente afectaría los salarios.

El terreno donde se focalizaron todos estos dilemas fue, claro, el de la economía. El ministro designado de común acuerdo por los referentes aliancistas, José Luis Machinea, se enfrentó desde un comienzo con los economistas ortodoxos designados por el presidente en otras áreas (Cancillería, Defensa, Educación, la Secretaría de Inteligencia del Estado) que impulsaban un shock de ajuste que atacara a la vez impuestos, gastos y la negociación con los gobernadores, así como a Alfonsín y el resto de la UCR y el Frente, que reclamaban la atención de múltiples demandas de gasto y planes de inversión. A poco de asumir, se volvió ostensible que la recesión que había agobiado al peronismo en su último año en funciones estaba yendo demasiado lejos (la economía había caído un 4% en 1999) enajenándole los recursos frescos y las condiciones laxas de negociación con los actores políticos y económicos necesarios para algunas de las “correcciones” previstas al modelo heredado (la reducción de las rentas acumuladas por las empresas de servicios privatizadas y otros sectores favorecidos en los noventa vía incremento de impuestos, el aliento a las inversiones productivas y a las exportaciones, y la generación de empleo). La estimación de que se produciría un “rebote” de la actividad económica, alentado por el inicio de la nueva administración y su anuncio de que se mantendrían los parámetros macroeconómicos fue la luz de esperanza que orientó las primeras decisiones económicas: si Argentina había superado el efecto *Tequila* en poco más de un año y había vuelto a crecer, ¿por qué no podría hacerlo de nuevo tras el efecto *Caipirinha*, ahora que estrenaba un gobierno más austero y sensato? Claro que en el ínterin se había producido un cambio notable en el contexto internacional, el dólar se había valorizado enormemente en relación a las demás monedas y el peso de la deuda externa se había incrementado (de alrededor de 80.000 millones de dólares a mediados de los noventa pasó a más de 120.000, lo que representaba cerca del 40 % del PBI y siete años de exportaciones, con vencimientos concentrados en el período que se abría), mientras se mantuvo constante, o incluso en aumento, el déficit público (llegó a los 7.000 millones en 1999 para el Estado nacional, a lo que se sumaban alrededor de 3.000 millones en

las provincias). El gobierno aliancista se limitó en los primeros meses a mostrar que seguiría las pautas de la Ley de Responsabilidad Fiscal aprobada meses antes, que establecía un cronograma para eliminar el déficit del estado nacional, aunque con ninguna regla equivalente para las provincias (lo que significaba atar de pies y manos a la Alianza en un aspecto en que el peronismo había disfrutado de una muy amplia libertad y las provincias, mayoritariamente bajo control del PJ, la seguirían disfrutando). Cuando en la discusión del presupuesto de 2000 el peronismo usó su mayoría en el Senado para que el peso del ajuste recayera en la nación y se advirtió que el déficit fiscal a cubrir era mayor al esperado, el frágil consenso inicial de la coalición comenzó a resquebrajarse. Machinea apuntó entonces a que una brusca disminución del déficit redujera las tasas de interés, despertando la confianza de los inversores, y que ello tuviera un efecto expansivo sobre la actividad económica, en lugar del habitual efecto recesivo que sigue a medidas de ese tipo (un planteo similar al que seguiría el gobierno del PT en Brasil dos años después). Pero de los profundos disensos reinantes en el gabinete y en la Alianza no podía resultar sino una combinatoria de medidas poco consistentes; y de todos modos para que la estrategia funcionara debía sustituirse consumo interno por exportaciones. En concreto, las medidas consistieron en elevar el impuesto a las ganancias y ajustar el gasto (reducción de salarios públicos, eliminación de organismos, racionalización de compras). Muchas medidas que hubieran tenido alcance estructural y redistributivo (desregulación de obras sociales, renegociación de marcos regulatorios y contratos de concesión de las empresas privatizadas, de modo de reducir tarifas y mejorar controles, y una reforma política dirigida a bajar los gastos de las legislaturas, combatir el clientelismo y la corrupción), no pasaron de ser anuncios, ante la complejidad y conflictividad que revestían.

Las empresas privatizadas resistieron con éxito los tímidos intentos de ponerlas en caja, y, en peajes, teléfonos y petróleo siguieron acumulando ganancias pese a la recesión. Sacaron provecho tanto de las penurias del fisco como de la indisposición del presidente a enfrentar conflictos, utilizando sus planes de inversión y sus contribuciones impositivas como arma de chantaje para que se respetaran sus mercados cautivos y sus rentas: De la Rúa se convenció de que las necesitaría para la reactivación (aplicando la misma lógica que Menem: rentas a cambio de inversiones). En cuanto a la reforma política, Álvarez la adoptó como bandera, pero más que en un plan de fortalecimiento institucional, consistió en sus manos en un recurso para ganarse a la opinión y presionar a los partidos, al PJ y también a los de la Alianza, que se mostraban cada vez más desafiantes ante el gobierno. Tan es así que se ocupó en persona de presionar a los diputados y senadores frepasistas de la provincia de Buenos Aires, que controlaban parte del descomunal presupuesto de esa legislatura, para que lo redujeran; y de difundir los compromisos bipartidistas que en el Senado y en las legislaturas de muchos distritos regían la apropiación política de recursos públicos. El resultado no fue el buscado, no sólo porque, como era de esperar, la dirigencia partidaria, salvo raras excepciones, resistió los embates, sino porque la opinión castigó a la “clase política” en general: el gobierno terminaría pagando caro este activismo contra los gastos políticos, ya que no pudo responsabilizar por los excesos a la oposición y apareció débil e inconsecuente para avanzar en lo que había prometido sería un

objetivo fundamental de su gestión, hacer que las instituciones representativas fueran más austeras y eficaces. Para colmo, los lances de Álvarez generaron aún mayores tensiones internas en la coalición, que se sumaron a los rechazos por las medidas de ajuste. Ciertos grupos del Frepaso (el Partido Socialista Democrático, algunos diputados de extracción sindical, etc.) pasaron por esos días a la oposición. Los sindicatos estatales iniciaron un plan de lucha que incluyó paros y movilizaciones, y respaldaron los cortes de ruta y piquetes de organizaciones de desocupados. Por su parte, el peronismo anunció que resistiría el ajuste en las provincias, aunque no se opuso a que el gobierno hiciera lo que pudiera en la administración nacional. En este clima, la cooperación dentro de la coalición, débil desde un comienzo, se extinguió.

Hacia mediados de 2000, en suma, tomaba forma un escenario ya radicalmente distinto al que había enmarcado la asunción del nuevo gobierno. Las ideas moderadas y modernizadoras que sugerían la viabilidad y conveniencia de correcciones en el modelo económico de apertura y convertibilidad vigente desde comienzos de la década anterior estaban ahora en franca retirada. Se imponían en su lugar dos lecturas opuestas sobre el dilema económico que enfrentaba el país: la primera sugería volver a la más pura ortodoxia, que supuestamente había inspirado en sus orígenes el programa de reformas de mercado (aunque esto no era exacto, se tornaba creíble en esas candentes circunstancias), mientras la segunda proponía hacer a un lado las ideas, diagnósticos y orientaciones asociadas con el “modelo”, y repensar una política macroeconómica para el país (algo que no se explicaba bien cómo podría transformarse en un plan de acción, ni en qué condiciones políticas y por parte de qué actores sería aplicable). Mientras que el presidente y su entorno (Bonvecchi y Palermo, 2001)³³ se acorazaban en la primer tesitura, los partidos aliancistas se inclinaron más y más hacia la segunda. Con lo cual aquellos se volverían a cada momento más impermeables a los puntos de vista partidarios y se convencerían de que la Alianza no era un instrumento adecuado para gobernar y que debían avanzar hacia una nueva coalición de apoyo, y un nuevo gabinete. Lo que no hizo si no acrecentar la desconfianza y toma de distancia de las estructuras partidarias respecto de las decisiones del Ejecutivo.

El colapso de la Alianza y sus complejas lecciones para la izquierda

Fue en este contexto que estalló la crisis política en agosto de 2000, a raíz de la denuncia del pago de sobornos que habrían hecho funcionarios de gobierno a senadores nacionales, tanto del PJ como de la UCR, para lograr la aprobación de la reforma laboral. Álvarez, transformado en máximo impulsor de la investigación y de los pedidos de renuncia a los implicados en el Senado y el Ejecutivo, se enfrentó con el presidente, que primero desestimó y luego buscó cerrar el escándalo, operando cambios en el gabinete que avalaron y fortalecieron a algunos de los acusados. Ante esta actitud Álvarez renunció a la

³³ Bonvecchi, Alejandro, y Palermo, Vicente, “En torno a los entornos: presidentes débiles y partidos parsimoniosos”; Bs. As., *Revista Argentina de Ciencia Política*, 2001, año 3, N° 6, págs. 34-78.

vicepresidencia. Pese a varios intentos postreros de relanzamiento, la Alianza ya no existía como coalición de gobierno. Ello quedaría definitivamente en evidencia cuando, en marzo de 2001, varios de los funcionarios del Frepaso que aun ejercían cargos en el Ejecutivo, y algunos alfonsinistas, renunciaron en disidencia con nuevas medidas de ajuste impulsadas por los reemplazantes de Machinea, López Murphy (quien permaneció en el cargo unos pocos días), y Domingo Cavallo, cuyos intentos por salvar la convertibilidad consumirían el resto de ese año y atarían a De la Rúa a su suerte. Álvarez apoyó el ingreso de Cavallo, intentando con su auspicio reingresar al gobierno, pero al fracasar optó por abandonar la conducción del Frepaso, que se descompondría en varios fragmentos sin rumbo definido. El fin de la Alianza coincidió así con el del frente de centroizquierda.

En el fracaso del gobierno de la Alianza y de la estrategia de coalición desarrollada por el Frepaso pesaron sin duda errores de diagnóstico sobre la crisis económica, así como déficits organizacionales y de liderazgo. Fueron mucho menos relevantes, en cambio, las disidencias programáticas e ideológicas. Tanto la corrupción como el ajuste fueron tema de polémica interna, pero se volvieron cuestiones realmente conflictivas sólo a partir de que los intentos consensuados por seguir un curso moderado de acción no dieron los resultados esperados. Y cuando así sucedió, más que en una oposición entre conservadores y centroizquierdistas, los disensos internos se expresaron en términos de equívocos populistas. Ello se revela en la forma en que sectores críticos del Frepaso y la UCR enfrentaron a Machinea: dando por hecho que era posible mejorar los rendimientos de la convertibilidad o *“cambiar de modelo”* sin costos, sin mayores impuestos, conflictos con asalariados y empresarios, etc.. Por otro, en el cariz que adquirió la *“reforma política”* para el Frepaso: una lucha entre la política de partidos y una nueva, movimientista, transparente y por tanto naturalmente popular. Pero, sobre todo, la persistencia populista se evidenció en un peronismo que no había cambiado tanto como los críticos del menemismo habían supuesto y que mostró poder volver a imponer un juego imposible a sus adversarios usando sus imbatibles recursos institucionales: forzándolos a administrar la convertibilidad sin déficit y sin afectar los intereses sindicales, provinciales e incluso empresarios que había prohijado y por cuya salud seguiría velando. Cómodamente apoltronado en las provincias y las bancadas parlamentarias, los dirigentes peronistas no dudaron en calificar las medidas de ajuste como *“injustas e innecesarias”*, coincidiendo ahora con los gremios, incluidos los del CTA. La capacidad del peronismo de echar mano de la tradición y recuperar representatividad entre los sectores sindicales y populares mostraba cuán limitado, y hasta cierto punto efímero, había sido el acotamiento del abanico populista que le había permitido al Frepaso florecer en los noventa. De modo que, una vez más, la centroizquierda quedó atrapada entre dos opciones indeseables, que terminarían siendo además inviables: o se comprometía a fondo en la administración de la crisis, y entonces se resignaba a perder más y más apoyos a manos de la izquierda y el peronismo hasta tanto se completara el ajuste y comenzara a revertirse la crisis; o bien abandonaba el gobierno para competir con éstos por el rol de *“oposición contra el ajuste”*. Las jugadas postreras de Álvarez, como apoyar el ingreso de Cavallo al gobierno, fueron desesperados intentos de resolver ese dilema. Aunque, en tanto

no superaron los equívocos en que seguía empantanada la Alianza, no hallaron una salida.

Parte del problema del Frepaso consistió en que en su acelerado paso de la marginalidad electoral de principios de los noventa, al gobierno, hizo considerables sacrificios en términos de identidad y no logró adquirir una mínima inserción institucional que le permitiera absorber los costos de una mala gestión. La estrategia de Álvarez había sido “quemar las naves” en términos de adaptación coyuntural de su programa y política de alianzas, sin construir ningún baluarte en gobiernos locales y provinciales donde buscar refugio en caso de que la aventura no diera los resultados esperados. Muchas de las explicaciones críticas sobre su suerte se han basado en la supuesta carencia de un programa realmente alternativo, es decir, destacan el pecado de la moderación (Fazio et al, 2001; Jozami, 2004)³⁴. Su apuesta por desplazar a Menem y el peronismo del poder en 1999, en las condiciones de un régimen de convertibilidad que contaba con amplísima adhesión en la sociedad, y que casi todos los actores económicos relevantes consideraban “perfectible” pero imprescindible, determinaba que la moderación no fuera una opción entre otras sino una exigencia parametral. Cuando el diagnóstico sobre la crisis se volvió más realista, y alarmante, siguió primando la idea de que el frente podría sobrevivir a un gobierno mediocre, pero no a una ruptura de la convertibilidad o un *default* de la deuda: los costos sociales inmediatos de esas medidas (recesión, caída del empleo, de los ingresos públicos, etc.), se estimaron, con razón, políticamente insostenibles. Dadas las debilidades internas y coalicionales y el desafío de una oposición peronista poderosa y poco colaborativa, no era factible aguantar el chubasco de una crisis general hasta la eventual recuperación.

La experiencia de la centroizquierda en otras latitudes demuestra que su disposición a entrar en coalición con fuerzas de centro e incluso de centroderecha, el acento puesto en la equidad y las oportunidades más que en la igualdad de títulos, la atención prestada a los problemas de la competitividad y la estabilidad macroeconómica, etc., inevitablemente la llevan a enfrentarse a la izquierda. Sólo que ese enfrentamiento es más costoso cuando la centroizquierda tiene un déficit de identidad y de enraizamiento en las instituciones y en la sociedad, y obviamente más aún cuando los resultados de las políticas son malos, o escasos. En Argentina, el Frepaso no había desarrollado raíces sólidas en el movimiento sindical, y tampoco encontró movimientos sociales alternativos disponibles en los que asentarse. Por otro lado, se han destacado ya en muchos análisis las dificultades que surgen del intento de basar nuevas fuerzas políticas en los movimientos de opinión, orientados por ánimos antipolíticos y antipartidarios. Los llamados a hacer una “nueva política” distinta de la de los actores tradicionales tienden a quedar prisioneros de los ánimos de que se alimentan: en la condena de las “prácticas clientelistas y oligárquicas de los partidos” se confunde la corrupción con las imprescindibles tareas de mediación que son siempre opacas y exigen

³⁴ Fazio, Horacio (comp.), *La política en discusión*, Buenos Aires, FLACSO, 2001; Jozami, Eduardo, *Final sin gloria. Un balance del Frepaso y de la Alianza*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

profesionalismo y reserva. Con lo que quienes agitan esos ánimos terminan colaborando a desprestigiarse a sí mismos como opción partidaria. A su vez, aun contando con el respaldo de un amplio movimiento de opinión, o vínculos con grupos sociales o culturales formadores de opinión, es difícil contrapesar con ellos a actores con mayor capacidad de presión, como son los sindicatos y los empresarios: éstos son mucho más estables y están mucho mejor organizados, de manera que aunque no sirvan para ganar elecciones, son enormemente útiles para gobernar, lo inverso de lo que sucede con aquellos. Así, una estrategia de acumulación casi exclusivamente asentada en el favor de la opinión pública terminó revelándose demasiado frágil frente a los humores de ella y la desconfianza de los actores organizados. En un contexto, además, en que la crisis exigía asignar costos, incluso a las propias bases, para lo cual se requerían acuerdos transicionales (la aceptación de esos costos a cambio de beneficios futuros) que difícilmente podían canalizarse a través de la opinión y los grupos informales. Tal como se comprobó con las virulentas reacciones de sectores medio, que masivamente habían votado a la Alianza, ante sus medidas tributarias. Fueron entonces las mismas razones que permitieron al Frepaso y a la Alianza sus meteóricos éxitos iniciales, las que les dificultaron conservar desde el gobierno los apoyos conquistados. Así, el fracaso de la estrategia desarrollada desde mediados de los noventa, cuya pieza fundamental fuera la convergencia y cooperación de fuerzas heterogéneas en la construcción de una opción progresista competitiva con el peronismo, dio paso a una aguda faccionalización del campo de la centroizquierda, que reprodujo los ya tradicionales problemas de atomismo y precariedad organizativa de ese sector en el país (aunque algunos de sus fragmentos serían transitoriamente beneficiados), y a un no menos grave descrédito de aquellas premisas, reemplazadas por las convicciones más o menos tradicionales en este lado del espectro político. La involución del sector acompañaría, así, la plena recuperación por parte del peronismo de su posición política predominante.



Bs. As., 19 y 20 diciembre 2001. La crisis argentina terminó con la renuncia del Pte. De la Rúa el 21 de diciembre.

3. Nuevamente, la centralidad del peronismo y la fragmentación de la izquierda

Lo dicho recién se reflejó, por un lado, en el florecimiento de nuevos agrupamientos de centroizquierda y de izquierda, que en las elecciones de renovación parlamentaria de 2001 lograron captar buena parte del voto que se fugó de la Alianza (Afirmación para una República de Iguales, ARI, formado ese mismo año por dirigentes provenientes de la UCR y del Frepaso, obtuvo 1.600.000 votos, 15% del total, mientras que el resto de las agrupaciones de izquierda reunía en conjunto una cantidad similar), pero que fueron incapaces de formar una opción amplia y perdurable. A consecuencia de lo cual, para las presidenciales de 2003 el ARI había perdido ya buena parte de su atractivo inicial, y su candidata, Elisa Carrió, se ubicó en quinto lugar; mientras el resto de la izquierda perdía todo el terreno ganado dos años antes. En las elecciones distritales de fines de 2003 se agravaría este retroceso, lo que implicó se redujera significativamente el número de diputados nacionales, provinciales y cargos municipales que habían logrado entonces.



“Que se vayan todos”, una consigna muy extendida en la Argentina pos derrumbe de la Alianza.

Por otro lado, el reforzamiento del abanico populista le permitiría al peronismo ofrecer distintas opciones de salida de la crisis, mostrándose a la vez como única fuerza capaz de asegurar la gobernabilidad en la emergencia. Gracias a ello retuvo el apoyo de los sectores populares y atrajo a franjas medias progresistas, igualmente fragmentadas, que se plegaron primero a los gobiernos provisionales que siguieron a la caída de De la Rúa en diciembre de 2001, y

posteriormente, y con más fuerza, al gobierno de Néstor Kirchner. En tanto la responsabilidad por la crisis cayó principalmente en la Alianza y en De la Rúa, el peronismo pudo descargar en ellos las generalizadas protestas sociales que acompañaron la salida de la convertibilidad (la devaluación de la moneda fue resuelta en enero de 2002 por Duhalde, designado presidente provisional días antes por la Asamblea Legislativa) y la expropiación parcial de los depósitos bancarios que le siguió al congelamiento aplicado por Cavallo en los últimos días de 2001. La gestión de un fenomenal ajuste de salarios e ingresos y generalizadas rupturas de contratos no fue incompatible, por lo tanto, con la representación de promesas de reparación social y regeneración institucional que la UCR y el Frepaso habían dejado caer por el camino, y que los candidatos peronistas, Kirchner (hasta entonces gobernador de Santa Cruz) y Alberto Rodríguez Sáa, su par de San Luis, retomaron en competencia con el intento de Menem de volver al gobierno con un programa decididamente neoconservador y el respaldo de los grandes empresarios. El resultado de esta disputa, que se dirimió en las elecciones generales, dado que fue imposible acordar en el PJ un mecanismo de selección interna de candidatos, no fue ajeno a la participación de votantes y aliados independientes progresistas, los llamados “transversales”, que brindaron un apoyo decisivo para que Kirchner obtuviera un segundo puesto detrás de Menem, que le permitiría acceder al gobierno cuando éste se retiró del *ballotage*. El otro sostén del nuevo gobierno sería el propio Duhalde, que le aseguró el respaldo del PJ bonaerense y le heredó un ministro de Economía y una política de equilibrio de las cuentas públicas, tipo de cambio alto, renegociación de la deuda y los pasivos bancarios con quitas significativas y contención de la inflación, que permitiría a la Argentina recuperar en los siguientes tres años el terreno perdido desde 1998.



Movimiento piquetero argentino y una de sus “clásicas” medidas: el corte de rutas.

Para el desarrollo de esta política de reactivación, ejecutada en gran medida dentro de los parámetros de las recetas ortodoxas (superávit fiscal, tipo de cambio competitivo y saneamiento financiero), fue necesario contener las presiones por la recuperación de los ingresos, que perdieron alrededor de un 50% de su poder adquisitivo en el sector público y los pasivos y algo más del 20% en el conjunto de la economía, y recién comenzarían a recuperarse bien avanzada la gestión de Kirchner, en 2005. A ello no sólo contribuyó la atribución de responsabilidades a la Alianza y al menemismo, sino la naturalización de los efectos de la devaluación del peso (que en el espacio de pocos meses pasó a cotizarse a 3 unidades por dólar) y de la inflación resultante. Complementariamente, Kirchner supo trazar, desde su asunción en mayo de 2003, una estrategia para compensar estos costos sociales con una orientación progresista en otros terrenos: la reapertura de los juicios por violaciones a los derechos humanos, el recambio de algunas figuras desprestigiadas de la Corte Suprema, un discurso confrontativo frente a la política exterior de EEUU y Europa, y una estrategia dura en la renegociación de contratos frente a los organismos internacionales de crédito, los tenedores de bonos, las empresas privatizadas y otros grandes beneficiarios de las reformas de los noventa. Con esas banderas en sus manos, ganó aún más apoyo de la opinión progresista y permitió a muchos dirigentes provenientes del Frepaso, incluido el propio Álvarez, y de grupos aún más a la izquierda, de raíces peronistas la mayor parte, incorporarse como colaboradores en su gobierno declamando que no se debía ver en ello un regreso al PJ sino el origen de una nueva coalición que trascendería las barreras partidarias tradicionales y transformaría de cuajo la política, la economía y la sociedad argentinas.

Pero, paradójicamente, del mismo modo que sucedió con el menemismo diez años antes, aunque con una orientación ideológica opuesta, el resultado más inmediato de esta apelación presidencial a apoyos extrapartidarios para sostener su "*nuevo modelo*" fue que Kirchner pudo tomar rápidamente el control de su partido: desde una posición marginal en su vida interna pasó a contar con el apoyo de casi todos los gobernadores, incluido el bonaerense Felipe Solá, y los sindicalistas, y a desbancar de sus posiciones de poder a eventuales o efectivos competidores, Menem, Rodríguez Sáa y el propio Duhalde: cuando Kirchner excluyó a su anterior benefactor de la integración de las listas para las elecciones parlamentarias de 2005, la gran mayoría de los hasta entonces duhaldistas se alinearon con el presidente, y aquél fue ampliamente derrotado en el distrito que desde hacia 15 años controlaba férreamente (la lista del peronismo bonaerense retuvo apenas el 20% de los votos frente a más del 40% del oficialista Frente para la Victoria). Desde entonces el presidente contó con bloques mayoritarios y disciplinados en Diputados y el Senado, que le aseguraron la aprobación de sus proyectos. No es de asombrarse, por tanto, que este mismo triunfo fulminante pusiera en el tapete una pregunta respecto del futuro que tendrían en su coalición y su gobierno los sectores de izquierda no integrados a la estructura del PJ. Y, más en general, si podía considerarse a las etiquetas electorales con que su coalición se identificó (FV, y más recientemente, Concertación Plural), como algo más que reediciones del frentismo tradicional del PJ, que matemáticamente desemboca en la deglución de los socios menores en el océano peronista.

Preguntas éstas que se entrelazan con el ya aludido dilema de las izquierdas: ¿colaborarían ellas con un sector del peronismo para alentar en él una política progresista, o bien buscarían la autonomía, al precio de perder elecciones y posibilidades de acceder a posiciones en el Estado? La situación resultaba en parte novedosa, pues era la primera vez que la promesa de un “*peronismo progresista*” parecía estar concretándose desde el poder (la experiencia camporista en 1973 no vale como comparación, dado que apenas si se sostuvo unas pocas semanas en el gobierno). Pero, en otros aspectos, no difería mucho de las que en épocas anteriores había debido enfrentar la izquierda. ¿Cuán novedosa es, en suma, la situación generada por Kirchner y cuán innovador es él respecto de la tradición peronista?

Kirchnerismo, innovación y tradición

Con Kirchner llegó por primera vez al poder una generación de políticos que se formó entre fines de los años sesenta y setenta, conviviendo con, o participando de, la radicalización que por entonces vivió la izquierda dentro y fuera del peronismo. Kirchner se esmeró desde su asunción en vincular su imagen y su discurso con las promesas incumplidas de esa generación combativa, olvidada por la política democrática desde 1983 (protagonizada centralmente por actores que ya eran mayores en los setenta: Alfonsín, Menem, De la Rúa, Duhalde). Ello le brindó varios réditos inmediatos: le permitió reinterpretar la historia democrática hasta su aparición como una continuidad de la “*larga noche de la dictadura*” iniciada en 1976, con la que recién él se atrevía a romper; le permitió en el mismo movimiento dejar en el olvido las complicidades con la experiencia menemista de buena parte de sus colaboradores, y de él mismo, y relegitimar la figura presidencial, después del flaco papel hecho por De la Rúa y el carácter vicario de la breve gestión de Duhalde, resolviendo en su beneficio el reclamo de la opinión por una renovación del plantel político (la conocida consigna “que se vayan todos”, que se siguió escuchando hasta bien avanzada la salida de la crisis), y recrear una ética y un horizonte para la democracia argentina tras la debacle de 2001. En este aspecto, Kirchner no sólo interpretó hábilmente las expectativas de la sociedad argentina, sino también las tendencias dominantes en la región, que anunciaban una ola de rechazo al neoliberalismo y la formación de gobiernos progresistas o de izquierda con una agenda nacionalista frente a Estados Unidos, de mayor intervención del Estado en la economía y al menos declamada vocación distributiva. Kirchner supo presentarse así, como lo hiciera Menem en 1989, como un líder “*actualizado*”, con “*convicciones férreas*”, que en su caso se correspondían tanto a su militancia juvenil, como a la comprobación ya madura de que la democracia debía recuperar su sentido como “*gobierno del pueblo, por y para el pueblo*”.

Su posición fue en principio débil en términos electorales y partidarios, aunque no en cuanto a oportunidades económicas ni a recursos de autoridad pública. La coyuntura económica, tanto externa como interna, no podía ser más auspiciosa: altos precios de los productos exportados, bajas tasas de interés, salarios, jubilaciones y tarifas congelados, pasivos defaultados y relativa indiferencia del gobierno norteamericano ante la ruptura de contratos (demasiado

ocupado con Medio Oriente, se mostraría neutral ante las dilaciones en volver a la normalidad y en reparar la confianza de los inversores, y aún ante la quita de más del 60% en los bonos decidida a principios de 2005). Esa coyuntura se prolongaría por varios años abriendo un escenario de estabilidad y crecimiento. Con lo cual, pese a los fuertes motivos de disputa planteados con el empresariado, no se formó un frente local o externo capaz de amenazar al gobierno con una masiva fuga de empresas o inversiones. Al contrario, los empresarios tendieron a acomodarse a las nuevas condiciones de negociación impuestas por el oficialismo, y volvieron a invertir en la medida en que ello les permitiera sacar provecho de la expansión. Lo que ayudaría al gobierno a incrementar su poder de presión y a alentar una acotada recuperación de salarios e ingresos a medida que se redujo la desocupación y se consolidó la reactivación (por esta vía, el ritmo de crecimiento se mantuvo elevado, alrededor del 9%, y la pobreza disminuyó de más del 50% en 2002 a cerca del 35 en 2006 – por cierto, todavía muy lejos del 18% de 1993).

En cuanto a la situación del sector público, las reformas de los noventa y las decisiones adoptadas a comienzos de 2002 permitieron que por primera vez en mucho tiempo él no fuera el pato de la boda de la crisis, y al contrario, estuviera en condiciones de descargar costos tanto sobre asalariados como sobre empresarios. El congelamiento de las tarifas de las empresas de servicios en manos privadas permitió que se refrenara el efecto inflacionario de la devaluación sin afectar el equilibrio fiscal. El congelamiento se mantendría más allá de la crisis, como vía para compensar la pérdida de ingresos de los consumidores, y también como medio para retener el margen de discrecionalidad logrado por el Estado. Kirchner orientó las tratativas con las empresas de servicios, incluidas las de transporte, antes que al restablecimiento de las reglas de mercado o a la redefinición de los contratos y la mejora de los marcos regulatorios, a establecer acuerdos puntuales que permitieran consolidar su poder para fijar precios, decidir inversiones, asignar subsidios compensatorios, etc. Algo semejante puede decirse de la política tributaria: el gobierno nacional echó mano a principios de 2002 a impuestos de emergencia para asegurar el equilibrio fiscal; entre los cuales destacan las retenciones a las exportaciones, que se habían vuelto aceptables gracias a los precios internacionales y la devaluación. La recuperación económica no dio paso a una normalización sino a la intensificación del uso de esos recursos excepcionales, que se volverían fundamentales, desde 2003, para sostener el superávit primario del Estado nacional, combatir la inflación y asignar premios y castigos entre sectores empresarios. El recurso a decretos de necesidad y urgencia para fijar tasas impositivas, regular el comercio exterior y reasignar partidas de gasto, respaldados por las leyes de regulación de los DNU y de superpoderes delegados en materia presupuestaria, impusieron límites estrictos a las posibilidades de ingerencia del Congreso y acrecentaron el margen de autonomía con que se maneja el Ejecutivo en este terreno. Como vemos, en detrimento de una posible opción reformista, el gobierno puso en marcha viejos instrumentos orientados a mejorar su situación inmediata, e incrementar y dar continuidad a su poder sobre otros actores públicos y privados. Lo que significó, en concreto, reforzar los mecanismos de un Estado patrimonialista y de un capitalismo rentístico y político.

Por cierto, las reformas que podrían alterar este orden parecen, luego de la crisis de 2001, menos necesarias o urgentes de lo que fueron en los noventa. Y ello porque el régimen basado en la asignación de rentas desde el Estado ofrece ahora oportunidades de crecimiento en el marco de políticas macroeconómicas más consistentes y sólidas que las de entonces. En este y otros terrenos se plantea una aguda disonancia entre la racionalidad de corto plazo, que anima al gobierno y sus aliados más firmes, y los intereses de esos y otros actores en el largo plazo, que podrían satisfacerse con reformas en pro de un Estado más autónomo, transparente y mercados más competitivos. En una situación como esta, en que existen grados de libertad considerables, se revela hasta qué punto es decisiva la capacidad de previsión y la decisión estratégica de los actores gubernamentales.

Algo semejante cabe decir de la relación entre el Estado y el sindicalismo. Si bien la CTA ocupó inicialmente un espacio relevante en el kirchnerismo, y vio satisfechas algunas de sus demandas de reversión de reformas laborales de los noventa, fracasó en el intento de lograr personería gremial y un cambio del marco institucional que beneficia a la CGT y protege las espaldas de la dirigencia tradicional, en particular la regla que establece el sindicato único por rama de actividad. El disciplinado alineamiento de la central tradicional detrás de las políticas oficiales, logrado por los mismos dirigentes que cumplieron esa tarea en los noventa, y con las mismas armas (subsidios a las obras sociales y participación sindical en emprendimientos empresarios) desaconsejó al gobierno de seguir privilegiando vínculos con sindicalistas reformistas. A su vez, la pérdida de gravitación de la CTA llevó a la radicalización de sus demandas en las negociaciones colectivas y la revisión legislativa, dando la razón a la CGT, interesada en mostrarse como único interlocutor confiable en el combate de la inflación, la moderación de protestas y la concertación con los empresarios. La correlación entre disciplinamiento de actores tradicionales del peronismo y peronización del gobierno se da también, como ya adelantamos, en el plano estrictamente político. Desde el momento en que el PJ se alineó detrás del presidente, al desmembrarse el duhaldismo, sus bancadas parlamentarias proveyeron disciplinado sustento a los proyectos del Ejecutivo y el kirchnerismo no peronista perdió gravitación. Aquellos transversales que optaron por plegarse al Frente para la Victoria se diluyeron entre los mucho más nutridos y mejor pertrechados grupos justicialistas. Los que preservaron su autonomía, en tanto, siguieron padeciendo una aguda fragmentación. El gobierno retaceó apoyo a sus intentos de presentar listas electorales o de conformar una estructura en la que converger (su misma denominación como transversales alude a la dispersión y falta de identidad y organización común, como si se tratara de una condición de intrínseca), por lo que siguieron careciendo de líderes autónomamente legitimados y espacios electorales firmes. Para colmo, en su esfuerzo por diferenciarse a la vez del peronismo oficial y de la oposición de izquierda, radicalizaron sus posiciones en la más rancia tradición populista, lo que los llevó a enfrentar al gobierno en la votación de leyes para él esenciales.

Los terrenos en los cuales más claramente este sector y los intelectuales de izquierda afines al gobierno demostraron poder influir en la agenda oficial y obtuvieron “pruebas” de la afinidad entre la acción gubernamental y sus ideas fue

en las políticas de derechos humanos y las relaciones exteriores. Precisamente ellas fueron las áreas en las que más decisivo fue para el gobierno obtener apoyo de la opinión progresista independiente. Los logros en ambos terrenos son, con todo, deletéreos: coyunturalmente beneficiosos para el gobierno en el plano doméstico, por la contribución de esa opinión para ganar legitimidad y para disciplinar a las “*fuerzas propias*” (como ya demostró en la provincia de Buenos Aires, Kirchner está dispuesto a echar mano de esos votantes independientes para castigar a peronistas rebeldes y a acorralar a sus partidarios en antagonismos excluyentes que él se reserva el derecho a interpretar), no parecen influir mucho en otros terrenos, ni las políticas así promovidas alcanzan consistencia y solidez. Antes bien, en algunos aspectos resultan a todas luces contradictorias, y en otros son poco más que excusas legitimantes de decisiones de otro modo conflictivas. Veamos.

Kirchner incorpora en la tradición populista principios y valores de izquierda, como hizo antes Menem con los neoliberales, y antes que ellos el propio Perón con todo tipo de ideas. ¿Cuánto innova al hacerlo en la cultura peronista y cuánto aporta a la eficacia y legitimidad de estas ideas en la vida política en general? Al respecto la política exterior es sintomática. Kirchner se ha plegado al clima político-cultural imperante en la región, inclinado hacia un populismo radicalizado, suficientemente difuso como para dar cobijo por igual al indigenismo nacionalista de Evo Morales en Bolivia y Ollanta Humala en Perú, o al filocastrismo de Hugo Chávez. Y se ha esforzado por mostrarse equidistante entre esos líderes y la izquierda moderada de la región, con el doble propósito de ganar adhesiones domésticas y cumplir un rol de bisagra en los múltiples conflictos que se plantean entre aquellos y Brasil, Chile o México. Con todo, pasada la etapa inicial en que la crisis podía aún justificar ante estos últimos y los países desarrollados una actitud reñida con las reglas de derecho internacional y los marcos de cooperación para ellos aceptables, la diplomacia argentina ha ido perdiendo capacidad de interlocución, e incluso una mínima credibilidad que le permita promover los intereses económicos y estratégicos argentinos en la región y el mundo. Las tensiones crecientes con Gran Bretaña por Malvinas, con Uruguay por las plantas papeleras y con Chile por el gas, la gélida distancia de la política exterior norteamericana (no limitada a la actual administración republicana) y la exclusión de foros internacionales en que son incluidos en cambio los otros referentes de la región son algunos de los costos que esta política impone. Sin beneficios compensatorios en estos ni otros terrenos. Tan sólo Brasil, y sólo momentáneamente, se muestra tolerante a las destempladas presiones y amenazas del gobierno argentino. Aunque en la medida en que internamente él pueda seguir cosechando frutos de contraponer los intereses nacionales a los del Imperio, y responsabilizar a los poderosos del mundo (el FMI, las grandes empresas, etc.), por los problemas argentinos, no es esperable que se modifique esta estrategia.

También es reveladora la cuestión de los derechos humanos. La reapertura de juicios por crímenes cometidos durante la dictadura militar, posibilitada por la anulación de las leyes de obediencia debida y punto final promovida por el gobierno en el Congreso (completando un proceso de revisión que se inicia, en verdad, al final de la etapa menemista) tiene un enorme impacto público y gran

relevancia cultural e histórica. El procedimiento seguido por el gobierno y en particular su discurso público hacen poco, sin embargo, por incorporar los fundamentos de esta lucha por el respeto de derechos a la cultura política. Es más importante para el oficialismo impugnar el proyecto político y económico atribuido a la dictadura, por definición "*opuesto a los intereses nacionales y populares*", polarizando la vida política entre un bando autoritario y antidemocrático, en el que militarían sus adversarios potenciales o efectivos, y uno popular y legítimo, hegemonizado por él mismo, cuyas raíces se remontarían a la generación combativa de la que abreva y que fuera víctima de las violaciones, que impugnar los crímenes en sí. Contradicción ésta que estaba ya presente en el movimiento de derechos humanos y que refleja la escasa mella que ha hecho en él y en la izquierda argentina en general el liberalismo político, pese a la atención prestada a los derechos individuales.

No es casual entonces que en el discurso oficial adquiriera mucha más asiduidad y grandilocuencia la proclamación de una demorada pero indudablemente justa victoria sobre los opresores de 1976, cuyo máximo exponente es Martínez de Hoz, que el interés por integrar a la tradición peronista la nueva cultura de derechos que en la sociedad civil y política tomó cuerpo en 1983. La desvalorización manifiesta del presidente de lo que significó la transición democrática en este terreno (expresada no sólo en el argumento sobre la continuidad entre 1976 y 1983, sino en el "olvido" de los juicios a las juntas y la tarea de la Conadep) no debe considerarse entonces como error o falta, sino como parte esencial del dispositivo político-cultural montado, que aspira a incorporar y disolver los derechos humanos en la tradición nacional-populista, antes que abrir ésta a la influencia de aquellos. Colateralmente, de lo que se trata es de disipar la mácula de los gestos de reconciliación prodigados en tiempos de Menem a los personeros de la dictadura, en particular a sus aliados económicos, y de mantener sobre el cuello de los peronistas la espada de Damocles del recuerdo de aquellas intimididades. El discurso de fronteras insuperables entre los "*autoritarios y liberales*" y el pueblo, cuanto más inconsistente con la experiencia de los noventa, mayor atractivo supone para Kirchner como recurso de disciplinamiento, ya que eleva los costos y riesgos de expresar disensos. La "*nueva Argentina*" y el "*proyecto nacional*" requieren de una historia oficial moldeada a voluntad y de una oposición derechista, de preferencia procesista, virulentamente enfrentada a los derechos humanos y a todos los valores progresistas. La referencia al 'modelo de la concertación chilena' habla a las claras del orden en que se pretende se amolden la fuerzas políticas, una vez más en términos inversos a aquellos en que el 'ejemplo de Pinochet' supo inspirar al menemismo.



24 marzo 2004. Jefe del Ejército Argentino retira el cuadro del dictador Jorge Rafael Videla del Colegio Militar.



24 marzo 2004, “En nombre del Estado vengo a pedir perdón” (Kirchner) Acto frente a la ESMA, centro clandestino de torturas durante la dictadura, hoy Museo de la Memoria.

En tanto no existen muchos actores relevantes dispuestos a hacer el papel que Kirchner reclama de la oposición (más allá de sectores de las Fuerzas Armadas, la jerarquía católica y las corporaciones agrarias, que carecen de representatividad política y capacidad de coordinación) y en cambio abundan,

igual que durante etapas anteriores, una cantidad de actores “mal colocados” en términos de izquierdas y derechas, con los que no hay más remedio para el gobierno que definir acuerdos y desacuerdos coyuntural y puntualmente, será difícil que se reitere entre nosotros la situación de Chávez en la Venezuela actual. O la de Perón de los años cincuenta. Prueba de ello son las críticas republicanas planteadas por la oposición tanto de izquierda como de derecha a las políticas judiciales del oficialismo que siguieron al saneamiento parcial de la Corte Suprema: la reforma del Consejo de la Magistratura orientada a fortalecer su control desde el Ejecutivo, la desactivación de toda iniciativa de recambio de la Justicia Federal, el freno impuesto al juicio político contra jueces ligados al menemismo y a la ley de acceso a la información, etc. También lo son el apoyo brindado por legisladores de oposición a reformas garantistas.

Con todo, en la medida en que el oficialismo cuenta con recursos fiscales y políticos para forzar alineamientos, no desiste de sus intentos de delinear un nuevo sistema de partidos acorde a aquellas premisas. Y aunque no avance decisivamente en ese cometido lo hace en disolver lo que queda del existente. En un contexto en que la oposición ha perdido gravitación social e institucional, dado que el grueso de las corporaciones empresarias y sindicales se mueve en el interior o la vecindad de la coalición oficial y el peronismo ha dejado atrás la crisis de sucesión del liderazgo y las amenazas de fractura, es esperable que más y más figuras políticas no peronistas se vean obligadas a optar entre luchar en el desierto con estructuras políticas carentes de credibilidad y cohesión (Torre, 2004)³⁵ o rendirse a la cooptación oficial. La incorporación al oficialismo de gobernadores, intendentes y legisladores electos por fuerzas de oposición, en particular por la UCR, nos muestra hasta qué punto puede avanzar en una construcción coalicional que, aunque difícilmente perdure y más remotamente aún pueda establecerse como la izquierda de un nuevo sistema, hará posible que el peronismo refuerce su posición predominante.

Problemas nuevos y viejos

Kirchner colocó a las fuerzas de izquierda y centroizquierda frente a un dilema que en los noventa habían creído superado: sumarse y colaborar con su gobierno, con el riesgo muy palpable de diluirse en el océano peronista, o intentar diferenciarse para construir un espacio propio y autónomo, con fuertes posibilidades de terminar aisladas y volverse irrelevantes. Pero ello responde más que a una innovación decisiva en el peronismo o en el sistema político en general, al circunstancial éxito económico de su gestión, en una coyuntura inéditamente favorable, y al descrédito de la opción no peronista que resultó del fracaso del Frepaso. Ventajas que, a la corta o a la larga, se agotarán.

Mientras tanto, puede que las izquierdas argentinas gocen de un ciclo de auge, tanto en el kirchnerismo como incluso en la crítica a sus límites y ambigüedades. En parte como reflejo de la ola regional. En parte, consecuencia

³⁵ Torre, Juan Carlos, “Los huérfanos de la política de partidos”, Buenos Aires, 2004 (mimeogr.)

de la legitimación de los valores de izquierda que ha impulsado Kirchner en el peronismo y fuera de él. Pero, en primer lugar, es difícil que de ello se siga la automática superación de los problemas históricos de identidad, ideología, consistencia programática y fortaleza organizativa de las izquierdas. Segundo, cabe dudar que la formación de un vértice de esa orientación en el peronismo signifique la definitiva solución del dilema que ese partido presentó a quienes intentaron ubicarlo ideológicamente, y la pronta emergencia, en consecuencia, de otro polo no peronista y de centroderecha que completaría, esta vez sí, un nuevo y más estable sistema de partidos. El mismo éxito del peronismo en reinventarse y su propensión a usar las crisis como mecanismo de sucesión del liderazgo, ¿no alientan acaso a pensar que al final del ciclo kirchnerista nos espera una situación similar a la que se vivió al final del menemista?, ¿no terminará entonces esta experiencia, como sucedió con el libre mercado en 2001, en el extravío de los valores de izquierda, no sólo de su legitimidad prestada sino también del poco o mucho crédito que autónomamente pudieran haber tenido previamente? Podrá decirse que las circunstancias económicas han cambiado, pero no es conveniente subestimar la fuerza destructiva de la regla de oro de la política peronista, la que indica que el presidente es el jefe indiscutido sólo hasta que se convierte en el pato cojo a despedazar. En suma, independientemente del desenlace que la sepultó, lo cierto es que la experiencia de los noventa también arroja interesantes lecciones para los opositores de estos días: sólo una competencia tan ubicua y lábil como la política peronista es capaz de hacerle frente.



Madres Plaza de Mayo: el reclamo de no pagar la deuda externa frente a la Casa Rosada.

Mientras, aceptando sea posible hoy en Argentina ser “*consecuentemente de izquierda*” tanto en el gobierno como en la oposición, convendría centrar de nuevo el debate en políticas específicas, de modo de hacerlo más productivo y menos descalificatorio. La agenda de ese debate puede incluir una serie de temas que implican cambios sustanciales en términos de distribución y de calidad republicana, y que no siempre dividen aguas del mismo modo en el gobierno ni en la oposición: el clientelismo en las políticas sociales, el control de los decretos de necesidad y urgencia y del manejo del presupuesto, la reforma de la justicia, la calidad del gasto educativo, la reforma de las obras sociales y del sistema de salud en general, el pluralismo sindical, el modelo de integración regional, el respeto a la libertad de expresión, el fortalecimiento de los partidos, la transparencia en los actos de gobierno, el acceso a la información pública, y la lista sigue.

Bibliografía

Adrogué, Gerardo y Armesto, Melchor, "Aún con vida. Los partidos políticos argentinos en la década del noventa", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, enero-marzo 2001, N° 160, vol. 40, págs. 619-652.

Bonvecchi, Alejandro, "*Political Processes in Financial Crises*", Buenos Aires, 2001 (mimeogr.)

Bruhn, Kathleen, "*Out in Left Field: Neoliberalism and the Dilemmas of the Mexican Left*", paper presented at IPSA, Quebec, august 2000.

Cheresky, Isidoro, Pousadela, Inés (comps.), *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

Cherny, Nicolás, "*Política y economía en la gestión de la crisis argentina. ¿Una salida de centroizquierda?*", Madrid, 2005, (mimeogr.)

Curia, Eduardo, *La Alianza y la "Convertibilidad Progresista": el sueño roto*, Buenos Aires, Ediciones Realidad Argentina, 2001.

Heredia, Blanca, "*¿A contracorriente? La propuesta económica del PRD, 1988-1998*", México, CIDE, 1998. (paper)

Lanzaro, Jorge (comp.) *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*, Buenos Aires, Clacso, 2001.

Morales Solá, Joaquín, *El sueño eterno. Ascenso y caída de la Alianza*, Buenos Aires, Planeta-La Nación, 2001.

Novaro, Marcos y Palermo, Vicente, *Los caminos de la centroizquierda: dilemas y desafíos del FREPASO y de la Alianza*, Buenos Aires, Losada, 1998.

Novaro, Marcos (comp..) *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*, Buenos Aires, Norma, 2002.

Roberts, Kenneth, *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru*, Stanford, Stanford University Press, 1998.

Sarlo, Beatriz, "Ya nada será igual", Buenos Aires, *Punto de Vista*, 2001, N° 69, págs. 2-11.

Un sueño de justicia y libertad. La crisis de identidad de la izquierda chilena

Jorge Vergara Estévez³⁶)

Resumen

El objetivo de este artículo es ofrecer una caracterización provisoria de la compleja situación de la izquierda chilena en el período postautoritario, a partir de 1990, desde la perspectiva de *"la crítica interna"*, elaborada por Hegel y otros autores. Esta situación puede interpretarse como una crisis de la identidad política y social, la cual se había constituido a través de su larga evolución de más de 150 años. Se presenta, inicialmente, una breve precisión sobre el doble carácter del concepto de izquierda. Se exponen algunas tendencias dentro de la compleja relación entre las posturas de izquierda y el catolicismo en América Latina. Se describen, brevemente, las principales etapas que ha recorrido en su largo desarrollo, y se explicitan las principales características que han constituido su identidad hasta fines del período dictatorial en los ochenta. Se muestra la profunda ruptura del pensamiento y práctica política de la izquierda en el período postautoritario, respecto a su propia historia e identidad, y esta ruptura configura la referida crisis de identidad.

Complejidad del concepto de izquierda

La expresión *"izquierda política"* puede ser entendida de diversos modos, los principales son el de designar una postura política y social, y también la de nombrar una posicionalidad en el espectro político de un país. El significado predominante es el de considerar de "izquierda" una postura ideológica que cuestiona algunas o toda forma de dominación, especialmente la capitalista. Por ello, busca la disminución de las desigualdades o la igualdad; privilegia la defensa de los derechos económicos sociales respecto a la libertad individual - especialmente entendida como libertad económica de mercado-, y en relación al mantenimiento del orden social. En contraste con la postura de la derecha política, la izquierda busca realizar valores colectivos o sociales, mientras la derecha privilegia valoraciones netamente individuales (privados). En general, la izquierda busca realizar una sociedad laica, igualitaria e internacional.

³⁶ Licenciado en Filosofía de la Universidad de Chile, Diplomado en Estudios Avanzados de Filosofía y Doctor en Filosofía Política en la Universidad de París 8. Profesor de la Universidad de Chile, y editor de la Revista Polis de la Universidad Bolivariana: www.revistapolis.cl.

También se emplea la expresión, se diría topológicamente, para señalar un lugar o situación dentro del espectro político, que representaría “*el progreso y el cambio*” diferente de otros sectores, especialmente de los conservadores, partidarios de la permanencia, sea en el contexto nacional, internacional, e incluso dentro de un partido o bloque de partidos. “*Una izquierda en cuanto partidaria del cambio, existe en cualquier organización política, económica, social y cultural*”³⁷. Este significado se originó en la Asamblea Nacional de la Revolución Francesa, en la cual los jacobinos se sentaban a la izquierda. Siendo que éste era el sector republicano más radicalizado en la lucha contra las monarquías europeas y por la radicalidad de sus propuestas de reformas sociales, allí coincidió el significado como postura política y como posicionalidad en el espectro político.

Sin embargo, estos dos significados pueden separarse, y de hecho existen partidos y movimientos que en su origen fueron de izquierda, por sus programas y proyectos políticos, pero que han dejado de serlo y conservan las denominaciones y, en alguna medida, la imagen anterior. En un sistema político pueden existir partidos o movimientos que aparecen como de izquierda, cuyas posturas reales son de centro o derecha. Tal vez el ejemplo clásico es el del PRI, el partido de la Revolución Mexicana, que se fue derechizando, y convirtiéndose en un partido-Estado que dirigió las reformas neoliberales, en los ochenta, aplicadas desde el gobierno de Salinas de Gortari.

La izquierda y el catolicismo en América Latina

Los partidos y movimientos de izquierda han tenido y tienen posturas muy diversas hacia la religión, especialmente el cristianismo, pero también el islamismo en otros países. Es indudable la influencia del cristianismo en la génesis del pensamiento de izquierda, especialmente de la latinoamericana. Esta se expresa de dos modos principales: por la presencia de principios como los que hemos mencionado y porque las utopías de izquierda, las del anarquismo, del socialismo utópico y del marxismo pueden ser interpretadas como secularizaciones de la utopía cristiana de la *societas perfecta*, del reino de Dios en la tierra, es decir de una sociedad completamente armónica, sin conflictos donde los hombres vivirán felices³⁸. Asimismo, ha habido muchos cristianos que han participado en movimientos de izquierda, sobre todo en las décadas de los sesenta y setenta, y muchas víctimas de las dictaduras militares eran cristianos, incluso hubo algunos sacerdotes y monjas³⁹.

Sin embargo, tradicionalmente los jerarquías eclesiales, especialmente católicas, han tenido una actitud militantemente antizquierdista, la cual ha estado

³⁷ Alfio Mastropaolo, “Izquierda” en N. Bobbio y N. Mateucci, *Diccionario de política* (1976), México, Siglo XXI, 1985, p. 1063.

³⁸ Hinkelammert (1984).

³⁹ Dos obispos y varios sacerdotes y monjas, incluso francesas, fueron asesinados en la dictadura militar argentina (1976-1983), simulando accidentes. La dictadura militar chilena asesinó varios sacerdotes.

casi siempre ligada con una identificación con los sectores dominantes. Los movimientos socialcristianos y los partidos políticos católicos se han constituido, casi siempre, como posturas antizquierdistas; y, como sucede, actualmente, los partidos demócratacristianos, en casi todos los países, se han convertido en los principales partidos de derecha⁴⁰. En las encíclicas papales y en documentos obispaes se encuentra críticas y rechazo de posiciones de izquierda y especialmente al marxismo. Incluso para los fundamentalistas cristianos, católicos y protestantes, el marxismo es “intrínsecamente perverso”, “demoníaco”, y “una herejía”.



Camilo Torres (Colombia), Ernesto Cardenal (Nicaragua), Monseñor Oscar Romero (El Salvador) Curas comprometidos con la lucha de sus pueblos. En el caso del arzobispo Romero es asesinado en marzo de 1980 por los escuadrones de la muerte de su país.

Marx, por su parte, realizó una crítica radical del cristianismo como “alienación religiosa” de la cual se ha destacado su expresión de que “la religión es el opio del pueblo”, simplificando su complejidad. Engels y otros marxistas se declararon materialistas y ateos y rechazaron toda forma de religión, pero en Europa y América Latina ha habido y hay “socialismos cristianos”, y sigue habiendo izquierdistas cristianos. Pero, también, en la historia hubo muchos movimientos izquierdistas que asumieron una actitud de hostilidad hacia las iglesias y su clero, especialmente en los Estados con iglesias poderosas e influyentes identificadas con los sectores más conservadores. Fue el caso de la Rusia zarista, en la cual la Iglesia estaba unida al Estado; en España, en los años treinta, en la Guerra Civil, se realizaron matanzas de católicos, en represalia al asesinato de republicanos.

⁴⁰ Es el caso de Alemania y fue el de Venezuela. El Partido Demócrata Cristiano de Uruguay y el de Chile son definidos como de “centro izquierda” y están gobernado con partidos de izquierda. Se puede recordar como ejemplo, que el símbolo de la Democracia Cristiana chilena, es una flecha que asciende rompiendo dos líneas, una es la izquierda y otra la derecha.

Conviene recordar que en el período que va desde la década de los sesenta a ochenta del siglo pasado, una parte de la Iglesia Católica asumió posiciones críticas y de transformación social que se expresaron de diversas formas y, especialmente, en el *Documento de Puebla* de 1979 del Episcopado Latinoamericano, y en el desarrollo de la Teología de la Liberación y de las comunidades de base, las cuales fueron combatidas por todos los medios, hasta llegar a su condenación y expulsión o silenciamiento de sus teólogos. Es necesario señalar que una parte de la jerarquía y de los fieles, y obviamente las organizaciones religiosas fundamentalistas, permanecieron ajenas y oponiéndose a este proceso. Este proceso se revertió en el largo pontificado de Juan Pablo II que marginó a las congregaciones más progresistas y favoreció el desarrollo de los llamados “institutos seculares” integristas como *Opus Dei* y otras.



Leonardo Boff (Brasil) uno de los más destacados teólogos de la Teología de la Liberación.

El desarrollo histórico de la izquierda chilena

Cuando se reflexiona sobre la larga historia de la izquierda chilena se manifiesta claramente que sus etapas han estado en directa relación con los grandes cambios históricos nacionales. Es decir, no hay una *historia interna* de la izquierda, que pudiera estar determinada, básicamente, por sus propios procesos, sino que dicha historia es parte de la historia nacional, pero no lo es ciertamente de modo pasivo. No es que dicha historia particular esté *determinada* por la historia nacional, sino que se observa una compleja interacción entre ambas historias. La izquierda política y social ha sido uno de los aspectos dinámicos de la configuración de la historia nacional.

Como se sabe el principio hermenéutico principal es que la parte se comprende en relación al todo, pero a la vez el todo no puede ser comprendido sino a través del conocimiento de las partes. Asimismo, en las temáticas históricas, el discurso interpretativo no supone su objeto, sino que este se va construyendo discursivamente con la propia interpretación. No existen datos puros, como querría el empirismo y el positivismo, sino siempre “datos” contruidos a partir de un proceso interpretativo, siempre incompleto, siempre provisional y cuestionable.

Contrariamente a lo que cree el sentido común, los hechos no hablan por sí solos, sino que tienen *sentido*, un cierto *sentido*, a partir de nuestras categorías, de nuestros pre-juicios y nuestras pre-concepciones⁴¹. Sólo podemos comprender

⁴¹ Como lo ha mostrado la fenomenología hermenéutica de Gadamer, no existe el sujeto hermenéutico cognoscente puro que pueda abstraer completamente sus representaciones, creencias y supuestos. Esto no implica la afirmación de un subjetivismo radical e idiosincrásico

lo que nuestras categorías –conceptos y pre-conceptos-, nos permiten, “podemos percibir solamente aquella realidad que nos aparece mediante las categorías teóricas usadas. Eso es válido para todos los fenómenos económico-sociales, los percibimos –tiene sentido. **Dentro y a partir de un marco teórico categorial, y solamente dentro de ese marco podemos actuar sobre ellos**”⁴².

Podemos decir que la historia de la izquierda chilena se inicia en el siglo XIX, aunque aún no se usaba dicha expresión, en el seno de la República Oligárquica que se extendió desde 1830 hasta 1891, es decir desde la dictadura de Portales hasta la guerra civil de 1891. Los gremios artesanales de la Colonia fueron los sectores populares que apoyaron la Independencia, políticamente en las ciudades o sirviendo como soldados. Con el golpe de estado conservador de 1829 sus organizaciones fueron diezmadas, y los artesanos fueron reclutados forzosamente en los nuevos cuerpos de milicia o guardia cívica creados por el gobierno⁴³. Con posterioridad a la muerte de Portales, en la década de los cuarenta, los gremios se reorganizaron, especialmente los gráficos, y editaron panfletos y diarios artesanos, especialmente *El Pueblo*, el cual atrajo la colaboración de jóvenes intelectuales disidentes influidos por Lamennais, el socialismo utópico y el pensamiento republicano de origen francés⁴⁴. En esos periódicos, los artesanos e intelectuales disidentes iniciaron una acerba crítica del orden oligárquico al que acusan de oprimir a los artesanos y de ejercer sobre ellos la represión si no daban su voto a los conservadores. Asimismo, dichos diarios critican la instrumentación política que se ha hecho de los artesanos, y señalan la necesidad de establecer “un gobierno que prometa y cumpla la misión de la libertad”⁴⁵.

En 1843, el joven Francisco Bilbao publicó un artículo “Sociabilidad chilena” que causó un verdadero escándalo. El periódico que lo publicó debió cerrarse. Su autor fue llevado a los tribunales, acusado de “blasfemia”, “sedición” e “inmoralidad”, y también fue expulsado de la Universidad de Chile donde era profesor. Este es el primer texto de la izquierda chilena con carácter fundacional. Allí se hace una crítica del orden colonial, jerárquico, autoritario y obscurantista, basada en el catolicismo, el cual habría tergiversado el mensaje de fraternidad universal de Cristo, pues predicaba la esclavitud de pensamiento, de la mujer y los hijos. Esta forma de religión favoreció la imposición del absolutismo español en

donde “todo vale”, porque todos seríamos distintos, sino que podemos superar estas limitaciones en la medida en que seamos conscientes de ellas, y apliquemos un cuidadosa autovigilancia interpretativa; en la medida que podamos expandir nuestros horizontes de sentidos y fusionarlos con los de qué queremos conocer.

⁴² Franz Hinkelammert, *Las armas ideológicas de la muerte*, Salamanca, Ed. Sígueme, p. 9. El destacado es nuestro

⁴³ María Angélica Illanes, “La revolución solidaria. Las Sociedades de Socorros Mutuos y artesanos y obreros: un proyecto popular democrático, 1840, 1887” en *Polis vol. 2, N° 4, Santiago de Chile*, Universidad Bolivariana. Parte importante de la información de este subcapítulo proviene de este texto.

⁴⁴ Vd. Apéndice de este artículo.

⁴⁵ Cit. por op. cit. p. 318

sus colonias, pues sostenía que la educación y la política estaban basadas en la autoridad divina y en la desigualdad. Bilbao pensaba que la sociedad chilena seguía siendo feudal, pues ésta se basaba en el poder los latifundistas. Afirma que se volvió al clericalismo colonial. Considera que el gobierno y el sistema constitucional conservadores son despóticos. Frente a estas doctrinas había que asumir el racionalismo y la duda. Se debe luchar por un nuevo orden basado en la libertad, la igualdad y fraternidad.

Bilbao tuvo que abandonar el país y viajó a Europa. Allí tuvo como maestros a Fèlicité-Robert Lamennais, Edgar Quinet, Alfonso de Lamartine y estuvo en la revolución republicana de 1848. Volvió a Chile en 1849, y junto Santiago Arcos fundaron "La sociedad de la igualdad", cuyo ideario establecía la primacía de la razón sobre la autoridad, el principio de la soberanía popular y la trilogía de principios de la Revolución Francesa⁴⁶. Su directiva estaba compuesta por jóvenes intelectuales y algunos músicos y artesanos. A corto andar, empezaron a aumentar sus miembros, mucho de ellos eran artesanos, llegando a 2000 inscritos. Este movimiento atrajo a los opositores liberales del gobierno, incluso ingresaron algunos diputados. Creó una Escuela de Artesanos donde se enseñaba a leer, el idioma inglés, etc. y "Montes de Piedad" que era un sistemas de seguros de enfermedad y cajas de ahorro popular. Las críticas de Bilbao al catolicismo indignaron a la Iglesia. La policía atacó con matones la sede de la Sociedad. Posteriormente, se prohibieron las manifestaciones y, finalmente la sociedad fue clausurada por el gobierno. Bilbao debió partir al exilio del cual nunca pudo volver.

Este episodio de la historia de la izquierda chilena tiene carácter fundacional, se diría que anuncia premonitoriamente, la configuración que fue adquiriendo a través de su desarrollo. En primer lugar, en su historia la izquierda ha sido siempre, y a la vez, movimiento social y organizaciones populares, posteriormente en forma de partido. Segundo, ella se definió como crítica del conservadurismo y el autoritarismo y orientada al cambio social de acuerdo a los valores de libertad, justicia social, igualdad y laicismo. Tercero, en ella se reunieron personas de distinto origen social, básicamente de sectores populares y de clase media, de distintos oficios y profesiones, incluyendo artistas que expresaron su visión de mundo, todo esto le confirió un carácter nacional. Cuarto, desde su origen luchó por una democracia ampliada y social. Quinto, su lucha se enmarcó dentro de los límites de la legalidad existente. Sexto, ha estado ligada siempre al Estado o ha visto en éste uno de los principales espacios de lucha y competencia. Séptimo, sus medios de comunicación y de difusión y educación popular han sido siempre muy precarios. Octavo, desde el comienzo ha debido sufrir la marginación, y frecuentemente la represión de los sectores dominantes y de los gobiernos conservadores, salvo en los períodos que ha estado en el gobierno.

⁴⁶ Julio Sepúlveda, *Francisco Bilbao. Precursor del socialismo*, Santiago de Chile, Ed. Boccanegra, 1972.

Después de la represión sobre la *Sociedad de la Igualdad*, durante más de cuarenta años, la izquierda se expresó mediante el movimiento sindical y no pudo llegar a formar organizaciones políticas relevantes. En ese período sus principales organizaciones fueron las “Sociedades de Socorros Mutuos” y las “Sociedades artesanas”, fuertemente vigiladas por el Estado que exigía que sólo tuvieran fines de ayuda mutua. Ellas fueron formando a los obreros y artesanos en los gérmenes de una conciencia de clase. Las dos sociedades de tipógrafos que había en 1859 fueron reprimidas por haber hecho una convocatoria de lucha por la libertad contra el gobierno. En esa época, el líder Fermín Vivaceta criticaba a los empresarios: “*todo capital es una tiranía y todo capitalista un explotador*”; tanto como a los gobiernos conservadores que buscaba utilizar el movimiento gremial, mediante promesas que no pensaban cumplir. Sostenía que el movimiento sindical tenía que desarrollarse independiente del gobierno y los partidos políticos, y basado en su propia fuerza. Los sindicatos de la época crearon un conjunto de organizaciones: de salud, una escuela para obreros, periódicos, grupos teatrales, musicales, y otras.

Fue desarrollándose una sociabilidad propia y una conciencia de su identidad social. En la década de los ochenta fue madurando un proceso de politización significativa que se expresó en elección de un candidato a diputado propio, porque según se dijo había “división de clases”. En este proceso, se fue constituyendo un proyecto *democrático popular* que tenía dos aspectos centrales⁴⁷. De una parte, buscaba democratizar el sistema político oligárquico para hacerlo realmente representativo de la nación y de los sectores populares, y democratizar la economía para disminuir la agobiante pobreza y abismal desigualdad de la sociedad oligárquica, y de otra, procuraba lograr estos objetivos mediante los movimientos sindicales (y políticos) respetando la legalidad existente, pero buscando su modificación.

Unos años más tarde, algunos dirigentes obreros participaron junto con otros líderes en la fundación del Partido Democrático, en 1887. La mayoría de los militantes provenían de sectores gremiales. El proyecto democrático popular, ya mencionado, se expresó coherentemente en el nuevo partido. Su programa, de 1889, por primera vez en la historia nacional, asumió como objetivo central “*la emancipación política, social i económica del pueblo (sic)*”⁴⁸. Se proponía luchar por la “*realización del ideal republicano, según el cual todo poder emana de la soberanía popular*”. Criticaba al gobierno *oligárquico*, que había instaurado la *opresión* y se proponía luchar por la democratización del sistema político, haciéndolo realmente representativo. Cuestionaba el modelo exportador primario que regía la economía chilena de la época, el cual impedía la industrialización en Chile, y criticaba la concentración de la propiedad.

Consideraban que dichas conquistas sociales y políticas no podrían mantenerse “*sin la emancipación económica*”. Proponía alcanzarla “*por medio de*

⁴⁷ Esta es la tesis del estudio citado de la historiadora María Angélica Illanes, op. cit.

⁴⁸ Malaquías Concha, *El programa de la democracia*, Santiago de Chile, Imprenta Vicuña Mackenna, 1894. El libro está dedicado “*A la memoria de Francisco Bilbao*”.

leyes que amparen la propiedad de su trabajo sin sacrificar los intereses de los propietarios y capitalistas". Sostenía que "el mejoramiento social" podía conseguirse por la educación universal, gratuita y laica, y ésta debería incluir el aprendizaje de oficios y técnicas. Debería implantarse, asimismo, la "igualdad civil i educacional del hombre i de la mujer"⁴⁹. El Programa propone la creación de un sistema de salud público; asimismo, el Estado debería subvencionar las asociaciones de ahorro y socorro mutuo de los obreros; y tendría que ordenar la prolongación del inquilinaje y los arrendamientos por diez años y crear un sistema de leasing para adquirir viviendas, etc.

El programa de la democracia es de mucho interés porque establece o señala la orientación principal que asumieron las luchas de la izquierda durante gran parte del siglo XX, se diría hasta comienzos de la década de los sesenta. Es decir, ideológicamente, la izquierda se constituye como una postura reformista dentro del sistema capitalista en Chile, o bien podría decir que el reformismo fue su tendencia principal. Desde una perspectiva histórica proyectiva, este programa procuraba realizar al cambio social, en el sentido de sustituir el sistema oligárquico por un nuevo Estado y sociedad, el cual llegó a ser el Estado llamado "mesocrático", "social" y "desarrollista".

Desde la fundación del Partido Demócrata, en 1887, hasta el gobierno de la Unidad Popular entre 1970 y 1973, durante ochenta años, la larga marcha de la izquierda tuvo carácter progresivo. En 1890 se inició el período de las grandes huelgas en los enclaves industriales del salitre y carbón, en los ferrocarriles, en los principales puertos y en las ciudades, en especial en Santiago. Dichas manifestaciones fueron posible por el grado de conciencia -producto de la paciente difusión de las ideas anarquistas y socialistas por medio de diarios obreros y panfletos-, y de la organización de los sectores obreros en mancomunales, sociedades de socorros mutuos y otras organizaciones que se coordinaron a nivel nacional. Destaca la figura del gran dirigente Luis Emilio Recabarren, incansable organizador, creador de diversos periódicos obreros y notable articulista y fundador posteriormente del Partido Comunista.

Estos movimientos sociales pusieron de manifiesto el alto grado de pobreza y explotación de los obreros, y de los sectores populares, y lo convirtieron en el gran tema de la política nacional con el nombre de "la cuestión social". La respuesta de los gobiernos oligárquicos fue retórica, y básicamente represiva. En 1907, los obreros salitreros que estaban en huelga en Iquique, acompañados por sus familias fueron ametrallados por el ejército. Esta ha sido la peor matanza de la historia nacional con cerca de 3500 asesinados. A consecuencia de la presión del movimiento social, desde 1917 los gobiernos empiezan a dictar leyes laborales que favorecieron a los trabajadores, y en 1921 se promulgó el Código del Trabajo en el gobierno del liberal populista Arturo Alessandri.

En el año 1927 se creó el Partido Comunista cuyos dirigentes y militantes casi todos provenían de sectores populares. A los pocos años, éste adhirió a la

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 229.

Tercera Internacional y asumió una postura pro-soviética permanente que duró hasta la desaparición de la Unión soviética. En 1933, se constituyó el Partido Socialista por la fusión de varios pequeños partidos, y sus dirigentes provenían casi todos de sectores medios. Sus planteamientos son el primer intento, en cierto sentido siempre frustrado, de elaborar un pensamiento socialista de, izquierda. Entre el año 1932 a 1939 su votación subió desde el 5 % al 9,3 %⁵⁰. Ambos hechos señalan la institucionalización de la izquierda chilena que se incorporó al sistema político bajo la forma clásica de partidos, sin dejar de tener una importante base sindical, y en menor medida de movimientos sociales. Pocos años más tarde, en 1938, la izquierda llegó al poder con el Frente Popular dirigido por el Partido Radical y gobernó con ellos hasta 1946. Durante el gobierno del radical González Videla, desde 1946 a 1952, y presionado por Estados Unidos, el gobierno y el parlamento dictaron la *Ley de defensa de la democracia* que puso al Partido Comunista fuera de la ley, durante 10 años, desde 1948 a 1958.

Los gobiernos radicales crearon el llamado Estado de Compromiso que se desarrolló hasta 1973. Este fue una versión reducida del estado de Bienestar que se desarrolló en Europa. Se democratizó el sistema político, con la aplicación de la Constitución de 1925, se dictó una legislación laboral que fue de las más avanzadas de su época en América Latina, se creó un sistema de educación pública público gratuito que fue uno de los mejores de su tiempo, un sistema previsional relativamente eficiente, y uno de acceso a la vivienda. El llamado Estado de Compromiso tenía dos condiciones básicas de funcionamiento. De una parte, debía respetar los enclaves conservadores de sobre representación electoral de las zonas agrícolas dominadas por la derecha, con prohibición de sindicalización campesina, mantenimiento de la alta concentración de la propiedad agrícola en manos de los terratenientes, y manutención del poder de la derecha, en las universidades públicas y privadas. De otra parte, todo programa político debía ser pactado con los otros sectores políticos. Asimismo, no se debía incorporar a las luchas políticas los sectores urbanos llamados “pobladores”.

El gobierno de Eduardo Frei Montalva, desde 1964 a 1970, de la “*revolución en libertad*” llegó al poder con una alta votación. La derecha apoyó incondicionalmente a Frei para evitar el triunfo de Allende. El nuevo gobierno rompió con el acuerdo básico ya referido del Estado de compromiso. Aplicó un programa de transformaciones, el cual incluyó una reforma agraria considerada expropiatoria por los sectores conservadores, y permitió la sindicalización campesina. Los “pobladores” de los sectores populares fueron organizados por el programa de la “promoción popular”. Surgieron los movimientos de reforma universitaria; se nacionalizó el cobre y otras medidas. Las posturas conservadoras se debilitaron en este contexto, y se radicalizó la postura subversiva de la derecha contra el sistema político y económico. La izquierda criticó como reformistas las referidas medidas del gobierno de Frei, y rechazó toda posibilidad de aliarse con la Democracia Cristiana, como lo propusieron los sectores más progresistas de la misma.

⁵⁰ Germán Urzúa, *Los partidos políticos chilenos*, Santiago, Ed. Jurídica de Chile, 1968, p. 74.



Entre 1952 hasta 1970, se produjo un creciente proceso de frustración porque el candidato de izquierda, el Dr. Salvador Allende, perdió las elecciones de 1958 y 1964, y la izquierda no tuvo posibilidades significativas en el parlamento de incidir en el gobierno populista de Carlos Ibáñez (1952-1958), de Jorge Alessandri (1958-1964) con la derecha y los radicales, y en el gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei Montalva (1964-1970). Paralelamente, se fue produciendo un proceso de radicalización, por influencia de la Revolución Cubana, la guerra de Vietnam y la izquierdización en América Latina, donde surgieron diversos movimientos guerrilleros, y en general por el auge del marxismo y el socialismo en Europa. La izquierda chilena se vio tensionada por los dilemas entre reformismo y revolución.

El examen del pensamiento de izquierda -de sus principales dirigentes de fines de los sesenta y de la época de la Unidad Popular-, sorprende por su esquematismo, escaso nivel teórico y ausencia de conocimiento preciso y complejo sobre la realidad nacional, y su historia. Asimismo, su interpretación de la crisis del Estado de compromiso, de la institucionalidad, sobre la derecha, la Democracia Cristiana y las fuerzas armadas de los dirigentes de los principales partidos se mostraron inadecuadas y simplistas, cuando no simplemente voluntarista⁵¹. El conocimiento del pensamiento de Marx, e incluso de Lenin, era muy insuficiente.

Sin embargo, pese a la debilidad del pensamiento de izquierda del período *“La vía chilena al socialismo”* constituyó una notable e innovadora intuición, de una vía al socialismo que se realizaría en una primera fase de instauración respetando la legalidad y los procedimientos del sistema político y que, en una segunda fase,

⁵¹ Jorge Vergara, “El pensamiento de izquierda chilena en los sesenta” en Augusto Varas (compilador), *El Partido Comunista en Chile*, Santiago de Chile, Ed. FLACSO, 1988.

transformaría el sistema constitucional y legal, y crearía una nueva institucionalidad política, económica y social. Este planteamiento fue el antecedente de los actuales procesos venezolano y boliviano. La vía chilena al socialismo, en cierto sentido, fue la culminación de la aspiración fundacional de una democracia popular que surgió en el siglo XIX.



Salvador Allende y Pablo Neruda en la campaña electoral que le dio el triunfo a la Unión Popular (1970). Ambos morirían en setiembre de 1973.

Sin embargo, esta intuición no logró convertirse en una estrategia viable y realista que permitiera realizar, al menos parcialmente, el proyecto socialista de la izquierda de la época. Es posible preguntarse si había realmente *un* proyecto de izquierda, o bien si habían *dos* diferentes e incluso opuesto en aspectos relevantes. La llegada al gobierno del Dr. Salvador Allende, que ganó con una mayoría relativa, un poco mayor de un tercio de los votantes, se realizó con un programa que fue presentado y considerado por todos como revolucionario. Allende cumplió su programa: nacionalizó los yacimientos de cobre y otros monopolios, e hizo pasar al área social muchas empresas. Profundizó la reforma agraria y se crearon muchas cooperativas campesinas. El Estado fijó precios a los productos de primera necesidad. Asimismo, amplió las relaciones comerciales y diplomáticas, y favoreció la relación con los Estados socialistas.

La oposición conservadora a la que se unió, rápidamente, la Democracia Cristiana, radicalizó su oposición con todos los medios: con una campaña bien diseñada en los medios de comunicación, boicots empresariales, huelgas de mineros, de transportes, camiones, manifestaciones etc. Mientras tanto, los grupos revolucionarios tomaban fábricas medianas o pequeñas, y ocupaban granjas de tamaño mediano, y presionaron al gobierno para que tomara medidas más radicales. Se produjeron diferencias significativas e insuperables entre los comunistas que buscaban consolidar lo avanzado, y los socialistas y grupos de izquierda que querían profundizar los procesos, su lema era “avanzar sin transar”, en un contexto en que la Unidad Popular no tenía mayoría en el parlamento, y tenía la oposición de la Contraloría y la Corte Suprema. La economía se deterioró

por los conflictos políticos y se produjo el desabastecimiento potenciado por el bloqueo (que no fue reconocido abiertamente) de Estados Unidos. La administración de Nixon, desde el comienzo, trató de desestabilizar el gobierno de izquierda, producir su colapso y estimular el golpe militar. Allende trató de paliar la crisis nombrando Ministro del Interior al comandante en jefe del ejército, el Gral. Carlos Prat y otorgando otros ministerios a militares democráticos.

En este proceso, la Unidad Popular no logró conseguir y mantener el apoyo de la mayoría de la población, lo que se debió, en gran medida, a la ambigüedad, o carencia de una política clara respecto al área social de la economía, al papel de las clases medias en la vía chilena al socialismo, y de las fuerzas armadas. La derecha logró hegemonizar la oposición y junto a los sectores más conservadores de la Democracia Cristiana y los empresarios aislaron el gobierno. Se ha dicho que ya en 1973, la Unidad Popular había perdido la batalla política⁵². Los grupos conservadores de la Democracia Cristiana bloquearon un acuerdo entre el gobierno y la oposición y se produjo el golpe de las fuerzas Armadas que instaló a Pinochet como gobernante de facto durante 17 años⁵³.



El Gral. Augusto Pinochet, tomando el poder y dando inicio a una larga dictadura militar. 11 setiembre 1973.

Esta larga dictadura ha sido el período más trágico en los más de 150 años de historia de la izquierda chilena. El gobierno militar apoyado con sus partidarios civiles creó un enorme, eficaz y sistemático sistema represivo. Los partidos de izquierda y los sindicatos fueron prohibidos, sus militantes y simpatizantes fueron expulsados de cargos públicos y de empleos privados. Cientos de miles fueron detenidos y la mayoría torturados. Miles fueron asesinados o continúan desaparecidos. Más de quinientos mil personas debieron partir al exilio. La legislación laboral fue casi suprimida y luego transformada de acuerdo a las

⁵² Esta es una tesis de Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulian. Dos de los más importantes investigadores en el tema.

⁵³ Vd. Por ejemplo, <http://www.nuncamas.org/investig/dandrea/memoria/memori09.htm>. Consultado 23.2.2007

políticas neoliberales. Se deterioró considerablemente la educación y salud pública, y se privatizó el sistema de pensiones. Casi todo lo que la izquierda había conseguido para democratizar la sociedad y disminuir las desigualdades fue suprimido.

Sin embargo, durante la dictadura, especialmente en lo ochenta, los partidos de izquierda y las organizaciones sociales fueron reconstituyéndose y recreándose bajo nuevas modalidades. Se desarrollaron importantes movimientos político artísticos, de derechos humanos, de mujeres, incluso en algunos sindicatos, sobre todo estatales. La izquierda política y social fue la fuerza más importante de las diversas manifestaciones contra la dictadura, desde 1983. Hubo, paralelamente, durante los ochenta, una profunda renovación del pensamiento político, social, económico, jurídico, ecológico, etc. de la izquierda. Intelectualmente fue un período muy fructífero, se desarrolló notablemente la investigación social, y la filosofía política crítica, se elaboraron nuevas propuestas políticas, incluso constitucionales, de organización económica, de derechos humanos, etc.

En 1986 la izquierda se dividió. La mayoría aceptó “el itinerario constitucional” establecido por la dictadura, y también su modelo económico neoliberal. Y fue convirtiéndose en la oposición permitida, constituyéndose la Concertación de Partidos por la democracia que agrupó a la mayor parte de la izquierda -esto es el Partido Socialista, y un nuevo partido instrumental de centroizquierda, el Partido por la Democracia-, en conjunto con la Democracia Cristiana y algunos pequeños partidos de centro.

En los inicios del período postautoritario, en 1989, cuando recién había ganado las elecciones el Presidente Patricio Aylwin, el riesgo político fue señalado ya por el ex presidente Lagos. Este era que la Concertación llegara al gobierno a *administrar* el modelo político y económico instaurado por el régimen autoritario. La respuesta fue, entonces, negar esa posibilidad y afirmar con un optimismo irreflexivo que la Concertación lograría en las elecciones futuras -pese a la existencia de los senadores designados por la dictadura-, obtener una mayoría de tal magnitud en el parlamento que podría reformar la Constitución, la ley constitucional electoral que impuso el sistema binominal, y las principales leyes que rigen el sistema económico, social y político heredado de la dictadura.

La minoría de la izquierda, en 1986, aunque con una importante base de sectores populares, liderado por el Partido Comunista se opuso a esa vía. Trató de mantener acciones armadas, la mayoría de las cuales fueron infructuosas, especialmente el intento de matar a Pinochet y la internación de armas de Carrizal. La Democracia Cristiana se opuso al ingreso del Partido Comunista a la Concertación.

Esta alianza de partidos políticos ganó el plebiscito, establecido por la Constitución de 1980, donde se votaba si Pinochet seguía gobernando seis años más. En todo caso, el dictador, de acuerdo a su propia Constitución, siguió siendo el Comandante en Jefe del ejército hasta 1997. Unos meses más tarde se

realizaron las elecciones presidenciales y triunfó el candidato de la Concertación, el dirigente demócratacristiano Patricio Aylwin. Desde entonces, se han sucedido tres presidentes de la concertación: Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Ricardo Lagos y la presidenta actual Angélica Bachelet.



El dictador recibe al Papa Juan Pablo II en Chile (1987) Pese a todos los intentos internacionales, Pinochet murió en diciembre de 2006 sin ser condenado por todos los crímenes y desapariciones humanas que impunemente perpetró en su país.

Estos gobiernos han alcanzado indudables éxitos macroeconómicos: la tasa promedio de crecimiento de estos 16 años ha sido mayor que el promedio latinoamericano, ha habido alto nivel de inversión extranjera, de inversión productiva, de aumento de las exportaciones, bajísimos niveles de inflación, y un índice muy bajo de riesgo-país, etc. A esto se agregan los positivos indicadores de desarrollo humano, de acuerdo a los indicadores del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, (PNUD): aumento de las expectativas de vida, cobertura casi completa de agua potable, alto nivel de alfabetismo y de escolaridad, etc. Asimismo, en estos años ha habido un significativo aumento del gasto social focalizado en los quintiles de menor ingreso.



Logos de campaña de las opciones Sí y No a Pinochet.

Sin embargo, hay otros aspectos negativos. Primero, durante los gobiernos de la concertación ha aumentado la concentración del ingreso y su distribución es una de las peores del mundo. Esta ha empeorado desde 1990, en los gobiernos

de la Concertación en los que participa la mayor parte de la izquierda. Chile está entre los 10 países de peor distribución del ingreso en el mundo junto a varias naciones africanas, y hay 120 países con mejor distribución en el mundo: *“En efecto, en nuestro país, el 20% más rico de la población recibe 17 veces más ingresos que el 20% más pobre; en contraste, en los Estados Unidos esta misma relación alcanza a 8,9 veces; y en Perú y Corea del Sur estas relaciones alcanzan a 10,5 y 5,7 veces, respectivamente (PNUD, 1995). Resultados similares se presentan en un estudio reciente del Banco Interamericano de Desarrollo. (BID)”*⁵⁴. Más aun, el 10% de la población, el decil más rico, tiene un ingreso 35 veces superior al más pobre, lo que sitúa su sistema económico entre los más inequitativos del mundo. Esto se muestra también en el hecho de que siendo 5.500 dólares *per capita* anual, menos del 30 % de las familias alcanzan el ingreso promedio familiar de 22.000 dólares anuales.

Segundo, Chile sigue siendo un país donde la mayoría es pobre. Los economistas de Pinochet establecieron un sistema de medición destinado a mostrar que el porcentaje de pobreza no había aumentado con la política neoliberal y que, consiguientemente, era bastante menor a lo que era en realidad. Dicho indicador es absolutamente arbitrario y no cumple con ningún estándar de cientificidad. *“La línea de la pobreza que divide a la población entre pobres y no pobres se determina por una canasta mensual que incluye las necesidades básicas de las personas, como alimentación, salud y educación, la que actualmente corresponde a \$ 43.712 por persona en áreas urbanas y a \$ 29.473 por persona en zonas rurales”*⁵⁵. Esto significa que una familia de cuatro personas habría *“salido de la pobreza”*, si su ingreso excede de \$175.000, es decir si excede de 312 dólares en las ciudades, y cerca de 215 dólares en las zonas rurales. Esto es completamente falso, pues un estudio de un Centro independiente calculó que una familia de ese tamaño en Chile necesita alrededor de 1.000 dólares mensuales para cubrir sus gastos básicos, dado el nivel de precios de bienes y servicios, en muchos casos análogos a los de países del Norte ⁵⁶. Más de treinta años de modernización neoliberal no han logrado que la mayoría de las familias alcancen ese ingreso mínimo. Aunque parezca insólito, el gobierno proclama como su principal éxito social el hecho de que haya disminuido del 40 % al 18 % las familias cuyo ingreso está por debajo de 312 dólares mensuales.

⁵⁴ Dante Contreras, *“Distribución del ingreso en Chile. Nueve hechos y algunos mitos”* en <http://www.plataforma.uchile.cl/fg/semestre2/2003/politic/modulo1/clase3/texto/distri.htm>. (Consultado 23.2.2007).

⁵⁵ *“La Dura Realidad que Esconde la Medición de la Pobreza en Chile”* diario *Estrategia*, Santiago, 28 de junio de 2005, <http://www.estrategia.cl/histo/200506/28/economi/pobre.htm>. Consultado 23.2.2007

⁵⁶ Fundación Terram, *“Determinación del Nuevo Umbral de la Pobreza en Chile”* http://www.terram.cl/index.php?option=content&task=news_cat2&type=3&idcat=11&offset=2#



Tres de los cuatro Presidentes de la República que pertenecen a la Concertación Democrática: [Patricio Aylwin Azócar](#), [Eduardo Frei Ruiz-Tagle](#) y [Michelle Bachelet Jeria](#), en el cierre de campaña de los Partidos de la Concertación, enero 2006.

Tercero, el gobierno proclama como otro de sus grandes triunfos sociales el aumento de la cobertura educacional en todos sus niveles. Efectivamente ha crecido el nivel de escolaridad de la población, incluso a nivel universitario. Pero, el sistema se ha hecho cada vez más inequitativo y mercantilizado y su nivel de calidad es muy bajo. El 80 % de los escolares estudian en el sistema público y el particular subvencionado donde el gasto por alumno es muy bajo, de sólo 60 dólares al mes. Dentro de éste, hay diferencias muy marcadas entre las escuelas de las comunas con mayores recursos, donde el promedio de ingreso es más alto. El 20 % de las familias de mayor ingreso quintuplica el gasto por alumno. Los pobres viven en barrios pobres, cuyas escuelas son carenciadas, su rendimiento escolar es bajo, y si consiguen becas, sólo pueden aspirar a carreras de bajo puntaje en universidades públicas.

Quinto, la dictadura privatizó la previsión. Creó un sistema sin precedente de ahorro previsional individual que sólo favorece a los más altos ingresos. La inscripción es obligatoria y los porcentajes de cobros de gastos de administración, de 23 % mensual promedio, se ubican entre los más altos del mundo. Los expertos internacionales han dicho que se trata de un sistema de cobertura insuficiente, de bajísimas pensiones y de costos de administración altísimos que no dependen de los niveles de rentabilidad que se consigan. El sistema se creó, básicamente, con objetivos macroeconómicos para formar una masa de capitales que asegurara un interés bajo para los empresarios, y una alta demanda de acciones, lo cual permite que el índice accionario se mantenga alto. La Comisión Presidencial que se encargó de proponer modificaciones no incluía ninguno de los

expertos independientes que durante décadas han realizado diversos estudios que muestran las falencias del sistema, ni tampoco representantes de los afiliados, los cuales no tienen ninguna participación en la administración, contrariando los acuerdos de la OIT suscritos por Chile.

Sexto, el sistema impositivo es inequitativo, pues los sectores populares y medios son proporcionalmente los que pagan más impuestos, a través de los impuestos indirectos al consumo, de 19 %, y de impuestos a los ingresos. *“Chile es el paraíso de los ricos, casi no pagan impuestos y tiene leyes que permiten masivamente la evasión. El ingreso fiscal proviene principalmente del IVA y del cobre. El Impuesto a la renta que es decisivo en los países con una distribución más justa del ingreso, en Chile se aplica rigurosamente a los sectores medios exclusivamente. Las empresas extranjeras no pagan impuestos en los hechos. Pero si alguien cree que hay que subir los impuestos surge un griterío atroz en todos los medios rechazando que haya más impuestos que alejarán la inversión y provocarán el estancamiento económico”⁵⁷.*



Campañas en contra de la Concertación que viene gobernando Chile desde 1989.

Séptimo, en Chile no existe, realmente, un estado de derecho, pues su sistema jurídico no cumple con los principios de igualdad de los ciudadanos ante la ley y la justicia, y no hay equidad en el acceso a la justicia. Es una democracia sin ciudadanía extendida. La salud pública es aún muy deficiente, puesto que la inversión pública es aún muy baja. Prueba de ello, por ejemplo, es que de hecho en Chile se aplica la eutanasia económica en los hospitales públicos. Dada la escasez de recursos, los médicos deben elegir los que tendrán posibilidades de seguir viviendo. Asimismo, los medios de comunicación están monopolizados por los grupos económicos y la Iglesia Católica, y por ello no hay efectivo pluralismo.

La “transición democrática” chilena aparece como muy exitosa desde una perspectiva, que entiende la gobernabilidad como constitución de un orden político estable que se reproduce y que es aceptado por la población. Se dice incluso que

⁵⁷ Patricio Orellana, “Lagos y la pobreza. Mensaje presidencial del 2005. La hora del arrepentimiento” en http://www.probidadenchile.cl/ver_articulo.php?cat=8&art=151. Consulta 21.2.2007

este es un caso muy exitoso de una “democracia pactada”, usando una expresión del léxico político español. Más aún, se dice que la constitución y sus principales leyes han creado un bipartidismo que es uno de los factores claves de su estabilidad. Sin embargo, la estabilidad no es el único valor político. Por ejemplo, han existido “democracias autoritarias” corruptas y represivas muy estables, y de larga duración como la que ejerció el PRI en México.

El sistema político chileno se basa en la Constitución de 1980. Esta fue el resultado de una larga elaboración que realizó una comisión constitucional designada por la Junta Militar. Finalmente, en 1980, durante el período dictatorial, el proyecto fue presentado y aprobado, en un plebiscito que careció de las garantías mínimas jurídicas, electorales y políticas. Es el único caso contemporáneo, en América Latina y Europa, en el cual una dictadura haya logrado que su constitución y legislación continuaran vigentes, durante el período postautoritario. El modelo jurídico político establecido por este texto es regresivo respecto a las principales tendencias del constitucionalismo contemporáneo. En primer lugar, el texto establece que *“la soberanía reside en la Nación. Su ejercicio se realiza por el pueblo a través de elecciones periódicas y, también por las autoridades que esta constitución establece”*⁵⁸. Esta norma se basa en las posturas políticas de Pinochet, quien señala en otro texto que: *“El sufragio no tiene por sí mismo la virtud de ser el único medio válido de expresión de la voluntad de la Nación y de constituir la fórmula que, necesaria y mecánicamente, dé origen a la autoridad”*⁵⁹.

El origen de esta doctrina se encuentra en el liberalismo conservador del siglo XIX, para el cual existían algunas instituciones, referidas al sistema de poder capitalista y derechos, especialmente el de propiedad, que no podían ser afectados por las decisiones de los gobernantes y legisladores elegidos democráticamente. Benjamín Constant sostenía, contra Rousseau, que la soberanía del pueblo debe ser limitada, pues existe una esfera de derechos individuales preestatales, el principal de los cuales es el de propiedad, los que no pueden ser afectados⁶⁰. En esta constitución se establece que el ejercicio de la soberanía no pertenece sólo a los representantes políticos elegidos, sino que es ejercido y compartido con los directivos de los principales organismos burocráticos del Estado: los comandantes en jefe de las fuerzas armadas y la policía y los jueces de la Corte Suprema, los cuales protegen dichos derechos e instituciones. Dicha doctrina que limita y condiciona la voluntad política de los representantes políticos elegidos se opone a las concepciones actuales sobre la democracia representativa, las cuales buscan potenciar los mecanismos participativos.

En su versión original, que rigió desde los inicios del período postautoritario, desde 1980 y que sólo recientemente ha sido modificada, esta Carta establecía el rol tutelar y suprapolítico al instituir que: *“las Fuerzas Armadas garantizan el orden*

⁵⁸ Honorable Junta de Gobierno de Chile, 1980: 8, (Art. 5).

⁵⁹ Pinochet 1979: 29.

⁶⁰ Constant 1815: 1103-1112.

institucional de la República" (Ibíd: 72, (Art. 90)). Este "*poder de seguridad*" (Pinochet) se ejercía, en primer lugar, mediante la participación de los tres comandantes en jefe de las fuerzas armadas y el Director General de Carabineros en el Consejo de Seguridad Nacional. En su versión original, dichos funcionarios uniformados no podían ser depuestos por el Presidente de la República, como se estipula en casi todas las constituciones. Dichos funcionarios, junto a la Corte Suprema, designaban a cinco de los siete miembros del Tribunal Constitucional que se pronuncian sobre la constitucionalidad de las leyes, y, también, nombraban a siete senadores designados, en un senado de sólo 38 senadores elegidos (Ibíd: 37, (art. 45). Los senadores designados casi siempre han votado con los sectores conservadores, lo que distorsiona gravemente la expresión de la voluntad política de la mayoría.

Segundo, su concepción de los derechos humanos es insuficiente y unilateral. Excluye derechos fundamentales y privilegia el derecho de propiedad como el fundamental, incluso respecto al derecho a la vida. Por ello, la mayor parte del texto está dedicado prolijamente a la consagración de las libertades económicas empresariales: de crear empresas, incluidas las educacionales, de adquirir toda clase de bienes, la concesión de explotaciones mineras, los derechos de autor, y las únicas limitaciones provienen de la seguridad nacional y las expropiaciones por utilidad pública. Se limita el derecho a la salud y la educación, al no garantizar la calidad de estos servicios (Ibíd: 14-15 (Art. 19, 9 y 10)). Se excluye el derecho a la propiedad, a la vivienda familiar, al trabajo, a recibir asistencia del Estado en casos de pobreza extrema, a no ser discriminado, a acceder a un sistema previsional que ofrezca pensiones decorosas, y otros importantes derechos económicos sociales contenidos en los Pactos de Naciones Unidas suscritos por Chile (Ibíd: 20-23 (art. 19, 21, 22, 23, 24 y 25).

Tercero, esta Carta es ideológica, pues otorga rango constitucional al modelo económico neoliberal. A la vez favorece la libertad empresarial y de acumulación, minimiza la acción del Estado al prohibirle crear o participar en empresas, salvo que lo autorice una ley de quórum calificado; obstaculiza la función reguladora del Estado frente al mercado; y establece la autonomía del Banco Central. Por ello, la política monetaria depende de un organismo cuyos directivos son nombrados de acuerdo al senado, justamente concebido como una cámara que limita las atribuciones del presidente y de la cámara de diputados. De este modo, el gobierno pierde la posibilidad de dirigir la política monetaria de acuerdo a su programa político, y debe negociarla con la oposición.

Cuarto, se establece un presidencialismo extremo que convierte al Presidente de la República en una especie de dictador legal, minimizando el poder del parlamento, y con ello el de los partidos políticos que representan o intentan representar las corrientes de opinión ciudadana.

Quinto, es una constitución extremadamente rígida, cuya reforma exige "*el voto conforme de las tres quintas partes de los diputados y senadores en ejercicio*", y en las materias principales "*de las dos terceras partes de los diputados y senadores en ejercicio*", además del acuerdo del Presidente de la

República⁶¹.

Las reformas recientes permitieron la eliminación de los senadores no elegidos; reestablecer la facultad del Presidente de la República para remover los comandantes en Jefe de las fuerzas armadas; la transformación del Consejo de Seguridad Nacional en un órgano asesor, sin capacidad resolutive; el reforzamiento de las facultades fiscalizadoras de la Cámara de Diputados. Esta reforma constituye un avance importante en la democratización del sistema político chileno, pero ésta continúa siendo, constitucionalmente, una democracia neoliberal y semiautoritaria. Lo impresionante es que el ex Presidente Lagos haya dicho, cuando se aprobaron las reformas que ésta era la constitución que Chile esperaba⁶².

La dictadura militar estableció por decreto un sistema electoral binominal, para la elección de los parlamentarios. Su único precedente se encuentra en la legislación electoral de la república parlamentaria, promulgada en 1912.⁶³ Los partidos de derecha han rechazado hasta ahora la modificación de este sistema. El cuentista político francés Oliver Ihl señala que: *“No existe en ninguna parte del mundo. Es una anomalía en las clasificaciones jurídicas”* (2004: 57). En cada circunscripción se eligen dos candidatos de las dos listas con mayor votación. Si una de ellas obtuviera más de los dos tercios de los votos, válidamente emitidos, elige los dos parlamentarios. Si así no fuera, la segunda lista elige su candidato con más votos. Este extraño y regresivo sistema electoral exige crear coaliciones de partidos; otorga al sistema una gobernabilidad que se basa en las limitaciones de la voluntad política de la mayoría, y obliga a la mayoría a cogobernar con la minoría electoral.

Las consecuencias políticas de la consolidación del modelo de sociedad heredado de la dictadura, administrado y consolidado por la concertación han sido diversificados. Se ha producido en 17 años una impresionante erosión de la adhesión a la democracia, si ésta superaba al 90 % en 1989, en las últimas encuestas del Latinobarómetro ha disminuido a la mitad. Otras encuestas muestran que a un tercio de la población le es indiferente vivir en un régimen dictatorial o en una democracia.

Los partidos de la Concertación se han burocratizado, han dejado de ser partidos ideológicos poseedores de un proyecto de sociedad capaces de convocar a una parte de los ciudadanos. Se han convertido en aparatos burocráticos sin militantes que realicen una activa vida partidaria, sino que tienen una clientela a la cual consiguen trabajo en la administración pública u otros favores. Un dirigente demócratacristiano ha dicho que hay que hacer modificaciones para que dicho partido sea algo más que una agencia de empleos. En el caso del Partido

⁶¹ Ibíd: 82, Art. 117.

⁶² Por opiniones de este tipo se entiende que los grandes empresarios hayan dicho públicamente que *“amaban a Lagos”*. Más aún, en una reunión empresarial al final del gobierno de Lagos dijeron, en su presencia y sin ironía alguna, que *“Lagos era el Presidente que mejor había vendido el país”*.

⁶³ Rivas Vicuña, Manuel (1930), *Historia política parlamentaria*, tomo 1. Santiago, Ed. Biblioteca Nacional, 1964, p. 245-246.

Socialista la mayor parte de los militantes que participan en las votaciones para elegir dirigentes son funcionarios públicos, muchos de los cuales han conseguido su puesto como parte de las “cuotas” que corresponde a cada partido. De este modo se ha generalizado el modelo de partido clientelístico. La relación con los ciudadanos se realiza por la vía del marketing, la propaganda y las adhesiones conseguidas mediante el uso del recurso de las políticas sociales⁶⁴.

Se ha producido un profundo desinterés de los jóvenes por participar en los procesos electorales. Apenas un 5 % de los que han cumplido la mayoría de edad se ha inscrito en los registros electorales. Superan los dos millones de personas que no se han inscrito, y por lo menos un millón que, estando inscritos, no votan o lo hacen en blanco. Esto implica que cada año el cuerpo electoral envejece en promedio de edad, lo cual hace aún más difícil la renovación de partidos, líderes y posiciones. De hecho hay más de un 40 % de ciudadanos que no participan en los procesos electorales.

En la sociedad chilena se está viviendo un proceso inédito de erosión de las identidades políticas. Una encuesta reciente mostró que por primera vez en muchas décadas la mayoría de la población adulta ya no se identificaba con ninguna de las posturas políticas principales: derecha, centro e izquierda. Este es un fenómeno inédito en la sociedad chilena que desde hace casi un siglo mostraba importantes grados de politización y de constitución de identidades políticas fuertes. Otra encuesta también reciente señala que sólo un 23 % se identifica con la Concertación y un cifra cercana al 20% con la oposición de derecha, lo que significa que la mayoría no se siente representada por ninguno de los dos bloques políticos. Esta es una expresión significativa de una crisis de representación.

La izquierda en el gobierno ha aceptado este orden económico y político que constituye, en realidad, justamente, la negación de todos los valores por los cuales luchó desde sus inicios, de su orientación o utopía fundacional de carácter democrático popular, que se constituyó el siglo XIX, y que llegó hasta la década de los ochenta del presente siglo. Con ello ha dejado de ser una fuerza política de cambio del orden establecido por la derecha que cogobernó con Pinochet y los militares.

Hace pocos años, el diputado socialista Sergio Aguiló escribió un artículo crítico de la izquierda en el gobierno, cuya tesis central era que la concertación se había convertido en una nueva derecha⁶⁵. Allí cuestionaba el proceso de privatización que proseguía después de 12 años de gobierno de la Concertación, y que significaba dejar las personas sometidas al poder empresarial. *“Una de las razones de la desesperación de las personas procede, en realidad, de que el Estado se ha retirado, o está a punto de hacerlo, de cierto número de sectores de*

⁶⁴ Tanto en las municipalidades como en organismos públicos como Chile Deportes se ha probado que se emplean recursos públicos para conseguir votos.

⁶⁵ “Chile entre dos derechas”, marzo de 2002, <http://www.derechos.org/nizkor/chile/conciencia.html> (Consultado 12. 3. 2007).

*la vida social que le correspondían y de los que se responsabilizaba: la vivienda social, la escuela pública, la salud pública, entre los más relevantes. Nosotros, es decir la Concertación, retiramos al Estado de su tarea de proveer a un costo razonable los servicios de agua potable y alcantarillado, privatizando buena parte de las empresas sanitarias del país. Nosotros estamos retirando al Estado, al menos en parte, de su responsabilidad con la vivienda social, al traspasar a la banca privada el financiamiento que hasta ahora le correspondía al SERVIU*⁶⁶.

Aguiló describe de modo dramático la frustración de los ciudadanos frente a las principales “ofertas” políticas, basadas en la ideología neoliberal. *“La mayoría de los chilenos busca en las propuestas que hoy le ofrecen las principales fuerzas políticas alguna respuesta que les permita mitigar sus miedos, sus frustraciones, sus inseguridades, ante un mundo que se globaliza, pero donde nadie les garantiza lo mínimo y justo. Y no encuentran más que una respuesta: para que el país crezca es necesario liberar todos los mercados; es necesario entregar toda iniciativa de producción y distribución de bienes y servicios -salud, educación, transporte, agua potable, energía eléctrica incluidos-, a los privados que son los que saben hacer eficientemente estas cosas; es indispensable reducir al máximo la participación del Estado*⁶⁷

Según este autor, si los programas y las prácticas políticas de la concertación y la derecha se han homologado, la Concertación, -y con ella, la izquierda en el gobierno-, se ha convertido en una nueva derecha. *“Las agendas de la Concertación y de la Alianza por Chile son, en lo fundamental, idénticas. Son de derecha, sin más. Y ese es el principal problema político de nuestro país en estos tiempos: tener que optar entre dos derechas. Una, la Concertación, integrada por mujeres y hombres de larga y probada convicción y conducta democrática; otra, la Alianza por Chile, integrada por personas que acompañaron y respaldaron a la dictadura de Pinochet, con todas sus violaciones incluidas. Ambas, sin embargo, dibujando el mismo horizonte para Chile, a través de programas y proyectos que en cualquier debate intelectual serio y sin censuras serían catalogados de derechas. Derecha democrática o derecha autoritaria, esa pareciera ser la cuestión. Pobre cuestión para un país orgulloso de su tradición democrática y de su imagen progresista*⁶⁸.

Recientemente, de evaluación del primer año de la Presidenta Bachelet, se entrevistó a Tomás Moulian, el principal intelectual del sector de la izquierda llamada “extraparlamentaria”, que agrupa el Partido Comunista, el Partido Humanista, otros pequeños partidos y organizaciones sociales. Su análisis es coincidente en lo fundamental con el de Aguiló, y muestra que no ha habido cambios significativos con la nueva administración⁶⁹.

⁶⁶ Ibíd.

⁶⁷ Ibíd

⁶⁸ Ibíd

⁶⁹ “Tomás Moulian y el análisis del primer aniversario de Michelle Bachelet” en *La Nación*, 11 de marzo del 2007, página 14.

Señala que el actual *“gobierno se caracteriza por su invisibilidad. (Esto) significa que no cumple las tareas principales para que los ciudadanos vean en acción un programa”*⁷⁰. Un aspecto central de dicho programa era la idea de que éste sería un *“gobierno ciudadano”*, aunque nunca se definió con claridad como se entendía como tal. Moulian cree que este gobierno no corresponde a dicho planteamiento o definición: *“un Gobierno de los ciudadanos es donde hay participación efectiva de los grupos organizados de las diferentes identidades que componen la sociedad. En eso veo un gobierno débil, más impreciso que los otros de la Concertación”*⁷¹. En vez de ser *“un gobierno ciudadano”*, se trata de un administración sin capacidad de innovación política, que no consigue modificar la característica central de los gobiernos de la Concertación, la de ser *“democracias neoliberales”*⁷² que reproducen y profundizan la desigualdad: *“éste es un Gobierno repetitivo. No hay verdaderas políticas de cambio porque éstas requieren proyectos con alguna capacidad de modificación del programa neoliberal, que busquen afectar esa desigualdad, este crecimiento sin equidad. La equidad ha sido francamente nula. La gran deuda es la construcción de un programa que busque mitigar las desigualdades sociales”*⁷³.

Sin embargo, por su parte, la izquierda no oficialista no ha podido canalizar y expresar este descontento ciudadano: *“esa izquierda, cuyo partido más fundamental es el PC, pero que concita en torno a ellos muchos independientes, tampoco ha sido capaz de tener un discurso de crítica que penetre la opinión pública y haga que ésta se movilice en torno a esos objetivos”*⁷⁴. Las movilizaciones recientes, la más importante fue la de los estudiantes secundarios del año pasado y hoy, por la ineficiencia del nuevo sistema de transporte, el TransSantiago, expresarian, según Moulian, *“la respuesta ciudadana”*. Pero, ésta es insuficiente para generar cambios sociales en el sentido de transformar el sistema neoliberal: *“cuando uno quiere generar un proyecto alternativo, en la dirección no neoliberal, necesita una izquierda capaz de incidir con más fuerza y de dialogar críticamente con la Concertación”*⁷⁵. En la actual situación política y social no se ha generado una alianza que pueda impulsar la democratización del sistema político e inducir cambios económicos y sociales.

Puede decirse, corroborando el análisis del autor, que en la sociedad chilena actual las organizaciones de la sociedad civil con vocación cívica son muy pocas y débiles. La modernización neoliberal y los procesos sociales ligados a ella, ha generado una gran fragmentación y atomización social, acompañado de un conformismo y desesperanza de la posibilidad de cambiar el sistema de poder. La izquierda en el gobierno ha sido a la vez un resultado y una causa de este proceso. El proceso de derechización de la mayoría de la izquierda chilena, de

⁷⁰ Ibíd.

⁷¹ Ibíd.

⁷² Vd. Jorge Vergara Estévez, *“La democracia neoliberal en Chile”* en http://www.dei-cr.org/mostrar_articulo_pasos.php?id=490&pasos_nro=119&especial=0 (consultado el 15.3.2007)

⁷³ Ibíd.

⁷⁴ Ibíd.

⁷⁵ Ibíd.

pérdida de sus energías utópicas, de renuncia a su utopía fundacional de una democracia popular y social, la ausencia de un proyecto distinto de sociedad, es similar al que se ha vivido en Europa occidental, por ejemplo, en España o Francia. Sin embargo, las situaciones son diferentes pues, en contraste con España, la modernización neoliberal chilena, en muchos aspectos ha deteriorado la calidad de vida de los chilenos y no ha resuelto los problemas sociales fundamentales de esta sociedad.



Las movilizaciones de estudiantes secundarios (abril/junio; set.oct. 2006) fueron informalmente conocidas como “la revolución de los pingüinos”.

El gobierno y sus partidarios repiten la frase de que la Concertación ha sido “*la alianza más exitosa de la política chilena*”. E históricamente tienen razón: ésta ha sido la coalición política que ha gobernado más tiempo. Asimismo, se dice que el período de sus gobiernos han sido los de mayor crecimiento y muy buenos indicadores macroeconómicos, mejores que los del período dictatorial. También, que ha mejorado los servicios de salud y disminuido, notablemente, la pobreza. Toda esta argumentación se basa en una concepción gerencial de la política como administración de un sistema político y económico. Sólo en ese sentido su política ha sido “eficiente”, pero no lo ha sido en relación al horizonte de sentido desde el cual surgió y se desarrolló: la utopía de una sociedad de libertad e igualdad.

El análisis precedente se inscribe en la perspectiva de la llamada “*crítica interna*”⁷⁶, es decir no ha examinado la izquierda actual en relación al algún tipo de ideal generado externamente a su propia historia, discurso y prácticas. Lo que se ha hecho es comparar la izquierda consigo misma, de ahí su carácter “*interno*”. Se ha puesto en relación lo que la izquierda fue y dice ser, con lo que está siendo. Y el análisis muestra la disimetría y oposición entre su historia y

⁷⁶ El concepto de “*crítica interna*” fue elaborado por Hegel en sus diversas versiones de su lógica, y el de crisis aparece desarrollado en su filosofía de la historia y en su estética, especialmente, en el análisis de la evolución de las formas del arte. Asimismo, fue empleado brillantemente por Marx en el capítulo 1º de *El capital* en su crítica a la teoría clásica del salario como intercambio de equivalentes. André Gortz explicita este concepto, en el capítulo primero de su *Historia y enajenación*.

autorrepresentación, por una parte, y por otra, su función en la reproducción del orden neoliberal en la sociedad chilena actual y sus prácticas cotidianas. Como diría un hegeliano, se ha tratado de explicitar las relaciones entre su concepto, históricamente concebido, con su realidad presente.

Podría decirse que las realidades sociales nunca coinciden consigo misma, que siempre están en transformación, y que los discursos y prácticas sociales son siempre asimétricas, que la realidad social nunca corresponde a los valores e imaginarios. Sin embargo, importa el grado y cualidad de la asimetría mencionada. La crisis se produce cuando una realidad social, está en conflicto explícito consigo misma, cuando sus prácticas niegan, las tendencias principales y constitutivas de su propia historia y sus valores proclamados. Y, en este artículo, se ha querido poner de manifiesto esta crisis de identidad y sentido.

Santiago de Chile, marzo del 2007

Consideraciones sobre las metamorfosis de las izquierdas en América Latina: sus posibilidades y límites histórico-políticos.

Luis Tapia ⁽⁷⁷⁾

En los últimos años se está experimentando una ola de victorias electorales de partidos y frentes de izquierda en varios países de América Latina, que se ha ido ampliando. Hay gobiernos de izquierda en Brasil, Uruguay, Bolivia, Chile, Venezuela, se considera que Argentina también lo es. Es parte de la franja andina la que todavía estaría bajo la dirección de gobiernos más conservadores y de derecha. En este sentido, la izquierda se ha vuelta ya, y es probable que durante algún tiempo siga siéndolo, uno de los principales sujetos políticos en cada uno de estos países, ya que también se está viendo el crecimiento de fuerzas de izquierda en países como Colombia y Perú.

En este breve escrito, se trata de analizar alguno de los cambios que la izquierda ha experimentado en estos últimos tiempos, evaluar brevemente algunos de los resultados y pensar, a su vez, el horizonte de los límites que están enfrentando en términos de configuraciones históricas mundiales, como también, en el sistema de creencias en el seno del cual se están moviendo la mayor parte de estas fuerzas.

Primero, cabría bosquejar un primer desplazamiento en términos de configuración de identidad y tareas políticas de la izquierda en el continente. De manera muy breve, se podría decir, que durante algún tiempo las tareas que se planteó la izquierda en América Latina, y que cumplió o en las que contribuyó de manera significativa en los diferentes países, tuvieron que ver, básicamente, con la organización de la clase obrera y, por lo tanto, con la organización y presencia de la clase como uno o un conjunto de sujetos políticos en el espacio político nacional, ya sea en el seno de la sociedad civil, en el seno de los sindicatos, en cuya organización la izquierda tuvo un peso importante en términos de animación, de dedicación y de luchas políticas o también, en el seno del sistema de partidos a través de la articulación de fuerzas partidarias a partir de, o como parte, del proceso de organización de la clase obrera.

En este aspecto, sin embargo, la pauta más general en el continente ha sido que se ha experimentado un proceso de organización paralela, por un lado, de la clase obrera en torno a los sindicatos y, por el otro, un proceso de organización de partidos de izquierda compuestos por miembros provenientes de capas medias, sectores obreros y campesinos, que pretendían representar a la

⁷⁷ Profesor e investigador en la Universidad Mayor de San Andrés, Bolivia. Coordinador del Doctorado Multidisciplinario del Posgrado en Ciencias del Desarrollo de esa Universidad.

clase en el plano del sistema de partidos, cuando eran reconocidos sus derechos a participar en ellos, o en el plano de la lucha político ideológica vinculada a las organizaciones sindicales allá cuando había cancelación de los derechos políticos, y por lo tanto, autoritarismo más o menos fuerte o dictadura.

La gran diferencia entre la trayectoria latinoamericana y la de la mayor parte de los países europeos consistió en este hecho: hasta no muy recientemente, los sindicatos o desde los sindicatos no se formaron los principales partidos de izquierda en el continente, no ocurrió así con los partidos comunistas ni socialistas en la mayor parte de los países de América Latina. Sólo, más recientemente, con la configuración del PT o el Partido de los Trabajadores en el Brasil, se logra articular el proceso de organización y de luchas políticas de los sindicatos obreros, que como parte del desarrollo de las mismas llegan a organizar un partido que tenga presencia en el ámbito político y tenga la capacidad de articular a otros sectores de trabajadores y sectores intermedios en las fases de luchas contra el autoritarismo y a lo largo de toda la transición al régimen democrático.

La otra experiencia que continúa esta línea es la historia del MAS en Bolivia. El Movimiento al Socialismo es un partido que fue organizado por el sindicato de los productores de la coca en Bolivia para defender sus intereses, sus derechos y tener presencia en el parlamento, en el que fueron una minoría de 4 ó 5 diputados durante 10 años. Luego, en un tiempo de fuerte crisis política producida por la movilización de las luchas contra la privatización del agua, por un lado, y de las comunidades indígenas, por el otro, se produce un ascenso de fuerzas populares que permite el desarrollo y crecimiento electoral, que le permite acceder al ejecutivo. Este tipo de partidos, con origen en núcleos sindicales de trabajadores, ha modificado, también, el tipo de liderazgo y de relación con una buena parte de la sociedad.



Movilización del MAS apoyando la candidatura de Evo Morales en Bolivia.

Uno de los rasgos de la dinámica del sistema de partidos -en lo electoral-, tiene que ver con el hecho de que la mayor parte de ellos se han convertido, o se han organizado ya como partidos que son máquinas electorales, donde una buena parte de sus relaciones con la sociedad civil se hacen a partir de relaciones clientelares. Como resultado de esto la carga de representación se fue reduciendo bastante, y el grado de pluralidad y de diversidad contenida en los parlamentos también, ya que aquellos que tenían recursos para competir en los espacios electorales, por lo general, provienen de una misma franja socioeconómica privilegiada. Esto fue modificado por la presencia de un partido obrero en el caso de Brasil y de un partido de origen campesino en el caso de Bolivia.

Ahora bien, cabe preguntarse, ¿qué es lo que estos partidos y el resto de la izquierda en América Latina tienen que enfrentar? Empiezo a responder volviendo un poco hacia atrás. El segundo elemento en el que las izquierdas latinoamericanas intervinieron activa y constructivamente fue la articulación del estado nación. Uno de los ejes de la articulación del estado-nación fue precisamente la incorporación de la clase obrera, ya no sólo como sujeto económico, sino, también, como sujeto político, en algunos casos significativos, como base social de ese estado nación. De hecho, es imposible pensar un estado nación que no haya incluido a la clase trabajadora en alguna medida significativa. En la mayor parte de los casos, la izquierda que se hizo cargo de este proceso, era una izquierda básicamente nacionalista y tenía como proyecto el desarrollo del capitalismo bajo la dirección estatal dirigida por estas fuerzas. En este sentido, el resultado no fue un estado de los trabajadores, sino procesos de mayor inclusión social, política y redistribución de la riqueza social en el seno de procesos de desarrollo de estados capitalistas.

Los estados-nación fueron montados con diversa amplitud en los diferentes países de América Latina. En casi todos ellos se montaron estructuras de estado-nación en las que uno de los principales sujetos responsables de esos procesos de producción de instituciones, de poder político y de historia que lleva a la construcción de esas estructuras, fueron precisamente las fuerzas de izquierda. Ese conjunto institucional, que fue producido a través de largas décadas, -sobre todo desde los años 40' hasta los 70' y 80' del siglo XX-, fue desmontado en el segundo tercio del siglo pasado—en algunos casos totalmente-, a través del conjunto de las estrategias neoliberales de reforma del estado, la economía y también de la misma sociedad civil durante los años 80' y 90', en particular, y todavía hoy en curso en algunos casos con más fuerza e iniciativa que en otros.

Este conjunto de estrategias neoliberales desmontó, debilitó y desarticuló los dos ejes comentados previamente. Por un lado, la estrategia neoliberal de privatización de las manufacturas, los recursos naturales y los servicios que producían bienes públicos y gestionaban recursos como el agua y la energía, en parte se dirigieron a debilitar y desorganizar a la clase obrera. En la mayoría de los casos, lo que sí se hizo, fue expulsarla del sistema de partidos que adquirió centralidad en torno a una dinámica electoral que fue copada en poco tiempo por partidos básicamente dirigidos por prominentes miembros del bloque dominante

en lo económico y en lo político en cada país. Probablemente Brasil sea la excepción, en el sentido de que el proceso de transición no se acompañó de un proceso de expulsión de las fuerzas políticas obreras del sistema de partidos, sino que este se dio a través de un proceso de crecimiento sostenido del Partido de los Trabajadores.

El otro eje de ataque del neoliberalismo consistió en desarmar la composición y las estructuras que mantenían la articulación de un estado-nación. Una de ellas, la principal, es la privatización de los recursos naturales, de las manufacturas y del conjunto de las actividades que se montaron con iniciativa e inversión estatal.

Voy a recurrir a un esquema analítico propuesto por René Zavaleta –un pensador boliviano-, que es útil para sintetizar la problemática. Él sugirió usar la noción de forma primordial para pensar cómo en cada país de manera histórica se articulan estado y sociedad civil, a través de un conjunto de mediaciones que comunicarían ambas dimensiones de la vida social y política. La idea va acompañada de otra serie de consideraciones; la básica es que allá donde la forma primordial ha estado construida, o se mantiene y se reforma a través de relaciones que comunican, más o menos con continuidad, o en términos de correspondencia estado y sociedad civil, lo cual implica significativos grados de inclusión y participación, entonces se tiene una forma primordial vigorosa que puede resistir determinaciones externas, o puede negociar su inserción en los contextos regionales y mundiales con mayor soberanía. Allá donde las relaciones entre estado y sociedad civil más bien producen un poder descendente y no ascendente y, por lo tanto, hay escasos grados de representación y capacidades de mediación, entonces, se tiene como producto de las contradicciones que esto genera una forma primordial débil y bastante vulnerable a las determinaciones externas.

Lo que habría hecho el neoliberalismo en América Latina es desarticular el tipo de construcción de forma primordial configurada por los procesos de construcción del estado-nación, que implicaban procesos de producción de poder político, económico y social interno, es decir, de manera ascendente. A través del conjunto de las reformas llamadas estructurales promovidas en el continente, lo que se trató de configurar es un conjunto de formas primordiales débiles que sean incapaces de controlar el excedente económico producido en sus territorios y, por lo tanto, que enfrentan serias dificultades de autofinanciarse como estados y autogobernarse o tener mayor libertad y soberanía en la decisión de sus políticas internas y de la política internacional.

En este sentido, el neoliberalismo es un proceso de recomposición de las formas primordiales dirigido por las determinaciones externas, con la finalidad de que se instaure una dirección permanente por parte de estas determinaciones, en sustitución de las estructuras de estado-nación.

Se podría pensar que una de las causas que está en la base del crecimiento electoral de las izquierdas latinoamericanas, es el hecho de que en la mayor parte de los países del continente el neoliberalismo está enfrentando sus límites y, sobre todo, las consecuencias de la reconfiguración de las formas primordiales que ha producido en términos del grado de pobreza, desintegración social y de creciente incapacidad de varios de los estados para poder mantener un funcionamiento normal, inclusive de la dimensión administrativa y policial de los estados, que cada vez más pasan a depender de deuda externa. A través de los marcos institucionales generados en los últimos tiempos, el contenido del gobierno pasa a ser creciente y casi completamente definido por determinaciones externas.

Una de las causas que está en la base del crecimiento de las izquierdas es el creciente descontento, o la experiencia de los efectos desintegradores y excluyentes del neoliberalismo, y de la necesidad de ponerle límites a estas estrategias salvajes de creciente explotación o subvaloración de la fuerza de trabajo y sometimiento a las determinaciones externas, que implica sobre todo la entrega de los recursos naturales para una explotación intensiva de nuestros territorios, que está produciendo la destrucción de varios pueblos y comunidades, dejando amplios territorios devastados, inservibles para ser un territorio de continuidad histórica de varios pueblos y naciones originarias en el continente.



Manifestación popular en Ecuador (2006)

A partir de esto quisiera entrar por niveles de profundidad, se podría decir, en los problemas que las izquierdas en América Latina enfrentan y tienen que enfrentar. Empiezo por el que se podría considerar el nivel de superficie. En varios países de América Latina: Brasil, Argentina, Uruguay y Chile los partidos de izquierda han avanzado electoralmente y han competido en el espacio electoral, sobre todo ofertando reformas a la dimensión de las políticas sociales del modelo neoliberal, es decir, reformas al grado de privatización y, por lo tanto, de exclusión que se estaría produciendo en el nivel de los seguros sociales, la salud y la

educación. Y es por esta vía por la que -sobre todo los gobiernos de Brasil, Uruguay y Chile- han enfrentado la elaboración e implementación de políticas públicas que, por un lado, reduzcan el grado de exclusión en la salud, la educación y varios servicios públicos como el transporte, la vivienda. Se reforma con políticas que apuntan a la redistribución de la riqueza social, a través de estas políticas sociales que implican, también, el cómo el estado aborda los procesos de reproducción social y de preparación de las nuevas condiciones de los ciclos productivos, a través de la calidad de la salud y educación de la fuerza de trabajo.

En este sentido, sobre todo en el gobierno chileno, queda bien claro que la inversión en educación y salud se hace prioritariamente con fines productivos, es decir, elevar el grado de productividad y competitividad de la fuerza de trabajo de los chilenos. No han tocado, sin embargo, el núcleo de la distribución de los recursos de la producción. En este sentido, se ha mantenido la estructura del modelo económico configurada por las fases anteriores de reforma del estado y la economía, incluidas las dictaduras que implican un alto grado de privatización o un control privado de los núcleos económicos estratégicos.

Cabe recordar que la privatización, en América Latina, no ha implicado un creciente control de las burguesías locales sobre toda la estructura económica, sino un creciente control monopólico y oligopólico de estas estructuras económicas por parte de empresas transnacionales. Entonces, tenemos aquí que uno de los principales problemas y dilemas de las izquierdas latinoamericanas es organizar partidos, competir, ganar elecciones y llegar a hacerse cargo del poder ejecutivo, con fuerte presencia en el legislativo, de un estado que ya no controla lo principal de sus estructuras económicas. En este sentido, el dilema es si la izquierda va a mantener el orden de distribución de la propiedad configurado en tiempos y por modelos neoliberales, o va a llegar a afectar este núcleo de organización del poder que, por lo tanto, es la fuente de organización y ejercicio del poder hacia adelante.

Parece que lo que ha primado hasta hoy es una especie de razonamiento llamado realista –luego discutimos otros sentidos de esta noción-, que han pensado que la viabilidad, es decir, la continuidad en el ejecutivo de sus respectivos países, pasaba por negociar con los principales agentes económicos –que son básicamente transnacionales-, la continuidad del orden de distribución de la propiedad y de las estructuras económicas a cambio de algunas reformas, en procesos secundarios, que tienen que ver con políticas públicas; es decir, tasas de inversión en educación, salud, y también en seguridad social que, sin embargo, también ha continuado siendo privatizada en gobiernos como el del PT en el Brasil.

En el caso de Brasil se ha vivido de manera paradigmática la experimentación de procesos de ampliación de la participación política -y por lo tanto de la ciudadanía-, en la gestión de los bienes públicos, de lo común, en particular, a nivel municipal. Es paradigmática la experiencia de Potro Alegre y la planificación participativa, que implica una democratización en la configuración de

las políticas y los presupuestos municipales. Esto, sin embargo, no ha sido replicado a nivel nacional cuando el PT ha logrado ganar elecciones a este nivel. Probablemente uno de los principales motivos del por qué no se ha ampliado la escala de la participación en la elaboración del presupuesto nacional es que esto hubiese implicado un cuestionamiento directo de la estructura de propiedad transnacional y también de los monopolios de la propiedad nacional, cosa que el partido de izquierda no se ha animado a enfrentar ni siquiera procesalmente, lo que hubiese sido una alternativa.

En este sentido, lo que hemos tenido es que la izquierda latinoamericana que ha ganado elecciones ha producido un cambio en los sujetos gobernantes, cuyo principal rasgo distintivo es el hecho de que no provenían de los núcleos propietarios. Un rasgo importante, por lo tanto, era su vínculo con diferentes núcleos de trabajadores, sobre todo el encarnar una historia de organización de los trabajadores en un proceso anti-autoritario y de construcción de un régimen de respeto de los derechos políticos.



Luis Ignacio Lula Da Silva: de dirigente sindical a presidente de Brasil (segundo mandato) por el Partido de los Trabajadores

A partir de estas experiencias me animaría a formular la siguiente hipótesis sobre uno de los dilemas de las izquierdas latinoamericanas, sobre todo de las que están en posiciones de gobierno en los últimos años, que tiene que ver con el horizonte histórico-político y, por lo tanto, ideológico también. Considero que la mayor parte de las izquierdas latinoamericanas están actuando desde hace tiempo, y más aún, una vez en el gobierno, dentro de un horizonte político liberal. Esto les plantea serias dificultades ya no sólo externas sino también, internas, es decir, en la subjetividad de las mismas fuerzas de izquierda para poder remontar el modelo de tipo de orden social, el tipo de economía y estado que se han configurado como alternativas únicas y más o menos definitivas a partir de los núcleos de producción de instituciones y de poder en el sistema mundial durante las últimas décadas. Esto implica, que uno de los cambios que ha experimentado, una buena parte de las izquierdas en América Latina en los últimos tiempos, precisamente consiste en una metamorfosis que las ha vuelto cada vez más liberales; esto es, la mayor parte cree firmemente en el tipo de concepción de la

vida política en términos de derechos individuales, y que llevan a pensar que el gobierno político es algo que se delega a través de un proceso competitivo, donde los ciudadanos votan entre alternativas de gobierno, y que luego el resultado puede ser prescindir de la participación de ellos por un largo tiempo en el conjunto de los procesos de toma de decisiones, que van desde el presupuesto nacional, las leyes, hasta las políticas públicas.

Dicho de otro modo, se podría decir que en el último tercio del siglo XX, sobre todo en las dos últimas décadas, el tipo de civilización moderna, en particular la cultura política liberal ha logrado absorber a una buena parte de las izquierdas latinoamericanas que han tenido capacidad de reorganizarse jalando toda la historia de luchas y organizaciones pasadas para convertirse en sujetos políticos competitivos, con capacidad de sustituir a las elites neoliberales gobernantes. Estos procesos han hecho que éstas no puedan, sin embargo, configurar un nuevo horizonte de civilización, de tipo de estado, de economía, de organización social que pueda remontar el núcleo duro de organización del poder hoy en el mundo, que es el modelo del control privado y transnacional de la economía. Por lo tanto, hay una fuerte separación entre política –como un conjunto de procesos de selección de gobernantes-, y un otro ámbito de la política con gestión de estructuras económicas ya configuradas previamente y que no se han animado a tocar en lo sustancial; aunque esta concentración en las elecciones permite proteger y neutralizar este ámbito de control transnacional.

Cabe recordar que las fuerzas social demócratas también han ido moviéndose hacia un centro liberal. Durante algún tiempo han coexistido socialismo y liberalismo y han sido responsables de los procesos de mayor democratización e integración política en América Latina, y en Europa en particular, pero en los últimos tiempos ya no se puede distinguir muy bien a los socialdemócratas de los liberales a secas. Esto implica que desde fuerzas socialistas, social demócratas y liberales hay convergencia hacia un centro definido por este tipo de cultura política, que sería la matriz de legitimación de largo aliento, de un tipo de estructura económica que está organizando el monopolio transnacional en el seno de cada país, y a través de las fronteras nacionales en el mundo.

Hay otra veta de desarrollo histórico de las izquierdas que se está reactivando desde hace un tiempo en América Latina, de maneras muy diversas. De manera genérica se la podría llamar la de lo nacional- popular, que es aquella que contiene en términos de historia las diferentes articulaciones entre trabajadores y diversos grupos sociales, que a partir de formas de articulación desde el campo, del mundo del trabajo, de la cultura y las creencias políticas, han producido formas de organización, de lucha política que han estado en la base de la producción y articulación de lo que en América Latina se llama nación, desde abajo por así decirlo. Ese mundo bien diverso a partir del cual el pueblo adquiere diversas formas organizativas que en su articulación, digamos, serían esa nación política que se ha logrado articular en el seno de los estados latinoamericanos, a

veces con significativos grados de correspondencia en el estado, por lo general resistiendo, más bien al autoritarismo estatal.

Esta veta de lo nacional popular nos lleva a pensar un otro ámbito de existencia de la izquierda que no es la de los partidos políticos sino, más bien, la diversidad de formas de organización, a partir de las cuales las personas se asocian para participar en la vida política local, nacional, regional, a partir de creencias compartidas en términos de crítica de las formas de desigualdad y exclusión existentes y también, a partir de compartir algunas ideas sobre una redistribución más justa y la democratización social y política de nuestros países. Esto implica, que hay un mundo de izquierdas que no son partidarias que han existido y existen hoy en el seno de los sindicatos, en el seno de una diversidad de formas de organización de trabajadores; hay también un espectro de izquierdas que está configurado por los movimientos sociales, aquellos que están criticando, por un lado, la privatización transnacional de los recursos naturales y el conjunto de las estructuras económicas, también, el monopolio sobre la tierra, y están prefigurando un modo más democrático de acceder a la tierra y convertirla en un bien que debe ser gestionado colectivamente en beneficio e interés del conjunto de la nación o de los ciudadanos de un país.



Movimiento Sin Tierra (Brasil). Trabajadores rurales que reclaman la reforma agraria.

Las historias políticas no son comunes en América Latina. En algunos casos, es la historia de organización partidaria la que se convierte en eje de las posiciones de izquierda y de las posibilidades y la actualidad de acceso al poder ejecutivo, como es el caso de Uruguay y de Chile también, aunque con fuertes vínculos con las organizaciones de trabajadores. En otros casos, hay una articulación más fuerte o hay mayor continuidad de procesos de organización y lucha social y la vida partidaria como fue la experiencia de PT. Hay algunos otros casos donde más bien es el despliegue de fuerzas de izquierda por fuera del ámbito de los partidos lo que acaba alimentando la posibilidad de que un partido de izquierda acceda al poder ejecutivo, como es el caso boliviano.

Quiero referirme, por último, al caso boliviano para señalar algunas otras tendencias de cambio de la izquierda en el país, que operarían más para el ámbito andino, aunque con más fuerza para Bolivia; por lo tanto, no todo lo que se diga

sobre la historia reciente de este país es válido para pensar el conjunto de la sub-región. El principal rasgo que quisiera resaltar de la experiencia o de la historia boliviana, en relación a los otros, es que ha habido un desplazamiento multidimensional en lo que se refiere a la configuración de la izquierda. Los años 80' y la época de implantación de las reformas liberales, que tuvieron como eje la desorganización de la clase obrera, tuvieron como efecto paralelo la desorganización de los partidos de izquierda y una fuerte cooptación y transformismo político –como diría Gramsci-, por medio del cual bastantes dirigentes y militantes de partidos de izquierda de las décadas anteriores fueron incorporados como funcionarios de los gobiernos neoliberales durante la década del 80' y del 90'. Esto hizo que la izquierda partidaria preexistente se viera bastante reducida a la coalición de Izquierda Unida que agrupaba a pequeñas fuerzas de izquierda que habían mantenido sus posiciones críticas al neoliberalismo, pero tampoco lograron rearticular un nuevo horizonte y bloque social que cuestionara seriamente a esa estrategia de dominación.

Históricamente lo que se produjo fue la emergencia de una nueva izquierda, se podría decir, que a diferencia de lo que connota en otros lados, que por lo general significa una nueva izquierda más liberal que toma como eje la democracia, y por lo tanto, tiende a adquirir los rasgos descritos en el anterior grupo, la nueva izquierda en Bolivia emerge básicamente como una izquierda campesina. Es resultado del proceso de organización y articulación de los sindicatos campesinos a nivel nacional, de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), por un lado, y también de un proceso de unificación política y de activación política de varios núcleos o redes de comunidades y sus estructuras de autoridad tradicional que se han movilizado en contra del régimen de propiedad de la tierra primero, pero luego también contra una creciente transnacionalización de los recursos naturales y a favor de la nacionalización de los mismos.

El MAS tiene un origen en sindicatos agrarios y el MIP también, que fueron los que modificaron sustancialmente la composición del sistema de partidos, ya en el 2002, y el 2005 volcaron la relación de fuerzas, aunque en este caso el MIP se debilitó y tiende a desaparecer. Esto significa que en las dirigencias hay nuevos sujetos en la política; implica un desplazamiento de un núcleo centrado en lo urbano y las capas medias, hacia un núcleo centrado en los sindicatos agrarios que son el espacio de selección de los nuevos liderazgos intermedios y de liderazgo nacional de la nueva izquierda en el país. Lo peculiar de esta izquierda que tiene un origen campesino es que, a la vez, tiene como programa la nacionalización de los recursos naturales –hidrocarburos en particular-, para articularlo a un proceso de industrialización, es decir, un producto moderno; esto es, más o menos, el contenido de los procesos de definición del estado-nación del siglo XX bajo un nuevo liderazgo, y en un horizonte de transnacionalización mayor en el sistema, por lo tanto, una tarea mucho más difícil.



Movilización de mineros bolivianos (2006)

El programa de la nacionalización no es una propuesta que emerge del partido, emerge del conjunto de despliegues de los movimientos sociales en el país que empezaron a criticar fuertemente el modelo privatizador, en particular, desde la guerra del agua en el año 2000, de ahí en adelante se ha ampliado la escala de la crítica y la escala de articulación y movilización de fuerzas a nivel nacional, que sin tener un mando común han convergido en torno a un proyecto que es nacionalización y asamblea constituyente. A diferencia de otros casos, en breve plazo el nuevo gobierno del MAS ha emprendido reformas que avanzan en la recuperación del control de los recursos naturales en el país, también, está avanzando parcialmente en propuestas sobre la redistribución de la tierra que tendría que pasar por un gran momento de reformulación en la asamblea constituyente que empieza en agosto del 2006.



Bolivia: la "nacionalización" del gas.

Sobre este punto quisiera hacer una breve consideración de tipo histórico. Cabe preguntarse; ¿por qué en condiciones como las de Bolivia la izquierda se lanza a enfrentar el desmontaje de las estructuras del control privado transnacional de la economía, configurados durante la época neoliberal, con mayor desenvoltura y convicción en relación a otros gobiernos de izquierda en el continente? Una hipótesis consiste en pensar que se debe al origen agrario de esta nueva izquierda mayoritaria. Es en este ámbito donde menos ha penetrado o avanzado el proceso de reforma moral o intelectual, en términos de Gramsci, es decir, de sustitución de creencias nacionalistas por creencias liberales, o sustitución de creencias comunitarias o nacional-populares por creencias liberales, proceso que avanzó bastante en los núcleos urbanos durante las décadas del 80' y 90', de tal manera que hacia fines del 2000 parecía que en los principales núcleos partidarios y sus anillos urbanos de consenso pasivo, no se consideraba que había alternativas al tipo de estructuras económicas y modelo de gestión de los recursos naturales y de los bienes públicos en el país, en la región y en el mundo.

Es en el ámbito agrario donde menos se produjo o penetró este proceso de sustitución de creencias y por lo tanto, se mantuvo más vivo un sentido común que implica pensar que lo más racional y razonable para conseguir los fines de inclusión, democratización y acceso a la tierra, el agua y al producto del trabajo, es el control nacional de la propiedad de los recursos naturales y la gestión colectiva de los bienes públicos que son necesarios para los procesos de producción y reproducción, como es el agua básicamente, así como también el control colectivo y nacional del proceso de producción de bienes públicos que implican capacidad de autodesarrollo como son la educación y la salud. En este sentido, los sujetos agrarios han estado más lejos del horizonte liberal, obviamente participan más o menos intensivamente de mercados de intercambio o de producción en circuitos capitalistas nacionales, regionales y mundiales. Pero se puede decir, más o menos enfáticamente, que no hay una cultura política liberal en una buena parte de la población boliviana, lo cual hace posible, sobre todo en el mundo agrario, reactivar fuerzas y proyectos de reconstitución del estado que impliquen modificar la estructura del modelo de privatización y control monopólico transnacional.

Ahora bien, en estas condiciones de menor transformación liberal del contexto agrario, en particular, y del país en su conjunto, hay más condiciones para reactivar un proceso de reforma estatal y económica que vaya un poco más allá del horizonte liberal configurado en las últimas décadas, dentro del cual se está moviendo la mayor parte de los partidos de izquierda. Si embargo, cabe pensar que el horizonte de proyecto de estas nuevas fuerzas, se renueva en relación al proyecto de estado-nación experimentado durante el siglo XX, que es el que mejores resultados tuvo –con todas sus limitaciones-, en lo que va de la historia política de los tiempos republicanos para los países de América Latina. Se trata de una reactivación del proyecto de estado-nación sólo que, en el caso de Bolivia, en condiciones de despliegue de fuerzas activas autoorganizadas y autorrepresentadas de la diversidad, es decir, multiculturales, lo cual implica la

necesidad de revisar la misma idea de estado-nación que estaría en cuestionamiento.



Indígenas organizados de Bolivia con sus banderas.

Lo peculiar es que la base del proyecto en términos económicos y de condición de posibilidad del conjunto de las reformas, es la nacionalización, es decir, un nuevo control estatal predominante sobre los recursos naturales y la economía, aunque no propiedad estatal de las esferas productivas. Por el otro lado, se trata de una condición multicultural que tendría que reflejarse en una reforma del estado, y en un replanteamiento de la misma idea de estado-nación, para lo cual algunos usan el término plurinacional, otros multinacional. En todo caso, la idea es que lo primero es revertir el control privado transnacional de la economía –como primera tarea de la izquierda en estas condiciones-.

Juntando varias trayectorias de las izquierdas en América Latina podemos ver que, sin embargo, las luchas, las experiencias, a veces los discursos, en buena parte siguen girando entorno a dos matrices ya viejas –por decirlo de algún modo-. Por un lado, está la matriz neoliberal que ya entró a experimentar sus límites seriamente en la mayor parte de los países de América durante las dos últimas décadas, pero no ha sido sustituida. La gran dificultad de remontarla implica que las fuerzas que alternativamente pueden cambiar la dirección siguen girando en torno al horizonte dado por la cultura liberal.

Por el otro lado, lo que se está reactivando en varios lugares de América Latina, sobre todo en el eje andino, es el proyecto de reconstitución de una estado nacional a cargo de nuevas configuraciones de izquierda que difieren bastante, desde Venezuela a Bolivia, en términos de origen, historia, discurso y articulaciones internas en el seno de cada historia y el país. En ambos casos, sin embargo, no se prefigura, todavía, el cómo remontar el horizonte histórico, ideológico y político de ambas experiencias, la más reciente neoliberal y previa de construcción de estado-nación. En todo caso parece que un sentido común más

sano es reorientarse por lo pronto en base a una memoria reactivada del proyecto de construcción de estado-nación, porque es a través del cual se lograron mayores márgenes de integración, democratización y soberanía política, por lo tanto, mejora de las condiciones de vida de las poblaciones o de los ciudadanos de cada uno de estos estados-nación, parcialmente configurados como tales, durante el segundo tercio del siglo XX.



Juan Evo Morales Ayma, Álvaro García Linera. Presidente y vicepresidente de Bolivia a partir de enero 2006. Ceremonia indígena.

*Siglo XXI: El lugar de la izquierda en América Latina*Helio Gallardo⁽⁷⁸⁾**Preliminar**

Uno de los factores que contribuye al retorno del tema de 'una' o de 'la' izquierda en América Latina son los resultados electorales que se vienen produciendo y podrían producirse en esta primera parte del siglo XXI. En Venezuela, Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia, han resultado triunfadores candidatos no gratos para el sistema, trátase éste de la expansión mundial de la forma mercancía, o globalización con hegemonía transnacional, o de su propuesta ideológica oficial en América Latina: el neoliberalismo. La reciente elección de Michelle Bachelet en Chile ha permitido a los medios masivos comerciales enfatizar que en ese país gobierna una coalición 'socialista'. Los resultados preliminares peruanos, el temor que despierta una eventual victoria del Partido de la Revolución Democrática en México y las posibilidades de izquierdas 'históricas' de alcanzar el gobierno en Nicaragua (FSLN) y El Salvador (FMLN), agregan peso a este retorno 'electoral', o sea institucional y parlamentario, de "izquierdas" que, probablemente, carecen de un referente conceptual único eficaz y, también, de criterios intercambiables para incidir con eficacia 'izquierdista' en sus coyunturas nacionales y en relación con los desafíos internacionales.

Visto en su conjunto, este 'retorno' de la izquierda latinoamericana es principalmente un fenómeno mediático y politicista⁷⁹, probablemente interesado, y que funciona porque reduce los conflictos y oposiciones socio-políticos de las formaciones latinoamericanas al ámbito y juego electorales y porque, en términos básicos, los gobiernos 'izquierdistas' que surgen de estas elecciones, reiteran, con variaciones puntuales, la sensibilidad única neoliberal que, pese a su evidente fracaso en avanzar hacia el desarrollo, ha dominado el subcontinente en la transición entre siglos, e ignoran, también con variantes, el freno impuesto al *Acuerdo de Libre Comercio de las Américas* y la irritación social que ha hecho desfallecer tanto el llamado *Consenso de Washington* como las ilusiones puestas por la población en el juego 'democrático'. El primer punto, la focalización politicista en la disputa electoral y la consolidación del 'rumbo democrático' de la región gracias al aporte de estas 'izquierdas', ha sido reseñado por el editorial de un periódico conservador con circulación hemisférica:

⁷⁸ Filósofo y ensayista chileno. Profesor de la Universidad de Costa Rica.

⁷⁹ En sentido lato, 'politicismo' designa la fijación del discurso o del análisis en el Estado, gobierno y sus actores, independizándolos ideológicamente de sus determinaciones sociales y culturales.

Con el paso de dichas jornadas⁸⁰ se está esbozando un nuevo mapa político en América Latina con características bien definidas: gobiernos que promueven los ideales del libre comercio (como la mayoría de países centroamericanos y Colombia), los llamados social-demócratas, que pretenden balancear el liberalismo con lo social (tales como Chile, Uruguay y Brasil), y el modelo nacionalista, encarnado en la Venezuela de Hugo Chávez, que busca adeptos en Bolivia y Perú (con Evo Morales y Ollanta Humala) y propugna un proteccionismo social y económico frente a Estados Unidos.⁸¹

Para todos los casos, el editorialista cree advertir ideologías que “*parecen haber evolucionado hacia un discurso democrático más centrado*” y en el que no tienen cabida derechas recalcitrantes ni izquierdas radicales. Sin perjuicio de retomar algunos aspectos de esta opinión, enfatizamos los obvios:

- estaríamos ante izquierdas ‘moderadas’, por *democráticas* y *gubernamentales*, y que pueden coexistir con neoliberales ortodoxos y social-demócratas, ambos en sus versiones latinoamericanas;
- en este continuo de fuerzas, los gobiernos ‘más a la izquierda’ serían *nacionalistas* y *proteccionistas*, en particular frente a Estados Unidos.



Presidenta de Chile Michelle Bachelet
¿izquierda moderada?



Presidente de Venezuela Hugo Chávez
¿izquierda nacionalista/proteccionista?

Por supuesto, la imagen-fuerza más poderosa es la que articula en un *continuo* a neoliberales y nacionalistas, pasando por socialdemócratas, como opciones legítimas de gobierno. De esta manera, y enfatizando un aspecto, la izquierda ‘nacionalista’ y ‘proteccionista’, incluso antiimperialista, queda reducida a

⁸⁰ Se refiere a las elecciones por decidirse en Perú, Colombia, México y a las ya resueltas en Honduras, Chile, Bolivia, Costa Rica y Haití y algunas más lejanas en Venezuela, Brasil, Ecuador y Nicaragua. El editorial observa: “*Lo cierto es que no se observan derechas recalcitrantes ni izquierdas radicales*”.

⁸¹ *Tiempos del Mundo*, Editorial, Año 9, N° 15 (488), Centroamérica y El Caribe, 27 de abril del 2006.

una opción administrativa y los gobiernos latinoamericanos *de cualquier signo* podrían acometer tareas que combinaran, con diversos énfasis y ritmos, sociedad de mercado y libre empresa, inversión extranjera, preocupación social, desplazamiento de la inequidad y articulación regional. Este peculiar imaginario se acerca a la tesis que esgrimió en el inicio de la década de los noventa Jorge G. Castañeda: la izquierda como ‘alternativa’ de administración de la crisis (es decir como gobierno con nombre de izquierda pero que se comporta como de derecha, donde ‘derecha’ comprende a los reproductores del *statu quo*) en un universo político donde las transformaciones revolucionarias han perdido todo lugar.⁸²

Si esto fuera así, quizás convendría buscar signos de las izquierdas latinoamericanas en otros procesos y planos: la insurgencia zapatista en México (1994), las movilizaciones sociales populares, con fuerte contenido de pueblos originarios y ciudadanía e incidencia política, en Ecuador (2000), la honesta y lúcida perseverancia del *Movimiento de los Sin Tierra* en Brasil y, más ampliamente, en algunas virtualidades: la organización y movilización de mujeres con teoría de género, los ecologismos radicales, la movilización electoral rural y aymara en Bolivia (no necesariamente el gobierno del MAS), la posibilidad de avanzar hacia un movimiento social de derechos humanos continental, la necesidad de recuperar, ampliada, una revitalización del carácter político de la fe religiosa⁸³. Y obviamente, porque el vacío debería convocar materiales conceptuales, la necesidad de discutir y repensar, de analizar, el carácter de las izquierdas en América Latina y el Caribe desde nuestras realidades estructurales, situacionales y existenciales.

Una segunda observación preliminar. La convocatoria a que responde este artículo dice: “*Siglo XXI: El lugar de la izquierda en América Latina*”. Ahora, ‘lugar’ puede ser entendido o como un *posicionamiento* en un sistema ya constituido o como una *función/disfunción* en un sistema exigido de reconstitución. En el primer caso, el lugar (espacio ocupado) de las izquierdas se expresa como punto variable de un continuo sincrónico y diacrónico en un imaginario politicista y determinado desde el *centro político*⁸⁴ cuyo posicionamiento como fiel de una balanza resuelve lo que es de derecha o de izquierda. Se trata, como es obvio, de ‘izquierdas’ conservadoras. En el segundo caso, la categoría de función/disfunción en un sistema exigido de reconstitución, determina a las izquierdas por su *actitud* social y política, no por su posicionamiento en un continuo. Si se abandona el imaginario espacial, las izquierdas pueden existir sin referencia al centro o a la derecha.

Ahora, la ‘actitud’ de esta última izquierda se alimenta de factores o procesos de los que conviene recordar al menos los siguientes:

- las izquierdas se gestan en la *matriz conflictiva* de las formaciones sociales modernas y de la mundialización del capital que les es inherente y expresan en ellas la *crítica radical* (superadora y práctica) de las instituciones y

⁸² Jorge G. Castañeda: *La utopía desarmada*, págs. 516-517.

⁸³ Todos estos procesos y virtualidades, con sus diferencias, tienen en común el orientarse por utopías (ideas sociales regulativas desde las que se intenta transformar significativamente el mundo), cuestión quizás ausente en la mayoría de los fenómenos que la prensa comercial ha agrupado como “retorno de la izquierda”.

⁸⁴ Este imaginario ideológico ha sido presentado como ‘teoría’, por ejemplo, por N. Bobbio, para las sociedades europeas. En América Latina lo han seguido autores como J. J. Brunner.

lógicas de dominación locales e internacionales que constituyen a estas sociedades. En este sentido, aunque modernas, las izquierdas resultan anticapitalistas;

- por su carácter superador-práctico o testimonial, las izquierdas se constituyen fundamentalmente como *movilizaciones* o *movimientos sociales*; esto torna política la tensión entre identificaciones sociales inerciales y autoproducción de *identidades liberadoras*. El carácter de movimiento y movilización de las izquierdas no excluye sus materializaciones orgánicas o partidarias, pero estas últimas no son independientes del movimiento ni tampoco son sus 'representantes' en un ámbito político ideológicamente autonomizado. Esto quiere decir que el motor político de las izquierdas no es parlamentario;

- asumiendo su carácter *crítico*, las izquierdas deben darse teoría o *analítica social*, tanto movimientista como básica. Su analítica no es independiente de las movilizaciones y luchas particulares y específicas. Movilizaciones y luchas conforman su matriz analítica en tanto plataforma social básica para sus teorías particulares. La teoría básica resulta de la tensión entre movilizaciones sociales particularizadas, campesinas, por ejemplo, y las determinaciones de la formación social como totalidad. Obviamente la izquierda social es *plural* y su expresión política fundamental es la articulación de esta pluralidad en relación con *objetivos liberadores* particulares-universales. Bajo condiciones sociales de fragmentación y desencuentro no puede existir modernamente ni movilización de izquierda ni analítica de izquierda radical;

- la movilización de las izquierdas (obreras, campesinas, de género, de creyentes religiosos, por derechos humanos, etc.) se da en relación con un *horizonte de esperanza* o utopía que contiene tanto una *antropología liberadora* o emancipadora como una recaracterización de la *sociabilidad fundamental*. Estos factores suponen una *transformación cultural* (subjetiva-objetiva, subjetiva) radical. Desde este punto de vista, la lucha de las izquierdas, en realidad, no es 'por el poder'⁸⁵, sino por la transformación del *carácter* de este *poder* o poderes. El punto enfatiza la configuración de un *sujeto social* diverso, por alternativo en sentido fuerte, al imperante: propietario-excluyente, acumulador, patriarcal, adultocentrado, geopolítico, depredador, reificador, por referir algunas de las características que el nuevo sujeto social (que no es una sustancia, sino proceso y articulación) debe enfrentar y transformar.

El referente ideológico-utópico nucleador de las izquierdas radicales remite a una propuesta moderna revisitada críticamente: la *autoproducción de sujetos*, o sea la configuración de relaciones o tramas sociales locales e internacionales que potencien la *agencia* humana responsable y la producción de humanidad, esta última entendida como apuesta-proceso abierto. Estos referentes (liberación universal de la escasez, autonomía y autoestima personales) son promesas no cumplidas por la modernidad capitalista. En este sentido elemental la izquierda radical se constituye como 'otro camino' para la modernidad, un camino cualitativamente distinto al recorrido por las formaciones sociales de la modernidad, capitalistas o socialistas históricas.

⁸⁵ Todavía en algunos círculos latinoamericanos se identifican las disputas y triunfos electorales, y se habla, sobre ellas, como "conquista del poder".

Una última observación preliminar. Ya se ha señalado que la noción de 'lugar' remite a un imaginario espacial (espacio ocupado), institucional y politicista respecto de la práctica política, o a un imaginario crítico asociado con la transformación de posibilidades en oportunidades de liberación (disfunción radical). Solo en este último sentido puede hablarse de un 'tiempo' de la izquierda o para la izquierda. En el imaginario espacial, en cambio, 'siempre' existe lugar y 'tiempo' para ella, aun cuando no se lo ocupe o se lo llene fantasmagóricamente.

Si éste fuera tiempo de o para las izquierdas latinoamericanas, habría que referirse a su tiempo *anterior*, fuertemente politicista y que culminó en derrotas o en procesos a los que factores internos y entornos cerraron o dificultaron la capacidad para transformar posibilidades en oportunidades liberadoras, como es el caso del proceso revolucionario cubano. Las izquierdas en tanto tales solo pueden acceder críticamente a sus tiempos anteriores, lo que no implica en ningún sentido la anulación metafísica de esos tiempos y sucesos. Las izquierdas latinoamericanas del siglo XX se constituyeron mediante lecturas politicistas del campesinado (lo que implicaba una reforma agraria o propietarista o colectivizante), de la relación salarial (apuntaba al socialismo, y éste al acuerdo con algún modelo), del nacional-populismo (que en América Latina quiere decir antioligárquico con la posibilidad de un flanco antiimperial) y, en menor medida, por movilizaciones sociales como las de campesinos y obreros rurales en México (1910-19) o la de obreros en Bolivia (1952-1964). Escaseó la teoría política, las formas de lucha fueron tanto parlamentarias como semiparlamentarias (explosiones sociales, huelgas, rebeliones) e insurreccionales, y los campos poco visitados o invisibilizados, en gran medida como 'efecto' de la adscripción a modelos, fueron el análisis sociohistórico, incluyendo el de clases, la crítica del Estado de derecho y de la soberanía popular en tanto tal, la lógica de las instituciones democráticas y republicanas, y las dominaciones o imperios no-estrictamente-clasistas (locales e internacionales). Las 'izquierdas' se independizaron así de las tramas sociales y de sus bases eventuales e inevitablemente fueron ideológicas, mesiánicas, verticalistas, puntuales y sectarias, aunque también constantes, románticas y heroicas. No se considera aquí, por razones de espacio, las excepciones⁸⁶. Además de su presencia socio-política y político-partidista (notable por momentos en países como Chile, Colombia, Bolivia, Argentina o Cuba y Nicaragua), algunos de sus procesos pasaron a formar parte, como hitos, del imaginario cultural (sensibilidad) popular, en especial la experiencia revolucionaria cubana y el justicialismo argentino (peronismo).

Los procesos recién mencionados, justicialismo y experiencia revolucionaria cubana, consiguieron precisamente el apoyo 'de masas' y la *incidencia cultural popular* ausente en la mayor parte de las experiencias de izquierdas en América Latina. Aunque el proceso revolucionario cubano optó por transitar hacia un socialismo hostil a la propiedad privada, su referente no fue el comunismo

⁸⁶ La más notable, quizás, sea la ofrecida por el imaginario guevarista, incompleto por su asesinato en 1967 y transformado, posteriormente, en 'modelo'. Probablemente debería estudiarse con ojos no-cubanos el imaginario martiano.

ortodoxo y su prolongado sostén social se ha derivado más del refuerzo de una cultura antiimperialista, de su 'cubanía', de la integridad y carisma de la dirección fidelista y de los avances, espectaculares para América Latina, en los campos de la educación, la salud, la existencia rural, la dignidad nacional y la solidaridad proyectada especialmente hacia el Tercer Mundo. El justicialismo antioligárquico⁸⁷, de inspiración militar, reconstituyó la escena política argentina tanto mediante el ingreso en ella de los trabajadores rurales y urbanos y otros sectores populares ("descamisados", "cabecitas negras") como por el establecimiento del sufragio femenino. Adversado por la jerarquía católica, Estados Unidos, oligarquía, militares y comunistas, y debilitado por la corrupción interna y por su incapacidad para transformar el apoyo de masas en organización autónoma popular, la experiencia peronista, que pudo ser revolucionaria, fue derrotada en su primera fase por una irónica y militar 'Revolución Libertadora' (1955). Los procesos cubano y argentino, coinciden en la conducción carismática, la interpelación popular, y los esfuerzos por avanzar hacia el desarrollo mediante transformaciones estructurales liberadoras. Ambos, asimismo, en su renuencia a hacer avanzar su apoyo de masas hacia una plural organización popular autónoma como condición fundamental de la reproducción del régimen y la acentuación de la radicalidad del proceso.

La referencia ideológica privilegiada de las izquierdas latinoamericanas del siglo XX tuvo como eje el *marxismo-leninismo*, un producto del proceso soviético e investido por él, desde su éxito, como inevitable referencia revolucionaria, ya sea en el sentido de 'asalto al poder' o en el de ejercicio popular u obrero de este poder (gobierno). Las izquierdas radicales debían identificarse, subordinarse o rechazar este marxismo-leninismo. El rechazo implicaba la excomunión. No sentirse interpelado implicaba pasar a formar parte del 'reformismo'. Así, por ejemplo, no podían tener carácter situacional de izquierda reformas agrarias con eje social impulsadas por militares (Honduras 1974-77) o democristianos (Chile, 1964), ni los esfuerzos por articular la nación recuperando riquezas básicas (México, 1938) ni, mucho menos, finalizando ya el siglo, las luchas de mujeres populares con teoría de género, las de ecologistas radicales, las de los activistas por derechos humanos movilizadas contra el terror de Estado y el neoliberalismo, o las de las minorías de creyentes religiosos que deseaban vivir su fe trascendente como esfuerzo de liberación sociohistórica. En el mejor de los casos, las politicistas izquierdas reinantes los consideraron "*compañeros de ruta*". En los menos afortunados, "*agentes diversionistas de la burguesía y el imperialismo*", "*tontos útiles*" o "*enemigos de la clase obrera*". Apresadas por una metafísica clasista impracticable excepto como doctrina, las izquierdas no se adiestraron ni empeñaron en la tarea de producir posibilidades políticas o de aprovechar las oportunidades para avanzar en la construcción de una cultura política popular. Era o su propia 'captura del Estado' o nada ni nadie. Un resultado no deseado de este comportamiento fue su aislamiento social y político en la mayor parte del

⁸⁷ Suele considerársele la principal experiencia nacional-populista de América Latina. En estas tierras, nacional-populismo y perspectiva clasista (excepto para la dirección cubana) han sido antagónicas.

subcontinente. Las izquierdas clasistas agregaban así carbón de su propiedad a la hoguera ideológica del conflicto Este//Oeste.

El mundo de quienes no rechazaban el marxismo-leninismo, aunque tuvieran su propia versión de él, se compuso mediante sectas: comunistas ortodoxos (pro-soviéticos) y no ortodoxos, muchas y usualmente pequeñas variedades trotskistas, pro-chinos, fidelistas y guevaristas, pro-coreanos, pro-albaneses, espartaquistas, socialistas, gramscianos, etc. Cada secta se atribuía una filiación directa con Marx-Engels, Lenin, y con los procesos considerados fundantes, y cada una poseía toda *la* verdad revolucionaria por sí misma. El mesianismo, el personalismo, el liderazgo de pequeños grupos, estimularon el sectarismo cuyo semilla se encontraba ya en la bolchevique creación de la *Internacional Comunista* (Lenin-Trotsky). En América Latina esta semilla rindió abundantes frutos, todos ellos conducente al fracaso.

Esta izquierda politicista, compleja, fragmentaria y bulliciosa es la que fue política y culturalmente derrotada durante la segunda mitad del siglo XX. Los hitos de su derrota son especialmente la destrucción de la vía institucional al socialismo (Chile,1973), la extenuante y cruel prolongación con pérdida de horizonte de la lucha armada en Colombia (FARC, ELN), la drástica reducción de la generación de posibilidades liberadoras del proceso popular cubano, la brutal frustración de las guerras populares en América Central (1990), la culminación perversa del justicialismo en Argentina y, en menor medida, el aislamiento y ahogo de la rebelión zapatista en México, todos ellos sucesos inscritos en los procesos de deterioro de las sociedades del socialismo histórico que culminarán con las revoluciones populares, nacionales y por el capitalismo en el Este europeo y con la autodisolución de la Unión Soviética en el inicio de la década de los noventa. Fuera de las responsabilidades directas de estas izquierdas, y provenientes de sus adversarios y enemigos o de la lógica del sistema, deben señalarse también los regímenes militar-empresariales de terror de Estado conocidos como "dictaduras de Seguridad Nacional" y, más ampliamente, la mundialización de la forma mercancía bajo su forma actual de globalización.



Movimiento zapatista, México. Rebelión que comenzó en Chiapas en 1994.

Lo anterior es un bosquejo sobre el 'antiguo' tiempo latinoamericano de izquierdas, tiempo que las nuevas izquierdas deberían criticar y superar porque en él se dieron las condiciones para su actual derrota cultural y política.

Actitudes metafísicas en relación con la izquierda en América Latina

La actitud más burda y cómoda ante la derrota cultural y política de las izquierdas latinoamericanas en la transición entre siglos consiste en declararla obsoleta y 'efecto del pasado'. Declara J. J. Brunner:

*La izquierda, tal como la concebimos durante los últimos veinte años, es un asunto del pasado. Pertenece al mundo de la máquina a vapor, del analfabetismo, del cine mudo, del control burocrático, de la fe en el progreso, del cientificismo positivista y del productivismo forzado. Tiene poco que ver con el mundo contemporáneo de las avenidas electrónicas y de la información, de las imágenes y las coordinaciones flexibles, de la complejidad y de la incertidumbre.*⁸⁸

Dejando de lado que el texto pretende que hoy no existe alternativa de izquierda para el carácter de los poderes constituidos, bastaría observar que la empírica 'máquina de vapor' o el expresivo 'cine mudo' forman parte, reconfigurados bajo la forma del chip o de la encadenada saga mercantil de *La Guerra de las Galaxias*, en tanto factores que expresan dinámicas estructuradoras y estructurantes, de la economía política capitalista actual, de una 'cultura' mercantil e integral de masas y de su sensibilidad 'artística' del espectáculo, para advertir que ninguno de ellos es meramente 'asunto del pasado' al que se pueda despreciar y abandonar metafísicamente. El mundo que la gente hoy ve y siente (o, mayoritariamente, resiente) ha cambiado, sin duda. Pero sus lógicas estructuradoras son semejantes. Y, especialmente en relación con algunas de las exigencias contenidas por negación en estas lógicas, la *necesidad de la revolución radical*, por ejemplo, el pasado es hoy y será también mañana. Asunto distinto es que el testimonio de esta revolución no tenga éxito.

Se puede insistir: el analfabetismo, que se reclama como 'cosa del pasado', y al parecer metafísicamente constitutivo de la izquierda, existe empíricamente hoy como efecto (social) de no poder agregar significativamente valor a las mercancías en el mercado global. Este analfabetismo actual es una forma 'superior' del analfabetismo 'tradicional' que consistía en no poder leer ni escribir o firmar y en tener que aceptar entonces la existencia o de "ama de casa" o "empleada doméstica", espacio en los que el analfabetismo era permisible, o de peón agrario en el latifundio, espacio en el que el analfabetismo, para la dominación, resultaba necesario y deseable. Hoy las 'amas de casas' y las 'domésticas' en América

⁸⁸ Brunner, José Joaquín: "La izquierda necesita morir para resucitar", en *Bienvenidos a la modernidad*, págs 123-124. Lo que se sostiene es que el despliegue civilizatorio de la modernidad habría terminado por anular su radicalismo revolucionario y que ahora la autonomía y autoestima universal de las personas se seguirá, por ejemplo, de las 'coordinaciones flexibles'.

Latina pueden estar incorporadas como *usuarias* a las avenidas electrónicas y sus coordinaciones flexibles (de hecho, mayoritariamente no lo están), pero no agregan valor significativamente a esos circuitos económicos y, por ello, no pueden darle carácter ni apropiárselo, ni comunicarlo. En cuanto al peón agrario tradicional, baste decir que en dos economías grandes del área, Brasil y México, el analfabetismo oficial supera, como media, el 10%, y que en países empobrecidos como Haití, Nicaragua y Honduras, la media de analfabetos supera el 34% de su población. Económica y culturalmente el desafío del analfabetismo, bajo sus formas de no saber leer ni escribir o de no agregar significativamente valor a las tramas económicas, no es en América Latina asunto del pasado. Se trata de un signo estructural y no de una disfunción situacional a superar progresivamente. Así que si alguna vez la izquierda fue interpelada por el 'analfabetismo', y como éste no es cuestión del pasado, entonces la izquierda, al menos en este punto, sigue vigente.



El método cubano de alfabetización, aplicado con éxito desde la revolución cubana, funciona hoy en países como Venezuela y Bolivia bajo la consigna "Yo si puedo" y ha sido tomado como modelo por otros países de la región.

Y en cuanto al control burocrático, es decir a las decisiones de escritorio, ¿no está amarrada hoy la población latinoamericana, y no solo ella, a la especulación que ejerce el oligopolio de las transnacionales petroleras sobre los precios del producto, especulación a la que se suman las decisiones también burocráticas de la dirigencia china e india de intensificar su producción nacional centrada en este recurso con entera independencia de las necesidades humanas de la población mundial, en particular, de los más empobrecidos y de la reproducción del hábitat natural global? Los burócratas no son exclusivamente dirigentes o funcionarios estatales. Las corporaciones capitalistas poseen también sus burocracias sensibles únicamente al incremento de sus ganancias particulares con total independencia del control que la gente quiera adquirir sobre sus existencias. Y este control es una demanda moderna que, en tanto tarea, corresponde a la izquierda aunque sea porque nadie más la asume.

Pero no se trata aquí de discutir punto por punto cómo es que no solo el futuro, sino también el pasado nos alcanzan y exigen, ambos, izquierdas radicales. La cuestión contenida en las discusiones sobre analfabetismo, cine mudo y determinación burocrática han sido asumidas modernamente por las izquierdas

como formas inaceptables, por innecesarias, de *violencia* sobre los seres humanos y en particular contra la posibilidad de ser sujetos de sus sectores sociales más vulnerables. No es la avenida electrónica por sí misma la que produce violencia. Es el sistema de propiedad privada y su reproducción política lo que la gesta y le imprime su carácter, y es la sensibilidad cultural o espiritualidad, que aceita y subjetiviza su reproducción, las que la tornan violenta, colonizante y represiva cuando ello no es existencialmente necesario porque la escasez y la discriminación podrían ser superadas. La izquierda radical se pronuncia contra la violencia innecesaria que anula o rebaja al sujeto humano universal avisado por la modernidad. La lógica del capital es inimaginable sin esta violencia que sostiene sus discursos sobre propiedad individual y corporativa excluyentes, sobre el Estado de derecho, el consumo conspicuo, derechos de agencia, liberación genital o la guerra global preventiva. En América Latina incluso obispos católicos han hecho sus aportes para la crítica de la violencia estructural (local y geopolítica), institucional y situacional, que ha campeado y sigue vigente en el subcontinente y en las relaciones internacionales. Uno de ellos, Óscar Arnulfo Romero, validó éticamente la violencia *sin odio* de los contingentes revolucionarios del *Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional* de El Salvador.

Formaciones sociales sin violencia estructural, o sea donde ésta queda reducida a casos, forman parte del imaginario de las izquierdas que buscan producir 'otra' modernidad, otros mundos, desde la actualidad conflictiva de la modernidad imperante. En ésta, la violencia está omnipresente. No lo disimula aunque articule frustraciones y agresiones 'gratificantes' mediante una red mundial de información (que no de comunicación y comunidad) y promueva una economía del conocimiento que posee como correlato la esclavitud no solo de quienes "no saben", sino también de los 'especialistas'. Escribe uno de sus apologistas, P. Drucker:

*Así que en la sociedad postcapitalista los capitalistas se han vuelto empleados. Se les paga como empleados. Piensan como empleados. Se ven a sí mismos como empleados. Pero actúan como capitalistas.*⁸⁹

Actúan como capitalistas porque de la productividad de su trabajo, según Drucker, obtienen ganancias, no salarios. Pero siguen *esclavos* de la lógica de acumulación de capital. Esto quiere decir, entre otras cosas, que no pueden pensar por sí mismos y para sí mismos. Son fichas de un juego infinito que carece de exterior y de subjetividad, como en *The Matrix*. En relación con las promesas de la modernidad, esto es una guerra.

El mismo Drucker no puede evitar referirse a que en la economía del conocimiento (sociedad postcapitalista) surge el reto social de la 'dignidad' de la segunda clase de dicha sociedad: los trabajadores de servicios. Esto porque ellos, por lo general, carecen de la necesaria educación para ser trabajadores de

⁸⁹ P. Drucker: *La sociedad postcapitalista*, p. 75. Debido a su imaginario centrado en el individuo, Drucker saca de su argumento una conclusión contraria a la que él contiene: "Una consecuencia es que ahora el capital sirve al empleado, mientras que bajo el Capitalismo el empleado servía al capital" (idem). En realidad, todos sirven a la lógica de la acumulación bajo el dominio de las grandes corporaciones.

conocimiento. Y en todos los países, incluso en los más adelantados, constituyen una mayoría.⁹⁰

En el imaginario de Drucker esta escisión/enfrentamiento entre trabajadores del conocimiento y trabajadores de servicios enfrentará culturalmente a los 'intelectuales' (pudo haber escrito los 'inútiles'), interesados en 'palabras e ideas' y los 'gerentes', interesados en los individuos y su productividad. Es decir que cuando 'ya no existan obreros', la lógica del capital seguirá produciendo 'enfrentamientos de clases'.

Aunque América Latina como conjunto ni vislumbra siquiera esta fantasía postcapitalista druckeriana, la izquierda sería necesaria para organizar la producción y encuentro con su dignidad de la segunda clase, los trabajadores de servicios, y para discutir la relación existente entre 'palabras e ideas', la empresariedad humana (como colectivo económico y especie) y la destructiva propiedad capitalista. Y al hacer esto hará violencia analítica y práctica al postcapitalista Mundo Feliz de Drucker.

No es necesario, sin embargo, hacer referencia a las ideologías gestadas en el marco de las economías opulentas y derrochadoras para posicionar el tema de la violencia sociohistórica (interesadamente identificada por quienes administran el sistema con odio, terrorismo, guerra civil, lucha armada, huelga o sabotaje) y la contraviolencia popular y de izquierda. La situación generalizada de América Latina, en el inicio del siglo XXI, continúa siendo la de aportar a la acumulación mundial de capital principalmente mano de obra barata, recursos naturales y *commodities*, transferencias de capital por diversos rubros y emigrantes no-deseados. A esta realidad económico-social se le agrega la acentuación de la polarización social existente desde siempre. Chile, país modelo en el período, funciona con un 8.5-10% de desempleo oficial y un incremento acelerado de su coeficiente Gini (0.57; en EUA es de 0.38. Los números inferiores indican menor desigualdad) bajo los gobiernos 'democráticos' de la coalición 'socialista'.



"We are America". Protesta de inmigrantes latinos en Estados Unidos por las reformas migratorias cada vez más severas.

Tampoco es necesario aumentar las referencias empíricas. El muro construido recientemente entre Estados Unidos y México para evitar el flujo no deseado de emigrantes debería bastar. Un analista conservador, expositor de la

⁹⁰ Drucker, op. cit., p. 9.

urgencia moral de asesinar a los dirigentes 'de izquierda' (como Chávez, Castro, Morales y Humala) describe así la realidad latinoamericana del 2006:

*Existen en nuestras tierras miseria, explotación, marginación, corrupción, abuso de poder y un largo etcétera de vicios que estimulan naturalmente la frustración, el rencor y el anhelo de un cambio.*⁹¹

Por supuesto no son 'vicios', en su sentido moral, o disfunciones, sino efectos y condensaciones inevitables de estructuras, lógicas e instituciones del capitalismo dependiente entretejidas con dominaciones de género, imperios generacionales y señoriales, racismo, desprecio por el hábitat natural y simulacros culturales que llevan a subjetividades falseadas, como la cristiana-católica, por ejemplo, condensaciones en relación con las que sólo mediante la resistencia y la organización es posible construir identidades efectivas y actitudes-comportamiento de sujeto. Desde estas violencias, y sobre el trabajo orgánico con que la gente y la ciudadanía pueden combatirlas y transformarlas liberadoramente, es que se gestan y edifican las izquierdas latinoamericanas. O al menos deberían hacerlo si examinan críticamente su pasado.

La otra gran rama metafísica posicionada respecto de la izquierda latinoamericana, es la de los ortodoxos variados y que pueden ser personificados por organizaciones, dirigentes o intelectuales. Para ellos no fue destruido el Muro de Berlín, no existieron revoluciones populares en los países de Europa del Este, el socialismo en un solo país (o lugar) no fracasó, lo que colapsó fue el stalinismo, el imperialismo es un tigre de papel o economía política y nunca una extendida subjetividad, la unidad de la clase obrera o de los sectores revolucionarios es un dato de la realidad situacional, liquidados los herederos de Stalin vienen ahora los tiempos de los 'verdaderos' Marx-Engels, Lenin, o de Trotsky, Gramsci o Rosa Luxemburgo, o peor, los de Negri-Hardt (éstos moda más que ortodoxia), la vanguardia iluminada ahora con nuevos instrumentos matemáticos conducirá a la huelga general a los trabajadores o a la toma del poder a los militantes insurrectos y las masas. Si hay capitalismo e imperialismo, entonces, en todo momento o en alguno, vendrá *la* revolución y el socialismo de clase. Se trata de reconocerlos donde estén y de proclamarlos a gritos o universalmente, para que funcionen. Quien no lo hace así es porque, en opinión de James Petras, por ejemplo, ha abandonado la lucha de clases, ha sido asimilado por el "establishment" político-liberal o su periferia de ONGs⁹². O sea, se ha mudado de clase.

⁹¹ Vicente Echerrri: "Ideología que sobra y programa que falta", en *Tiempos del Mundo*, Año 9, N° 16 (489), p. 13, Centroamérica y el Caribe, 4 de mayo de 2006.

⁹² James Petras: *Neoliberalismo en América Latina. La izquierda devuelve el golpe*, p. 205. Petras ve los embriones del nuevo socialismo en el MST brasileño, mineros, campesinos del sur y sindicatos de La Paz (Bolivia), el enfrentamiento campesino al capitalismo militarizado en Paraguay, el avance de las guerrillas en Colombia (?), la CUT y el Partido Comunista chileno, los sindicalistas y los movimientos provinciales en Argentina y el FZLN en México. La lectura que hace, a finales de los noventas, de estos procesos (y de otros básicamente enumerados) es enteramente politicista, abstracta por testimonial y fantasiosa. Para él 'la' revolución se hace desde el compromiso y la lucha de clases. No se interesa, por ejemplo, en preguntarse cómo podrían movimientos rurales convocar y captar la subjetividad política de sectores urbanos mayoritarios,

Otro autor, también con prestigio, Atilio Borón, se deja decir que 'las' democracias solo pueden existir en sociedades igualitarias, donde todos los ciudadanos pueden disfrutar de sus libertades y donde las instituciones representen a las mayorías de pobres. Como el capitalismo polariza socialmente, excluye y acentúa la desigualdad social pervirtiendo las libertades, y en América Latina gobiernan las minorías con el voto de mayorías inducidas, entonces Borón concluye, en el año 2006, que el único régimen democrático en el subcontinente es Cuba⁹³.

Si regaláramos que todo lo anterior fuese cierto (y al menos una afirmación es polémica), se seguiría que deberíamos seguir el ejemplo cubano, o al menos su actitud, si quisiéramos tener regímenes democráticos que favoreciesen sistémicamente a la mayoría de empobrecidos. Esto, sin duda, sería revolucionario en América Latina. Pero, ¿qué pasa si la gente, incluso aquellos que sienten admiración y respeto por el proceso revolucionario cubano, no quiere seguir, por sus resultados, ese camino? Lo que hace Borón es retomar una serie de polémicas legítimas en el marco de la confrontación Este/Oeste. En ese período del siglo XX se opuso los regímenes democráticos capitalistas a las democracias populares o el Estado 'de clase' al Estado de 'todo el pueblo' y ello en relación con un sentimiento de inevitable triunfo del socialismo. Pero hoy esa confrontación entre esos imaginarios ideológicos y una reafirmación de esa filosofía de la historia carecen de sentido. Fuera de esa disputa, por ejemplo, incluso autores como R. Dahl ponen en cuestión que las poliarquías (democracias defectuosas) del capitalismo permitan al ciudadano ejercer su libertad de elegir gobernantes, debido al carácter discriminatorio y concentrador de riqueza del mercado⁹⁴. Y esto quiere decir que la cuestión de la existencia de regímenes democráticos no pasa por la oposición entre democracias burguesas y democracias populares porque ninguna de las dos lo ha sido. El punto central, sin embargo, es que el principal desafío de izquierda, que es la cuestión revolucionaria y, en este caso, su relación con lógicas democráticas, no se resuelve solo ni principalmente por el enfrentamiento entre modelos o paradigmas, sino también y sobre todo en el campo de los sentimientos (*subjetividades* y *sujetividades*) de los diversos sectores sociales que deben ser actores y sujetos de los procesos revolucionarios. Los valores democráticos son una experiencia de vida (institucionalizada o no) o son poca cosa. La tradicional 'toma del poder' consiste en la experiencia de gente que se transfiere autonomía y autoestima, no en que el Estado, el partido o el líder les proporcionen más y mejores servicios. Y esto quiere decir que ni los procesos revolucionarios ni las instituciones democráticas pueden imponerse a la población, como parecen creerlo Petras y Borón. Hoy, si 'la' revolución tiene que imponerse a la población, entonces no será revolución. En parte sabemos esto porque cuando las revoluciones son impuestas (y puede haber razones muy poderosas que lo exijan) nos obligamos a comulgar con ruedas de carreta como la afirmación de que Cuba es el único país

uno de los factores que ha llevado al aislamiento y la derrota al FZLN. Probablemente habrá que hacer 'la' revolución contra ellos.

⁹³ Atilio Borón: "Costa Rica no es una democracia", en *Semanario Universidad*, N° 1655, febrero/marzo del 2006, p. 11.

⁹⁴ R. Dahl: *La democracia y sus críticos*, págs. 390-392.

democrático de América Latina y el Caribe. Primero, esa cuestión sustancializa arbitrariamente el concepto/valor de democracia con un alcance politicista. Esto quiere decir que en Cuba existen algunas instituciones animadas por lógicas democráticas, como el acceso a la educación, pero esto no la transforma en 'la' democracia. Segundo, lo que existe en América Latina son diversos regímenes que se llaman a sí mismos democráticos (con instituciones mejor o peor animadas por lógicas democráticas) o, en el peor de los casos, que identifican sus instituciones con 'la' democracia. Por último, no se ve qué gana el régimen cubano con que lo llamemos 'democracia ejemplar', si su altísima concentración de poder político y cultural (correlato en parte del embargo/bloqueo/agresión estadounidense y de su soledad hemisférica), ha permitido por décadas que su población mayoritaria disfrute de educación, salud y autoestima efectiva muy por encima de los indicadores del resto del subcontinente. Política y culturalmente en Cuba se ha desarrollado una experiencia de 'socialismo carencial', inevitablemente autoritaria y selectivamente represiva porque siempre ha estado en la mira de la conspiración y de la guerra. Y las sociedades a las que se desea el peor destino y sufren la guerra no hacen lo que quieren, sino lo que pueden para sobrevivir. Sobreviviendo, con sus penurias y logros, Cuba hace mucho para todas las izquierdas latinoamericanas. Pero hay que aprender a pensarla y a sentirla. Y sobre todo hay que evitar aferrarse a su proceso como un 'concepto' o 'modelo'.⁹⁵

En otro ángulo, Heinz Dieterich, combina *politicismo* ortodoxo al sostener tanto que un Bloque Regional de Poder (bolivarismo venezolano) se sigue de un acuerdo entre los *presidentes* de Brasil, Argentina, Venezuela como el que la democracia participativa tiene como referente las *comunicaciones electrónicas* (!) con un *economicismo* también ortodoxo cuya economía política socialista (y suponemos su éxito cultural) reposa en la novísima matemática del cálculo de equivalencias.⁹⁶

En estas variaciones de metafísica ortodoxa, con sensibilidad milenarista, que por desgracia comprende también por doquiera a pequeñas organizaciones, persistentes y muchas veces heroicas, aunque también las hay personalistas y taimadas, quizás se encuentre un lugar común: el sentimiento de que la toma del poder es un fin en sí mismo, un punto de llegada (destrucción del antiguo régimen) y de partida: construcción del nuevo régimen. A este lugar común podría observarse que 'la toma del poder' forma parte de un proceso sociohistórico complejo por cambiar su carácter, y que este proceso carece de término: consiste en una lucha social y humana siempre abierta.

Respecto de estos criterios metafísicos sobre 'la' izquierda en América Latina, criterios encontrados, pese a su esterilidad común, por groseros unos y por sectarios y suicidas otros, resulta prudente avanzar al menos algunos criterios

⁹⁵ Su principal dirigente, Fidel Castro ha advertido, en uno de los discursos que pueden considerarse como su legado, que el proceso cubano puede ser revertido debido a errores internos.

⁹⁶ *Entrevista al profesor Heinz Dieterich Steffan*, en laescoba@fibertel.com.ar. En Internet se localizan abundantísimas opiniones de este catedrático de origen alemán, todas ellas politicistas/economicistas. Lo único que no parece importarle a Dieterich es la gente, o sea, su subjetividad.

sociohistóricos, aunque sea para internarse significativamente en la discusión y el desencuentro. Sean éstos:

a) las izquierdas actuales no pueden ser exclusiva ni reductiva ni politicistamente clasistas; esto no elimina a las izquierdas de clase (aunque si cuestiona a las izquierdas *politicistas* de clase). Para efectos situacionales las estima un factor o componente de la lucha de izquierdas. Pueden o no estar empíricamente presente. Para efectos estructurales, demanda a todos los sectores sociales y organizaciones de izquierda, como las de mujeres populares con teoría de género, por ejemplo, o al movimiento social por derechos humanos, a entender y asumir el peso o rango del factor de clase en sus propias y particulares luchas sociales;

b) las izquierdas se gestan desde *experiencias de contraste* sentidas y analizadas por la gente en su *existencia cotidiana*. Por ello se conforman como factores de comunicación, de organización, de coordinación y de lucha de movimientos y movilizaciones sociales. Las izquierdas, incluyendo su analítica, se hacen *desde la gente* no para la gente ni menos 'a pesar de ella'. Las izquierdas no comparten la tradición iluminista burguesa porque no existe una sola razón ni para luchar ni para construir humanidad. Esto no anula ni la individualidad ni los liderazgos en los movimientos sociales. Socialmente ser moderno significa aceptar que florezcan y combatan apasionadamente todas las razones, en especial las populares. Y los liderazgos surgen en emprendimientos comunes;

c) en las sociedades modernas todas las situaciones de dominación y cada una de ellas tienen su contraparte (efectiva o virtual) liberadora. Se puede determinar conceptualmente a esta contraparte como "popular". Asumir las tareas liberadoras o populares, que comprometen cuestiones de identidad (*subjetividad/sujetividad*), de organización, de liderazgo democrático, de analítica, planes de lucha e incidencia político-cultural, es cuestión de los sectores populares y en estas tareas pueden contribuir como factor para su empoderamiento las organizaciones de izquierda. La gente es de 'izquierda' cuando se organiza para combatir, en entornos que no se controla enteramente, por su autonomía, su autoestima y su responsabilidad personal, social y genérica (producción de humanidad) en tanto todos estos referentes contienen la transformación radical de esos entornos⁹⁷, entendidos como tramas sociales, y de sí mismos;

d) la izquierda social es *plural* (étnico-económica, libidinal, obrera, ciudadana, ecológica, campesina, generacional, etc.) y también *política* porque busca incidir en la transformación liberadora de la *sociabilidad fundamental* (o sea en las lógicas que animan las tramas sociales básicas). Al cambiar el carácter del poder (servicio en lugar de imperio, solidario y no egoísta, comunitario en oposición a vertical e individual, transferible o fluido y no autoritario, coherente en la relación de medios y fines enfrentando a la simulación) devienen no peticionarios del Estado, en sentido amplio, o sea incluyendo medios masivos, escuelas e iglesias,

⁹⁷ Económicos, libidinales, generacionales, étnicos, políticos, culturales y religiosos, locales e internacionales, y sus anudamientos. En tanto los entornos no son nunca de completo dominio humano, las izquierdas realizan 'apuestas' liberadoras que no son ni enteramente 'científicas' ni tampoco absolutamente aleatorias. Que sean 'apuestas' no exime de responsabilidades.

o clientelas de ONGs, sino sectores *identitariamente organizados en resistencia activa* a sus expresiones orgánicas, sus prácticas y su sentido cultural. En esto consiste básicamente el proceso por la *transformación del carácter del poder* que torna obsoleta la distinción, por ejemplo, entre sociedad 'civil' y sociedad 'política' de inspiración claramente burguesa;

e) la *omnipresencia de lo político* en las sociedades modernas permite a las izquierdas trabajar, o sea resistir y proponer o cambiar organizadamente, desde *cualquier lugar social*. Económico-social y cultural, por ejemplo, como es la experiencia del MST brasileño. O libidinal, como es el caso de las luchas de mujeres con teoría de género, los movimientos ecologistas radicales y también las activaciones campesinas. O estrictamente cultural, ejemplificado por quienes quieren vivir su fe religiosa de una manera explícitamente política. Dimensiones como la experiencia social libidinal, la económico-social, la ecologista, campesina y religiosa no se dan aisladas. Concurren todas en cualquier sector popular, pero solo alguna o algunas de ellas son resentidas directa e inmediatamente por grupos específicos. Este resentimiento directo e inmediato genera *experiencias de contraste* que pueden desplegarse orgánicamente como movimientos, movilizaciones y partidos de izquierda que buscan incidir hasta transformar radicalmente el sistema. A este imaginario popular no le resulta ajena la tesis clásica de que la relación salarial puede gestar entre los trabajadores experiencias de contraste que los lleven primero a resistir y dar luchas, luego a organizar sindicatos y confederaciones y también a expresarse insurreccionalmente;

f) el carácter *plural* de las izquierdas sociales, que son al mismo tiempo políticas, reconfigura el imaginario clasista, clásico en la izquierda socialista, en al menos dos sentidos. En primer lugar hace del *factor de clases*, referencia del *modo de producción* y de la estructura social, uno de los ejes fundamentales de la lucha política, pero no el exclusivo (ni, obviamente, con legitimidad excluyente). Junto al eje de clases, y combinado con él, aparece el *eje libidinal* (administración social de la energía sexual), referencia del *modo de reproducción* que opera en las situaciones y coyunturas sociales y que se expresa como identificaciones de y para el sistema en la *existencia cotidiana*. Sin duda el eje de clases determina formas de la subjetividad (y de una *subjetividad falsa*), pero para hacerlo se articula con determinadas formas de dominación-gratificación de la libido socialmente administrada. Una obrera es también una mujer joven o anciana y un obrero es también un macho adulto o un niño o un bisexual. No pueden vivir sus identificaciones laborales sin referirlas a su sexo-género (mujer-de-obrero, hija-de-obrero, madre-de-obrero, obrera) y condición etaria y éstas ponen de manifiesto instituciones patriarcales que, en América Latina, poseen un brutal refuerzo clerical. La existencia de una anudación entre dos ejes básicos de dominación y su alcance sobre las subjetividades y *subjetividades* por la vía de la gratificación (concedida o negada) hace de la existencia cotidiana el *espacio inicial* de toda acción política que se desee eficaz y, también, su *lugar de llegada*. La existencia cotidiana es el lugar donde vive la gente, o donde la gente experimenta la existencia; la gente no siente la existencia a través de conceptos o analíticas, sino por felicidades o infelicidades. ¿Qué te gratifica y cómo? es siempre una pregunta *política* en las formaciones sociales con principios de dominación.



Feministas en Nicaragua.



Ecologistas en los Foros Sociales.

El segundo efecto sobre el imaginario tradicional de clases se sigue de que al ser la existencia cotidiana, en tanto esfuerzo de liberación, el punto de partida objetivo y subjetivo de la política, las izquierdas aparecen marcadas por *lugares sociales sentidos* y no pueden privilegiar en ellos, por principio, ninguna dominación que no sea la resentida por los sectores populares como principal o radical. El efecto inmediato es la pluralidad o diversidad de las izquierdas y su defecto la espontaneidad que puede ser efímera, por clientelista, de su agitación. Corresponde a la teoría o analítica popular superar estos factores sin anular conceptualmente los dolores sociales sentidos y transformados en gratificaciones autónomas cuya vivencia asegurará, junto a otros factores coyunturales, que los combatientes 'llegarán hasta el fin'. En América Latina las izquierdas deben dar testimonio 'hasta el fin', aun cuando sean derrotadas. Esta ética y mística del 'hasta el fin' hará surgir nuevas luchas populares o izquierdas, éstas últimas siempre necesarias aunque muchas veces prohibidas.

La diversidad de izquierdas supone que la política de izquierda se alimenta de distintos destacamentos, con distinta memoria de lucha y temporalidad, diversas formas orgánicas y variados niveles analíticos. Nada más lejos de esta imagen que la sólida 'unidad de la clase obrera'. En realidad, el que solía ser sólido y unitario era el partido de vanguardia, no 'la' clase, una referencia del abstracto modo de producción que, en la existencia diaria se mostraba inevitablemente como diversidad y a veces hasta internamente enfrentada. Los sectores populares trabajan en cambio con diversos ritmos que responden a distintas premuras y diversas percepciones estratégicas. A veces están y en otras no. Para que estén siempre o casi siempre debe realizarse un trabajo político. Este trabajo corresponde a las organizaciones partidarias de nuevo tipo. Su función: crear espacios de encuentro, conectar y coordinar trabajos, darlos a conocer nacional e internacionalmente, contribuir mediante el diálogo con la teoría popular, condensar, expresar y comunicar los niveles de lucha sin falsearlos, complementar sin hegemonizar, cooperar sin dirigir, crecer en nervio y sabiduría popular. Ser factor de una transformación de la cultura política vía el aporte testimonial en la transformación del carácter del poder. Con esos caracteres, además, pueden ser escuela para cuadros de gobierno.

Por supuesto, el cuadro social anterior parece exageradamente fragmentario, fluido y volátil para ser manejable. Marta Harnecker ha considerado la dificultad del punto y tiende a resolverlo mediante una reconfiguración del centralismo democrático (al tradicional lo denomina *centralismo burocrático*). Su preocupación, legítima, es la eficacia política:

*No hay entonces eficacia política sin conducción unificada que defina las acciones a realizar en los distintos momentos de la lucha. Esta conducción única se hace posible porque ella refleja una línea general de acción que ha sido discutida por todos los miembros y acordada por la mayoría. Aquellos cuyas posiciones han quedado en minoría deben someterse en la acción a la línea que triunfa, desarrollando junto a los demás miembros las tareas que se desprenden de ella.*⁹⁸

Una 'discusión por todos los miembros y acordada por la mayoría' contiene como supuesto una racionalidad común a todos los que discuten. Esta abstracción no existe entre los diversos destacamentos populares. Lo que puede existir en común es la *disposición de lucha*, es decir una voluntad, pero las racionalidades que conforman esa voluntad pueden ser variadas. La discusión es por tanto no solo racional o intelectual sino *política* y su objetivo es no solo la acción coordinada, sino especialmente el reforzar la disposición de lucha y evitar que ella se pierda, subjetiva y sujetivamente, en cada destacamento popular que concurre a las políticas de izquierda o al proceso revolucionario. No se trata, por tanto, centralmente, de un juego de mayorías-minorías en las que las últimas se pliegan racionalmente a las primeras, sino de un espacio en el que se resuelve participar o no con intensidad radical porque en ello se compromete la producción de identidad.

De lo anterior se desprende no una dirección unificada (o sea temporalmente hegemónica) sino una *coordinación efectiva* de las subjetividades comprometidas en la lucha. Son estas subjetividades, o sea los *testimonios*, los que convocan y configuran la plural y no deliquescente fuerza y movilización popular que constituye la base de las acciones, programas y organizaciones de izquierda.

Se siguen de aquí varios corolarios: no existe 'línea general de acción', sino una *matriz* común en la que se inscriben distintas líneas básicas de acción coordinables. Este posicionamiento tiende a resolver la tensión tradicional entre lo que es 'reformismo' y lo que es 'revolucionario'. El reformismo es enemigo de los revolucionarios solo si estos últimos no existen políticamente (o sea carecen de capacidad de incidencia). Tampoco todos los grupos participan en las mismas acciones. Cada sector contribuye con la especificidad de lucha que siente y lo que debe procurarse es que esa lucha refuerce la matriz común de izquierda radical y empoderar al sector en sus luchas específicas. La cuestión central a resolver en la práctica no es el de la dirección única, sino el de la hegemonía que sociohistóricamente siempre se ha deslizado hacia el autoritarismo. Para las

⁹⁸ Marta Harnecker: *Haciendo posible lo imposible*, # 1240, págs. 359-360.

izquierdas, el autoritarismo nunca es eficaz o su 'eficacia' tiene un letal costo estratégico.

Pero entrar a considerar estos puntos ya nos ha alejado bastante (aunque no lo hayamos superado) de las metafísicas que oscurecen todavía significativamente las discusiones sobre las izquierdas latinoamericanas y sus prácticas.

Condiciones para el retorno 'electoral' de las izquierdas latinoamericanas

Se señaló, en el inicio de esta presentación, que el 'retorno electoral de las izquierdas' en América Latina podía ser considerado más una imagen para sostener la 'normalidad' de la realidad actual de estas naciones y poblaciones que un signo de que algo esté cambiando en la cultura política de la población y en especial de sus sectores populares y organizaciones dirigentes. Entre finales de abril y comienzos de mayo del año 2006, la firma de un acuerdo comercial y político entre Bolivia, Cuba y Venezuela (*Tratado Comercial de los Pueblos*), acentuó la posibilidad de muerte para la *Comunidad Andina de Naciones*, sostenida hoy principalmente por Perú y Colombia que, a su vez, pretenden hacerla compatible con TLCs con Estados Unidos. La firma del *Tratado Comercial de los Pueblos*, inscrito en el marco del proceso bolivariano liderado por Venezuela, podría tener el efecto no deseado de transferir con diversas modalidades el aislamiento hemisférico cubano a sus pares boliviano y venezolano. Estamos hablando aquí de mecanismos de *desagregación regional*, o centrífugos, cuando urgen procesos de articulación e integración que empoderen a poblaciones y gobiernos para enfrentar los desafíos de la mundialización con acciones de carácter social-nacionales y subcontinentales.



Tratado Comercial de los Pueblos, firmado en La Habana, Cuba, abril 2006.

El retorno de 'la' izquierda podría estar asociado, de esta manera, con el escenario de una desagregación derivada de comportamientos gubernamentales/estatales que obviamente no favorece a esta izquierda. La referencia se fortalece porque el proceso de una desagregación regional contiene asimismo, en este corto período, la negativa reacción inicial del gobierno brasileño ante la nacionalización de los hidrocarburos por parte de Bolivia, la apuesta del

mismo Brasil por una, hasta el momento fantasmagórica *Comunidad Sudamericana de Naciones* (distante del proceso bolivariano), cuando ni siquiera puede contribuir a atender con propiedad las diferencias entre los gobiernos de Argentina y Uruguay, y otras más históricas entre Paraguay/Uruguay y Argentina/Brasil, que acentúan la debilidad (algunos prevén su muerte) del *Mercosur*. Agrega elementos negativos a esta situación la disposición de Uruguay a firmar un TLC con Estados Unidos. Éste, de darse, se agregaría a los ya firmados con Chile, Centroamérica y República Dominicana, Colombia y Perú. Así, el segundo escenario imaginado y puesto en práctica por Estados Unidos para anexarse América Latina y el Caribe en esta etapa de la mundialización⁹⁹, los acuerdos comerciales bilaterales, más las acciones defensivas, pero también politicistas y en cierta manera inconsultas, bolivarianas y antiimperialistas del gobierno de Venezuela, y de su polo de atracción, contribuyen a tornar más frágil el *Mercosur* y con ello a fortalecer los posicionamientos y planteamientos no-izquierdistas respecto de lo político (un economicismo vinculado a la apertura y a la inversión directa extranjera) y a las instituciones políticas: el continuo 'democrático' al que nos hemos referido anteriormente. Si se lo mira así, las 'experiencias gubernamentales de izquierda', aunque su gestación no haya sido exclusivamente parlamentaria, o sea que puedan haber sido portadoras de un *contenido social preponderante* que excede lo ciudadano-electoral clásico o burgués, como es el caso de los procesos venezolano y boliviano, son todas ellas expresiones de administraciones sin mayor información ni participación ciudadana y popular y, por tanto, admiten ser valoradas como señales de que estas aparentes izquierdas siguen jugando de acuerdo a las reglas del politicismo burgués. Esto quiere decir que siguen funcionando sin una crítica social efectiva del comportamiento que llevó a las mayorías populares a aislamientos y derrotas, e incluso a aplastamientos, en el siglo XX. Si el punto central es que en América Latina una experiencia efectiva de izquierda tiene como eje un proceso de (auto) transformación de la cultura política popular de modo que los diversos sectores que la conforman puedan movilizarse autónoma y permanentemente por sus necesidades, intereses e identidades, se podría concluir que un rasgo de las izquierdas latinoamericanas pasa por no insistir en transitar unilateralmente por estos caminos.

Pero se insiste. Y con entusiasmo patético. Declara Fernando Ramón Bossi, Secretario General de Organización del *Congreso Bolivariano de los Pueblos* en relación con el vigor de su organización:

Cuando los pueblos y sus organizaciones populares van tomando conciencia de la necesidad de integrarnos "desde abajo" y combatir unidos al imperialismo yanqui, la organización crece y avanza. Nada peor podemos hacer que subestimar la fuerza del enemigo y estar desunidos, descoordinados, ¿qué mejor que golpear juntos y simultáneamente al Imperio? La "unión hace la fuerza", dice un viejo

⁹⁹ El primero fue el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA), hasta el momento abortado y cuyo fracaso abrió paso a los tratados bilaterales.

refrán, que debe ser la respuesta nuestra a otro viejo refrán que utiliza siempre el imperialismo “divide y reinarás”¹⁰⁰.

Los caracteres de este fragmento de declaración antiimperialista podrían haber sido suscritos en cualquier momento después de la Segunda Guerra Mundial. ‘¿Subestimar la fuerza del enemigo?’ ¿Podrá ser ésta una referencia actual?. Guevara escribía en la década de los sesentas del siglo pasado que el enemigo (se refería al clasista sistema imperial de dominación y a sus guerreros) era temible y brutal¹⁰¹ y su observación no puede reducirse al campo de la lucha armada. Para enfrentar el sistema imperial de dominación se hace necesario un proceso de *transformación radical de la subjetividad*. ¿Se entiende que este trabajoso proceso de radicalización colectiva, no puramente verbal o politicista, podría alterar la polarización que, por ejemplo, debilita en este momento el proceso bolivariano en su cuna, es decir en Venezuela? ¿Se podrá enfrentar al imperialismo cuando significativos sectores medios de la población urbana lo quieren y adoptan (consciente o inconscientemente) y los estratos altos lo reclaman y publicitan como el único “way of life” deseable? El apoyo al modo de vida imperial (incluso a veces a sus migajas) constituye un factor positivo para muchas y variadas subjetividades latinoamericanas. Las izquierdas deben asumir este reto, factor básico para la sangrienta derrota del tránsito institucional al socialismo en Chile en 1973 y para el enfriamiento y debilitamiento de la guerra popular centroamericana en la década de los ochentas.



Manifestaciones antiimperialistas, en este caso, contra el ALCA, gran fracaso de Estados Unidos en la región.

¿Integrarnos desde abajo contra un imperialismo (abstracto)? El imperialismo penetra la vida cotidiana y las subjetividades y genera falsas *subjetividades*. Desde esta concepción, el lema se transforma en: *luchar desde los diversos lugares en que se experimenta vulnerabilidad e intentar articularlos*. Se trata de otra concepción de la lucha política popular y de izquierda que no reniega

¹⁰⁰ Fernando Ramón Bossi: *Entrevista*, ALAI info@alainet.org, marzo-abril 2006.

¹⁰¹ Ernesto Che Guevara: *Crear dos tres... muchos Vietnam es la consigna*.

tampoco de la brega parlamentaria, pero que esta vez también procure llegar hasta su fin.

El Secretario General de Organización del CBP hace cuentas alegres, todas abstractamente politicistas, con una excepción:

... muchas fuerzas que pertenecen al CBP han alcanzado importantes espacios de poder: Evo Morales por ejemplo hoy es Presidente de Bolivia de la mano del Movimiento al Socialismo (MAS), el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) de Nicaragua está a punto de ganar las elecciones presidenciales de este año; el Movimiento Barrios de Pie en Argentina está en un proceso de unidad con otras fuerzas populares y este mes se lanza el Movimiento Libres del Sur, donde muchos de sus miembros ocupan cargos significativos en el gobierno de Néstor Kirchner; el PRD de México también avanza en la elecciones presidenciales de 2006 con inmensas posibilidades; en Uruguay, con el Frente Amplio en el poder, muchos son los compañeros que ocupan cargos estratégicos; en El Salvador el Farabundo Martí sigue avanzando y fortaleciéndose... en Ecuador el movimiento indígena –Pachakutik, Conaie, Ecuarrunari-- aumenta su poder de resistencia a la firma del TLC... el movimiento independentista de Puerto Rico cada vez incrementa más sus fuerzas...

Lo de Morales en Bolivia está en su fase inicial y puede perderse porque encuentra oposiciones de diverso carácter: de los sectores sociales que estiman ha llegado ya su momento de resarcirse de tanta explotación y dolor, de los sectores medios y de las minorías neo-oligárquicas y transnacionalizadas que desean independizarse del socialismo, de sindicalistas de inspiración trotskista e incluso de minorías indígenas que adversan como ‘traidor’ y espurio el liderazgo aymara de Morales. Y todavía no se nota con fuerza la oposición transnacional (europea, brasileña, estadounidense) ni internacional (FMI, BM, BID, etc.) ni su conspiración. Y todavía la jerarquía eclesial permanece callada. Los sondeadores de opinión valoran en cambio que cada vez más la población se desapega de ‘la’ democracia y se inclina hacia gobiernos fuertes pero efectivos. ¿Está condenada a fracasar la experiencia dirigida por Morales en Bolivia? Se trata de una pregunta mal posicionada. *Debe trabajar social y políticamente como si fuera a triunfar.* Si fuera así, aunque colapse, porque las relaciones de fuerza y la economía no se inventan ni transforman de un día para otro, el proceso volverá y será democráticos millones.

Bossi menciona un proceso social, el de Ecuador, que con sus conflictividades internas y derrotas ha querido ser un proceso que articula y convoca desde raíces. Como el MST brasileño. Como el EZLN mexicano. Convendría examinar y discutir los caracteres (avances, acumulaciones, retrocesos, fallos) de estas izquierdas no politicistas y recelosamente parlamentarias aunque vigorosamente políticas. No se trata de reemplazar modelos, sino de abrirse hacia otras actitudes que faciliten repensar las izquierdas.

Todavía una observación. El renacer meramente electoral de izquierda (si tal fuera el punto) contiene además de su desviación politicista otro desafío ejemplarizado con dramatismo por el gobierno encabezado por Lula en Brasil. Para poder alcanzar el gobierno el Partido de los Trabajadores brasileño debió darse una identidad parlamentaria¹⁰². Como partido parlamentario *sin mayor control social* debió hacer suya, para sobrevivir y tener éxito, las experiencias de corrupción y venalidad inherentes a la *autonomización del ámbito político* propio de todas las formaciones sociales latinoamericanas y de su reproducción. Al hacer esto, dejó de ser alternativa de gobierno (y por fuerza de poder) y pasó a ser un partido más del sistema. En su momento, los otros actores de este mismo sistema le pasaron su factura. Un eventual segundo gobierno de Lula, no del Partido de los Trabajadores, estará aún más apesadado por su propia historia parlamentaria que es la que, sin paradoja, alimenta las alianzas electorales que le permiten 'triunfar'. Dicho escuetamente: en América Latina los procesos electorales son parte de procesos mayores que pueden ser descritos como de corrupción del ámbito político (y su recomposición degradada), corrupción que se constituye en matriz de venalidad. La corrupción del ámbito político consiste en su autonomización respecto de las necesidades de la ciudadanía y de la población. La venalidad, en las acciones delictivas, con frecuencia impunes que, desde esa autonomización, protagonizan actores políticos, empresariales y sindicales. Este proceso solo puede ser evitado por el control que las organizaciones populares y su movilización social puedan ejercer sobre los actores y lógicas políticas. Este control es un 'efecto' de lo que hemos llamado transformación de la cultura política. Por el contrario, el 'politicismo' inherente a la corrupción del ámbito político es asumido como 'natural' no solo por los medios masivos y por la escuela, por citar dos aparatos que producen opinión pública, sino también por la mayoría de las organizaciones de 'izquierda'. Se trata de la crónica de un suicidio anunciado.

Cerrando este apartado: la participación parlamentaria no constituye por sí misma un camino negado para las izquierdas. Lo es si las organizaciones tradicionales (o, peor, los movimientos sociales) se valoran politicistamente y esto quiere decir con independencia de las tramas, movimientos y movilizaciones sociales populares que deberían sostenerlas, oxigenarlas y controlarlas en tanto estructuras susceptibles a la corrupción y venalidad políticas al igual que al oportunismo (caracterizado aquí como olvido o relegamiento de los fines estratégicos). Estas movilizaciones (que pueden ser estimuladas pero no utilizadas por las organizaciones) son plurales, complejas de articular y exceden el tradicional enfoque de clases. La comprensión práctica de estos fenómenos abre el camino para discutir el lugar que debe contribuir a producir en América Latina una izquierda radical que se quiera políticamente eficaz.

¹⁰² El Partido de los Trabajadores brasileño nació en 1980. A finales de esa década se valoró a sí mismo como una organización que conquistando el gobierno y apoyándose en el movimiento social podría transformar el carácter del Estado y avanzar hacia el socialismo. En esta concepción básica, similar a la chilena de Unidad Popular, ha fallado el apoyarse en una movilización social autónoma. La carencia deja al PT expuesto a la corrupción y venalidad propios del sistema parlamentario brasileño y frágil ante sus exigencias.

Notas sobre la izquierda en América Central

El editor me solicita que haga algunas referencias a la izquierda en América Central. Lo primero que habría que señalar es que 'América Central' es más una nominación geográfica (y geopolítica, desde el punto de vista de Estados Unidos) que una única zona económica y política e, incluso, cultural¹⁰³. Lo que tiende a imperar en el área es, por tanto, la desagregación regional y también la falta de integración interna (nacional). Se trata asimismo de una zona empobrecida, en cuyo territorio habitan unos 40 millones de personas (población principalmente urbana), con un PIB promedio de casi 13.000 millones de dólares por año, que es la quinta parte del de Chile y un poco superior al de Uruguay, y en la que el componente agrario del PIB es significativo: más del 14% (Chile: 8.8%; EUA: 1.6%). En el área se encuentran dos de las poblaciones más vulnerables, solo por encima de Haití, de América Latina, Honduras y Nicaragua (PIB per cápita promedio, 860 dólares; Haití, 410; Guatemala, 1.940; Costa Rica, 4.270; Uruguay, 3.610).

En la medida que los procesos de industrialización centroamericanos presentan diversas formas de precariedad, incluyendo su no articulación regional y la pequeñez de cada economía y mercado por separado, la producción en el área debe importar insumos productivos (materias primas, tecnologías, etc.) y capitales, aspectos que acentúan su *dependencia* transnacional e internacional y sus efectos internos (estructuración de clases), como la incapacidad para constituir un proyecto de nación, avanzar hacia un desarrollo sostenible o ser internacionalmente competitivos. Por el contrario, su lógica económica y de clases redistribuye cada vez más regresivamente el ingreso, polariza a la población y desagrega tramas sociales básicas, potencia sectores informales, genera migraciones no deseadas y vuelve a las remesas de divisas de estos emigrantes pobres factor básico para economías como la de Nicaragua, donde estos retornos constituyen el 18% del PIB, y el Salvador, donde se elevan al 16%.

La inversión extranjera directa acude a la zona principalmente por su cercanía con el mercado estadounidense, su mano de obra barata, el no cumplimiento de la legislación laboral y ambiental, la intolerancia hacia la organización sindical autónoma y sus riquezas naturales (maderas, mariscos, algunos minerales, turismo). Las exportaciones principales 'nacionales' de cada economía son prácticamente las mismas: bananos, café, textiles, azúcar, carne. La inversión extranjera toma principalmente las formas de enclaves, zonas francas (con tratamiento impositivo privilegiado), maquila, agroindustria y áreas turísticas para opulentos. Aunque ofrecen empleos, ninguna de ellas colabora significativamente con el encadenamiento económico interno ni potencia la agregación de valor nativo a los productos; más bien son formas depredadoras y

¹⁰³ Cuando se habla de América Central se suele agregar "y Panamá" que está también parcialmente en el istmo. En la misma zona, pero al norte, se ubica también Belice. Sin embargo estos dos países tiene una historia que permite diferenciarlos de los otros cinco que son los clásicos centroamericanos.

desagregadoras de inversión. Las argollas políticas reinantes, sin embargo, la consideran, con el endeudamiento externo, la única vía para el crecimiento.¹⁰⁴

El apunte económico-social anterior se complementa con la precariedad de un Estado de Derecho (es azaroso y, por tanto, inexistente), la simulación de instituciones democráticas, como el sufragio y los partidos políticos, la violación sistemática e impune de todo tipo de derechos humanos (políticos, fundamentales, económico-sociales, culturales, étnicos, ambientales, etc.), el conservadurismo ideológico, la presencia militar y paramilitar en política (especialmente en Guatemala) y en la existencia económica, la concentración excluyente de poder y prestigio, el carácter oligárquico, patriarcal y minoritario de la 'alta' cultura, y la descomposición social que se expresa en el auge de la delincuencia y el incremento del narcotráfico.



Manifestación de indígenas en Guatemala ante la última visita del Presidente de EEUU George W. Bush

Marzo 2007.

El área, además, forma parte de la Cuenca del Caribe, zona marítima considerada *frontera estratégica* por parte de Estados Unidos. Resulta así geopolíticamente importante y de esta importancia se siguió la *Guerra de Baja Intensidad* que desangró la zona durante la década de los ochenta del siglo pasado. Los embajadores de Estados Unidos en estos países ni siquiera se refieren a ellos hoy como su "patio trasero" o "repúblicas bananeras" sino como su "gallinero". Entre los grupos dominantes este calificativo no despierta irritación ni resistencia. La convicción de que sin Estados Unidos sus privilegios se pulverizarían es completa, excepto quizás en Guatemala. El "american way of life", que ostenta aquí algunos de sus rostros más brutales y discriminatorios (imitados por las minorías en el poder), se asume por estas tierras por sus sectores dirigentes como el sentido de toda existencia. Por ello en el último período campean las formas y medidas más grotescas del neoliberalismo, en su versión latinoamericana. En Costa Rica, por ejemplo, la resistencia de algunos sindicatos públicos (los empresarios no permiten sindicatos privados) a un *Tratado de Libre Comercio* con EUA, negociado de tal manera que refunda al país en la insolidaridad y la discriminación, es calificada como "terrorismo pasivo". Los

¹⁰⁴ En realidad, para el desarrollo. Pero nos resistimos a escribir ese desatino en el cuerpo central de este escrito.

gobiernos de Costa Rica, El Salvador, Honduras y Nicaragua apoyaron con entusiasmo la invasión de Irak el año 2003 y al menos los tres últimos países aportan hoy mercenarios para trabajos militares menores (de protección) o “sucios” en territorio irakí o afgano. Algunos costarricenses de origen participan en la ocupación militar como soldados estadounidenses. En Guatemala, en cambio, con una brutal experiencia en genocidio, grupos sociales, en especial pueblos originarios, rechazaron con energía la invasión y la ocupación de Irak. Apuestan por la solución pacífica de los conflictos.

Todavía debe agregarse que parte de las estructuras públicas, asambleas legislativas, cortes, policía y militares, suelen vincularse con delincuencia común (robos de automóviles), desapariciones, amenazas, narcotráfico, industria del secuestro, venta de pasaportes y tráfico de influencias. La mayor parte de estos delitos no se investigan o por una u otra determinación quedan impunes.

En un área con estas características puede esperarse la *multiplicación de experiencias de contraste* de inspiración popular, rural y urbana, que se prolongan en luchas sociales y políticas, usualmente con contenido antiimperialista y popular. En El Salvador, por ejemplo, la caída de los precios del café, a inicios de la década de los treinta del siglo pasado, generó una insurrección dirigida por el Partido Comunista. Fue reprimida salvajemente por los militares con un saldo que, según sea el historiador, va de 10 mil a 30 mil muertos. El principal dirigente de la insurrección era Agustín Farabundo Martí. Los gobiernos militares, después de la matanza y apoyados en la fuerza y el fraude se prolongaron en El Salvador hasta entrada la década de los ochentas, momento en que la política de Estados Unidos hacia el área instaló en todos los países, excepto en Costa Rica, que ya lo tenía, un gobierno civil. El saldo de víctimas humanas de la última guerra (1978-1992), que enfrentó al FMLN contra las fuerzas militares oficiales respaldadas por EEUU, fue de 75.000 muertos, 8.000 desaparecidos y casi un millón de desplazados. Las muertes selectivas incluyeron el asesinato de un arzobispo (Óscar Arnulfo Romero) y de un colectivo de jesuitas.

En otro ejemplo, Estados Unidos ocupó Nicaragua en 1912 y hasta 1933, gestando las condiciones para una resistencia militar nacional y popular encabezada por César Augusto Sandino. Asesinado Sandino, una dictadura familiar (los Somoza) manejó brutal y codiciosamente el país hasta ser derrotado por una insurrección popular y el FSLN en 1979. Saldo de esta guerra, 50 mil víctimas. El triunfo de los sandinistas y su posterior gobierno desencadenaron la intervención estadounidense bajo la forma de una guerra de baja intensidad (llamada así en parte porque no contempla, en principio, la intervención directa de tropas estadounidenses) que combinó una milicia asentada en Honduras con hostigamiento y sabotaje económicos. La nueva guerra llevó la inflación a más del 30.000 por ciento anual. En opinión oficial de un antisandinista, el conflicto provocó:

50.000 mil muertos (...), 10.000 prisioneros políticos pudriéndose en las ergástulas de la seguridad del Estado, 800.000 mil exilados que votaron con los pies; más de cincuenta mil millones de dólares en pérdidas, y el retroceso de 50

anos... fue el saldo que nos dejó la gestión del Frente Sandinista en la década de los años ochentas.¹⁰⁵

Pero la historia más dramática y brutal, sorprendente incluso en un área como la centroamericana, es la de Guatemala. La situación más reciente de masacres, desplazamientos, genocidio y etnocidio, se inicia con la invasión (propiciada por la *United Fruit* y el gobierno de EEUU) desde Honduras por militares guatemaltecos que derrocarían al gobierno de J. Arbenz en 1954. El presidente constitucional había intentado una reforma agraria. Los militares continuaron reeligiéndose mediante fraudes, pero debieron enfrentar una oposición ciudadana y también armada en conflictos que acumularon, entre 1954 y 1982, 80.000 víctimas. En 1982, asumió, tras un golpe militar, Efraín Ríos Montt, quien en solo un año de mandato asesinó más de 15 mil guatemaltecos e hizo huir a 70.000 más, principalmente a México. 500.000 se internaron en las montañas. Esta última etapa de matanzas, terror, tierra arrasada y guerra finalizó en 1996 con un saldo probable de 100.000 muertos. Como señal grotesca, Ríos Montt, un criminal implacable, se transformó, desde 1994, en un líder clerical y en importante figura política legal.



Genocidio de Estado en Guatemala. El primero a la izquierda es el Gral. Ríos Montt.

Lo peculiar de estas historias de terror, asesinatos masivos y enfrentamientos es que se producen en economías que pueden alcanzar buenos

¹⁰⁵ José Luis Velásquez Pereira, representante permanente de Nicaragua ante la OEA: *Discurso en celebración del décimo séptimo aniversario del inicio de la transición en Nicaragua y el fin de la guerra civil*, 22/02/06, OEA, Washington. Por supuesto, no hace ninguna mención a que esa guerra la desató la administración Reagan y después EEUU se negó a pagar los daños.

indicadores de crecimiento (como en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial), pero que concentran la riqueza en muy pocas y bestiales manos. El área es, además, groseramente anticomunista, incluso para los estándares latinoamericanos, racista (en relación a indígenas y afroamericanos) y con una cultura política sin contenidos democráticos, republicanos ni de derechos humanos. Los partidos son grupos de interés en torno a personalidades particularmente perversas o con algún carisma, carentes de ideología. La escena política se constituye así mediante instituciones fraudulentas, enfrentamientos personales, acuerdos codiciosos entre camarillas, demagogia y violencia abierta. En este contexto, del que debe exceptuarse (sin que esto la torne virtuosa) Costa Rica, las izquierdas han sido principalmente destacamentos insurreccionales, obviamente clandestinos, con formas particularizadas y verticales de articulación, y los vicios personalistas propios del medio, a los que debe agregarse el espíritu de secta y el mesianismo cultivado por la influencia del marxismo-leninismo. La tendencia generalizada es que los sectores populares, con la excepción quizás de El Salvador, sean vistos y tratados politicistamente como “masas” o como ‘frente social’ e incluso ignorados como ha ocurrido con la población indígena mayoritaria en Guatemala.¹⁰⁶

La guerra que conmovió al área en la década de los ochentas terminó con conversaciones y acuerdos de paz (*Esquipulas*, 1987; *Protocolo de Transición*, Nicaragua, 1990; *Acuerdo de Chapultepec*, El Salvador, 1992; *Acuerdo de paz firme y duradera*, Guatemala, 1996). La guerra regional había permitido, sin embargo, con la excepción de Nicaragua, que los regímenes reinantes fueran asistidos económica y militarmente por EEUU y, al mismo tiempo, se les concediera una mora respecto de la mundialización capitalista en curso. Finalizada la guerra, América Central dejó de ser geopolíticamente interesante y debió enfrentar la globalización sin tener ninguna preparación económica ni política para ello. Al nuevo desafío se agregaba que las situaciones (de propiedad, de distribución, etc.) que habían conducido a las guerras internas se mantenían y reforzaban. Como se señalaba, se había firmado la paz pero no se producían las condiciones para que esta paz se construyese. El neoliberalismo (entendido como privatización, liberalización, explotación, discriminación, devastación y sujeción de las pequeñas economías débiles a las corporaciones transnacionales) calza admirablemente con la tradición de dominación neoligárquica en el área. Las izquierdas, antes político-militares, han sido o empequeñecidas, junto con sus bases sociales, como en Honduras (*Partido de la Unificación Democrática*) o Guatemala (*Unidad Nacional Revolucionaria Guatemalteca*), o cooptadas y desvirtuadas, como el sandinismo en Nicaragua, manteniendo un perfil significativo sólo en El Salvador con el *Frente Farabundo Martí*, transformado a esta fecha en el principal contingente electoral individual del país, aunque minoritario frente a las alianzas todavía posibles de la derecha. En Costa Rica, la frágil izquierda sindical y electoral que sobrevivió a la guerra civil de 1948, desapareció en la década de los noventa. De alguna manera se ha prolongado,

¹⁰⁶ En el área existe también una mojonada ‘izquierda democrática’ ligada a la socialdemocracia europea de la cual obtiene algunas franquicias. El *Partido Liberación Nacional*, en Costa Rica, transmutado en neoliberal en sus últimos gobiernos, es el más destacado.

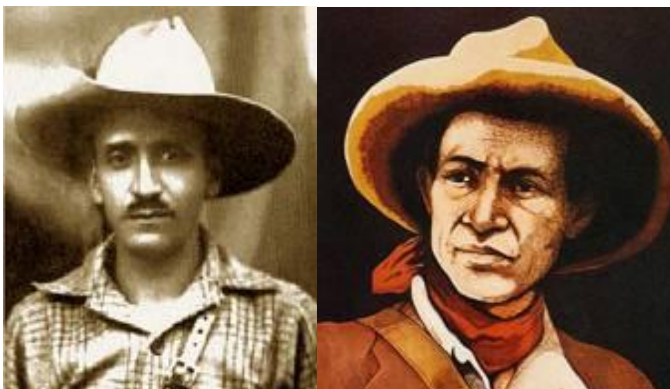
sin embargo, en la lucha gremial de los trabajadores públicos y en la persistencia, como en toda América Latina, de agrupaciones muy minoritarias, normalmente gestadas en las universidades, que agitan tesis de clases y antiimperialistas y se dividen en sus críticas y apoyos a las experiencias cubana, bolivariana/venezolana o al más reciente mandato de Evo Morales en Bolivia.



La Premio Nobel de la Paz 1992, **Rigoberta Menchú**, será candidata presidencial del izquierdista partido Encuentro por Guatemala (EG), en las elecciones generales de setiembre 2007.

Desde el punto de vista económico, el área en su conjunto sufre la experiencia de no poder agregar significativamente valor a su inevitable inserción de traspaso en la economía globalizada. Además, aunque agregara este valor, su dinámica social no se orienta a dar mejores y mayores posibilidades a sus sectores de población más vulnerables (campesinos, mujeres jóvenes, indígenas, informales urbanos). Las experiencias de sufrimiento social, y su pasado revolucionario heroico, abren así posibilidades electorales para algunas 'izquierdas', específicamente la expresada por el Farabundo Martí en El Salvador y, en menor medida, por el Frente Sandinista en Nicaragua. Estas posibilidades son, sin embargo, ambiguas. La saga heroica de estas agrupaciones es fácilmente asociable con "comunismo", "guerra", "padecimiento" y "no factibilidad" ante la presencia y agresividad del centro imperial. Las guerras fueron extraordinariamente crueles y la población aun las resiente en sus muertos, lisiados, empobrecimientos y desapariciones. Pese a las enormes carencias de todo tipo y al fracaso de las experiencias de 'gobiernos democráticos', los actores

del *statu quo* pueden agitar el peligro de la polarización y la guerra. En El Salvador, donde la izquierda ha obtenido los mejores rendimientos electorales en este siglo que comienza, y va en ascenso, la abstención ciudadana oscila entre el 50 y el 60% del padrón. El país muestra asimismo una tendencia a la polarización izquierda//derecha. Con alrededor de un 40% de apoyo o más, el FMLN es una gran fuerza electoral, pero está lejos de constituirse en una *fuerza política hegemónica* que trice al bloque opositor y enfríe a Estados Unidos al convocar a sectores sociales medios, informales, sindicatos y frentes sociales para apoyar a un imaginario y a programas que adversen el Consenso de Washington y avancen hacia la necesaria refundación del país aun cuando el FMLN no fuese gobierno. La referencia al papel del FMLN en El Salvador es ilustrativa. Los escenarios políticos que dibuja con su acción son variados. Su crecimiento electoral lo ha transformado en el principal aparato individual de este tipo en la historia latinoamericana. Lo ha conseguido pese a sus fracturas internas, a los ataques y defecciones de antiguos militantes y a las trampas de sus opositores y del marco institucional. Sin embargo este crecimiento electoral podría frustrarse por la emergencia de un gobierno fuerte y eficaz anticomunista apoyado por Estados Unidos, la jerarquía eclesial católica, los medios masivos, el entorno regional y la complicidad de la OEA. Un segundo escenario, derivado de cierta fijación de sectores del FMLN por ser gobierno ya, muestra al FMLN como partido *del sistema* en funciones, en el mejor de los casos, de conciencia crítica e, incluso, como administrador principal o asociado de las inevitables crisis de una economía dependiente, atada ahora por un tratado de libre comercio con EEUU. Un tercer escenario lo muestra articulándose socialmente desde los sectores populares, combatiendo la abstención ciudadana, superando esquematismos, y avanzando desde la gente y con ella hacia la constitución de un *nuevo bloque de poder*, popular o socialista. Este último escenario es el deseable, pero para ello el FMLN debe transformarse internamente para no polarizar sectariamente a la población en un contexto internacional abiertamente desfavorable. Es distinto ser la principal fuerza electoral que ser la fuerza política constituyente de la sensibilidad política del país. Esta tarea educativa y autoeducadora solo puede realizarla el FMLN nutriéndose humildemente de sus referentes sociales. Este trabajo no es para nada incompatible con sus aspiraciones electorales. Por el contrario, constituye el fundamento de la efectividad de un eventual mandato electoral y de su peso y proyección político-cultural.



Farabundo Martí (El Salvador) Augusto César Sandino (Nicaragua)

Una situación distinta, quizás porque el FMLN no perdió la guerra ni fue gobierno que la mayoría de nicaragüenses creyeron y quisieron revolucionario, es la del Frente Sandinista en Nicaragua. Aquí la saga revolucionaria se ha diluido por la crueldad de la guerra contrarrevolucionaria, los errores del gobierno encabezado entonces por Daniel Ortega, las sucesivas derrotas electorales en comicios presidenciales (1990, 1996, 2001), las defecciones de personalidades, principalmente por cuestiones éticas, significativas, y las divisiones personalistas, la dirección vertical con imaginario de masas, la corrupción ligada al juego parlamentario, el enriquecimiento personal y polémico de algunas figuras relevantes del sandinismo, incluyendo los hermanos Ortega, y la negativa a renovar liderazgos y transferir capacidades. El sandinismo continúa siendo el principal aparato partidario en Nicaragua, sigue teniendo bases sociales pese a su esquema cupular y politicista, pero abandonó enteramente el trabajo político por una nueva cultura política ciudadana y popular. Su manera de hacer política es una combinación de populismo clientelista de masas, acuerdos tras bambalinas por cuotas de poder, control de algunas estructuras estatales y acción conspirativa. Este estilo, tradicional en la pobre cultura política del país, a la que el sandinismo oficial añade capacidad de movilización social reivindicativa, no soporta las presiones del centro imperial anudadas con la oposición interna que, como en los ochentas, sería a muerte ante un eventual gobierno sandinista. Si ganase las elecciones de noviembre con su autoimpuesto y eterno candidato Daniel Ortega¹⁰⁷, el escenario más probable sería uno que le construirían sus adversarios locales e internacionales y en el que el sandinismo sería acosado, bloqueado y puesto a la defensiva en un país agobiado y empobrecido. En una reiteración de su ciclo de degradación, se vería forzado a administrar acciones neoliberales, como ya lo hizo en la década de los ochentas, ante la emergencia de un colapso. Es decir, para superar un desplome firmaría la confirmación de su defunción. A diferencia de El Salvador y del FMLN, en el caso nicaragüense la tarea no es la refundación popular de Nicaragua sino la refundación popular del sandinismo.



¹⁰⁷ Aunque en el área las encuestas de opinión son utilizadas para manipular el voto, en abril pasado los sondeos daban un 39.7% a Herty Lewites, disidente sandinista, 31.7% a Eduardo Montealegre, disidente liberal, y 18.4% a Daniel Ortega. Para diputados, Lewites y Ortega consiguen el 23.1% y el 25.1% respectivamente, lo que haría del sandinismo oficial, a esta fecha, la primera fuerza en la Asamblea y con ello Ortega tendría su cuota de poder en un medio enrarecido. La expresión 'disidente' muestra la confusa fragmentación de la política electoral nicaragüense.

Todavía una observación. Entre los desafíos actuales del área está la puesta en ejecución de un Tratado de Libre Comercio pactado por separado por cada país pero firmado conjuntamente. La población más afectada por este pacto es la costarricense que durante el siglo pasado acumuló algunos activos públicos en energía, teléfonos, salud y educación que la distinguen en el área y en América Latina. Precisamente, es en Costa Rica, donde las izquierdas casi no existen, que se da la principal resistencia ciudadana y social contra un tratado acordado a la carrera, sin control político y en donde los negociadores estaban parcialmente financiados por la contraparte. En el mismo período, y por otros motivos, ha surgido en el país un partido (*Partido de Acción Ciudadana*) que hace énfasis en una diversa manera de hacer política (sin corrupción ni venalidad) y en un desarrollo nacional que, sin cerrarse al mundo, fortalezca las tramas sociales internas mediante el apoyo a las pequeñas y medianas empresas y la preservación de los activos públicos y de su tradición de solidaridad social. El PAC alcanzó más del 40% en la reciente elección presidencial y con 17 diputados, es la segunda fuerza en la Asamblea Legislativa. De manera aleatoria la movilización social y ciudadana y el PAC podrían articularse y fortalecerse si ambos se dan la capacidad para leer con mayor intensidad sus raíces y mejoran sus estilos de trabajo. Así nacería, con buenas posibilidades, una peculiar izquierda –todas lo son—en uno de los países más conservadores de América Latina. No está de más señalar que tanto la movilización social como el PAC son valorados por la caverna local como parte del Eje del Mal con financiamiento chavista.

Bibliografía:

Brunner, José Joaquín, *Bienvenidos a la Modernidad*, Santiago de Chile, Planeta, 1994.

Castañeda, Jorge G., *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, Buenos Aires, Argentina, Ariel, 1993.

Dahl, Robert A., *La democracia y sus críticos*, Barcelona, Paidós, 2ª edición, 1993.

Drucker, Peter F., *La sociedad postcapitalista*, Bogotá, Norma, 1994.

Harnecker, Marta, *Haciendo posible lo imposible. La izquierda en el umbral del siglo XXI*, México, Siglo XXI, 1999.

Petras, James, *Neoliberalismo en América Latina. La izquierda devuelve el golpe*, Rosario, Argentina, Homo Sapiens, 1997.

EN MEMORIA

LUCÍA SALA (1925-2006)



Egresada de la Sección Agregaturas de Enseñanza Secundaria, se desempeñó como Profesora de Historia. En 1970, ingresó al cuerpo docente de la Facultad de Humanidades, precedida por el prestigio ganado como profesora del IPA (Instituto de Profesores Artigas) y la publicación de varios libros. El equipo de investigación que conformó con Nelson de la Torre y Julio Rodríguez, incorporó el marxismo a la investigación histórica. En junio de 1967, publicaron *Evolución económica de la Banda Oriental*, un libro que provocó impacto entre los jóvenes que se formaban como investigadores en esos años. Le siguieron otros títulos, particularmente apreciado *La revolución agraria artiguista*. La formación del latifundio colonial, el programa agrario de la revolución en 1815 y su liquidación durante la dominación luso-brasileña -*La oligarquía en la Cisplatina*- y los primeros gobiernos independientes -*Después de Artigas (1820-1836)*-, profundizaron en una dimensión poco conocida de la historia colonial, la “emancipación” y los comienzos del Uruguay independiente.

Lucía Sala fue una historiadora del continente, rigurosa y aguda. Sensible a la lucha de los pueblos latinoamericanos, sus estudios y proyectos de investigación se orientaron hacia la organización de los trabajadores y, más recientemente, las experiencias de las democracias latinoamericanas. Su trabajo intelectual fue un enorme esfuerzo por comprender y explicar los grandes procesos sociales en Uruguay y en América Latina, y plasmó en libros y artículos publicados en importantes revistas internacionales. Varias universidades fueron su casa, ninguna como la UNAM, su segunda patria intelectual y afectiva.

La docencia –que ejerció largamente- fue una de sus grandes preocupaciones, ganándose el respeto y el afecto de los estudiantes en el Instituto de Profesores Artigas y en la Facultad de Humanidades. Los jóvenes valoraron siempre su calidez, su rigor académico, su pensamiento crítico, su compromiso. Por otra parte, dedicó una particular atención a los docentes de Historia en la enseñanza media, atención que perduró hasta sus últimos días.

Cuando la Universidad recuperó su autonomía –tras la intervención de que fuera objeto durante la dictadura (1973-1985)- estuvo a cargo del recién creado Centro de Estudios Latinoamericanos, permaneciendo en esa función hasta poco antes de su fallecimiento.

En y desde el trabajo intelectual, Lucía fue una luchadora social que se enriqueció en el compromiso cotidiano.

Desde estas páginas, expresamos nuestro reconocimiento afectuoso a la Profesora Lucía Sala, como mujer comprometida con las causas nobles de estos tiempos y sus valiosos aportes a la historiografía uruguaya y latinoamericana.

CEIL



Colocación de la placa que da el nombre de la Profesora Lucía Sala al Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación: 21.12.06.



Integrantes del CEIL y familiares de la Profesora Lucía Sala el día de la colocación de la placa. 21.12.2006

DOCUMENTOS

1) Declaración Final del XIII Encuentro Foro de San Pablo

Del 12 al 14 de enero del 2007, reunidos en San Salvador, El Salvador, con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) como anfitrión, se desarrolló el XIII Encuentro del Foro de Sao Paulo con la participación de 596 delegados. Entre ellos, 219 representan 58 partidos y movimientos políticos, sociales e iglesias, procedentes de 33 países, así como 54 invitados de otras regiones del mundo. Destacamos el esfuerzo político y organizativo del FMLN que garantizó el desarrollo exitoso de este encuentro por lo que expresamos nuestro reconocimiento a la fraternidad y solidaria hospitalidad que nos brindaron los compañeros dueños de casa.



Cuatro grandes temas nos convocaron a este encuentro, en la búsqueda de una nueva etapa de integración latinoamericana y caribeña.

1. La formulación de políticas antineoliberales que fomentan una genuina democracia política, económica y social; el desarrollo sustentable; la igualdad plena de todos los seres humanos y una nueva integración solidaria
2. La lucha contra el colonialismo, la injerencia imperialista, y a favor de la solución de los conflictos armados mediante procesos de paz en los que no se extinga, sino se reencauce, el avance de nuestros pueblos hacia la imprescindible transformación política, económica y social en beneficio de las mayorías y minorías oprimidas
3. El enfrentamiento a la doctrina imperialista de seguridad hemisférica que promueve la militarización y,
4. La relación entre las fuerzas políticas, los movimientos sociales y ciudadanos, y los gobiernos de izquierda y progresistas, y el papel que desempeña la solidaridad internacional.

Durante los trabajos del Encuentro se realizaron diferentes talleres nacionales e

internacionales que analizaron y debatieron temáticas que fortalecen la construcción de líneas legislativas, y de políticas públicas cuyos resolutiveos serán dados a conocer por medio de la publicación del documento base y los respectivos informes que resumen los debates de los distintos temas de discusión.

En este intercambio abierto, franco y pluralista que caracteriza al Foro de Sao Paulo, todas y todos coincidimos en que, pese a que el neoliberalismo sigue siendo la doctrina hegemónica impuesta por los centros de poder mundial, el enfrentamiento en ascenso de los pueblos a su secuela de concentración de la riqueza y masificación de la exclusión social, favorece una acumulación política sin precedentes por parte de la izquierda latinoamericana. Ese enfrentamiento es uno de los factores fundamentales que explica los triunfos electorales más recientes cosechados por la izquierda latinoamericana y caribeña, entre ellos, la segunda reelección del Presidente Hugo Chávez Frías en Venezuela, la reelección del presidente Luiz Inácio Lula da Silva en Brasil, la elección del Presidente Rafael Correa en Ecuador y del Presidente Daniel Ortega en Nicaragua, cuyo pueblo venció el miedo, y aportan al proceso de cambios en la correlación de fuerzas en la región. Con esta batalla político electoral recuperó el Gobierno, que años antes había conquistado el triunfo de la revolución sandinista.

Los nuevos triunfos electorales de la izquierda se suman a los obtenidos con la elección del Presidente Tabaré Vázquez en Uruguay en octubre del 2004, la elección del Presidente Evo Morales Ayma en Bolivia, el primer líder indígena que logra la presidencia en un país de América Latina en diciembre de 2005. Y a la presencia o apoyo de partidos integrantes del Foro en otros gobiernos de la región, como es el caso de Michelle Bachelet en Chile y la presencia de Néstor Kirchner en Argentina. También se obtuvieron triunfos en varias naciones del Caribe. En Haíti el imperialismo norteamericano y la derecha local no pudieron consumir el fraude para evitar la elección del Presidente René Preval.

Junto a estas nuevas generaciones de gobiernos latinoamericanos de izquierda o progresistas que se fortalecen con la primera elección de Chávez en diciembre de 1998, se yergue la revolución cubana con sus 48 años de lucha y resistencia. Aunque no en todas las elecciones presidenciales triunfaron los candidatos de izquierda o progresistas, durante los comicios desarrollados en 2006 en México, Perú y Colombia se manifestó una importante acumulación política. A todo ello se suman, las bancadas de izquierda en las legislaturas nacionales y parlamentos de integración y en los numerosos estados, provincias o departamentos, y los aún más numerosos municipios y gobiernos locales gobernados por la izquierda a todo lo largo y ancho de América Latina y el Caribe. Estos avances en el terreno político y electoral crean condiciones favorables sin precedentes para avanzar hacia la derrota política e ideológica definitiva del neoliberalismo en nuestra región, pero al mismo tiempo comprometen a los partidos y movimientos políticos de la izquierda latinoamericana y caribeña a actuar acorde con las expectativas depositadas en ellos por los pueblos, so pena

de que sus gobiernos sea sólo un breve lapso tras el cual se recicle la dominación neoliberal.

En estos albores del siglo XXI en que los pueblos latinoamericanos y caribeños comienzan a hacer valer su soberanía, autodeterminación e independencia para romper con el neoliberalismo patriarcal, y emprender políticas propias de desarrollo económico y social, el colonialismo es un anacronismo aun más ultrajante que antes, por lo que todos y todas quienes conformamos el Foro de Sao Paulo nos comprometemos a redoblar nuestra lucha por la autodeterminación e independencia de las colonias que subsisten en la región, como Puerto Rico, Martinica, Curazao entre otros.

También luchamos contra el Plan Colombia, la Iniciativa regional Andina y el resto de los mecanismos de injerencia e intervención impuestos por el imperialismo norteamericano como parte de su sistema de dominación continental, amparados en la doctrina de seguridad hemisférica, que utiliza como pretextos el combate al crimen organizado, al narcotráfico y al terrorismo, para ampliar y profundizar, la militarización de la región y la criminalización de la lucha popular. Demandamos una solución política negociada, para resolver el conflicto armado de Colombia. En la actualidad, son requisitos para el logro de la paz democrática, la autodeterminación, la soberanía y la consolidación de los cambios democráticos en América Latina y el Caribe.

La violencia también ha golpeado a las mujeres, las cuales son objeto de feminicidios, violencia doméstica, acoso sexual, violencia laboral y agresiones de las tropas agresoras y los gobiernos títeres. Nos pronunciamos por la erradicación de la violencia contra la mujer.

Levantamos las banderas que se identifican con la defensa de los derechos de los pueblos indígenas del Continente, reivindicamos la interculturalidad y la condición plurinacional y étnica de varios países de América Latina.

Desde nuestras respectivas realidades nos comprometemos a levantar una corriente de opinión, como parte de un movimiento, que exija el cumplimiento de los acuerdos de Paz en El Salvador y Guatemala.

Expresamos nuestra solidaridad con la revolución cubana, hacemos votos por la pronta y efectiva recuperación del Presidente Fidel Castro Ruiz, reafirmamos nuestra condena al bloqueo imperialista, exigimos la libertad de los cinco cubanos injustamente presos en cárceles estadounidenses por el supuesto delito de luchar contra el terrorismo.

Expresamos nuestra solidaridad con Evo Morales y respaldamos su postulación al Premio Nobel de la Paz.

El Foro de Sao Paulo ha concluido en su XIII encuentro que los pueblos de Latinoamérica y del Caribe, estamos en la hora de sentar las bases para la derrota integral del neoliberalismo patriarcal y avanzar en la construcción de la alternativa al sistema imperante.

Esto requiere de una acción articulada y una relación respetuosa y complementaria entre los partidos, movimientos y coaliciones políticas de izquierda y la diversidad de organizaciones y movimientos populares y sociales. Lo que nos permitirá construir las alianzas políticas y sociales, para hacer avanzar en cada país, un amplio frente de lucha que integre a todos los sectores populares y democráticos afectados por las políticas del modelo dominante.

Esta es una condición indispensable para la realización y consolidación de las transformaciones de nuestras sociedades en el terreno económico, social, ideológico y cultural.

Premisas básicas de la construcción del modelo alternativo, que en más de un lugar se define, con una perspectiva socialista, son la conquista de la independencia nacional y regional, la justicia social, la democracia política y social, la integración regional y continental basada en la cooperación, el internacionalismo y solidaridad entre los pueblos, la defensa y desarrollo de nuestros recursos naturales y de la biodiversidad, y la erradicación de toda forma de discriminación en contra de las mujeres y los pueblos originarios.

El objetivo primordial del modelo alternativo es el bienestar y dignificación de la gente, los pueblos y los países de América Latina.

En las nuevas condiciones históricas que viven América Latina y el Caribe, los partidos miembros del Foro de Sao Paulo nos sentimos comprometidos a volcar todos nuestros esfuerzos políticos, materiales y solidaridad para hacer realidad esta gran oportunidad histórica de derrotar al Neoliberalismo y entrar en el camino de la construcción de esa nueva sociedad justa y democrática.

En la proyección de la cultura construida en el Foro, de sentir propia cada batalla democrática que dan las organizaciones miembros, comprometemos nuestra solidaridad con los compañeros de la ANN y URNG de Guatemala que enfrentarán elecciones en septiembre próximo, al igual que con todas las fuerzas, miembros del FSP, que también vivirán procesos electorales.

El fortalecimiento de la consecuencia, y unidad de nuestros Partidos y del Foro de Sao Paulo, la ética en el ejercicio del poder público, la superación del sexismo, la profunda vinculación con el pueblo, y la solidaridad internacional, son y serán nuestras mejores armas para acometer con éxito las batallas venideras.

El Foro de Sao Paulo se compromete a defender los procesos de cambios en marcha y desplegar toda nuestra capacidad internacionalista y solidaria con Cuba, los gobiernos democráticos y la lucha de los pueblos.

El fraterno y franco debate del Foro, tuvo como importante aporte el documento base elaborado y presentado por el Grupo de Trabajo. El que fue enriquecido por el intercambio realizado. Las delegaciones asistentes hicieron propio las propuestas contenidas en el documento: 1.- La publicación de un boletín electrónico mensual. 2.- La constitución de una escuela continental de formación

política. 3.- La realización de un Festival político cultural . 4.- La creación de un observatorio electoral. 5.- Desarrollar una política dirigida hacia la juventud y de promoción del arte y la cultura. El Grupo de Trabajo se abocará a discutir las medidas que permitan su implementación.

El propósito de estas iniciativas debieran permitir una mayor capacidad para fomentar el debate político, el intercambio de experiencias y para lograr que el Foro sea un instrumento más eficaz y permanente para articular el trabajo político de los Partidos y movimientos miembros.

Los avances de este encuentro, nos permiten cifrar expectativas en el desarrollo de capacidades para responder a los desafíos que nos impone el avance de la lucha de nuestros pueblos. Y pasar a una nueva etapa en la actividad del Foro.

El Foro, rindió homenaje y manifestó su reconocimiento al gran dirigente Shafik Handal, destacando su ejemplar compromiso, que caracterizó su consecuencia en la lucha por la emancipación de los pueblos.

XIII Encuentro del Foro de Sao Paulo. San Salvador, El Salvador, del 12 al 14 de enero de 2007.



2. Declaración Final del Primer Congreso Nacional de ANAMURI

Reiteramos nuestra decisión de seguir luchando de manera unitaria, uniendo nuestros esfuerzos y luchas con los de otros movimientos campesinos e indígenas de todo el mundo y con otros movimientos sociales que hoy están resurgiendo, para continuar la senda de globalizar la lucha y globalizar la esperanza. ¡Es tiempo de soñar! ¡Es tiempo de sembrar! ¡Es tiempo de construir! ¡Es tiempo de participar! ¡Es tiempo de luchar!

Las mujeres rurales e indígenas de Chile hemos completado un año de Congreso Nacional. A través de la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas, ANAMURI, en los últimos doce meses, desde el 21 de marzo del 2006 al 21 de marzo del 2007, nos hemos juntado en localidades a lo largo y ancho del país para reflexionar sobre las condiciones de vida y trabajo en el campo y en el país en su conjunto, sobre lo que queremos para nuestro futuro y para nuestro país.

Fue un año de grandes esfuerzos y mucho trabajo, repleto de sueños, esperanzas, reflexiones y solidaridad. Dimos muestras claras que las mujeres somos capaces de organizarnos y luchar, de continuar produciendo alimentos y manteniendo la riqueza cultural de nuestro país y nuestros pueblos. Pudimos confirmar que los movimientos sociales de Chile y del mundo están renaciendo con fuerza y, al igual que nosotras, están dispuestos a luchar por los cambios que deseamos. Recibimos muestras de solidaridad de muchos lugares del mundo y nos dimos cuentas que nuestros sueños y nuestros problemas son comunes con los de muchos pueblos y movimientos.



Durante este año, las mujeres nos tomamos la palabra. Esto es lo que vimos y concluimos:

1- La agricultura campesina e indígena ha sido históricamente la fuente más importante de alimentos sanos y variados para toda la población, no sólo la rural. Sin embargo, vemos que la agricultura campesina e indígena está siendo sistemáticamente destruida, producto de los procesos de privatización, la invasión y los abusos por parte de las grandes empresas nacionales y transnacionales y un conjunto de políticas públicas que se empeñan ciegamente en entregar el país a los empresarios. Vemos el intento de convertir a Chile en “potencia agroalimentaria” a través del “encadenamiento productivo” como una amenaza grave e intolerable a nuestra forma de vida y producción.

2- La destrucción de nuestra agricultura pasa por la destrucción igualmente sistemática de nuestra identidad y nuestra cultura. Intentan por todos los medios hacernos invisibles, negándonos incluso el nombre de campesinos y pueblos indígenas. Nuestros hijos son educados para renegar de nuestros saberes y de nuestro trabajo, para abandonar el campo y convertirse en mano de obra barata y sin derechos.

3- El Estado Chileno y el empresariado continúan desconociendo el derecho de los pueblos indígenas al territorio y a la autodeterminación, mantienen la usurpación de los territorios ancestrales y aplican políticas de represión injustificables a través de la ley antiterrorista y otras normas.

4 - Las mujeres somos permanentemente invisibilizadas. Históricamente se nos ha negado el acceso a la tierra, y las actuales políticas y programas de asistencia técnica y crédito son insuficientes y la mayorías de las veces inadecuados. Las políticas sociales no toman en cuenta que trabajamos dos o tres jornadas, y no se nos considera productoras.

5- Chile es un país gravemente contaminado, porque la actividad industrial, especialmente de las empresas forestales, mineras, eléctricas y pesqueras, no se regula ni fiscaliza. La CONAMA no fiscaliza adecuadamente ni cumple con su papel de proteger el medio ambiente. La participación de la ciudadanía en la protección del medioambiente es reprimida.

6- La destrucción del medioambiente ha deteriorado muchísimo nuestras condiciones de vida y de trabajo. Nos parece muy grave que el agua sea cada vez más escasa; incluso ya es escasa el agua para beber.

7- La privatización del agua sólo ha agravado los problemas de contaminación y desaparición del agua. Han desaparecido vertientes, arroyos, ríos y glaciares.

8- La privatización de los océanos ha hecho que muchos pueblos costeros queden sin trabajo ni alimento, y ha empeorado la alimentación de todos los chilenos.

9- Los campesinos e indígenas tenemos poca tierra, y la estamos perdiendo aceleradamente, producto de la contaminación, la falta de agua y el endeudamiento. Los programas de asistencia técnica, de INDAP, Programa Orígenes y otros, sólo han agravado el endeudamiento y la pérdida de nuestros recursos. Producto del endeudamiento, las mujeres quedamos especialmente desamparadas, sin acceso a nuevos créditos ni a la asistencia técnica.

10- Las condiciones laborales en el campo son cercanas a la esclavitud. No se respeta los pocos derechos laborales que aún tenemos, reprimen nuestras organizaciones, nos pagan sueldos miserables y nos hacen trabajar en condiciones peligrosas e indignas. Chile es país agroexportador sólo gracias a la explotación extrema de los trabajadores y especialmente las trabajadoras agrícolas.

11- Las mujeres del campo no tenemos derecho a la previsión ni a una jubilación digna. Consideramos que la propuesta que las mujeres jubilen a los 65 años es inaceptable.

12- Los servicios públicos en el campo son de mala calidad. La educación, la salud, la asistencia técnica, los créditos, los caminos y el transporte se diseñan e implementan sin respeto por nuestras necesidades, nuestras condiciones de trabajo, nuestra cultura o nuestros saberes. Cada vez más, los servicios públicos están al servicio de los empresarios.

Considerando todo lo anterior, hemos tomado un conjunto de resoluciones que damos a conocer al país en un documento aparte. Entre nuestras principales resoluciones, hemos decidido:

1- Reiterar nuestro rechazo al neoliberalismo y continuar luchando hasta que nuestro país adopte otras formas de organizar su agricultura y su economía. Lucharemos igualmente por la revisión y derogación de los tratados de libre comercio.

2- Apoyar las demandas por un cambio constitucional que, entre otros, termine con el sistema binominal, que sólo agrava los problemas de falta de democracia en Chile y beneficia exclusivamente a los grandes grupos económicos. Exigir la derogación de la ley antiterrorista.

3- Luchar por que se lleve a cabo un programa amplio de Reforma Agraria, que entregue tierras a campesinos y pueblos indígenas, con un cuidado especial por garantizar la entrega de tierras a mujeres y jóvenes.

4- Luchar por el reconocimiento del derecho de los pueblos indígenas a la autonomía y autodeterminación, que incluya la devolución de los territorios ancestrales a los pueblos indígenas.

5- Reafirmamos nuestra identidad como campesinas, como indígenas, como mujeres. Nos comprometemos con defender el derecho y el deber de continuar produciendo alimentos para nosotros y el resto de los chilenos. Nos comprometemos con una agricultura sin agrotóxicos, con la defensa de nuestras semillas, nuestros saberes y nuestra cultura, en contra de las semillas transgénicas y los monocultivos. No queremos ser potencia agroexportadora. Rechazamos el encadenamiento productivo y seguiremos luchando por producir de manera libre y de acuerdo a nuestros principios. Lucharemos por la soberanía alimentaria como un derecho fundamental de los pueblos.

6- Lucharemos por cambios en las políticas agrícolas hasta contar con políticas que fomenten y protejan la agricultura familiar campesina y garanticen que los servicios públicos, especialmente el INDAP, favorezcan a los pequeños agricultores y no discriminen a la mujer y a los jóvenes. Exigimos una solución real al problema del endeudamiento campesino y que el INDAP asuma la responsabilidad que le cabe en la creación de este problema.

7- Demandamos y lucharemos por una reforma al Código de Aguas que responda a las prioridades de las comunidades y de las personas, reconociendo el agua como un patrimonio común, derogando e impidiendo su privatización.

8- Lucharemos por una ley del medioambiente que garantice la efectiva participación ciudadana, que prohíba las actividades contaminantes y obligue a la fiscalización efectiva. Queremos la derogación del decreto 701 y que se fomente la plantación de bosque nativo. No queremos más pinos y eucaliptus.

9- Exigimos y lucharemos por un sistema de educación público, accesible a todos los niños y jóvenes, que respete nuestras culturas y que apoye que los jóvenes permanezcan en el campo. Queremos una educación técnica y agrícola respetuosa con el medioambiente y con nuestros saberes.

10- Exigimos y lucharemos por un sistema de salud público, digno y solidario, al alcance de todos, que proteja efectivamente contra los agrotóxicos y otras formas de contaminación.

11- Exigimos un sistema previsional público y solidario, jubilación digna y garantizada para todos y jubilación más temprana para las mujeres del campo.

12- Agradecemos las múltiples muestras de solidaridad que recibimos de otros movimientos sociales e instituciones. Reiteramos nuestra decisión de seguir luchando de manera unitaria, uniendo nuestros esfuerzos y luchas con los de otros movimientos campesinos e indígenas de todo el mundo y con otros movimientos sociales que hoy están resurgiendo, para continuar la senda de globalizar la lucha y globalizar la esperanza.



¡Es tiempo de soñar! ¡Es tiempo de sembrar! ¡Es tiempo de construir! ¡Es tiempo de participar! ¡Es tiempo de luchar!

¡Las mujeres continuaremos teniendo la palabra!

Asamblea del Primer Congreso Nacional de
ANAMURI
Santiago, 23 de marzo de 2007



RESEÑA***Construir la democracia en tiempos de post dictadura.
Reflexiones desde la ciencia social (1985-1989)***Mariana Viera⁽¹⁰⁸⁾

“(...) la recuperación de la democracia aún continuaba y continuaría siendo una tarea histórica colectiva no resuelta”.
(Caetano, Rilla, 1987:112)

El artículo que presentamos esboza líneas incipientes de análisis sobre la construcción de la democracia por parte de la Sociología¹⁰⁹ en Uruguay, durante el período 1985-1989. Podríamos describir esta propuesta como una reseña temático-analítica de la producción del período.

Estas reflexiones forman parte de un proyecto más vasto cuyo objetivo es la construcción de la democracia con especial atención a su sentido de realización de un régimen de derechos humanos, en el pensamiento de las Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales en Uruguay, durante el lustro 1985-1989 que delimita para el país el primer gobierno de derecho, luego del período 1973-1984 cuando tuvo lugar la dictadura cívico-militar¹¹⁰.

Nos referimos a la “*construcción de la democracia*” en tanto entendemos que el pensamiento, en este caso el elaborado desde ámbitos académicos, es constitutivo y constituyente de la realidad social. En un mismo movimiento la ciencia selecciona aspectos del acontecer social, los vincula, les otorga un sentido y así focaliza en una u otra dirección la mirada de la sociedad sobre los mismos.

En cuanto a lo metodológico, la bibliografía revisada se limitó a lo producido en ámbitos académicos (tanto en la Universidad de la República como en centros

¹⁰⁸ Licenciada en Cs. Antropológicas, Ayudante CEIL.

¹⁰⁹ La mirada desde otras ciencias sociales, como la Historia o la Ciencia Política, ha sido analizada por otros integrantes del proyecto de investigación. Los textos que aquí se utilizan como base del análisis fueron relevados por quien escribe, mientras que otros textos de aquel entonces, de los que este trabajo también se nutre, fueron trabajados por Cecilia Arias también en el marco del proyecto. La desatención a la producción desde la Antropología, a pesar de la formación específica de quien escribe, se debe a la casi inexistencia de producción desde esta disciplina durante esos años debido a su incipiente desarrollo en nuestro país (la Licenciatura en Ciencias Antropológicas comienza en la entonces Facultad de Humanidades y Ciencias, en 1974)

¹¹⁰ El proyecto, de carácter interdisciplinario, se titula “*La construcción de la democracia en la transición. El pensamiento de las Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales: Uruguay 1985-1989*”. Su responsable es el Prof. Yamandú Acosta (Facultad de Derecho y Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación) y participan, además de quien escribe: Cecilia Arias, Elizabeth Maidana, Alejandra Umpiérrez, Marcela Vigna, Bruno Vera y Ana Gastelumendi. Agradezco los aportes y el material acercado por los estudiantes que participaron del Seminario que se está dictando (marzo-agosto de 2007, en el Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos) en el marco de la investigación: Enrique Caetano, Laura Morando, Julio Pereira, Gonzalo Ciganda, Orminda Verona, Lucía Collazo, Hilda Domínguez, Alexander Wegenhaupt, Haym Barrios y Mario Hernández.

de investigación privada) por autores uruguayos y que hubiera sido editado en Uruguay¹¹¹.

Advertimos que, tratándose de una investigación aún en curso, lo que buscamos es esbozar algunas líneas de análisis que serán profundizadas a medida que la investigación continúe dando los pasos previstos. Teniendo en cuenta esto, elegimos para el caso abordar una de las tres dimensiones definidas teóricamente para el objeto de estudio: la dimensión significativa, que implica a los objetos de estudio elegidos por los autores, los temas y el tipo de análisis que proponen. A partir de esta dimensión comenzaremos a responder una de las preguntas centrales de la investigación: ¿Cómo es valorado, en términos de identidad democrática, el estado de derecho post dictadura?.

Texto, contexto y campo

El lapso histórico abordado en esta primera instancia del Proyecto corresponde a aquel que se inicia luego del denominado “*período de transición*”, al que la mayoría de los textos se refieren como instancia marco para el posterior “*proceso de democratización*” (Sierra, 1989), “*futuro de la democratización*” (Castagnola, 1989) o “*apertura democrática*” (Aguiar, 1985). La definición de tales procesos supone, necesariamente, una evaluación de las instancias previas, tanto de la transición como de las características sociales, políticas y económicas de más larga data a la que muchos de estos autores también se remontan (Aguiar, 1985; Sierra, 1986; Sierra, 1987; Sierra, 1989; Martorelli, 1986; Castagnola, 1989), y una evaluación del proceso en sí mismo. Sierra, en el texto de 1988 se refiere, por ejemplo, al proceso de transición como una etapa terminada. El proceso de democratización avanzaría a partir de la transición -definida por el autor como la retirada de los militares del gobierno-, en tanto proceso de re-democratización social buscando revertir indicadores económicos previos a la dictadura. De Sierra no se expide en relación a los resultados de tal proceso. Autores como Spósito (1987) hablan en cambio de la existencia de una « *democracia tutelada* »; esto a la luz del fracaso de la Concertación que no puede soslayar los conflictos de base existentes. Vemos aquí cómo la evaluación del proceso de concertación y sus resultados deviene esencial para la definición del posterior retorno a un régimen de derecho. Asimismo lo será el rol asignado al componente social, en tanto vértice activo o pasivo de este proceso y por tanto con un papel central o inexistente en el nuevo período. Ambos aspectos estarán presentes en el análisis.

La transición misma puede ser dividida en cinco etapas fundamentales (González, 1985): 1) el plebiscito de noviembre de 1980, 2) la negociación y posterior aprobación del estatuto de los partidos políticos; 3) las elecciones internas de 1982 en el Partido Colorado, el Partido Nacional y la Unión Cívica, llevadas a cabo en el marco del nuevo estatuto; 4) el acuerdo (o pacto) del Club

¹¹¹ Además de la dificultad de acceder a títulos editados fuera del país, aquellos publicados en Uruguay -por su misma divulgación en nuestro medio-, serán de mayor conocimiento y por tanto tendrán más peso a la hora de definir la realidad sociopolítica de aquellos años en nuestro país.

Naval, que estableció el marco en que se realizaron las elecciones de noviembre de 1984, y 5) las elecciones mismas. Un proceso signado, como destacan Caetano y Rilla (1987) por una serie importante de eventos electorales, algo singular con respecto a otras dictaduras de América Latina –y tal vez del mundo entero- ya que en los últimos cuatro años se sucedieron tres consultas.

Enmarcados así en una coyuntura histórica de innegable efervescencia, en todos los textos abordados -más allá de estar o no explícita-, existe una mirada hacia lo prospectivo que podría leerse en tanto respuesta o posicionamiento político frente a un contexto de retorno a la democracia política.

Sin embargo, y como manera de ordenar el material relevado, elaboramos una tipología en base, ya no a la mirada más general, sino al énfasis que pone cada texto en alguno de los siguientes aspectos: prospectivos/analíticos/descriptivos/teóricos:

- a) textos cuyo tipo de análisis es prospectivo: buscan abordar los escenarios posibles y los desenlaces de la “democratización”. Aguiar (1985), Sierra (1989), Castagnola (1989)
- b) textos cuyo análisis está centrado en lo analítico descriptivo. Spósito (1987)
- c) textos teórico-analíticos. Sierra (1986), Sierra (1988), Martorelli (1986), Longui (1986)

La identidad democrática del estado post dictadura. Lluve sobre mojado.

De los textos analizados se desprende la existencia de una identidad democrática post dictadura lesionada a causa de una coyuntura previa del país que fue agravada durante la dictadura y a la que se suman, en el retorno al Estado de derecho, problemáticas específicas del período fáctico.

Aguiar (1985) señala como condición económica básica previa al Golpe de Estado -con sus consecuencias sociales-, el estancamiento productivo. En el plano de lo político, por su parte, la coyuntura pre-dictatorial está determinada por la existencia de un “bipartidismo fragmentario” con altos costos de decisión política, un desplazamiento de las pautas de legitimidad que pasan a centrarse en lo retributivo y en las maneras del clientelismo, una pérdida de la capacidad de representación del Estado y la existencia de una doble escena política que lleva a un desfase entre procesos y mecanismos que adjudican titularidad del poder público y aquellos que determinan la aceptabilidad de las políticas públicas. A esta coyuntura previa se le suman elementos externos, entre ellos una deuda externa creciente que condicionaría la gestión del ahora gobierno electo democráticamente.

Así, a juicio de Aguiar (1985) el proceso de apertura depende, en el largo plazo, de superar estos factores señalados y en el corto plazo de reinstaurar el orden civil y desmontar los restos del orden autoritario. Se desprende de ello la definición de dos niveles de identidad democrática en este estado post dictatorial: uno vinculado a lo político y otro nivel en consonancia con aspectos más de fondo, vinculados a lo social, lo económico y lo político. *“La hipótesis principal de este capítulo es que para enfrentar los problemas estructurales básicos, para manejar adecuadamente el nivel de demandas sociales y para evitar ‘refrescar la memoria colectiva en relación al proceso de conflicto social que desembocó en el autoritarismo, el nuevo gobierno deberá operar básicamente con variables políticas (...) La segunda hipótesis sugiere que, para poder hacerlo, el gobierno debe proceder en tres fases: primeramente un aspecto político (...); en segundo lugar, un pacto social limitado en el sistema urbano industrial –propriadamente, entre los trabajadores organizados y los empresarios; en tercer lugar, un pacto social amplio a nivel nacional, que incluya al conjunto del sector agropecuario. La forma de manejar esas variables políticas y la manera de resolver los pactos indicados permitirá caracterizar dos desenlaces posibles, ambos democráticos aún cuando diversos en su ‘contenido social’”* (Aguiar, 1985:49). Claramente Aguiar define aquí a la democracia en primer término como procedimiento electoral.

De Sierra (1986) también considera los cambios sociales que se habían ido produciendo a lo largo de los treinta años previos a la dictadura, como clave de la identidad democrática del país post dictadura. Entre estos cambios el autor menciona la reducción del peso específico de la clase obrera, la disminución del nivel de vida de asalariados, la emigración del 15% de la población económicamente activa, el aumento del sector informal, la aceleración del proceso de crisis de los empresarios ligados al mercado interno, la importancia creciente del sector financiero privado con respecto a la economía, el aumento del carácter oligopólico de grandes empresas junto a la concentración y centralización del capital, el aumento de la deuda externa, el estancamiento de la economía agropecuaria, la creación de una estructura legal y organizacional adaptada a las necesidades de una plaza financiera tipo “off shore” y la profundización del desequilibrio entre la calificación de los egresados del sistema educativo y las oportunidades ocupacionales. Así lo que llevó al período dictatorial fue una crisis autoalimentada del “*modelo de bienestar*” y más en general del modelo “*populista uruguayo*” que se expresó a nivel del sistema político en su conjunto. *“(...) Si la formación del Estado de bienestar no es posible o es insuficiente, las reivindicaciones materiales penetran el ámbito político, donde suelen ser tratadas como un conflicto (intrasistema) sobre la distribución de la riqueza, no sobre su modo de producción. Cuando tales demandas sobrepasan las instituciones políticas y cuestionan las relaciones de producción, se denuncia una crisis de legitimidad no de la organización económica de la sociedad, sino de su institucionalidad jurídico-política. Se denuncia la crisis de la democracia”* (Lechner, 1981:316; en Sierra, 1986:7).

El escenario post - dictatorial está por tanto limitado, en su identidad democrática, por esta situación socio económica y política previa en la cual las actividades de explotación están dirigidas al pago de la deuda externa. Paralelamente el país se muestra incapaz de llevar adelante un pacto de clase

que permita una nueva hegemonía -que supondría trabajadores y capitalistas organizados como clases y unificados en su representación-; y de elaborar acuerdos programáticos.

En su análisis se puede leer una evaluación negativa de la situación con respecto a la democracia social, ya que ninguna de las prácticas del Estado se orientaría a realizar las demandas populares; lo que habría es una democracia política, limitada al pasaje de la dictadura a la democracia en términos constitucionales. *“En cualquier caso este desplazamiento claro de la estructura del discurso democrático –en el contexto uruguayo clásico- por parte de los dirigentes políticos y nuevos ideólogos emergentes del bloque en el poder, contrasta con las transformaciones regresivas estructurales que se han producido en la sociedad y que tienden a aumentar cada vez más la distancia entre democracia política y democracia social”* (1986:23).

Sus señalamientos, tanto en el trabajo que venimos analizando como en el del año siguiente, apuntan a criticar una visión de democracia que podríamos denominar procedimental por sobre una democracia sustantiva, que para de Sierra implicaría desatender el proyecto de acumulación poniendo énfasis en una transformación de base sobre aspectos de democracia redistributiva. *“Es evidente que desde que asume el Poder Ejecutivo en marzo de 1985, el Partido Colorado realiza un sistemático esfuerzo por consolidar hacia el futuro una problemática que se despegue lo menos posible de los ‘bienes políticos’. Es decir, desplazar el debate y la normatividad política hacia la sola dicotomía democracia autoritarismo, relegando el terreno de las ‘utopías’ y lo ‘vetusto’ los clivajes clasistas y socio económicos en general”* (Sierra, 1987:9). El Estado de transición se vuelve, para de Sierra, en un modelo de acumulación cada vez más excluyente y dependiente del exterior, con discursos políticos que viran hacia la izquierda y con ciertas dosis de populismo para complacer en el discurso, no así en los hechos, las demandas urgentes de la población.

Si bien pone el énfasis en la justicia social también critica algunos aspectos procedimentales, como la cada vez mayor concentración de las decisiones en el Ejecutivo a partir de mecanismos legales y por vía de los hechos, y el procesamiento de la política por otros canales no ciudadanos (Sierra, 1987).

En el texto de 1989, de Sierra centra más su atención en los aspectos sociales y políticos del acontecer democrático, distinguiendo entre lo jurídico y lo político; allí advierte que los procesos políticos van más allá de lo jurídico por lo cual la reimplantación de la Constitución no indica que el sistema opere tal cual lo hacía previo al Golpe de Estado. Según su evaluación, existen una serie de condiciones que el proceso de democratización no pudo revertir: el empobrecimiento de los hábitos de participación ciudadana, la disfuncionalidad del sistema electoral y de partidos, y la falta de actuación del Parlamento en tanto espacio donde se dirimen los grandes problemas nacionales.

El legado dictatorial: la baja participación social y un cuarto poder de hecho.

A los problemas heredados de la etapa previa al Golpe de Estado se suman condiciones surgidas del propio proceso. En la dimensión socio cultural fundamentalmente el declive de la participación social. Señala Longui (1986) que la sociedad post dictatorial uruguaya sería una sociedad despolitizada y desmovilizada, consecuencia de uno de los objetivos de la dictadura y que redundó en el incremento de la subordinación. Al no poder los sectores sociales sometidos, elaborar una propuesta política alternativa, el monopolio discursivo quedó en manos del proyecto autoritario.

Aguiar (1985) va en la misma dirección cuando evalúa de importancia de incrementar los canales de recepción de demandas de la sociedad y los canales de comunicación, aumentar la capacidad del Estado de intervenir y socializar la resolución de problemas.

La ausencia de participación social como factor clave para el debilitamiento de la identidad democrática post dictadura, es abordada por todos los autores analizados y en el caso de dos de los textos (Martorelli, 1986; Longui, 1986) surge como el objeto central del análisis.

Para Martorelli (1986) la recomposición de la convivencia democrática necesita de ajustes e innovaciones en los cuales deberían contar con un lugar especial las políticas de participación ciudadana en tanto éstas son, para el autor, la forma de lograr una sociedad más equitativa. Las políticas sociales apuntan a la justicia social, la única forma de llegar a una igualdad de oportunidades en un sistema desigualitario. Se las define como “(...) un conjunto de decisiones y órdenes que emanan del sistema político mediante el ordenamiento institucionalizado del poder estatal, que asigna imperativamente valores en relación a la conformación de la igualdad de oportunidades que debería ofrecer una propuesta democrática a los miembros de una sociedad” (Martorelli, 1986:4). La participación implicaría la organización para intervenir de manera creativa y autónoma en el procesamiento de iniciativas y en la formulación de decisiones.

La identidad democrática de la sociedad post dictatorial es definida, desde esta concepción, por la ausencia de propuestas radicales, innovadoras, producto asimismo de una merma de la participación. También Spósito (1987) y Caetano y Rilla (1987) coinciden en este análisis y encuentran las raíces de esta ausencia en los procesos de concertación. “El desarrollo de experiencias como la Intersectorial o la Intersocial (...) parecieron perfilar el arraigo de novedades importantes (...) hubo quienes (...) anunciaron el advenimiento de una ‘nueva sociedad uruguaya’ nutrida con impulsos endógenos y posibilidades de desarrollo desconocidos anteriormente en el país” (Caetano y Rilla, 1987:151). Las definiciones de tales procesos, negaron en los hechos estas esperanzas.

En el diagnóstico de Castagnola (1989) lo que existe es una ruptura en las modalidades de vinculación entre la sociedad y el sistema político, producida como consecuencia de la dictadura. Se interrumpió el sistema de canalización de demandas de la sociedad a la esfera estatal por mediación de los partidos, algo que en Uruguay había logrado una eficacia relativamente alta a lo largo del siglo. La identidad democrática post dictatorial hereda este quiebre y por tanto una

pérdida de incidencia de las demandas sociales así como un desgaste de los mecanismos de socialización política y una interrupción de los procesos tradicionales de renovación de los liderazgos. De su análisis se desprende que la restauración del orden democrático necesitaría lo que denomina una *“hipótesis de la refundación”*, *“(…) que implica la participación de nuevos actores, que se han impuesto por su relevancia y representatividad, al debate social político público sobre la base de patrones de comportamiento y reglas básicas de confrontación, debate y negociación tradicionales de la sociedad uruguaya”* (Castagnola, 1989:102). Una vez más: el incremento de la participación social y el rescate de una manera cultural de procesar la misma, dimensión que en la sociedad previa al Golpe de Estado aparece con un lugar de destaque.

Martorelli (1986), por su parte, pone el énfasis de su análisis en qué es lo que debería hacer el Estado para revertir la falta de participación. Para el autor lo que se debería hacer es desarrollar políticas de participación; desarrollar una política social definida que, unida a la creación y consolidación de una modalidad de participación ciudadana que busque generar y ejercer el poder, es la base fundamental hacia una democratización como Martorelli la concibe. *“Entendemos la democracia no ya como la denominación del período post dictatorial ni como un paso transitorio, sino más bien como una modalidad del proceso político que implica aproximaciones sucesivas, tal vez nunca definitivamente culminables, hacia el logro de valores tales como la libertad, la justicia, la paz, el igualitarismo y el bienestar en la satisfacción de las necesidades básicas para todas las personas y grupos que integran la sociedad uruguaya”* (Martorelli, 1986:1).

Longui (1986) se interesa como Martorelli por la participación social como forma de ejercer presión sobre el Estado, pero su análisis no parte de las políticas sociales sino de la estructura de clases en tanto ésta es la que permite valorar la evolución y orientación de un programa “alternativo” al autoritarismo y el respaldo colectivo para el mismo.

La evaluación de la identidad democrática del Estado post dictatorial, implícita en esta mirada, supone la existencia de clivajes autoritarios que sólo pueden ser desarticulados a partir del ejercicio del poder de aquellos ciudadanos vinculados a las clases sociales interesadas en revertir el orden prevalente. *“Las clases y los sectores sociales, derivan de las diferentes formas de participación y de los vínculos diferenciales que los sujetos contraen en el proceso económico, en sus procesos de producción o de circulación”* (Longui, 1986:2).

A la disminución de la participación ciudadana, como aspecto que lesiona la democracia, se suma en los análisis el protagonismo de las Fuerzas Armadas en el Estado emergente, protagonismo que de seguir así, señala de Sierra en los trabajos reseñados, llevaría a la instalación de un *“cuarto poder”* de facto en el país, como ha sucedido en otros países de América Latina. Las Fuerzas Armadas en el período post dictatorial surgen con un rol político tutelar y con iniciativas generales, y una función de veto en aspectos de significación para su concepción de la seguridad nacional y del Estado. En el texto de 1987, de Sierra destaca que las Fuerzas Armadas impregnan la esfera ideológica y política del Estado, ya que éste lleva adelante una política tutelar y de mantenimiento del presupuesto y del personal militar.

La aprobación de la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado hace emerger con claridad, según la interpretación de Sierra (1989), este lugar central de las Fuerzas Armadas en torno a las decisiones políticas, ya que con la aprobación de la Ley se está aceptando el desacato militar. Así afirma que nuestro país está *“alejado de una situación normal y estable en cuanto a sus implicancias para la consolidación de una democracia bajo control civil”* (De Sierra, 1989:15).

Campaña para anular la Ley de Caducidad, abril 1989.



“Por los chiquitos que vienen, por los chiquitos que faltan...”

Mi nombre es Lucia Zaffaroni.

Mi hermano Jorge, su esposa María Emilia Islas y su pequeña hija Mariana de 18 meses, fueron secuestrados por militares en Argentina el 27 de setiembre de 1976. De mi hermano y mi cuñada no se supo nada. Marianita se encuentra aún en manos de sus secuestradores; tiene 15 primos que tienen derecho a conocerla.

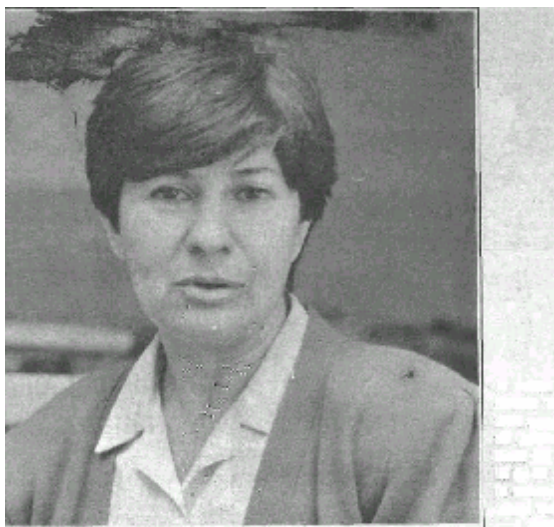
Yo me pregunto cómo les enseñaremos a nuestros hijos valores tan importantes como la verdad y la igualdad y la justicia, cuando no nos es posible contestarles preguntas tan simples cómo: '¿Dónde está Mariana?' ¿"Por qué no podemos verla?" "¿Qué les pasó a sus padres?"

Para que Mariana vuelva a casa.

Para que todos los niños desaparecidos vuelvan y para que esto no suceda nunca más.

Para que todos los niños del Uruguay tengan un futuro de paz y alegría, yo voy a votar verde el próximo domingo y a usted le pido que también lo haga.

La iniciativa del referéndum y plebiscito para anular la ley de caducidad culminó el 16 de abril de 1989. Mariana Zaffaroni, una de las niñas secuestradas, fue emblema de la campaña.



Mi nombre es Sara Méndez.
 Cuando mi hijo Simón
 tenía apenas 20 días
 fue arrancado de mis brazos.
 Hasta hoy no lo he podido
 encontrar. La ley de caducidad
 me impide investigar. Mi
 corazón dice que Simón está
 vivo.
 Usted, este domingo,
 ¿me ayudará a encontrar a mi
 hijo?

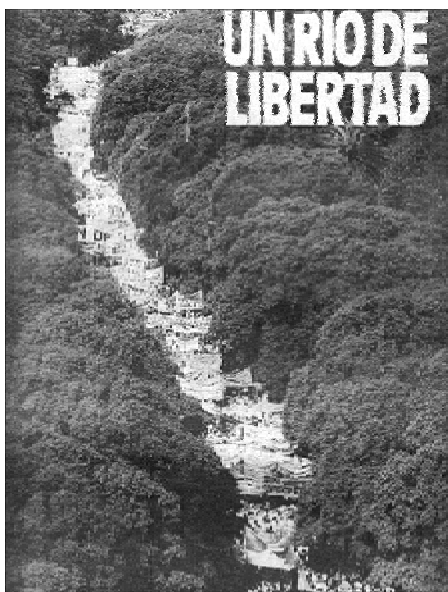


COMISION NACIONAL PRO-REFERENDUM

Este mensaje de Sara Méndez y de la Comisión pro Referéndum fue censurado por los canales de TV que se negaron a emitirlo.

Antes de concertar

“(...) la resistencia popular a la dictadura crecía sin pausas y se expresaba en creciente movilización popular; la unidad de todos los que querían el cambio – frenteamplistas, ferreiristas y cebeistas- debiera haber sido la consigna que para nosotros se expresaba en Movilización, Unidad e Intransigencia. En su lugar, se fabricó la fórmula claudicante de Movilización, Concertación y Negociación, que en realidad era: Posibilismo, Negociación y Electoralismo” (*Bruscherá, 1987:161*)



27 de noviembre de 1983 :
 acto convocado por todos los partidos políticos en el
 Obelisco de Montevideo.

Un aspecto central en la discusión del rol de la ciudadanía en la transición a la democracia se vincula a la idea de una salida “otorgada” por los militares o “conquistada” por los actores sociales. Como advierte González (1985) las opiniones sobre el punto son divergentes. Para buena parte de la izquierda, la democratización es conquistada, arrancada a las Fuerzas Armadas derrotadas políticamente por la lucha popular. Sin embargo, la lectura desde la academia no es la misma y así lo advierte Aguiar en el texto reseñado.

Para Caetano y Rilla la salida de la dictadura fue otorgada por los militares, quienes decidieron plantearse hallar “*la mejor salida*” luego de la derrota en el plebiscito del '80. Aguiar (1985) en su análisis, como también González (1985), se adscriben a esta idea de que la salida a la dictadura fue “otorgada”, con las Fuerzas Armadas jugando un rol significativo. Esto no implica desconocer, sin embargo, el papel –aunque diferente-, de la fuerza social. “La importancia de la presión popular puede referirse a dos cosas diferentes. La presión popular directamente manifestada en la calle jugó un rol importante pero circunstancial y subordinado a una estrategia mayor. Sirvió como instrumento de presión sobre las FFAA porque siempre estuvo bajo control y porque se mantuvo dentro de ciertos límites. (...) El otro sentido en que cabe hablar de presión popular, el electoral, fue absolutamente decisivo. Determinó el comienzo de la transición y seleccionó al liderazgo político que debía llevarla adelante. En cuatro años se pronunció tres veces (en 1980, 1982 y 1984) decidiendo el curso de los acontecimientos, todas ellas en contra de las FFAA y por mayorías cada vez más aplastantes” (González, 1985:117).

El rol de la negociación en la producción de una ciudadanía de baja intensidad

A partir de las reflexiones precedentes podemos preguntarnos, ¿qué papel jugó la salida negociada en el refuerzo o negación de la participación ciudadana a la que los autores aluden? Todos ellos adhieren a la idea de que la transición al Estado de derecho, tal como fue procesada en nuestro país, significó un cada vez menor protagonismo de la ciudadanía y un más visible e importante rol de los partidos políticos, con consecuencias de trascendencia para la identidad democrática. Pero si esto fue así en el pasaje propiamente dicho al Estado de derecho, no parece haberlo sido en las instancias previas. ¿Dónde estuvo el momento de inflexión? Caetano y Rilla nos orientan en una respuesta. “*Fue la civilidad pacíficamente impuesta desde el plebiscito del '80, quien cobraría protagonismo crecientemente inevitable (...) La segunda inflexión de la dictadura transicional fue dada por la voluntad de acuerdo entre los partidos y el gobierno, lo que orientó el proceso hacia la dinámica de la negociación y devolvió el timón a las colectividades políticas. La vocación negociadora desembocó como es sabido en tres resultados de gran interconexión: relativizó la presión de la movilización social, electoralizó la dinámica política y ajustó la salida a términos de un pacto entre militares y la mayoría de los partidos políticos*” (Caetano y Rilla, 1987:132-133).



Manifestaciones estudiantiles en la semana del estudiante 1983.

Spósito (1987), quien centra justamente su interés en el proceso de concertación en tanto lo asume como “(...) *piedra de toque y contraseña de las fuerzas opositoras hasta el punto de constituirse en una de las claves principales de la transición democrática*” (Spósito, 1987:94) señala como consecuencia de este proceso la debilitación paulatina que sufre el movimiento sindical, que si bien intentó llegar a formas de concertación centradas en las organizaciones sociales para recuperar iniciativas perdidas y poner en práctica la política de alianzas de la coalición de izquierda, no tuvo las consecuencias esperadas. La vinculación entre la sociedad civil y el aparato político quedó necesariamente mediada por los partidos y los acuerdos a los que éstos (fundamentalmente el Frente Amplio, como representante de la oposición), pudieran llegar.

Castagnola (1989) adhiere a la misma interpretación buscando las causas de tal consolidación de fuerzas en la segunda etapa de la Conapro, cuando se constituye el denominado “*grupo político*”, integrado por representantes de los cuatro partidos políticos más importantes que actúan en la transición y que se presentan en las elecciones del ‘84 (Nacional, Colorado, Convergencia Socialista y Partido de los Trabajadores). La conformación de este grupo establece una estratificación jerárquica entre quienes participan del debate, dándoles a los actores políticos un lugar de preeminencia sobre los actores sociales. Esto, agrega el autor, da cuenta del alto valor simbólico otorgado en la institucionalidad democrática a la esfera política y los partidos.

El Estado que surge luego de la Concertación es por tanto un Estado que respeta las reglas de juego entre los principales actores de la crisis precedente pero en el que asoman los antagonismos previos y por tanto no se dirimen los problemas centrales. La Conapro, a la vez que comprometió al Frente Amplio a la legalidad democrática y a las formas democráticas de actuación política obtuvo la tregua del movimiento sindical “a efectos de que éste aceptara un impasse en sus prácticas agitativas como condición del crecimiento y de una acumulación de corte

capitalista o, en otros términos, la garantía de legitimidad sin restricciones para el empresariado en lo que respecta al monopolio de las decisiones productivas" (Spósito, 1987:96). Se transita así desde una dictadura militar a una "democracia parlamentaria y tutelada". En la situación jurídica se pasa de un gobierno de hecho a gobierno de derecho; en lo político se atenúan los mecanismos de represión para darle paso a formas más paternalistas de intervención y a nivel del Estado se trasladan las decisiones de las Fuerzas Armadas a los partidos políticos.

En un mismo sentido van las afirmaciones de Caetano y Rilla, quienes evalúan que "(...) *la restauración del sistema político tradicional desembocó en la extinción, la absorción o por lo menos la pérdida de dinamismo de muchos de [los] 'nuevos' movimientos replegados por la implantación del Estado, de los partidos, y en menor medida de los sindicatos*" (Caetano, Rilla, 1987:144). Si bien en el proceso de salida de la dictadura aparecen los civiles primero como protagonistas, son después desplazados por los partidos políticos que negociarán la salida con los militares. Lo social organizado sería capturado lentamente por lo partidario, "(...) *reproduciéndose una vez más algunas de las características más salientes del sistema político previo a 1973*" (Caetano, Rilla, 1987:151).

Retomando el análisis de Spósito (1987) la Conapro fue la que permitió que el sistema político, una vez en democracia, recuperara y absorbiera a los movimientos sociales que habían tenido un importante protagonismo en la primera etapa de la Concertación, cuando la discusión sobre el paro del 18 de enero de 1984. En ese momento los movimientos eran una opción articuladora entre el Estado y la sociedad civil ya que actuaban "*Cubriendo zonas de actuación política que los propios partidos no estaban en condiciones de explotar en esas circunstancias, con una capacidad de convocatoria que excedía con mucho los límites de la propia membresía, con una dinámica de movilización social que los partidos no contaban entre sus atributos (...)*" (Spósito, 1987:98). Tal proceso de absorción no ocurrió en otros países como Bolivia, Brasil y Chile, donde las organizaciones sociales o el "*movimientismo*" —como expresión de una nueva constelación ideológica de izquierda— representa una reafirmación más contundente de la sociedad civil y la insubordinación de sus necesidades y estilos a los que son propios del sistema político partidario" (Spósito, 1987:96)

La nueva democracia, surgida de la Concertación toma para Spósito (1987) las características de las democracias liberales, en las que se reafirma en términos ideológicos la posibilidad de constitución de un régimen político de actores opositores, la posibilidad de la población de decidir qué actores quiere que ejerzan como funcionarios de gobierno y la consideración de un conjunto de libertados y derechos, individuales y colectivos, pero en la que no se avanza sobre cuestiones como el revisionismo de la actuación de las Fuerzas Armadas; problemas derivados de las interpretaciones disímiles de la institucionalidad vigente y de la visión inconformista frente a una visión de la democracia como valor insustituible.

El procesamiento de salida de la dictadura pareció encontrar, para estos autores, un camino errado por la vía de la concertación que terminó desarticulando la acción social como vehículo para el logro de una democracia sustantiva, que atendiera a los aspectos económicos y sociales de la población. La concertación abre paso así a una democracia con contenido liberal y «tutelada» según el

análisis crítico de Spósito (1987), sin control civil (Sierra, 1989) o con diverso contenido pero democracia de todos modos, según la mirada más institucionalista de Aguiar (1985). Las reflexiones de Bruschera resumen de alguna manera esta visión compartida. *“Concertar significa acordar (...) el objetivo puede ser muy concreto, por ejemplo que el gobierno y el poder político sean transferidos a legítimos representantes de la ciudadanía, que haya elecciones limpias y rija la Constitución. Este objetivo fue realmente perseguido y obtenido por lo menos en sus aspectos fundamentales. Más el objetivo y programa de la concertación pueden ser mucho más profundos, por ejemplo, transformar estructuralmente a toda la sociedad para lograr mejores niveles de bienestar humano, de justicia social, de abundancia material, y entonces no sólo se plantea lo que queremos alcanzar sino cómo alcanzarlo. Y en estos puntos, en el qué y en el cómo, más allá de discursos verbalistas, es obvio que la coincidencia no existe. (...) plantearse como estrategia la concertación, sin previamente definir para qué y con quienes no pasa de ser otra forma de discurso elusivo. No es éste el camino evidentemente”* (Bruschera, 1987:182).

Ausente en los textos trabajados está la gravitación que tuvo en esta transición el terror de Estado, materializado en los presos políticos aún en las cárceles. Quedará para análisis posteriores cuánto tuvo que ver en esta ausencia la coyuntura histórica y cuánto pesó la matriz disciplinar. El abordaje de otras dimensiones del análisis y la proyección histórica del tema darán seguramente una visión más acabada de la densidad de esta construcción de democracia.

Bibliografía

Bruschera, Oscar, *“Las décadas infames: análisis político. 1967-1985”*, Montevideo, Linardi y Risso, 1987.

Caetano, Rilla, *“Breve historia de la dictadura”*, Montevideo, ClaeH, Banda Oriental, 1987.

Filgueira, Carlos, “Mediación política y apertura democrática en el Uruguay”. EN: Gillespie, Charlie, Goodman, Lous, Rial, Juan, Winn, Peter, *“Uruguay y la Democracia”*, Montevideo, Banda Oriental, Tomo 2, 1985

Gillespie, Charlie, Goodman, Lous, Rial, Juan, Winn, Peter, *“Uruguay y la Democracia”*, Montevideo, Banda Oriental, 1984- 1985.

González, L. E., “Transición y restauración democrática”. EN: Gillespie, Ch., Goodman, L, Rial, J, Winn, P. *“Uruguay y la democracia”*, Montevideo, Banda Oriental, 1985.

Zubillaga, Carlos, Pérez, Romeo, *“La democracia atacada”*, Montevideo, Banda Oriental, 1988.

Rama, Germán, “La democracia en Uruguay”, Grupo Editor Latinoamericano, Bs. As., 1987. EN: Gillespie, Charlie, Goodman, Lous, Rial, Juan, Winn, Peter, *“Uruguay y la Democracia”*, Montevideo, Banda Oriental, Tomo 3, 1985.

Fuentes bibliográficas

Aguiar, César A., “Perspectivas de la democratización en el Uruguay actual”. En: Sarachaga, Dario; Terra, Juan Pablo; Wonsewer, Israel, *“Apertura y concertación”*. Montevideo, Banda Oriental, 1985.

Castagnola, José Luis, “Las relaciones del sistema político y la sociedad civil. Entre novedad y tradición”. EN: Castagnola, José Luis; De Sierra, Gerónimo, *“La democratización y el debate sobre la modernización”*. Montevideo, Ciedur, ClaeH, Banda Oriental, 1989.

Errandonea, Alfredo (h.) *“Dominación y explotación”*. Montevideo, ClaeH, 1986.

Martorelli, Horacio, *“Políticas sociales, participación ciudadana y acción municipal”*. Montevideo, Ciedur, 1986.

Longhi, Augusto, *“Las clases sociales y el futuro nacional”*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 1986.

Sierra, Gerónimo de, *“Transformación de la sociedad y del estado: búsqueda de nueva hegemonía”*. Montevideo, Ciedur, 1986.

Sierra, Gerónimo de, “Los problemas de la democratización: ¿hacia dónde vamos?”, Montevideo, Ciedur, 1988, *Uruguay hoy: Cuarta serie*, 1.

Sierra, Gerónimo de, “Los actores sociopolíticos ante la democratización y la modernización del Estado”. EN: Castagnola, José Luis; Sierra, Gerónimo de, “*La democratización y el debate sobre la modernización*”. Montevideo, Ciedur, ClaeH, Banda Oriental, 1989.

Spósito, Rafael. “El proceso de concertación en la transición democrática: 1984-1985”. EN: *Revista de Ciencias Sociales*, Montevideo, N°2, 1987.